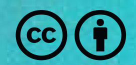
Christian Jacq



El antiguo Egipto día a día



La civilización egipcia, bulliciosa y llena de vida, enfrascada en grandes proyectos de obra civil, y sus míticos protagonistas, en un ensayo de gran realismo.

A través de situaciones dramáticas y episodios insólitos, Christian Jacq nos descubre un Egipto bullicioso y lleno de vida. El autor nos explica detalladamente las grandes obras públicas y celebraciones de los faraones, como la construcción de la colosal Menfis, la creación de una ciudad de la luz por Akenatón y Nefertiti o las fiestas estivales en la orilla oeste de Tebas. Y así durante 35 capítulos.

Es el fascinante Egipto de los faraones, fuente inagotable de curiosidad para el lector actual y al que el autor da nueva voz.



Christian Jacq

EL ANTIGUO EGIPTO DÍA A DÍA

ePub r1.1

Rusli 03.09.14

Título original: *L'Égypte ancienne au jour le jour*

Christian Jacq, 1985

Traducción: Manuel Serrat Crespo

Ilustración de cubierta y contracubierta: detalle de la pintura mural hallada en la tumba del funcionario Najt, Tebas, de la dinastía XVIII. The Metropolitan Museum of Art, Nueva York

Editor digital: Rusli

ePub base r1.1



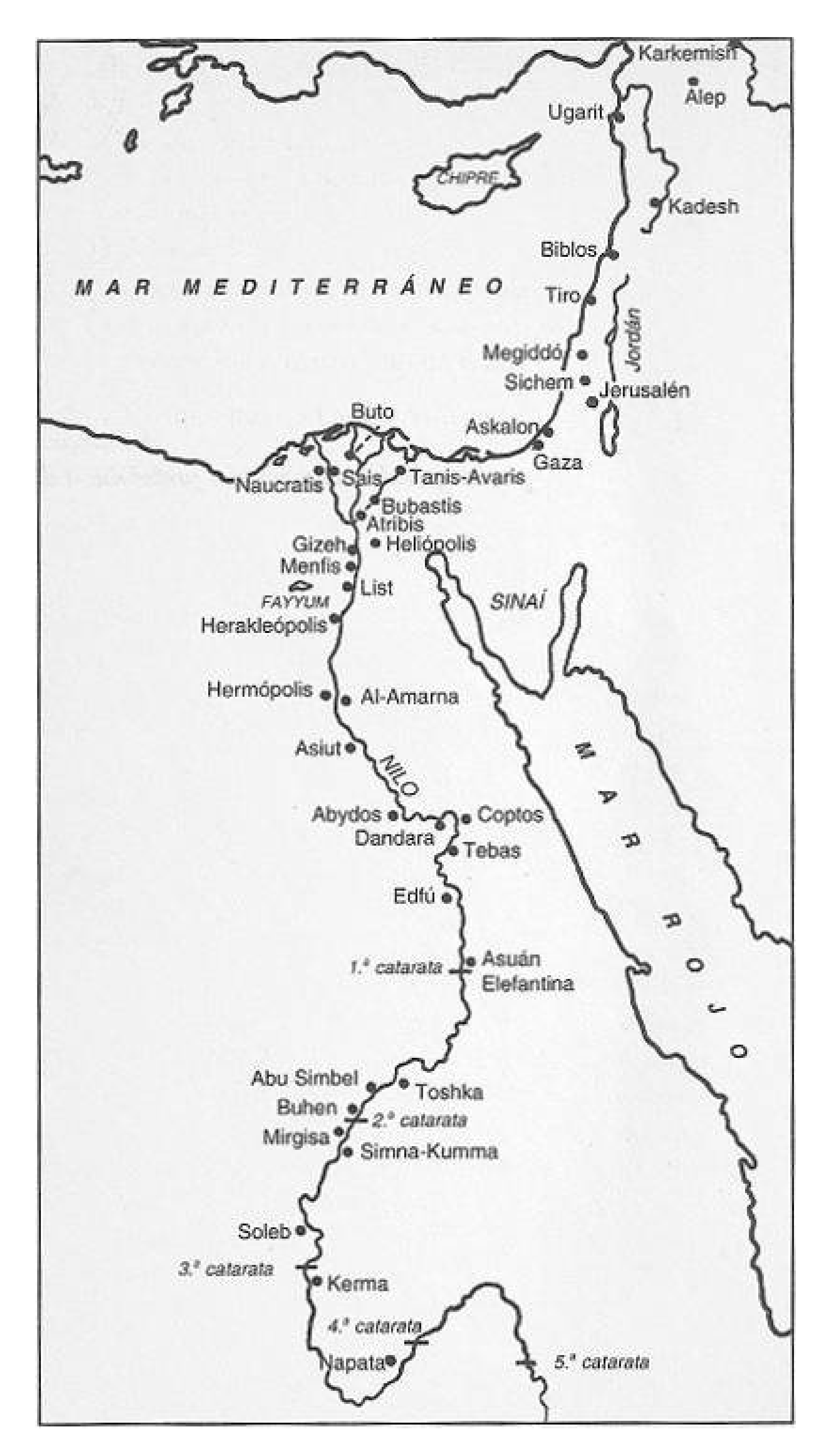








A Françoise,
por las grandes horas vividas juntos día a día



Karkemish
Alep
Ugarit
CHIPRE
Kadesh
Biblos
MAR MEDITERRÁNEO
Tiro
Jordán
Megiddó
Sichem
Jerusalén
Buto
Askalon
Gaza
Naucratis
Sais
Tanis-Avaris
Bubastis
Atribis
Gizeh
Heliópolis
Menfis
List
FAYYUM
SINAÍ
Herakleópolis
Hermópolis
Al-Amarna
Asiut
NILO
MAR ROJO
Abydos
Coptos
Dandara
Tebas
Edfú
1.ª catarata
Asuán
Elefantina
Abu Simbel
Toshka
Buhen
2.ª catarata
Mirgisa
Simna-Kumma
Soleb
3.ª catarata
Kerma
4.ª catarata
Napata
5.ª catarata

Introducción

Luxor, noviembre de 1828

Un hombre se detiene ante la entrada del templo de Karnak. Levanta los ojos hacia lo alto de los pilonos, pasa largos minutos recuperando el aliento, muy conmovido, y se decide por fin a penetrar en el primer gran patio al aire libre. Su mirada va de piedra en piedra descubriendo el maravilloso mundo que había soñado. Con paso rápido, camina hasta la sala hipóstila, bosque de columnas donde el misterio de los dioses, presentes aún, se impone al visitante.

Jean-François Champollion ha llegado por fin a su patria espiritual, el Egipto faraónico. Sabio inmenso, genio que ha comenzado a desentrañar el secreto de los jeroglíficos, fue calumniado, combatido. Su existencia fue una larga sucesión de sufrimientos y dificultades. Nunca, sin embargo, dejó de trabajar con formidable energía a pesar de una muy frágil salud. Nunca se apartó del eje que daba sentido a su vida: hacer que hablara de nuevo la civilización egipcia, muda durante muchos siglos. Muda porque no se sabía ya leer su mensaje inscrito en las paredes de los templos y las tumbas, los papiros, las estatuas, los sarcófagos.

Hoy, mientras se deja invadir por la magia de Karnak, el templo de los templos, Jean-François Champollion, el padre de la egiptología, el descubridor digno de los sabios de la «Casa de Vida», olvida las horas oscuras. «Allí —dice— se me reveló toda la magnificencia faraónica, lo mayor que los hombres imaginaron y

ejecutaron… En Europa sólo somos liliputienses… Ningún templo antiguo ni moderno concibió el arte de la arquitectura a una escala tan sublime, tan amplia, tan grandiosa como lo hicieron los antiguos egipcios».

El sueño de Jean-François Champollion se ha hecho realidad. De su encuentro con Egipto surgió un universo enterrado, casi olvidado, de incomparables riquezas espirituales, artísticas y humanas. Se ha escrito que nuestra civilización tenía tres grandes «madres»: Atenas, Roma y Jerusalén. Se olvida que las tres son descendientes, en distintos grados, de la Menfis del Bajo Egipto y de la Tebas del Alto Egipto, donde las ciudades fueron construidas por los propios dioses. Esa tierra fue considerada por los antiguos como el centro del mundo, donde Faraón, mediador entre el cielo y la tierra, era depositario de las fuerzas del cosmos. «El Sur te es dado tan lejos como sopla el viento —canta un texto del templo del oasis de Khargeh—, el Norte hasta el extremo del mar, el Oeste tan lejos como el sol, el Este hasta el lugar donde se levanta». Egipto, mitad de las tierras habitadas, templo del mundo entero, perfecto reflejo de la armonía celeste, está a cubierto de los grandes cataclismos naturales. Es el ojo de Ra, el país de los amaneceres hechizantes y de los encantadores ocasos. Basta con subir al techo de los templos para descifrar el lenguaje de las estrellas y del destino, como hacían antaño los sacerdotes astrólogos.

A lo largo de más de tres milenios de historia, la tierra de los faraones conoció muchas horas grandes. Si, como afirmaba el historiador Louis Genicot, una civilización se juzga por su línea de cresta, el Antiguo Egipto figura en cabeza de las culturas que dan un significado a la aventura humana. Este Egipto cotidiano no es polvoriento ni ha caducado; posee la sabiduría nacida de la

práctica de los ritos, la serenidad que se desprende de una connivencia con lo divino, la alegría nacida de la pasión de construir.

Este Egipto creó, sufrió, combatió por su libertad, erigió templos de eternidad, escribió los textos más sagrados; supo transmitir de generación en generación un amor por la vida que no se parece a ningún otro. De este amor que Champollion vivió con tanta intensidad quiere hacerse eco este libro. Al revivir las grandes horas durante las cuales Egipto afirmó su genio, cómo no recordar las palabras del visir Ptahhotep que, llegado a la edad de ciento diez años, creyó poder formular algunos consejos: «Nunca se realizan las intenciones de los hombres; lo que se realiza es lo que Dios ordena. Vive pues en serenidad: el hombre subsiste si lo justo es para él el camino de la vida».

Que podamos apartarnos lo menos posible de ese camino al relatar las hazañas de los antiguos egipcios.

CAPÍTULO 1
El Nilo y los jeroglíficos, o el nacimiento de un Estado

La región del Gebel Silsileh, en el sur de Egipto, está constituida por rocas abrasadas por el sol. Gebel Silsileh significa «montaña de la cadena»; según la leyenda, allí había, en efecto, tendida entre dos rocas, una cadena que señalaba el límite meridional del Egipto faraónico.

Durante la Antigüedad, en las bajas aguas, se podía contemplar un extraño espectáculo. El Nilo, el río-rey, el más largo del mundo (6500 km), vivía de acuerdo con su propio ritmo, único, antes de la construcción de las modernas presas. Naciendo bajo el Ecuador, procedente del África ecuatorial, transportaba parcelas de rica tierra de labor hasta Egipto, el país amado por los dioses. Las aguas lodosas proporcionaban riquezas y prosperidad a *Kemet*, «la Negra», uno de los nombres de Egipto. El limo negro se depositaba en las orillas cuando la crecida, que había comenzado a mediados de julio, alcanzaba su punto culminante.

Pero esta crecida, tan preciosa, no era considerada por los egipcios como un fenómeno sólo natural. Por esta razón, antes de que se iniciara la crecida, cuando el río estaba en lo más bajo, una procesión avanzaba por el árido suelo del Gebel Silsileh. Faraón en persona, el rey-dios, el indiscutido dueño del país, estaba presente; a su lado, sacerdotes, magos, ritualistas, científicos que habían estudiado año tras año los movimientos del gran río. La

inquietud anidaba en los corazones. ¿Cómo se comportaría el Nilo? Si la crecida era demasiado fuerte, sería una catástrofe. Las aguas destruirían diques, trastornarían los sistemas de irrigación, arrastrarían casas. Pero si la crecida era insuficiente, si las orillas seguían siendo estériles bancos de arena, la catástrofe sería peor aún, convirtiéndose incluso en una tragedia si semejante situación se reproducía varios años sucesivos. Se materializaba entonces el espectro del hambre. Los graneros reales, sin recursos ya tras siete años de provisiones pacientemente almacenadas, no podrían ofrecer a la población alimento bastante.

Para evitar semejante desgracia la procesión caminaba hacia la orilla. El Gebel Silsileh no es un lugar ordinario. Hay allí una inmensa cantera de gres donde trabajaron miles de obreros para extraer enormes bloques que sirvieron para construir los templos de Tebas la magnífica. Pero aquel día crucial la mirada de Faraón no se dirigía a las canteras. El rey pasaba ante pequeños oratorios adornados con escenas de ofrendas y textos rituales dedicados al Nilo. Se aproximaba al río, al lugar donde formaba un remolino. Precioso indicio: aquella espiral inscrita en el agua demostraba que el Nilo tenía allí su fuente; o más exactamente una de sus fuentes, pues el río nacía también cerca de Menfis, la más antigua capital, y en Asuán, donde su poder creador se albergaba en una gruta misteriosa.

Faraón, el rey-dios, es la piedra angular del sistema religioso, político, económico y social del país. No es sólo un individuo. En él, como hijo de Dios, se encarna la armonía del universo del que es garante en esta tierra. Es muy normal, pues, que vaya al encuentro del Nilo, puerta fertilizante, para iniciar con él un necesario diálogo. Faraón no ha llegado con las manos vacías para solicitar al Nilo una crecida satisfactoria, ni demasiado fuerte ni demasiado débil. En el Antiguo Egipto, el signo de cortesía más

elemental es la ofrenda. Faraón porta el *Libro del Nilo*, un largo y solemne ritual. Los jeroglíficos que lo componen son otros tantos signos vivos, animados, que le dictan la conducta a seguir. Ciertamente, Faraón domina los elementos. Puede ordenar al Nilo que derrame sus aguas por las montañas. ¿Pero se dan órdenes a una potencia amiga? ¿No es más conveniente honrarla primero?

Ayudado por especialistas en magia y en liturgia, Faraón lanza al río el *Libro del Nilo*, el rollo de papiro que contiene los signos simbólicos; pero añade elementos concretos: panes, carnes, pasteles, amuletos. Así, el Nilo será alimentado y podrá alimentar a los hombres. Faraón hace con el río un verdadero contrato cuyo beneficiario será todo Egipto. El rey completa su ofrenda con estatuillas de mujeres, las novias del Nilo. Considerado como un joven fogoso, el río quedará hechizado por la gracia de esas cortesanas y desplegará el más fecundante de sus ardores.

¿Cómo dudar, tras tantas precauciones, de que el Nilo consienta en «ascender fuera de su fuente» y cumplir correctamente su función? Los malos años fueron sin duda aquéllos en los que el ritual no se realizó correctamente.

Faraón, que reconoce al Nilo como su padre, lo celebra así en varios lugares de Egipto, especialmente en el punto clave donde el río se divide en dos ramas, en la base del Delta, en Fayum y en Elefantina. Aunque el fenómeno nos parezca difícil de comprender, Faraón tenía el don de estar presente en varios lugares a la vez. Había un solo faraón, pero su espíritu penetraba en el cuerpo de los sacerdotes encargados de oficiar en su lugar.

Este ritual de ofrendas a la naciente crecida es una de las «horas» esenciales de la civilización egipcia. Por la magia de lo escrito y del verbo, Faraón concluye una alianza con la divinidad presente en las mayores fuerzas de la naturaleza. Todo Egipto,

tierra de fe y de sabiduría, se resume en ese pacto ritual entre el hombre-dios y el río celeste. Porque no nos engañemos, el Nilo terrestre que contemplan nuestros ojos es sólo la proyección de un Nilo celestial, inmensa vía de energía que brota de lo que los egipcios denominaban el *Nun*, especie de océano primordial del que nacen permanentemente todas las formas de la vida.

La crecida ha nacido, la crecida es armoniosa, Egipto renace. El Egipto de los primeros faraones no se parecía al que conocemos hoy. Sus paisajes eran menos áridos, mucho más verdes. Las orillas del Nilo estaban cubiertas de vegetación. Los papiros formaban verdaderos bosques. Hipopótamos y cocodrilos, que han sido hoy rechazados muy hacia el sur, poblaban sus aguas.

Las Dos Tierras, el Bajo Egipto o Delta y el Alto Egipto o valle del Nilo, forman sólo un pequeño país de 25 000 km^2, aproximadamente, superficie que supera un poco la de Bélgica. Pero unos hombres excepcionales, cuyos orígenes nos siguen siendo desconocidos, eligieron esa tierra extraordinaria, ese lugar del mundo privilegiado donde los dioses, el sol y el Nilo se unieron para crear una civilización inmortal.

Los primeros faraones necesitaron de una formidable intuición para presentir en qué podía convertirse Egipto. Una condición indispensable: el trabajo. Ciertamente, los relieves y las pinturas de las tumbas del Antiguo o del Nuevo Imperio evocan a menudo una existencia alegre, fácil, feliz; ciertamente, a los egipcios de todas las épocas les gustaba reír, beber y cantar; ciertamente, nunca civilización alguna se sintió más feliz celebrando la vida en todos sus aspectos. Pero esa radiante felicidad que nos conmueve todavía en lo más profundo no se debe al azar. Es fruto de una sociedad perfectamente organizada, muy jerarquizada, que consideraba la labor cotidiana como una de sus primeras virtudes. Esos grandes constructores que fueron los egipcios no te-

mieron las quemaduras de un sol a menudo ardiente ni los rigores de inviernos a veces duros; al compás de sus tres estaciones, primavera, verano, invierno, construyeron el más poderoso Estado del mundo antiguo.

En la base de la riqueza de Egipto está el Nilo. Pero esta fuerza viva, gracias a la cual los campesinos obtendrán hasta tres cosechas de trigo por año, debe ser domesticada y utilizada al máximo. El delta de hoy no debe hacernos ilusiones: ¡está varios metros por encima del delta de la Antigüedad! Antaño, lo que se ha convertido en una fértil campiña era una zona de marismas que fue necesario adecuar con inmensos y pacientes trabajos.

Los faraones fueron, primero, los maestros de obra del Nilo. Antes de trabajar la piedra utilizaron el agua como material. Para conseguirlo hicieron construir diques lo bastante altos para proteger las aldeas de una crecida excesiva. Cuando el agua había cubierto el país entero, las aglomeraciones encaramadas sobre esas colinas de tierra parecían como islotes, unidos entre sí por las carreteras que formaban las crestas de los diques. Aquéllos eran los únicos caminos por los que se podía viajar a pie durante los meses de inundación.

Resultó indispensable retener la preciosa agua que el Nilo dispensaba con generosidad. Por eso se construyeron estanques de irrigación, verdaderas *áreas* protegidas para conservar lo sobrante de la crecida. Las tierras cultivables eran cuadriculadas por esos estanques de tamaños diversos, tan preciosos para la agricultura como para los jardines. Para regular la distribución de agua se excavó una red de canales, una especie de sistema sanguíneo por el que circulaba la energía indispensable para el equilibrio del cuerpo del Estado. El cuidado de esos canales fue, a lo largo de la historia, una de las prioridades de la Administración egipcia. El «excavador de canal» es uno de los títulos más arcaicos concedi-

do a un alto funcionario; curiosamente, se convertirá en el «estratega» en la época grecorromana. ¡Ojalá los dioses hubieran querido que la estrategia fuese siempre tan pacífica!

En los períodos turbulentos de la historia egipcia se advierte un debilitamiento del poder temporal de Faraón. Esto acarrea una degradación económica, un fraccionamiento nefasto de las responsabilidades y, casi automáticamente, un peor mantenimiento de los canales. La agricultura es la primera que se resiente y el nivel de vida de la población baja. ¿No es acaso significativo que el término jeroglífico utilizado para «canal» sea sinónimo de «amor» (*mer*, en egipcio)? ¿Acaso el amor no es la energía suprema que «circula» por todo el ser, al igual que el agua procedente del Nilo celeste se propaga, por los canales, a través de todo Egipto?

Las variaciones entre aguas bajas y aguas altas podían alcanzar niveles considerables, que llegaban hasta los ocho metros. Para conocer mejor las diferencias entre mínimo y máximo en la crecida los egipcios crearon «nilómetros», escaleras que bajaban hacia el río y utilizaban como instrumentos de medida elementales. A esos nilómetros se añadieron unos pozos, el más célebre de los cuales es el de Asuán, donde Eratóstenes, el sabio griego, efectuó una medición muy precisa del arco del meridiano terrestre que los egipcios no habían dejado de calcular, antes que él. Aunque el Trópico de Cáncer pase a unos 12 km al sur de Asuán, no deja de ser cierto que ese ilustre pozo es un auténtico centro del mundo, una especie de eje del universo de los hombres. En el fondo, efectivamente, se halla la «capa de agua» del *Nun*, energía eterna, savia permanente de la creación.

El *chaduf*, instrumento simple pero eficaz, que sigue utilizándose actualmente, resultó muy valioso para utilizar el agua del Nilo con el fin de regar jardines o parcelas elevadas de terreno.

El chaduf se compone de una palanca móvil y dos vigas hundidas en el suelo. La palanca está fijada en ambas vigas. Se cuelga un contrapeso de barro en el brazo más largo y un recipiente en el brazo más corto. Cuando éste baja, el recipiente se sumerge y se llena de agua lodosa. Se levanta el brazo, se vierte el recipiente en la tierra que debe regarse y se vuelve a empezar, incansablemente, sin prisa, con regularidad. Los resultados son satisfactorios y pueden moverse así impresionantes masas de agua.

Si el manejo del chaduf es una actividad individual, el mantenimiento de los diques, de los estanques de irrigación y del sistema de canales es cosa del Estado. Por ello, el trabajo se confió a comunidades de aldeanos y no a propietarios que actuaran por su cuenta personal. Los documentos revelan, además, que equipos muy bien organizados se encargaban durante la estación invernal de los trabajos de irrigación. Formaban parte de ellos campesinos que, en esa época del año, no tenían ya que realizar tarea agrícola alguna. Efectuaban una especie de servicio nacional que no deja de recordar, en un terreno distinto, los períodos de instrucción militar de los ciudadanos suizos. Nadie permanecía ocioso; quienes no eran destinados a la irrigación se empleaban en las grandes obras donde se edificaban pirámides y templos. No era en absoluto un trabajo forzoso o un reclutamiento, algo que en Egipto nunca se conoció, sino la utilización inteligente del ritmo estacional propio del país.

Nilo procede del griego *Neilos*, cuya etimología se desconoce. El término egipcio que sirve para designarlo es *hapy*, cuyo sentido es, probablemente, «el saltarín». Hapy, por otra parte, no es el río material sino el espíritu del río del que un texto afirma que no está tallado en la piedra, que los ojos no lo ven. Sin embargo, hapy está representado en los basamentos de los templos como un personaje andrógino, medio hombre medio mujer. El agua es

el hombre, la tierra irrigable la mujer. Juntos son el Padre y la Madre. Hapy, de colgantes mamas, lleva la cabeza coronada por una mata de papiro, proporciona a los templos las mejores cosechas, los más hermosos frutos de la tierra. Su presencia nos recuerda las horas alegres en las que Egipto estaba en fiesta, cuando celebraba las cosechas. En la yema de los dedos del dios Nilo está la abundancia: cuando llega, él, que se crea a sí mismo, llena de alegría la humanidad. Por lo demás, va acompañado por una multitud de pequeños genios que personifican las corrientes de agua, los canales, el agua de la eterna juventud, el agua fresca, etc. La procesión se representa como una respuesta favorable a la que dirigía Faraón, al aportar al río las ofrendas que merecía. El «contrato» era respetado así.

Al arrojar al río el *Libro del Nilo*, Faraón ofrecía al Nilo un texto sagrado. Ese texto estaba compuesto por una materia viva, los jeroglíficos. Si el Nilo es la base material y económica de la civilización egipcia, el sistema jeroglífico es su base espiritual e intelectual.

Este sistema de escritura, que es también una lengua sagrada, apareció hacia 3200 a. J. C., plenamente a punto desde el origen. En los jeroglíficos no hubo «progreso». Advertiremos simplemente que, con el tiempo, el número de signos aumentó: unos setecientos en el Imperio Medio, varios miles en la época ptolemaica y en el agonizante Egipto. Pero las leyes fundamentales de la lengua no habían cambiado. Un sacerdote que grabara las inscripciones de Edfú podía descifrar los *Textos de las Pirámides*, inscritos en la piedra tres mil años antes, cuando nosotros somos prácticamente incapaces de leer a Rabelais en el texto original, compuesto hace ahora cuatro siglos.

Esta continuidad del sistema jeroglífico se apoya en un hecho esencial: los jeroglíficos son palabras de Dios, contienen su reve-

lación, las claves del Conocimiento, de la armonía del cosmos. Los escribas iniciados en estos misterios son los discípulos del dios Thot, con cabeza de ibis y pico puntiagudo como un cálamo. *Medu*, el término egipcio que sirve para designar los jeroglíficos, el Verbo divino, significa también bastón; pues la palabra sagrada es el único bastón eficaz sobre el que puede apoyarse el hombre para recorrer el camino de la vida y descifrar sus sentidos.

El nacimiento del Estado egipcio está ligado al de los jeroglíficos. La civilización faraónica fue creada por esa lengua sagrada donde se combinan signos simbólicos y fonéticos. En efecto, con la unión de las Dos Tierras, el Bajo y el Alto Egipto, bajo la autoridad de Faraón, aparece el sistema jeroglífico, útil de una nueva sociedad que se desarrolla a orillas del Nilo. La última inscripción jeroglífica, en la isla de Filae, data de 390 d. J. C. Esta lengua sublime, abstracta y concreta a la vez, que permite evocar los más sutiles matices del pensamiento y también describir las realidades más materiales, fue utilizada durante más de tres milenios.

¿Quién inventó los jeroglíficos? Los textos religiosos atribuyen su paternidad al dios Thot, ya citado, el escriba y el secretario de la luz. Asociado a la enigmática diosa Sechat, simbolizada por una estrella de siete puntas, vela por los escritos sagrados, los rituales, los anales reales, es decir, sobre la memoria jeroglífica de Egipto. Ahora bien, conocemos el lugar donde vivían los especialistas en jeroglíficos: «la Casa de Vida», admirable término que sirve para designar esa «gran escuela» donde los sabios egipcios aprendían a descubrir los secretos de la vida. Cada templo importante poseía su Casa de Vida donde se formaban los especialistas en culto, los astrónomos, los médicos, los arquitectos. El más importante de los templos egipcios, al menos en el plano teológico, era el de Heliópolis, la «ciudad del sol» (en egipcio *iu-*

nu, la ciudad del pilar). Allí reinaba el Creador. Allí se concibió el Estado egipcio, tal como permaneció durante milenios. De la antigua Heliópolis, cuyos restos están enterrados bajo el barrio de Matarieh, cerca de El Cairo, sólo subsiste un obelisco de Sesostris I, que data del Imperio Medio. Los grandes templos de Atum, Ra y Horus han desaparecido. Sin embargo, en la Casa de Vida se creó, probablemente, la escritura jeroglífica, el más extraordinario instrumento de civilización del mundo antiguo.

Ésta está presente en el Antiguo Egipto por todas partes, en cualquier soporte, piedra, madera, papiro, metal, cuero, etc. Las estatuas, las jarras, los objetos más diversos en los que no hay inscripción son considerados, ellos mismos, como jeroglíficos, signos de vida; en el arte egipcio, todo es jeroglífico, del templo más gigantesco al más diminuto de los amuletos.

Heliópolis, la ciudad madre, nunca tuvo importancia económica pero siguió siendo la ciudad sagrada por excelencia, cuyos monumentos fueron embellecidos por todos los faraones, incluido Akenatón. La reputación de Heliópolis atravesó los siglos. El filósofo griego Platón, como muchos de sus compatriotas, realizó una estancia allí para recoger las enseñanzas de los sabios egipcios. La Virgen María en la «huida a Egipto», que fue más bien un regreso a las fuentes, se ocultó en un árbol situado en Heliópolis para huir de sus enemigos. La gran sombra de la ciudad solar atravesó la historia recordando los orígenes del Estado.

CAPÍTULO 2
Fundación de Menfis, «Balanza de las Dos Tierras».

El sacerdote astrólogo indica al faraón Menes, «el estable», que ha llegado el momento. La procesión se ha detenido. Se hace el silencio. Menes avanza, solo. Lleva la doble corona, formada por la corona roja del Bajo Egipto y la corona blanca del Alto Egipto. Por primera vez, en efecto, las Dos Tierras están unidas bajo la soberanía de un jefe al que todos los clanes reconocen como tal. Menes, protegido por Hathor, la gran divinidad celeste, ha vencido el caos, la rebelión, la revuelta. Ha instaurado fronteras seguras, ha sometido a los pueblos del Norte que, durante algún tiempo, intentaron resistírsele.[1] Faraón ha recorrido como vencedor «el doble país», descendiendo y remontando el Nilo para organizar las provincias.

Faraón es un hombre de poderosa musculatura. Lleva en el mentón una barba postiza, símbolo de fuerza dominada. Sólo lleva, como vestimenta, un taparrabos de cuyo cinturón cuelga una cola de toro. Toro, en egipcio, se dice *ka*. Es, por excelencia, el animal en el que se encarna la energía vital de origen divino que corre por las venas de cualquier faraón entronizado por los ritos.

El rey lleva un gran azadón. Con gesto lento y solemne, blande la herramienta y la clava en el suelo, comenzando a excavar la primera fosa para los cimientos de la primera capital del Egipto

unificado: Menfis. Todos los presentes, cortesanos, ritualistas, sacerdotes, consejeros, contienen el aliento. Tiene plena conciencia de estar viviendo un momento decisivo.

Menes está decidido a convertir Menfis, al mismo tiempo, en sede del gobierno, plaza fuerte y metrópoli de equilibrio entre el Delta (el Bajo Egipto) y el valle del Nilo propiamente dicho (el Alto Egipto). El momento de la fundación y el lugar también han sido bien elegidos, puesto que, a pesar de las vicisitudes de la historia, Menfis seguirá siendo la mayor ciudad egipcia hasta el fin de la civilización faraónica.[2]

¡Pero qué gigantesco trabajo para llegar hasta ahí! Fue necesario desecar una inmensa extensión de tierra tras haber desviado el curso del Nilo y creado un gran canal paralelo al río. Corría al pie de la meseta donde fueron erigidas las pirámides. Dispositivo de rara inteligencia, puesto que permitía que los barcos mercantes circularan sin riesgos aportando, así, los materiales necesarios para la edificación de la ciudad. Revestido de mampostería, cuidadosamente mantenido, ese canal comunicaba puertos de distinta importancia, muy cerca de los astilleros. Faraón había comprendido que el Nilo podía ser la más práctica de las vías de circulación. Pero era preciso crear un ministerio de Obras Públicas de extraordinaria eficacia, donde predominaban carpinteros y talladores de piedra.

El emplazamiento de Menfis no fue elegido al azar. Allí fue enterrado el dios Osiris, que ostenta el secreto de la muerte y la resurrección. Por ello la región será eternamente fértil, proporcionando a los menfitas abundantes alimentos. Cuando Isis lloró a Osiris, sus lágrimas cayeron al Nilo y provocaron la primera crecida que depositó en las riberas del río el limo nutricio. El Nilo será, por lo tanto, pues siempre benefactor para la primera ca-

pital de las Dos Tierras, convirtiendo la campiña circundante en granero de todo el país.

Faraón mira a su alrededor. Qué contraste entre la tierra negra, fértil, en la que reina Horus, el protector de Faraón, y la tierra roja, abrasada, desértica del dios Seth, que ostenta sin embargo el poder del rayo. Horus y Seth son hermanos. Se pelean, se oponen, pero son inseparables. El papel de Faraón consiste, precisamente, en reconciliarles para que los hombres vivan en paz. Menfis será la más perfecta encarnación de esta función, y llevará por ello los nombres de «Balanza de las Dos Tierras», «Vida de las Dos Tierras», «Estable es la perfección». El conjunto de la región menfita, rica en pirámides, será marcada, además, por esta noción de estabilidad, de imperecedero asentamiento sobre el que puede construirse una civilización.

Al terminar de excavar la primera zanja de cimientos, Faraón ve ya edificarse la muralla blanca que será, a lo largo de las edades, la parte más sagrada de la capital. En este lugar se consagrará a los faraones y se celebrarán los ritos de la coronación. El futuro faraón tendrá que llevar a cabo una carrera alrededor de ese muro, para manifestar aptitudes físicas y, a la vez, recorrer simbólicamente el circuito del universo sobre el que está llamado a reinar. Tomaba así posesión del cielo y de la tierra. Ese muro blanco marcaba, también, su deber de protección con respecto a los egipcios.

Realizada la carrera, en presencia de los grandes dignatarios del Alto y el Bajo Egipto, el rey recibía la doble corona. Se le prestaba juramento de fidelidad. El papiro del Norte y el loto del Sur eran anudados, representando la unión de las Dos Tierras. La escena era grabada en los flancos del trono real, recordando así que Faraón era, esencialmente, un reunificador, garante de una coherencia de la que no habían desaparecido las diferencias.

La tierra ha sido abierta por el azadón real. Se ha formado un profundo surco. Faraón ha permitido así que la vida subterránea se exprese, que fuerzas oscuras reciban la luz. Preparando la futura edificación, ha vencido la muerte. Por ello, la gran fiesta de Sokaris, dios de los difuntos y de los espacios subterráneos donde habitan, conmemorará este acontecimiento. La fertilidad del suelo procede de debajo de la tierra, de la matriz del otro mundo.

Terminada la ceremonia de fundación, Menes y su corte se dirigen hacia el paraje donde se edifica el palacio, una construcción de ladrillo. Allí se hallan los aposentos del rey, las salas de recepción oficial, las oficinas de la administración central. A su alrededor, mataderos y cocinas. Un pequeño ejército de coperas, encargados de la guardarropía real, mayordomos, camareros y escribas, se encargan de la intendencia. En su palacio, Faraón consulta con un Consejo de sabios, «los conocidos del rey». Con ellos toma las decisiones referentes a la vida espiritual y material del reino. Todos ellos son responsables, como él mismo, ante Maat, la Regla de vida, la norma de armonía del universo. A partir de este centro neurálgico se difunden las órdenes de Faraón hacia los distintos sectores de la Administración egipcia, agrupados en casas, de las que una de las más importantes es la «doble casa blanca», el Ministerio de Hacienda. No menos considerable es la casa de los archivos reales, donde los escribas registran los decretos, redactan los anales, clasifican los documentos oficiales.

Desde su palacio, Faraón contempla los parajes donde se levantarán los templos de los dioses, construidos con piedra de eternidad. En el secreto de los santuarios, los iniciados se encargan de asegurar la presencia divina en tierra. En el patio al aire libre de los grandes templos, o en los atrios, se celebrarán las fies-

tas de las divinidades a las que se unirá la población. El rito más importante, para el rey, es la erección del pilar-*djed*, cuyo nombre significa «estabilidad» y que simboliza a Osiris. Faraón en persona empuñaba el pilar, caído al suelo, para enderezarlo de nuevo, testimoniando así la resurrección del dios, modelo para todos los hombres.

En el templo de Ptah, señor de Menfis y patrono de los artesanos, se elaboraba la teología del Verbo creador. Los iniciados afirmaban que todo había brotado del Verbo, concebido en el corazón y que se manifestaba por el lenguaje. Por ello una obra permanecía inerte mientras no fuera animada por el Verbo.

Menes, el primero de los faraones, había llevado a cabo su tarea: crear Menfis, edificar la capital.

Menfis no será la única capital del Egipto faraónico. También estaban Licht en el Imperio Medio y Tebas en el Imperio Nuevo. Pero ni siquiera la omnipotente y rica ciudad rebana podrá disminuir el papel económico, político y militar de Menfis. La austera ciudad del Imperio Antiguo cambiará, es cierto, de carácter, a partir del Imperio Nuevo. Cada vez se instalarán allí más extranjeros, sirios, fenicios, asiáticos, antes de que lleguen griegos y judíos. Se organizarán así verdaderos barrios reservados, hormigueantes de vida. El puerto fluvial de Menfis, con sus almacenes, es el más importante de Egipto. Su guarnición es, numéricamente, la mayor; se equipa directamente en el gran arsenal donde se fabrican las armas. Diversidad de razas, de vestidos, de costumbres: la Menfis del Egipto agonizante será una ciudad cosmopolita, ruidosa, abigarrada que no olvidará, sin embargo, celebrar el culto de Menes, su fundador. Encuentran refugio allí los cultos más antiguos, allí se transmite el conocimiento iniciático de las primeras edades. Ostannes enseña alquimia en el templo de Ptah, allí es concebida y redactada la *Tabla de esmeralda*.

Los subterráneos de Serapeum, donde están enterrados los bueyes Apis, albergan escuelas de magia.

De esta vasta capital no queda nada visible. Sin embargo, subsistían todavía colosales ruinas en el siglo XIII de nuestra era. Pero los mamelucos fueron incapaces de ocuparse de los diques. Una vez se hubieron roto, el encenagamiento fue apoderándose progresivamente del lugar, invadido más tarde por un palmeral. Se descubrieron allí dos colosos de Ramsés II, que tanto había hecho por la restauración de la antigua capital, y una enigmática esfinge de serena sonrisa, que medía más de ocho metros de largo. Sin duda formaba parte de un conjunto de genios guardianes colocados ante la entrada de un templo. Hoy está allí sólo para recordar aquel instante sublime en el que un faraón constructor abría el suelo para que brotara de él la «Balanza de las Dos Tierras».

CAPÍTULO 3
El hechicero y el maestro de obras

Acaba de amanecer en la meseta de Saqqarah, la necrópolis de Menfis. Los rayos del sol iluminan el desierto rojo donde se han excavado las tumbas en que se han construido las moradas de eternidad. Soledad y silencio reinan en la inmensidad estéril. Dos hombres caminan uno al lado del otro. Se trata del faraón Zóser, cuyo nombre sagrado es *Neterierkhet*, «Divino, más que el cuerpo (de los dioses)», y de su maestro de obras, Imhotep, «El que viene en paz».

El maestro de obras conduce al faraón hacia un poderoso recinto de varios metros de altura. En sus manos están todos los poderes. Gobiernan un Egipto unificado cuya riqueza descansa en una autoridad central muy presente. Faraón es el único dueño del reino, en esta III dinastía del Imperio Antiguo, 2600 años a. J. C. Zóser es un hombre impresionante, de rostro muy austero. Parece severo, inflexible. Su autoridad no se discute. La paz reina en todas las provincias de las Dos Tierras. Zóser es el primer faraón portador del título de Horus de oro, honrando así al halcón protector de la realeza y significando que su carne de faraón es de oro, como la de los dioses. El oro es también el de la luz solar que Zóser venera muy especialmente. Está muy cercano al clero de Heliópolis, la ciudad del sol divino. Los nueve dioses creadores de la ciudad, que forman una enéada, han dirigido al faraón estas palabras: «Le entregamos toda vida, la vida que de nosotros

procede, le entregamos todo el dominio, dominio que de nosotros emana, hacemos que celebre fiestas de regeneración».

Éste es, por otra parte, el motivo que lleva a ambos hombres hacia el sagrado dominio de Saqqarah: la regeneración. Zóser envejece. Imhotep también. La decadencia física y la muerte se acercan. Pero el ser verdadero no muere. Faraón es el que conoce mañana. La perfección del ser y del no-ser están en él. Ha brotado de Dios, es el que conoce. Pero es preciso que se celebren ciertos ritos en un lugar mágico, al margen del mundo profano. Zóser ha solicitado a Imhotep que cree semejante paraíso en la tierra. El maestro de obras lo ha conseguido y muy pronto podrá mostrar a su soberano lo que ha concebido y realizado.

Zóser piensa en Egipto. Un país sereno en el interior y seguro de sus fronteras. Al sur, al oeste, al este, al norte, hacia el mar, se han construido fortalezas que albergan guarniciones bien armadas y constituyen una especie de gran muralla que impide cualquier invasión. Seguridad indispensable para construir una Administración que funciona. Faraón reina sobre los ámbitos legislativo, judicial y ejecutivo. Lo que ordena es la vida. Las palabras que pronuncia se transforman inmediatamente en realidad. Promulga la Regla y nombra funcionarios para que se aplique. El reclutamiento es severo. Para los puestos clave, Zóser siempre ha exigido hombres debidamente preparados, personalidades fuertes, rectas e incorruptibles. Reciben el gran bastón, símbolo de su función, y deben dar cuentas de su gestión. Alrededor del rey están sus «amigos», sus hermanos y los jefes de los secretos. Gobiernan juntos. El escalafón es largo y es difícil ascender. Pero no se reserva a los individuos acomodados o de buena cuna. El rey siente predilección por la gente de oficio, capaz de unir actividad manual y trabajo intelectual.

Imhotep fue uno de ellos, el más excepcional sin duda alguna. Comenzó su carrera como artesano, aprendiendo a moldear jarras de piedra. De escultor se convirtió en administrador del gran palacio, antes de acceder a los más altos puestos de responsabilidad: canciller de Faraón y portador de su sello, sumo sacerdote de Heliópolis y maestro de obras. Ese «grande de los videntes» es también médico, astrónomo, mago. Durante sus escasísimos momentos de ocio escribe libros de sabiduría para conducir a los hombres hacia el Conocimiento y la serenidad. Ha practicado todas las ciencias, todas las artes. Es jefe de los escribas, «gran patrón» de los médicos para quienes ha abierto una escuela en Menfis, la capital de las Dos Tierras. Nada de lo que hay en el cielo y en la tierra le es desconocido.

A menudo, cuando llega la noche, tras una jornada agotadora, Imhotep se sienta en la terraza de su morada. Con el cráneo afeitado, las piernas cruzadas y un papiro desenrollado sobre sus rodillas, lee los textos sagrados. Más tarde, mucho más tarde, Imhotep será inmortalizado en esta posición. Miles de estatuillas de bronce representándole circularán por todo Egipto. Cuando un escriba se disponga a escribir no olvidará derramar unas gotas de agua en su recuerdo, en recuerdo del maestro de sabiduría. En Karnak, en Deir el-Bahari, en Edfú, en Filae le serán dedicados santuarios. Harán de él un dios sanador.

Caminando al lado del faraón, Imhotep piensa en la más pesada e ingrata de sus funciones: portador del sello real, o dicho de otro modo, jefe de la Administración. Es el único que lleva el título de «pecho-mano», es decir de adelantarse y actuar. Dirige el Consejo de los diez, «los que hacen cada día lo que a Dios le gusta», el único que sabe practicar Maat, la Regla de vida, tanto en las cosas pequeñas como en las grandes. Los pequeños señores provincianos carecen de poderes reales. Están sometidos a la co-

rona. Por eso el país «funciona». La «casa blanca», el Ministerio de Hacienda, las aduanas, el servicio de los graneros, la administración de los dominios, el servicio público de los canales y el ejército son correctamente administrados. Se hace regularmente un censo de la población. Los escribas se muestran llenos de celo, son numerosos y vigilan la actividad de los campesinos y los artesanos, tienen al día el catastro, el registro civil, el inventario de los bienes nacionales. Se evita la injusticia. Los impuestos se calculan en función del grado de riqueza de cada cual. Las carreras no quedan «bloqueadas» por el nivel de la fortuna.

El faraón y su maestro de obras se detienen un instante. Están llegando. Ante ellos se yergue el gigantesco dominio de eternidad que Imhotep ha construido para Zóser, un dominio de quince hectáreas, protegido por un recinto de más de quinientos metros de norte a sur y unos trescientos de este a oeste. En el interior de este espacio se levanta una pirámide de seis escalones y sesenta metros de altura. Sólo la cima es visible. Su base queda oculta por el muro del recinto.

Zóser e Imhotep avanzan hacia la única entrada posible, una entrada siempre abierta, pues la propia puerta ha sido esculpida en simulacro en la piedra. Una intensa emoción embarga a los dos personajes de más alto rango del Estado. El santuario de Zóser ha sido construido por los hombres pero no para los hombres. Está reservado al *ka* real, la potencia vital que, mantenida por los ritos, permanece eternamente viva. Es su propia eternidad lo que Zóser se dispone a contemplar.

La única entrada se sitúa en el ángulo sur de la cara este del dominio. Las demás puertas previstas en el recinto son «falsas puertas». Ningún individuo de carne y hueso puede cruzarlas. Tras haber pasado por la estrecha columnata de entrada, cubierta con un techo que hace reinar la oscuridad, Zóser e Imhotep des-

embocan en un gran patio al aire libre. La perspectiva es cautivadora. La pirámide se impone en su omnipotencia, arraigada en el suelo y a la vez levantándose hacia el cielo, como una escalera gigantesca que el rey, hombre a escala del cosmos, podrá subir peldaño a peldaño para reunirse con el Creador.

Imhotep sonríe interiormente. Siente que su amigo de siempre, el faraón de Egipto, está maravillado, colmado. Sin embargo, Imhotep ha dado pruebas de una extraordinaria audacia: aquí, en el dominio de Saqqarah, todo es de piedra, desde los «simulacros» de puertas con goznes, tejuelos, cerrojos, barras de ensamblaje, hasta las columnas cuyos capiteles se abren en corola. El maestro de obras Imhotep Ha inventado la arquitectura monumental en piedra, ha traducido el poder de Egipto a un monumento de eternidad.

Va mostrando a Zóser el laberinto del *ka*, el muro de serpientes protectoras, los mojones del gran patio del sur que señalan las etapas de la carrera real de regeneración en el otro mundo, el pequeño patio de la fiesta durante la que el *ka* es «revitalizado» en presencia de los dioses instalados en sus capillas, los palacios del Norte y del Sur que simbolizan la Administración de las Dos Tierras.

Ahora, hay que mencionar la tumba. Ni Zóser ni Imhotep temen la muerte. Conocen las fórmulas sagradas que permiten vencerla, de modo que no abordan el tema como seres temerosos sino como iniciados. El cuerpo del rey, momificado, descansará en compañía de sus íntimos, bajo la pirámide, en el corazón de una red de galerías. Sobre paneles de cerámica azul se verá al rey, eternamente joven, realizando la carrera ritual de la fiesta de regeneración. Así será constantemente revivificado en el otro mundo. En estas cámaras azules, a casi treinta metros de profundidad, unos frisos de pilares-*djed* simbolizan la duración y la esta-

bilidad que el *ka* real necesita para permanecer intacto. Por todas partes se encuentran «falsas» puertas, «falsas» ventanas que sólo cruzan los elementos inmateriales del ser. Bajo el macizo sur del recinto se ha excavado otra tumba. No contendrá cuerpo alguno. Zóser dispondrá así de un lugar de descanso para su momia, el cuerpo visible, y otro para su alma, su aspecto invisible.

Cuando Zóser haya exhalado el último suspiro será momificado. Bajarán la momia al fondo del sepulcro y clausurarán las galerías con casi cuarenta mil jarras, copas y platos de piedra. La piedra no se gasta, es el material de eternidad. Se utilizarán alabastro, esquisto, diorita, granito y cuarzo para esa vajilla mágica destinada a un perpetuo banquete de ultratumba. Dichos objetos contendrán como inscripciones los nombres de quienes los han creado con sus manos, títulos de personajes que desempeñan funciones importantes, marcas de oficio, nombres de faraones que fueron predecesores de Zóser, menciones de la fiesta de regeneración durante la cual los platos, copas y tazas serán manejados por comensales resucitados.

Ante la cara norte de la pirámide, Zóser descubre su propia estatua, situada en una pequeña estancia cerrada, el *serdab*. No está cerrada del todo, sin embargo, pues se han practicado dos agujeros en la piedra para que la estatua pueda ver lo que ocurre en el exterior. Muy pronto dejará de ser un inanimado cuerpo de piedra. Le abrirán la boca y los ojos, en ella se encarnará el *ka* de Faraón. Zóser contempla su cuerpo de eternidad tal como lo ha alumbrado el maestro de los escultores. Lleva el manto blanco característico de la fiesta de la regeneración. Sus negros cabellos están cubiertos por una peluca ritual. En la barbilla, una barba postiza. El brazo derecho descansa sobre el pecho, con la mano cerrada. La mano izquierda, plana sobre el muslo. El rostro es se-

vero, casi hosco. Los pómulos salientes. Zóser reina. Seguirá reinando eternamente.

También Imhotep está fascinado. Con su aspecto de autoridad divina, allí efectivamente está representado su rey. Fascinado, pero también profundamente conmovido, pues Faraón le ha concedido un postrer favor que supera el marco de la etiqueta, un favor tan inestimable como insólito: en el zócalo de la estatua real aparecen el nombre de Imhotep y sus títulos. La fraternidad que ha unido a los dos hombres a lo largo de toda su existencia encuentra aquí su más cumplida expresión. Juntos han actuado para mayor gloria de Egipto. Juntos recorrerán los caminos de la eternidad y seguirán velando sobre Saqqarah.

En todas las épocas, el conjunto funerario de Zóser, en Saqqarah, ha sido un lugar de peregrinación. Los iniciados afirmaban que el cielo se hallaba en esa pirámide escalonada, que el sol de los sabios se levantaba allí. El dominio del ilustre faraón era una tierra sagrada donde las potencias divinas se manifestaban para conceder una larga y feliz vida a los justos que iban a honrar el alma de Zóser.

El faraón hechicero y su primer ministro, maestro de obras, no se habían equivocado. Sus nombres no sólo han llegado hasta nosotros sino que, sobre todo, su obra perdura con su vigor primigenio, inmovilizando en la piedra aquella gran hora en la que Egipto hizo nacer la primera pirámide.

CAPÍTULO 4
Las remeras del buen rey Snofru

El faraón Snofru pasea con rostro sombrío por su palacio sin saber cómo ocupar uno de sus escasísimos momentos de asueto. Él, fundador de la IV dinastía, 2575 a. J. C., a quien llaman «el buen rey» pues es muy amado por sus súbditos, vive un momento de fatiga y desesperanza. Una única solución: solicitar consejo a su mejor ritualista, que conoce perfectamente los rollos de la Regla.

Debidamente avisado, el ritualista no tarda en llegar. Faraón reconoce no haber hallado diversión alguna que pueda alegrar su corazón. ¿Qué puede ofrecerle? El ritualista no vacila ni un segundo: «Que Tu Majestad se dirija al lago de palacio. Toma una barca con todas las hermosas muchachas que hay en tu palacio. El corazón de Tu Majestad se divertirá viéndolas remar, subiendo y bajando. Y mientras contemples las hermosas espesuras de tu lago, tu corazón se divertirá ante ese espectáculo.»[3]

Snofru no vacila en seguir un consejo que juzga excelente. Hace mucho tiempo que el riguroso e infatigable soberano, rodeado de notables consejeros a quienes llama «mis hermanos», «mis amigos», no ha disfrutado de un reparador reposo.

El faraón ordena que se preparen veinte remos de madera de ébano, recubiertos de oro, y que dispongan veinte hermosas mujeres, de pecho firme y cabellos trenzados. Las vírgenes abandonarán su ropa habitual para ponerse una especie de bañador.

Mientras se dirigen a las orillas del lago donde le aguardan tan encantadoras muchachas instaladas en la barca, el buen rey piensa en su reinado tranquilo, feliz, sin problemas, durante el cual el Egipto del Imperio Antiguo ha conocido todas las felicidades. Snofru ha sabido administrar la riqueza para que todos participaran de ella. Ha confiado importantes responsabilidades a su primer ministro, el visir. Ha ratificado la idea de propiedad privada. Ha mantenido una justicia flexible, armoniosa, que ofrece a todo el mundo la posibilidad de defender su causa. Ha autorizado el proceso de la herencia, siempre que los bienes permanezcan dentro de la familia. Calificado como «rey bienhechor en el país entero», ha dado su nombre a numerosas localidades egipcias.

Las muchachas se inclinan ante Faraón que, sin la menor ceremonia, se instala en la popa de la barca. Viste un simple taparrabos. Dejando vagar el pensamiento, contempla a las hermosas remeras, encarnación de la juventud, la belleza y de la alegría de vivir. Bajo los rayos del sol que hacen brillar el agua del lago, sus flexibles cuerpos ondulan al ritmo de los remos que van y vienen. Pero aquello no basta para disipar las brumas que han invadido el corazón del rey. La víspera consultó con el adivino oficial de la corte, Neferti. Faraón le pidió que le desvelara el porvenir de Egipto. La respuesta de Neferti no fue muy agradable: Al escucharle, el rey tendió la mano hacia un cofre que contenía lo necesario para escribir. Tomó un rollo de papiro, una paleta, un cálamo y comenzó a escribir personalmente el relato del adivino. [4]

Neferti anunciaba que Egipto iba a conocer un período muy oscuro, durante el cual se producirían numerosas desgracias. El país sería presa de la anarquía. No debía por ello abandonarse a la desesperación: llegaría un salvador, un mesías. Se llamará Ameni (el futuro Amenemhet I, faraón del Imperio Medio, 1991-1962

a. J. C.). Construirá los Muros del Príncipe, para proteger el delta oriental de las invasiones. Después de las tinieblas, llegará de nuevo la edad de oro.

Bogando por el lago, Snofru piensa en los numerosos y grandes navíos de más de cincuenta metros de largo que ha hecho construir, con madera importada del Líbano, para incrementar su flota mercante. Ha desarrollado la circulación por el Nilo, aumentado la actividad de los astilleros. Naturalmente, la prosperidad económica era fruto de la paz, Egipto no tenía que temer nada de nadie. El rey había ido personalmente al Sinaí, donde un cuerpo del ejército había realizado una demostración de fuerza para impresionar a los beduinos y obligarles a permanecer tranquilos. Grabaron una representación mostrando a Snofru, que agarra por el pelo a un asiático y le aplasta la cabeza con su maza blanca: eterno símbolo de la victoria de la luz sobre las tinieblas, del ordenamiento del mundo por el faraón. Snofru solicitó a sus equipos de mineros un esfuerzo especial para explotar las minas de cobre del Sinaí, dándoles la seguridad de que la policía del desierto les garantizaría una absoluta tranquilidad. Si el Norte está tranquilo, el Sur no lo está menos. Al comienzo de su reinado, sin embargo, Snofru se vio obligado a enviar una expedición relativamente importante a Nubia, no tanto para guerrear como para conseguir personal nubio, destinado a ser empleado en las propiedades reales, y varios miles de cabezas de ganado.

De pronto, la embarcación se detiene. Una de las mujeres ha dejado de remar. Las otras la imitan. Brutalmente arrancado de su meditación, Snofru pregunta qué ocurre. Las jóvenes responden que su superiora no puede seguir remando. Ellas tampoco. Snofru se dirige entonces a la superiora, la más hermosa de todas, que parece muy contrariada. ¿Qué drama se ha producido? Tras varios segundos de mutismo, la mujer accede por fin a res-

ponder, su joya de turquesa «fresca», en forma de pez, acaba de caer al agua. La apreciaba por encima de todo. Al principio, Faraón no da importancia al asunto. Le propone regalarle otra. Pero la remera se muestra inflexible: «Prefiero mi objeto a cualquier otro semejante», responde, huraña.

Faraón sonríe. Él, el dueño de Egipto, el representante de Dios en la tierra, se halla detenido en medio del lago de su propiedad real por el capricho de una mujer. Ve en ello una señal y hace llamar de nuevo al ritualista.

Antes de que llegue, Snofru piensa en la inmensa obra arquitectónica, el más hermoso florón de su reinado: una pirámide de más de cien metros de altura, en Meidum, «la doble ciudad de las dos pirámides de Snofru», en Dahshur, con la gigantesca pirámide norte cuyas bóvedas en saledizo, colocadas a quince metros de altura para cubrir una sala de cuatro metros de ancho, alcanzan la perfección. Snofru, al hacer erigir la segunda pirámide (la «romboidal») quiso expresar todo el simbolismo de la dualidad: doble pendiente, doble entrada, dos salas fúnebres. El propio nombre de «Snofru» contiene ese principio dual, que está en el origen de la vida, puesto que ésta apareció cuando el Creador, Atum, se desdobló en un principio masculino y un principio femenino, y cuando el principio masculino separó el cielo de la tierra. Con esas tres pirámides, Snofru ha revelado la enseñanza iniciática de los sabios y ha dejado a la posteridad un inmortal mensaje de piedra.[5]

Cuando el ritualista se reúne con Faraón, la situación no ha evolucionado. Snofru le cuenta el drama. El ritualista, manteniendo la calma, pronuncia entonces unas palabras mágicas. Cuando el Verbo actúa, toma una mitad del lago y la deposita sobre la otra mitad. Descubre así el fondo. Colocada sobre un cascote, es visible la joya en forma de pez. El ritualista desciende

de la barca y va a buscar el precioso objeto, entregándoselo luego a su propietaria, muy contenta. Más tarde, debe devolver las cosas a su lugar. Con la ayuda de nuevas palabras mágicas, el ritualista deja las aguas del lago en su estado primigenio.

El ritualista fue colmado de presentes y la casa real pasó el resto del día festejando aquel prodigio. Al caer la noche, Snofru fue a pasear, solo, por las orillas del lago. Tenía plena conciencia de haber vivido uno de esos momentos privilegiados en los que, en un país armónico, lo divino podía manifestarse en cualquier momento. Pues sabía muy bien que la superiora de las remeras era la diosa Hathor, la que devuelve la alegría al «corazón estrecho», y que la joya en forma de pez era símbolo de resurrección. La diosa y el ritualista le habían mostrado el fondo del lago, donde se encontraba el verdadero tesoro, sin duda porque era un buen rey, un gran constructor y un hermano para sus hermanos, los hombres.

CAPÍTULO 5
Cuando Keops se negaba a cortar cabezas

Las obras de la gran pirámide están abiertas. Los mejores artesanos de Egipto trabajan en ellas. El suelo de la meseta de Gizeh ha sido nivelado, el transporte de los materiales se efectúa sin problemas, los equipos trabajan con eficacia. Pero Keops, el gran rey, está preocupado. Hace varias semanas que trabaja en el trazado interior del monumento y la disposición de las cámaras secretas que se adecuarán dentro de la pirámide. Keops sabe exactamente qué quiere hacer: descubrir el número de las cámaras secretas del templo de Thot, guardián del conocimiento sacro, gran maestro de los jeroglíficos, las palabras de los dioses, y patrón de los escribas. Reproducirá este dispositivo, el más perfecto de todos, en su «país de luz», es decir en la gran pirámide.

Pero Keops se enfrenta a un obstáculo insuperable. Los archivos de la Casa de Vida no contienen nada al respecto. Sus íntimos colaboradores, los sacerdotes, los ritualistas, los iniciados que forman el círculo de sus hermanos también lo ignoran tanto como él. Ese conocimiento parece haberse perdido.

El poderoso soberano, que mantiene con firme puño las riendas del Estado, se aburre. El país es próspero. Su visir es un administrador notable. Los sacerdotes cumplen perfectamente con su oficio, atrayendo los dioses a la tierra. Los altos funcionarios son hombres competentes, como su yerno Ankh-haf, severo, au-

toritario y riguroso,[6] o Ka-aper, hombre gordinflón, vividor y generoso.[7]

Todo iría a las mil maravillas, le dice Keops a su hijo Djedefhor, si no existiera ese inaprensible secreto. Djedefhor es un iniciado de alto rango. Se encarga de redactar textos sagrados que, mucho tiempo después, formarán capítulos del *Libro de los Muertos*. Los rituales y las fórmulas mágicas son su pan de cada día. Ver cómo se atormenta su padre le apena, tanto más cuanto la gran pirámide debe convertirse en la más fabulosa obra maestra arquitectónica, al tiempo que encarna en sus piedras la enseñanza de los sabios.

«Padre mío —dice con voz suave—, hay en este país alguien a quien no conoces». «Es muy posible —se sorprende Keops—. ¿Por qué me lo dices?». «Porque ese personaje es el mayor mago de Egipto. Vive en la localidad llamada "Snofru es duradero", junto a la pirámide de este faraón, en Meidum. Tiene ciento diez años, la edad que alcanzan los grandes sabios, pero su vigor es aún excepcional. Se afirma que come quinientos panes y medio buey y que realiza verdaderos prodigios. Por ejemplo, devuelve a su lugar una cabeza cortada». Keops está intrigado y vagamente interesado. Pero aquello no basta para apartarle de su mayor preocupación.

«Un detalle más —añade el príncipe Djedefhor—. El prestigioso mago conoce el número de cámaras secretas del templo de Thot». Keops necesita de todo el autodominio que debe poseer un faraón para no saltar sobre su hijo. «Ve a buscarle tú mismo, hijo mío, y tráemelo».

Se disponen en seguida embarcaciones para Djedefhor, que remonta el Nilo hacia la localidad donde vive el mago. Atracan sin problemas. Una vez en tierra, el príncipe se instala en una mag-

nífica silla de manos, de madera de ébano cubierta de oro, y se dirige sin tardanza hacia la morada de Djedi.

El mago está en su casa. Está tendido en una estera, ante su morada. Un servidor unta su cabeza con una pomada, otro le da un masaje en los pies. El príncipe baja de su silla de manos y le saluda.

Le felicita por su notable forma física, asombrándose de que un hombre de su edad goce de tan perfecta salud. Ni enfermedad, ni tos, ni señales de debilidad en un anciano de ciento diez años es algo realmente extraordinario. Djedi no responde. Apenas ha advertido la presencia del príncipe, que le anuncia que viene de parre de su padre, Keops, «justo de voz». La noticia no parece impresionar al mago. Tras haber agotado las fórmulas de cortesía, el príncipe promete a Djedi riquezas a boca de costal. Comerá los más deliciosos manjares, normalmente reservados al faraón y sus íntimos; gozará de una magnífica sepultura.

Djedi toma la palabra por fin. «¡Paz, paz, hijo de rey, amado de tu padre! Que tu padre te recompense y te conceda un excelente rango entre los ancianos. Que tu *ka* luche contra tu enemigo, que tu alma conozca los caminos que conducen a la puerta del otro mundo».

Impresionado, el príncipe ofrece sus manos al mago y le ayuda a levantarse. Éste acepta iniciar el viaje e ir a la corte. Exige que le preparen barcas para sus hijos y sus libros. Djedefhor no se separa de él. Le hace subir a su barca principesca.

El príncipe se presenta, no sin orgullo, ante Keops. «Faraón, señor mío, he traído a Djedi», declara. Keops permanece impasible. Recibirá a su huésped en la gran sala de palacio, como debe hacerse con los visitantes prestigiosos.

Muy tranquilo, Djedi avanza hacia el rey-dios. Keops se extraña: «¿Cómo es posible, Djedi, que nunca me haya encontrado

contigo?». El mago mira a Faraón. «Viene, oh rey, aquél a quien se llama. Me han llamado. Aquí estoy».

El anciano es impresionante, manifiesta una gran seguridad en sí mismo. Keops no tiene menos aplomo. Tras el breve duelo oratorio, el Señor de las Dos Tierras desea verificar, inmediatamente, las afirmaciones de su hijo. «Al parecer, Djedi, sabes devolver a su lugar una cabeza cortada. ¿Son esas habladurías reflejo de la verdad?». El anciano no se desconcierta. «En efecto, soberano, mi señor, soy capaz de hacerlo».

«Siendo así —prosigue Keops—, te reservo un excepcional tema de experimentación. Un condenado a muerte que debe ser ejecutado. Voy a hacer que lo saquen de su calabozo. Lo traerán ante ti. Le cortarán la cabeza y tú volverás a colocársela».

Djedi se atreve a sostener la mirada del faraón. Grave, responde sin temblar: «No, no con un ser humano, Faraón, mi señor. Está prohibido actuar así con un ser que forma parte del sagrado rebaño de Dios».

Reina por unos instantes un pesado silencio. El mago se ha negado a obedecer al faraón, la encarnación de Dios en la tierra. Ha afirmado con claridad su posición. Keops sonríe, sin responder. El hombre que está ante él es, realmente, un sabio. No ha caído en la trampa. En definitiva, el propio Faraón no acepta cortar cabezas humanas.

Traen ante Djedi una oca a quien le han cortado la cabeza. El mago y Faraón saben muy bien que así se ha encarnado, materialmente, el jeroglífico que significa «miedo». Unas palabras mágicas le bastan a Djedi para colocar la cabeza en su lugar, para terminar con el miedo, por lo tanto. La oca se incorpora, se tambalea y comienza a graznar. Djedi realizará sus prodigios con dos animales más, otra oca y un buey.

Hay un tiempo para la magia y otro para el conocimiento. Keops se acerca a Djedi. «Me ha sido revelado —dice el faraón— que conoces el número de las cámaras secretas del templo de Thot. ¿Es también verdad eso?». El anciano parece algo molesto. «No del todo, mi señor. Ignoro el número, pero conozco el lugar donde se guarda este secreto. En Heliópolis, la ciudad santa del dios Ra, en el interior de la cámara de los archivos secretos. Hay allí un cofre y en el cofre se halla el secreto que buscas».

El gozo invade el corazón de Keops. «Pues bien, mago, irás a Heliópolis. Entrarás en la cámara de los archivos, abrirás el cofre y me traerás el documento». «Imposible —replica Djedi—. Esta misión no puede serme confiada». Sorprendido, Keops está a punto de enojarse: «¿A quién, entonces?».

El anciano medita antes de responder. Su papel en esta tierra se acerca a su fin. Ha alcanzado la edad de los sabios, los ciento diez años, sólo para vivir esta hora excepcional, esa entrevista con el hombre más poderoso de la tierra, para indicarle cómo acceder al libro de Thot y construir su pirámide.

«La mujer de un sacerdote de Ra, el dueño de Heliópolis, está preñada de la luz. Pronto parirá tres hijos. El primogénito de esos tres hijos de la luz se convertirá en sumo sacerdote de Heliópolis, el mayor de los videntes. El te comunicará el secreto.»[8]

Así se cumplió el destino, descifrado por el mago Djedi. Keops fue efectivamente depositario de los secretos de Heliópolis y de Thot. El dispositivo interior de la gran pirámide comprende varios corredores y tres cámaras principales. La más baja, llamada «inconclusa», simboliza la materia en su aspecto primordial, antes de la aparición de la conciencia. Es un callejón sin salida. Sin embargo, puede salirse de ella para ascender hacia la cámara del medio, de la que sólo una parte está trabajada con esmero. Es una etapa intermedia, pero hay que llegar más arriba,

hasta la cámara del rey, construida de acuerdo con la Divina Proporción y que alberga una matriz de resurrección, el sarcófago. Allí, en el corazón de una verdadera pila atómica de naturaleza espiritual, el Señor de las Dos Tierras era regenerado e inmortalizado, llevando a su pueblo entero hacia los paraísos celestiales, el «rebaño de Dios» en el que ninguna cabeza faltaba.

CAPÍTULO 6
La epopeya de las pirámides

El anciano maestro de obras Uasptah[9] tiene el corazón lleno de alegría. En este año 2340 a. J. C., el faraón Neferirkare inspecciona los trabajos de su pirámide. Está especialmente satisfecho de la obra realizada por Uasptah, que es, a la vez, arquitecto y jefe de todas las obras de Faraón y primer ministro de Egipto. Una tarea abrumadora, al igual que la de Imhotep y todos aquéllos que le han sucedido en esta función desde el reinado de Zóser.

El faraón expresa sus alabanzas, pero el maestro de obras le escucha cada vez peor. Hay una especie de niebla delante de sus ojos. Va a sufrir un desmayo. Unos brazos le sostienen. Le colocan en una silla de manos. Se desvanece.

Uasptah vuelve en sí en una habitación del palacio real. Faraón está a su cabecera. El Señor de las Dos Tierras, preocupado, le pregunta en seguida qué le ocurre. «Es inútil, mi señor, ocultarse la verdad —responde el maestro de obras—. La hora de la muerte ha llegado». Ninguno de los se lamenta. La muerte es una prueba para la que están preparados desde hace mucho tiempo. Faraón comunica a Uasptah que le ha encargado un sarcófago de ébano. El hijo mayor del maestro de obras se encarga de preparar la tumba de su padre. El rey en persona velará para que la morada de eternidad de su arquitecto sea magnífica.

Uasptah se dispone a pasar su última noche en la tierra de los vivos. Faraón permanece a su lado. Juntos evocan la extraordinaria epopeya de las pirámides. La edad de oro del Imperio Antiguo que vio levantarse hacia el cielo esas formas perfectas. El maestro de obras recuerda la meseta de Gizeh, «el Alto», donde se construyeron las pirámides de Keops, Kefrén y Mikerinos, que llevan respectivamente los nombres de «Keops es aquél que pertenece al país de la luz», «Kefrén es grande» y «Mikerinos es divino». La Esfinge, fenomenal piedra bruta tallada por escultores geniales, es el custodio de aquel territorio sagrado.

Faraón recuerda a sus ilustres predecesores que fueron modelos para él. Keops, calificado de «dios perfecto», era un gran sabio que fue capaz de encontrar el numero y la disposición de las cámaras secretas del templo de Thot, el dios del conocimiento. Desveló su naturaleza y su planta en el interior de su gran pirámide, que comprende tres cámaras dispuestas verticalmente, desde el suelo bruto de la materia no trabajada hasta la perfección del sarcófago de la «cámara del rey». Allí fue colocado su cuerpo de luz.

Kefrén fue asimismo un constructor prodigioso. Además de su pirámide, que casi iguala en importancia la de Keops, hizo construir un templo de granito, algunos de cuyos bloques pesan más de ciento cincuenta toneladas. En aquel austero edificio, las estatuas reales eran iluminadas, una a una, por los rayos del sol que pasaban por un complejo dispositivo de aberturas.

Mikerinos hizo edificar la más pequeña de las tres grandes pirámides de la meseta de Gizeh, pero también la que tiene bloques más grandes. El rey inspeccionó a menudo los trabajos de su pirámide y dotó a sus dignatarios de ricas mastabas, esas tumbas que forman alrededor del monumento real una corte de eternidad.

¿Pero qué es una pirámide, observa el maestro de obras, sino un ser viviente? Se le abre ritualmente la boca para que exprese el Verbo, tiene un nombre, es uno de los aspectos de la persona real, para protegerla se pronuncian fórmulas mágicas.

No es en absoluto un monumento aislado, sino el sanctasanctórum de un conjunto arquitectónico que comienza con un templo-embarcadero, junto al Nilo, prosigue por una larga rabada cubierta, que lleva a otro templo colocado ante la pirámide que constituye el objetivo de ese recorrido simbólico. La pirámide, en jeroglífico, se llama *mer*. lleva el mismo nombre que el Amor que da la vida, que el canal por el que circula la energía vivificadora del agua, que la azada con la que Faraón abre la tierra para excavar la fosa de cimientos de un templo. Es fusión de los triángulos creadores, rayo de luz petrificado, escalera hacia el cielo. Por ella, el alma de Faraón se reúne con la luz de la que salió.

Uasptah recuerda los trabajos de cimentación de la obra que dirigió durante tantos años para levantar la pirámide de su rey. Dispuso un puerto fluvial para desembarcar los materiales que transportaban por el Nilo pesadas barcazas. Cuando necesitaban granito iban a buscarlo a Asuán. Tenían que desbrozar el terreno elegido, pulirlo, enrasarlo, como en la meseta de Gizeh, donde esa obra preparatoria resultó casi tan colosal como la propia pirámide. Era indispensable, en efecto, allanar la roca para obtener una perfecta horizontalidad. El faraón, acompañado por los sabios de la Casa de Vida, iba a efectuar una observación astronómica para determinar la implantación del monumento, en armonía con las leyes celestes. Utilizaba un instrumento realizado con una regla y un hilo emplomado. Luego actuaba el arquitecto. El tiempo no contaba. El trabajo se llevaba a cabo a un ritmo regular, en todas las estaciones.

Nada habría sido posible sin los hombres, sin esos equipos, poco numerosos, de artesanos iniciados, que contaban en sus filas con «grandes maestros del trabajo creador», especialistas en piedras, a los que les gustaba llevar el sencillo y antiguo título de «carpintero». Algunos nombres acuden a la memoria de Uasptah: Khufu-Ankh, uno de los maestros espirituales de la Casa de Vida, jefe de todas las obras de Faraón; Henyunu, primer ministro de Snofru, maestro de obras de Keops; Ankhaef, que trabajó también junto a ese rey; y tantos otros que descansan hoy en sus tumbas, muy cerca de su rey, participando de su eternidad.

Los constructores de pirámides dependían directamente de Faraón. Eran considerados el cuerpo de élite de la nación. No estaban sometidos a los trabajos temporales de los campesinos o de otros cuerpos de oficio. Se les reservaban ciudades o barrios urbanos, espaciosas moradas acogían a los maestros y a los vigilantes. Existía una sola tarea para esos hombres, que respetaban una rigurosa jerarquía: construir templos, tumbas y palacios.[10] Las pruebas que debían superarse eran difíciles. Se exigía competencias intelectual, manual, probidad, sentido del secreto. Se instruye al aprendiz en el manejo de los instrumentos, el funcionamiento de la obra, el respeto de la Regla. Se le hace descubrir mil y una técnicas. Los escribas de la Casa de Vida imparten cursos de jeroglíficos, revelan los libros sagrados, enseñan el «programa» de las escenas simbólicas que deberán grabarse, pintarse y dibujarse en los muros de las tumbas. El aprendiz aprendía a tallar las más duras piedras, a manejar broca y taladro, a participar en el levantamiento de enormes monolitos. Geómetras, canteros, talladores de piedra, escribas y herreros que fabricaban las herramientas trabajaban en sus puestos respectivos en función de una organización perfectamente puesta a punto, de la que era responsable el maestro de obras. En las tareas secundarias recibían la ayuda de peones que disponían de un contrato de trabajo, solda-

dos y campesinos sin trabajo en la estación de la inundación. Nadie de estos últimos era iniciado en el secreto de la construcción propiamente dicha.

La cofradía de constructores de pirámides gozaba de la más alta consideración. Sus miembros trabajaban mucho pero vivían felices. Faraón se preocupaba por su salud; les concedía mejores alimentos, cuidaba de que los graneros estuvieran siempre llenos para ellos, de que siempre tuvieran pan, cerveza, aceite, trigo en abundancia, de que fueran vestidos con las mejores telas.

Uasptah evoca con emoción las horas inolvidables pasadas construyendo la pirámide real. Alrededor iba levantándose poco a poco una «ciudad de pirámide», poblada de artesanos, religiosos y administrativos. Oficiaban allí los «sacerdotes del *ka*», encargados de mantener mediante ritos el poder vital de Faraón. Faraón concede a sus íntimos y a sus fieles una tumba, un sarcófago, mesas de ofrenda, estelas, asegura el culto funerario en esa ciudad del más allá materialmente presente en la tierra. Son los vivos quienes se encargan del feliz destino de los muertos. Se comunican con ellos por las «falsas puertas», esas pantallas de piedra que dejan pasar las almas.

Uasptah, el maestro de obras, recuerda también su papel de primer ministro, de visir, de «compañero único» del rey. Fue distinguido entre los funcionarios de alto rango, a quienes se denominaba «los ojos y los oídos de Faraón». Ha ido subiendo los peldaños de la jerarquía de palacio, fue portasandalias, encargado de las coronas, sacerdote del *ka*. Colocado a la cabeza de la Administración, reinó sobre los grandes cuerpos del Estado, sobre los Archivos, sobre el Tesoro, se rodeó de jefes de misión a quienes envió por el país entero. Los escribas de la Casa de Vida, los jefes de los secretos estuvieron todos a sus órdenes. El mismo vio y oyó lo que sólo un Compañero puede ver. Fue iniciado en los

misterios de las palabras divinas, descubrió el secreto del tribunal de justicia que funciona tanto en el cielo como en la tierra. A su lado, los sabios: matemáticos, geómetras, pero también médicos, iniciados por la temible diosa Sekhmet, tan capaz de hacer vivir como de hacer morir, en resumen, toda la élite intelectual y espiritual de Egipto.

Ese poder nunca ha embriagado al maestro de obras y visir Uasptah. Su mayor título de gloria, como el de sus predecesores, fue servir: servir a Maat, la armonía universal, servir a Faraón, el gran dios, servir a Egipto, la tierra bendita. Muy pronto sus ojos de carne van a cerrarse. Su cuerpo perecedero se transformará en cuerpo inmortal, la momia. Colocarán a ésta en una narria y la arrastrarán hasta el Nilo, para meterla en una barca que atraviese el río y atraque en la orilla oeste, la de los muertos. Sus parientes la acompañarán hasta la tumba, donde los sacerdotes le abrirán la boca y los ojos, pronunciarán las fórmulas mágicas para que el resucitado pueda desplazarse por el otro mundo. La momia es ritualmente bajada a la sepultura; allí, en el corazón de las tinieblas, seguirá «funcionando» como una central de energía. El *ba*, el alma-pájaro, la abandonará periódicamente para ir a empaparse de fuerzas vitales en el sol y regresará luego a la tumba para redistribuir luz. Pero el difunto no desaparece. Gracias a una capilla abierta al mundo exterior, los muertos permanecen en comunicación con los vivos.

En el interior de la casa de eternidad, las escenas recuerdan la vida cotidiana del difunto, su oficio, sus funciones, los momentos felices vividos con su familia, sus ocios. Aquí todo es de orden mágico. Todas esas escenas están vivas para siempre, hacen inmortales a sus actores.

El muerto se convierte en un Osiris. Abandonando su cuerpo mortal, penetra en el cuerpo momificado del dios donde se pre-

para su resurrección. Por el poder de la palabra y el conocimiento de las fórmulas adecuadas se convertirá en hermano de los dioses, explorará los espacios celestiales, dominará las potencias del cosmos.

Sus herederos, en tierra, le cuidarán cubriendo sus mesas de ofrendas y yendo a celebrar banquetes en su tumba. Gracias a las representaciones mágicas nunca carecerá de pan, de pasteles, de pescado, de carne, de legumbres, de quesos, de frutos. ¿Acaso la vida en la eternidad no es un perpetuo banquete al que están invitados dioses, astros y hombres?

El faraón y el maestro de obras Uasptah evocan juntos el placer de vivir en los tiempos de las pirámides, el respeto por los ancianos, la piedad filial, el culto de la familia, el sentido de responsabilidad de los grandes y los nobles, el respeto de los servidores y de los humildes. Todos pensaban en su prójimo.

¿Cuántas dulces horas y felices se vivieron en familia? La madre es el «ama de casa», el padre encarna la Regla que cada cual debe respetar. Un hijo que comete injusticia y rechaza sus deberes es la peor de las calamidades. Hay que expulsarlo de la morada antes de que la destruya, pues no es ya digno de llevar el nombre de hijo. Calamidad rara, afortunadamente. Los hijos de Uasptah han respetado a su padre y se han mostrado tiernos con su madre. Han sabido evitar que penetrase en sus corazones la codicia y la avidez. Han fundado un hogar, han amado a su esposa y sus hijos. Amar a la mujer es un presente de los dioses; por eso hay que mostrarse atento, vestirla bien, alimentarla bien, satisfacer sus deseos, serle fiel. Una mujer feliz es como un campo fértil. Hace próspera su mansión. Respira el perfume del loto de donde renace el sol de la mañana.

Uasptah siente que el aliento de vida mengua. Muy pronto abandonará su cuerpo. Muy pronto el que fue primer ministro

de las Dos Tierras entrará en su mastaba, muy próxima a la pirámide de su señor, el faraón. Estará rodeado de escenas de pesca, de caza en el desierto y las marismas, de jardines con árboles cargados de frutos, de rebaños, de artesanos trabajando, carpinteros, constructores de barcos, talladores de piedra, fabricantes de estatuas, joyeros, orfebres, tejedores. Todos seguirán viviendo a su lado.

El viejo servidor se extingue. Con él concluye la época de las pirámides, la época de los gigantes de piedra, el universo glorioso del Imperio Antiguo. A su lado, Faraón, el rey-dios, invoca a Maat, la norma universal, la Regla de vida, la diosa que ostenta el secreto de la sabiduría y prefiere el silencioso al apasionado, el generoso-de-corazón al envidioso, ofrece todas las virtudes a quien sabe hacerla vivir en sí. Maat es el zócalo de las estatuas divinas. Es también el codo, la proporción sagrada que sirve para trazar el plano de las pirámides. «Nunca se realizan las intenciones de los hombres; se realiza lo que Dios ordena», dice Faraón.

Uasptah, que se hizo grande tras haber sido pequeño, rico tras haber sido pobre, que supo elevarse hasta la cima de la condición humana, no ha sido avaro. Puesto que su fortuna es un don de Dios, ha dado mucho. Y repite las palabras que, ante la balanza del juicio, le abrirán las puertas de los paraísos celestiales: «He dicho la verdad, he actuado según la Regla; he dado pan al hambriento, he dado de beber a quien tenía sed, he vestido a quien iba desnudo; he hecho cruzar el río a quien no terna barca, he dado una sepultura a quien no tenía hijo. He salvado al débil de quien era más fuerte; he respetado a mi padre, he sido tierno con mi madre…».

La voz del maestro de obras se ha extinguido. Faraón ha perdido a su más fiel amigo, al hombre capaz de construir moradas de eternidad. Desde la ventana de palacio, el dueño de Egipto

contempla, a lo lejos, la pirámide donde muy pronto su cuerpo mortal se transformará en cuerpo inmortal.

CAPÍTULO 7
El más antiguo libro del mundo

La V dinastía acaba. En este año 2325 a. J. C., el faraón Unas contempla con admiración las tres pirámides gigantescas de la meseta de Gizeh, que revelan las leyes geométricas de Maat, la Regla de oro del universo. Como cualquier faraón, fue iniciado a esta ciencia en la Casa de Vida. Como sus predecesores, habría podido edificar una pirámide similar, si no en su forma, al menos en su principio. Pero los sabios de la Casa de Vida le confiaron una misión muy distinta. Una misión tan preñada de consecuencias que Faraón necesitaba un largo paseo solitario por el desierto antes de tomar la última decisión, que ninguno de sus sucesores podría ya nunca cuestionar.

Su reinado, de unos treinta años, no va a dejar casi ningún rastro material. El país, próspero, ha permanecido en paz bajo la sabia administración del visir. El rey, por su parte, se ha consagrado por completo a una tarea gigantesca: hacer hablar a las pirámides.

Hasta hoy ningún texto había sido inscrito en las paredes de las pirámides. La transmisión de los ritos, de los símbolos y de la enseñanza secreta de Heliópolis se efectuaba de modo oral. Pero los sabios de la ciudad del sol han considerado que esta época había terminado. Tras haber expresado su mensaje en forma estrictamente geométrica, en Saqqarah y Gizeh, han decidido grabarlo en la piedra, incorporarlo a los textos jeroglíficos. Y su pirámide,

la de Unas, ha sido elegida para convertirse en la primera pirámide parlante.

El reino de eternidad de Unas se yergue muy cerca del de Zóser, en Saqqarah, colocándose así bajo la protección del gran antepasado y de su maestro de obras, Imhotep.

La suerte está echada: Faraón va a inspeccionar las obras de su pirámide y a conversar con talladores de piedra, dibujantes, escultores y grabadores para que la obra se inicie y se lleve a cabo. Unas llega al embarcadero especialmente construido para servir de edificio de acogida a su dominio. Lentamente, avanza paso a paso por la inmensa calzada cubierta, de más de setecientos metros de largo, que lleva a la pirámide. En los muros interiores de esta magnífica calzada hay escenas que representan artesanos trabajando, cazas en el desierto, la trágica hambruna resultante en ciertas provincias, de varios años de crecidas insuficientes, el transporte de obeliscos en barco. El rey recuerda momentos felices y dramáticos, piensa en las numerosas mastabas que, dispuestas a uno y otro lado de su calzada, servirán de moradas de eternidad para los miembros de su corte, la calzada concluye en un templo adosado a la pirámide. Ahí están las estelas que harán vivir el nombre del soberano.

Tiene ahora que abandonar la luz del exterior para penetrar en el dominio subterráneo. Unas piensa en el nombre que lleva su pirámide: «Perfectos son los lugares». El lugar, en efecto, fue cuidadosamente elegido por los iniciados conocedores de las energías del cielo y de la tierra. Cuando se produzca su muerte física se practicarán en él, como en la pirámide, los ritos de abertura de la boca y de los ojos, para que el hombre y su obra sigan hablando y viendo en el otro mundo.

El acceso es difícil. El rey debe inclinarse, doblarse para iniciar el descenso por el interior de un estrecho túnel. Llega muy

pronto a una parte horizontal y desemboca en el santuario de la pirámide, el sepulcro donde se ha colocado ya el sarcófago.

Unas permanece inmóvil en el restringido espacio. Levanta los ojos a la bóveda donde se han inscrito unas estrellas. El cielo de piedra de la pirámide está abierto al cosmos. Unas tiene la sensación de estar en el interior de un libro, el más antiguo libro sagrado de la humanidad, del que va a escribir la primera página, la primera línea, el primer jeroglífico. Ha llegado el momento. Faraón indica el lugar al grabador: el muro sur de la cámara del sarcófago. El cincel del tallador de piedra da forma a los primeros signos de los *Textos de las Pirámides*:

> *El faraón no ha partido muerto*,
> *ha partido vivo*.

Los muros interiores de la pirámide de Unas se cubrirán de textos. Lo mismo ocurrirá con las pirámides de Teti, Pepi I, Merenre y Pepi II, todos faraones de la VI dinastía. Los monumentos de las reinas Neith, Udjebten y Apuit servirán también de soporte para esos textos pertenecientes al más antiguo fondo de la religión egipcia. Luego, de la piedra pasarán a la madera. A finales del Imperio Antiguo y durante el Imperio Medio, los *Textos de las Pirámides* se convertirán en *Textos de los Sarcófagos*. De la madera pasarán al papiro, conociendo una metamorfosis postrera para convertirse, en el Imperio Nuevo, en *Libro de salir a la luz* (tan mal llamado «Libro de los muertos»).

Unas ha sido plenamente consciente de estar inaugurando una tradición iniciática que alimentará el alma egipcia durante siglos. Los textos de su monumento funerario proporcionan el primer conjunto de *Textos de las Pirámides*, el más canónico y por lo tanto el más esencial. Vendrán luego variantes, adiciones, desarrollos. Pero el «núcleo» ya está allí, formulado en una lengua concisa,

matemática, rigurosa, de gramática tan pura como una arista de pirámide, de expresión poética tan poderosa como un amanecer.

Necesitaríamos un gran volumen para ofrecer la traducción completa de los *Textos de Las Pirámides* y el imprescindible comentario. Esperemos que la egiptología realice algún día esa tarea urgente y primordial.

¿Por qué no reconocerlo? Los *Textos de las Pirámides* se han convertido para el autor de estas líneas en un libro de cabecera. ¿Cómo no conmoverse con el canto de los jeroglíficos, considerados como entidades vivas, hasta el punto de que Faraón ordenara parar en dos serpientes y fieras para que no se ataquen en el otro mundo? ¿Cómo no sentir la presencia de lo sagrado al descifrar esas columnas de signos mágicos que hablan de resurrección, de eternidad, de metamorfosis incesantes de la conciencia? El rey ha parado vivo hacia los paraísos celestes. No llevaba la muerte en su seno. No es un cadáver el que realiza el gran viaje, sino un ser divinizado que asciende al cielo subiendo la escalera de las potencias creadoras, incorporándose a un rayo de luz, convirtiéndose en humo de ofrenda. El rey conoce los nombres de las puertas y de sus guardianes. Es capaz de pasar, desea vivir en compañía de los dioses. Se alimenta, por otra parte, de su sustancia energética durante sus tres comidas, por la mañana, a mediodía y por la noche. Es a la vez Ra, el principio de luz, y Osiris, el principio de metamorfosis. El faraón se convierte en Atum, el arquitecto de los mundos. Su cuerpo es el de un hombre inmenso, a escala del cosmos. Por él circula la vida celeste: «Nació —dicen los *Textos de las Pirámides*— cuando el cielo no había sido creado todavía, cuando la tierra no había sido creada todavía, cuando los dioses no habían sido creados todavía, cuando la muerte no existía aún».

He aquí lo que enseñaban los sabios de Heliópolis, he aquí lo que revela el más antiguo libro del mundo: la Vida anterior a la vida y la muerte.

CAPÍTULO 8
Un enano en la corte

En este año 2248 a. J. C., a finales ya de la VI dinastía, la última del Imperio Antiguo, una gran agitación perturba la corte del faraón. El rey de Egipto es muy joven. Efectivamente, es un muchachito de diez años quien ocupa el trono de las Dos Tierras. Asumiendo en la infancia la función más prestigiosa, el rey Pepi II conocerá el reinado más largo de la Historia, puesto que permanecerá noventa y cuatro años a la cabeza del Estado. Conocerá la triste disgregación del poder central y los achaques de una decadencia. Pero, de momento, el pequeño soberano, investido con la omnipotencia de sus antepasados, aguarda con impaciencia el regreso de un célebre explorador que partió hacia Nubia. El aventurero ha prometido traerle un presente excepcional.

El tiempo de las grandes pirámides ha pasado. La corte de Faraón sigue siendo brillante, pero los jefes de provincias han ido socavando poco a poco el poder central, hasta el punto de debilitarlo seriamente. En el niño-rey se distingue ya la voluntad de mantener Egipto en una armonía que no ha sido turbada desde el reinado de Osiris. Ése es el deber que todo hijo ha recibido de su padre. No aplicar esta ley divina sería permitir que la violencia invadiese todo, que la barbarie devastara las Dos Tierras.

El joven soberano está rodeado de hombres notables, como el maestro de obras Meriptahankhmerire, cuyo nombre significa que es amado, al mismo tiempo, por el dios Ptah, señor de los

artesanos, y por Ra, el principio de luz. Ese gran arquitecto dio el ejemplo al entregar su ropa a quien iba desnudo, al alimentar a quien tenía hambre y sed. Cuando preparó su morada de eternidad, no obligó a trabajar a nadie, firmando contratos ventajosos para los artesanos que entraron a su servicio. Su hermano se convirtió en un excelente escriba que le acompañaba a las obras para tomar nota. Llevó luego su Regla y fue su fiel compañero a lo largo de toda su carrera. El maestro de obras fue también un brillante administrador, desarrollando tan bien su dominio que fue alabado por sus servidores.

Karapepinefer, gran señor de la ciudad de Edfú, mostró también un comportamiento digno de elogio. En su provincia, nadie pasó hambre. Tomó de sus graneros lo necesario para pagar las deudas en especies de los más pobres. Se ocupó, especialmente, de los más desfavorecidos, liberando a los desvalidos de las manos de los ricos y arbitrando los conflictos con imparcialidad.

El íntimo, el amigo, el confidente es Uni, vigilante de los sacerdotes de la pirámide real, jefe de los dominios de palacio, gobernador del Sur. Sólo él está al corriente de los más secretos asuntos. Eminencia gris, el visir, el primer ministro, le presta oídos, y recibe las confidencias de Faraón. Uni tuvo incluso que resolver los delicados problemas del harén real, donde se planteaban cuestiones de prelación. Su sentido de la diplomacia obró maravillas y recibió las más grandes recompensas. Ese «amigo único» sabía también mostrarse enérgico cuando era necesario. Así, fue un valiente general que hizo la guerra contra los asiáticos, a la cabeza de un ejército de varias decenas de miles de hombres. Los reclutas acudían de todas las provincias de Egipto. La estrategia fue establecida por el propio Uni. Se trataba de un asunto importante, pues era preciso lograr que cesaran las incursiones de los beduinos en el nordeste del país. Aquellos bandole-

ros resultaban peligrosos para las caravanas. Aquellos hombres turbulentos eran llamados «los merodeadores de arena»; Uni supo conducir cinco campañas para someterlos.

El general Uni se sintió especialmente orgulloso del comportamiento de sus tropas; ciertamente habían destruido el país de los rebeldes, sus fortalezas, cortaron sus higueras y sus viñas, incendiaron sus moradas e hicieron prisioneros; pero los militares se comportaron también como hombres responsables, bien dirigidos. Ni uno solo de ellos robó a su compañero. Ninguno arrebató el menor bien a un civil encontrado por el camino, tratárase de pasta para pan o de sandalias, ninguno robó telas o alguna cabra a los habitantes de las aldeas atravesadas.

Las operaciones militares no siempre se desarrollaban tan bien. Durante la preparación de un viaje hacia Punt, en la costa asiática del mar Rojo, unos carpinteros egipcios construían en el propio puerto los navíos que debían servir para la travesía. Fueron atacados y asesinados por unos beduinos. Los cuerpos fueron repatriados y el rey tuvo que ordenar una operación de policía para castigar a los criminales.

Pero esos dramáticos acontecimientos están muy lejos del pequeño faraón dotado de inmenso poder, que reina sobre una corte fastuosa. Él es la encarnación de Dios ante la que todos se prosternan. Él es el Maestro de los maestros, el ser consumado que dialoga con los dioses. Muy pronto, ¡ay!, el poder quedará fragmentado, los jefes de provincias se convertirán en pequeños monarcas, escapando progresivamente a la autoridad de Faraón. Menfis ya no será la capital de las Dos Tierras sino sólo la de su región. Negras perspectivas que el jovencísimo Pepi II no divisa todavía. De momento, sólo piensa en la extraordinaria carta que acaba de recibir dé Hirkhuf. Éste es un rudo explorador, acostumbrado a recorrer las desconocidas tierras del gran Sur. África

no tiene secretos para él. Hirkhuf trae siempre de sus viajes un rico botín. Y esta vez se ha superado. En su carta anuncia que trae a Faraón… un pigmeo. ¡Uno de esos enanos bailarines procedentes del país de los habitantes de la luz!

Pepi II toma la pluma para responder a Hirkhuf. Le felicita por el éxito de su expedición, le agradece de antemano los numerosos presentes que Hathor le ha permitido acumular para el *ka* del rey del Alto y Bajo Egipto. Pero todo eso no es nada ante el enano danzarín. Ciertamente, los ha habido muy célebres en la Antigüedad, como aquel pigmeo traído de la tierra de Punt por un tesorero del Dios, bajo el reinado del faraón Asosi (V dinastía). Pero el de Hirkhuf es único, sin par, el rey está convencido de ello.

Pepi II no se anda por las ramas. Hirkhuf repite por todas partes que sirve a su rey con fidelidad, que se pasa la vida haciendo lo que Faraón ordena: ¡he aquí una excelente ocasión para demostrarlo! ¿Desea nuevos honores, nuevas riquezas, una fama establecida para siempre en el corazón de los hombres? Pues bien, que vele por el pigmeo como si fuera el más raro tesoro. Faraón quiere verle en la corte lo antes posible. Pero ¡cuidado!, Hirkhuf no debe correr el menor riesgo. ¿Y si al enano se le ocurriera tirarse al agua y se ahogara? Para evitar semejante calamidad, que el propio Hirkhuf se consagre a la seguridad del pigmeo. Que no confíe en ninguno de sus marinos. Que no duerma y pase noche y día junto al enano, evitándole el menor inconveniente. Que le divierta, le haga jugar, le alimente lo mejor posible, lo mantenga fuerte y en buena salud. Varias precauciones valen más que una: que hombres sabios y prudentes rodeen al pigmeo, a ambos lados del barco. Que duerman junto a él, bajo su tienda, mientras él duerma. Naturalmente, que abandone Hirkhuf cualquier eventual proyecto y, sin perder un segundo, na-

vegue hacia el norte para acompañar a su distinguido huésped hasta la residencia real.

«Pues Mi Majestad —concluye Pepi— desea ver este enano más que todos los preciosos productos del Sinaí o de Punt».

La voluntad del faraón es de esencia divina. Hirkhuf recibe la carta. ¡Qué honor para él! Da en seguida órdenes de que graben el texto en la tumba que le está reservada, en Asuán, en el extremo sur de la tierra de Egipto, a las puertas de Egipto. Ciertamente, la fama del explorador es ahora inmortal. Colmado, con el corazón hinchado de alegría, Hirkhuf hace embarcar a su protegido y, dejándolo todo, boga hacia la capital.

El viaje se desarrolla sin problemas. Hirkhuf no lo dudaba pero, de todos modos, se siente aliviado cuando llega a destino. La noticia de su llegada es transmitida al soberano, que le convoca inmediatamente a palacio. Hirkhuf y el pigmeo están igualmente conmovidos. El primero, porque acaba de lograr que el Señor de las Dos Tierras reconozca su hazaña, el segundo porque comparece ante un rey-dios, tan capaz de dar la vida como de dar la muerte. El hombrecillo arrancado de la lejana Nubia está, incluso, aterrorizado. Pero advierte que el faraón de diez años no es mucho más alto que él y que no se muestra inamistoso, ni mucho menos. La sonrisa de Pepi II es radiante. Sin embargo, una orden brota de sus labios: «¡Baila! ¡Baila la danza de los dioses para alegrar el corazón de Faraón!». El hombrecillo, intrigado, vacila. Los miembros de la corte le alientan con la mirada. Una orquesta compuesta por tres muchachas que tocan la flauta, el arpa y el tambor comienza a tocar. Entonces crece en él el innato sentido del movimiento. El enano se mueve cadenciosamente, encuentra por instinto los gestos de sus antepasados.

La danza del Dios se ha celebrado ante Faraón. El enano vivirá mucho tiempo en la corte, tendrá el favor de Pepi II y dará testi-

monio, con su arte, de esa maravillosa hora en la que la mirada de un niño-rey quedó maravillada.

CAPÍTULO 9
Los exploradores de Nubia

El viaje termina. Hirkhuf, fiel servidor de los reyes Merenre y Pepi II, regresa de una de sus lejanas expediciones por África. Vuelve a Elefantina,[11] la capital del primer *nomo* del Alto Egipto, cabeza del país. A Hirkhuf, Elefantina le gusta por encima de todo. Acacias, moreras, datileras, palmeras-*dum* dan sombra a sus callejuelas. Alrededor de la ciudad, bosques de datileras y acacias. Hirkhuf descansa en su gran jardín, tomando el fresco bajo la parra cuya uva le proporciona un excelente vino. Dentro de un rato irá a pasear por los muelles para saludar a los marinos que conoce, llegará hasta el mercado animado por las discusiones entre egipcios, libios y nubios. Elefantina es la vida palpitante, animada, vibrante como al explorador le ha gustado siempre. En todas partes reina un perfume de aventura. Los misterios de África atracan en las orillas del Nilo y se vierten en los corazones, creando una raza de hombres orgullosos, intrépidos, que no retroceden ante ningún peligro.

Mientras llega a su fin ese Imperio Antiguo, los príncipes de Elefantina son poderosos señores provinciales cuyo territorio se beneficia de un estatuto especial, concedido por la corona. Les ayudan intérpretes que hablan lenguas extranjeras y conocen, ellos mismos, numerosos dialectos africanos para poder llevar a cabo intensas negociaciones comerciales, pues Elefantina es uno de los mayores mercados de Egipto.

El comercio, por supuesto, pero sobre todo la aventura. Hirkhuf piensa en sus predecesores, que tantas rutas abrieron en el profundo Sur, especialmente Pepinakht y Mekhu. Pepinakht era un gran personaje, general de un cuerpo del ejército y príncipe de Elefantina, recibió del faraón Pepi II una penosísima misión: devolver a Egipto los cuerpos de los egipcios exterminados por los beduinos a orillas del mar Rojo. Pero mandó también un cuerpo expedicionario en Sudán para meter en cintura a las efervescentes tribus africanas. Mekhu, otro príncipe de Asuán, llevó a cabo funciones idénticas a las de Pepinakht; sin embargo, su expedición, que superó la segunda catarata del Nilo, terminó mal: el egipcio murió a manos de los sudaneses. Ser enterrado en un país extranjero es, para un súbdito de Faraón, una insoportable desgracia. Por eso su hijo Sebni, en cuanto supo la horrenda noticia, reunió a los campesinos de su dominio y un centenar de asnos para transportar armas y provisiones, y partió luego hacia el sur, esperando encontrar el cuerpo de su padre y devolverlo a Egipto. Sebni no utilizó la fuerza sino la diplomacia. Ofrece a los africanos chucherías, cuentas de cristal, alimentos. La moneda de intercambio parece suficiente para evitar un enfrentamiento. Entregan a Sebni los despojos mortales de su padre que es piadosamente, depositado en un rudimentario sarcófago y colocado a lomos de un asno. Muy pronto el infeliz Mekhu descansará en su tumba de Elefantina. Conmovido por la piedad filial de Sebni, Pepi II le hará ir a la corte de Menfis para felicitarle personalmente y colmarle de honores.

La muerte está tan presente en Elefantina… No se la oculta, muy al contrario; basta con contemplar las laderas de las colinas de la orilla izquierda del río. Allí se han excavado las tumbas de quienes forjaron la gloria de la ciudad. Una larga rampa, muy empinada, asciende desde la ribera hasta la entrada del sepulcro; se la utilizaba para jalar el sarcófago colocado en una narria. Des-

de el hermoso Occidente, desde esa tierra de sol y de paz, los muertos glorificados contemplaban la vida de su ciudad.

Hirkhuf no está dispuesto todavía a emprender el sueño postrero. Su cuerpo está lleno de vigor. La atracción del gran Sur se agita en él como un fuego inextinguible, a pesar de una carrera larga ya, cuyos episodios relatará detalladamente en los muros de su tumba.

Príncipe, gobernador del Alto Egipto, tesorero del rey del Bajo Egipto, amigo único, ritualista y jefe de los intérpretes: Hirkhuf tuvo a su cargo las más pesadas responsabilidades administrativas y las llevó a cabo con una aguda conciencia de sus deberes. Fue iniciado en los secretos de la magia, aprendió las fórmulas de conocimiento y supo pronunciar las palabras justas. Ahora bien, la aventura comenzó el día en que el faraón Merenre le pidió que partiera hacia el sur, al país de Iam, en compañía de otro «amigo único», llamado Iri. Durante siete meses, los dos hombres llenaron numerosos espacios en blanco del mapa de África, descubrieron pistas, conocieron poblaciones. Para Hirkhuf es la embriaguez. Llega más lejos que precedentes exploradores, rebasando los mojones colocados por los jefes de las caravanas. Tan pronto regresa, sólo piensa en partir. Dados los brillantes resultados, el faraón asiente. Hirkhuf conduce una segunda expedición de la que, esta vez, es el único dueño. El viaje durará ocho meses e Hirkhuf podrá proclamar. «No existe amigo único, jefe de los intérpretes, que haya penetrado tanto, anteriormente, en el país de Iam». La tercera y la cuarta expediciones serán igualmente exaltantes y llevarán a Hirkhuf más allá de Nubia, hacia Darfur. A la cabeza de un cuerpo expedicionario, se verá obligado a efectuar operaciones de policía para apaciguar a las tribus en exceso agitadas.

Hirkhuf nunca regresa de sus lejanos periplos con las manos vacías. Además de los informes secretos entregados a la corte y referentes a la geografía, la economía, la evolución de los clanes africanos, obtiene una impresionante cantidad de productos raros y preciosos; no utiliza menos de trescientos asnos cargados de incienso, madera de ébano, perfumes, pieles de pantera, colmillos de elefante o boomerangs. El ejército de Hirkhuf toma también un tipo especial de prisioneros, a saber, toros y cabras, homenaje de las tribus sometidas.

Era tal el renombre del explorador que, ya en el camino de regreso, durante la cuarta expedición, vio cómo salían a su encuentro los oficiales de Elefantina. Sus navíos iban cargados de fruta, pasteles, cerveza y vino. Hicieron un alto y se celebró un gran banquete para honrar al aventurero y soñar con próximos viajes.

No hubo quinta expedición. Contando ya una edad avanzada, Hirkhuf se extinguió apaciblemente en su hermosa y confortable mansión de Elefantina. Su tumba estaba lista, los textos inscritos relataban su existencia tan fuera de lo común. Tuvo que añadir a su biografía una última página: la que contaba cómo había obsequiado al joven Pepi II con un pigmeo capaz de bailar la danza del Dios.

Al explorador sólo le quedaba ya formular sus últimos deseos, que aún hoy pueden leerse en la entrada de su tumba: «Que pueda caminar en paz por los caminos de Occidente, por los que suelen caminar los seres de luz (los *imakhu*), que pueda elevarse hacia el dios señor del cielo en su calidad de *imakh*, Hirkhuf. Que sea hecho luminoso por el ritualista, a comienzos de cada año, el príncipe, amigo único, ritualista, jefe de los intérpretes, Hirkhuf».

CAPÍTULO 10
Expediciones a las canteras

El sol abrasa. Sus rayos son casi insoportables. La arena de la pista quema. Los hombres y las bestias están cansados. Sed. Hasta perderse de vista, el desierto con sus inmóviles olas. Hay que resistir, seguir avanzando. El jefe de la expedición, Henu, consulta su mapa. Media hora más de esfuerzos y llegarán al objetivo del que nadie se atreve a hablar: el pozo. ¿Y si estuviese seco, como ha sucedido a menudo? ¿Si hubiera sido enterrado por la arena, hasta el punto de no poder dar con él? No hay bastante agua para todos. Henu, como en sus otras expediciones, ha tomado precauciones. Le acompañan magos y ritualistas. Sus mapas son precisos. Sus hombres están entrenados.

La explotación de las canteras es su vida, su oficio. Una tarea esencial desde el punto de vista de Faraón. El desierto es fuente de ocultas riquezas: granito en Asuán, con explotación al aire libre, oro en Sudán y cerca de Edfú, alabastro en Hatnub, esquisto y brecha verde en Uadi Hammamat, cuarcita roja en Gebel el-Ahmar, en la montaña roja al nordeste de Heliópolis, calcáreo blanco en Tura, cobre y turquesas en el Sinaí.

En todas partes, las difíciles condiciones de trabajo exigen espíritu de equipo y perfecta organización. Las expediciones a las canteras no son cosa de aficionados. Las organizan los altos funcionarios, «los cancilleres del dios», verdaderos jefes de cuerpos del ejército, investidos de la autoridad de un general o un almi-

rante. Almirante, pues el modo de organizar los equipos de canteros se inspira en el de la marina mercante. El jefe de expedición es «capitán de navío», sus reclutas son «marineros», es una «tripulación» la que transporta las piedras de las canteras hasta las obras. ¿Acaso no hay que «amarrar» las pesadas narrias sobre las que se depositan los bloques? Su modo de deslizarse por el suelo recuerda ciertamente el de los barcos por el Nilo.

El capitán Henu siempre se ha desenvuelto bien en esa rigurosa organización del trabajo, basada en una jerarquía tan severa como eficaz. Al lado de sus «marineros» y de sus «pescadores», estos últimos especialmente cualificados para fabricar cables y hacer nudos destinados a mantener los bloques en su lugar, hay soldados que se encargan de la seguridad de la expedición, técnicos, administrativos, cocineros, funcionarios destacados del correo real para encargarse de las transmisiones con la corte. Los talladores de piedra, especialistas muy cualificados cuyos secretos técnicos se guardan celosamente, son poco numerosos. El personal acompañante, en cambio, es a veces considerable. Los más altos personajes del Estado no desdeñan mezclarse en esos grandes desplazamientos de población. Henu recuerda la presencia de un militar de alto rango, llamado «el Vivo», que había acudido en pleno desierto para «iluminar» con su presencia esa tierra lejana, dominio del dios Seth, ostentador del poder del rayo y de los relámpagos, del fuego purificador y destructor al mismo tiempo.

Antes de ocupar la importante y oficial posición que era ahora la suya, Henu había pertenecido a la corporación de los *Sementiu*, de la que algunos decían que era muy poco recomendable. En realidad, para vivir las aventuras de aquellos mocetones sobraban los escrúpulos excesivos. Prospectores, mineros, transportistas, encargados de vigilar las pistas y de hacer de policía, los *Sementiu* eran grandes especialistas del desierto. Nadie mejor que ellos co-

nocía las montañas, las rutas y los senderos que llevaban a las minas y las canteras. Viajando con bolsa y zurrón, provistos de armas, tomaban muestras de minerales y descubrían nuevas zonas de explotación. Eran verdaderos agentes secretos del desierto: informaban a la Administración de Faraón sobre los movimientos de los nómadas, consiguiendo incluso «infiltrarse» entre ellos para obtener informaciones en la misma fuente. Para formar parte de la corporación era preciso estar dotado de una excepcional resistencia, saber batirse y hablar varios dialectos, ser aficionado a los continuos viajes, ir del Sinaí a Nubia, no tener miedo de recorrer paisajes desolados, abrasados por el sol, así como saber curar la picadura de los escorpiones y las serpientes. Hace ya muchos siglos, cuando Egipto balbuceaba aún, los *Sementiu* llevaban algo de oro y de cobre en su zurrón, magro botín obtenido al final de un viaje que solía ser muy peligroso. Hoy, bajo las riendas de poderosos faraones, la situación de los *Sementiu* ha cambiado mucho. Se han convertido en empresarios e importadores, negocian las condiciones de transporte del oro, la plata, el cobre, el lapislázuli, la turquesa, las piedras duras o preciosas que se transportarán hasta los templos. Pero antes de poder transportarlas deben extraerse. Y para tener la fuerza de hacerlo es preciso beber. El pozo está a la vista.

Henu ha sentido siempre cierta predilección por las pistas del Sinaí y los desmenuzados paisajes cuyas rocas aparecen cubiertas de inscripciones que conservan la memoria de los canteros y sus hazañas. El más hermoso tesoro del Sinaí es la turquesa, la piedra preferida por la diosa Hathor, cuya benevolente sonrisa aplaca el rigor del trabajo. La turquesa es cambiante, caprichosa; no conserva su color de origen si se extrae del filón durante el estío. Por eso se detiene la explotación durante los grandes calores.

Pero no sólo el calor amenaza. Están también los beduinos, aficionados a las razzias y los pillajes. A los indígenas que recorren el Sinaí no les gusta la presencia de los egipcios. Unas veces negocian amigablemente, otras se maneja el bastón. Incluso hay que combatir. Con el tiempo, el ejército de Faraón obtiene una seguridad casi total en la región. En el Imperio Medio no se menciona ya conflicto alguno, el sector resulta seguro y ha sido pacificado. Algunos beduinos son, incluso, empleados por los egipcios, cuyas expediciones a las canteras constituyen otros tantos acontecimientos fastos, que aportan animación y oportunidades comerciales. Los «asiáticos» del Sinaí no son ya adversarios sino colaboradores que obtienen beneficios. Sólo quedan algunas pandillas de furiosos que intentan cometer pequeños latrocinios. A la policía del desierto no le cuesta mucho impedirles que hagan daño. Ese relativo entendimiento no debe ocultar el hecho de que nunca habrá nada en común entre un bárbaro, por muy pacífico que sea, y un egipcio.

Henu, como muchos otros jefes de expediciones mineras, ha dejado una inscripción en las rocas del Sinaí. «Oh vivos que estáis en la tierra —proclama—, altos funcionarios del rey, amigos de palacio que llegáis a esta región. ¡Haced una plegaria por el faraón, exaltad su poder, veneradle! Ved lo que por él se realiza: las montañas nos conducen hacia los tesoros que contienen, sacan a la luz lo que está oculto en su seno, ¡los montes y desiertos nos ofrecen su generosidad!».

Henu ama profundamente estos paisajes desérticos, las tierras abrasadas bajo las cuales se ocultan tantas riquezas que mañana embellecerán las moradas de los dioses. Recorriendo la pista que lleva al Uadi Hammamat, a menudo ha tenido la sensación de estar cumpliendo una misión sagrada, de realizar un trabajo fuera de lo común. Sin embargo, esa pista nunca ha sido fácil. Era la

principal vía de comunicación entre el valle del Nilo y el mar Rojo, unía la ciudad de Coptos, al norte de la aglomeración tebana, con el puerto de Kosseir. De allí se podía partir hacia África, al sur, o hacia el Sinaí, al norte. La ruta pasaba por un estrecho desfiladero, el Uadi Hammamat. Había allí canteras ricas en esquisto, en brecha, en basalto y en la «maravillosa piedra de Bekhen» que la Biblia menciona como un material de alta calidad. La roca está cortada por fallas que dejan al descubierto bloques de dimensiones variables, algunos de los cuales se desprenden por sí mismos. Una auténtica ganga para unos canteros que sólo debían hacer que resbalaran utilizando las pendientes de las montañas. Sin embargo, convenía ir con cuidado para no romper los bloques durante la operación, más delicada de lo que parece a primera vista. Por ello, con el fin de evitar los pasos peligrosos, se construían planos inclinados. Los bloques de las canteras del Uadi Hammamat estaban reservados para el uso sacro; con ellos se hacían estatuas, sarcófagos y estelas.

Hace mucho tiempo, ya iniciada la explotación, no era raro que se produjeran pérdidas en vidas humanas. Accidentes laborales, primero; agresiones de los beduinos, después. Faraón puso fin a estos intolerables incidentes. Allí como en todas partes, la policía del desierto demostró su eficacia. Los soldados protegieron las expediciones. Al principio era preciso viajar cuatro días para llegar a las canteras, sin un solo aguadero por el camino. Ahora hay numerosos pozos, algunos rodeados de recintos fortificados e incluso de fortines que pueden servir de refugio. Los jefes de expedición tienen a gala poder proclamar que han devuelto todo su personal en perfecto estado de salud. Ni un solo obrero estuvo enfermo, ha podido ya decir Henu, ni siquiera un asno ha muerto.

Esta vez está mucho más preocupado. Se acerca al pozo, uno de los últimos que carecen de un muro protector. Lo conoce bien. Da una agua excelente, fresca. Un don inestimable. Henu se inclina y palidece. El pozo está seco. El próximo, señala el mapa, está a varias horas de marcha. Los hombres están demasiado fatigados para realizar semejante esfuerzo.

Henu tiene tres mil hombres a sus órdenes. Están todos muy tranquilos, pues todavía desconocen la mala noticia. ¿Qué hacer? ¿Aguardar un milagro? Hay precedentes. Como el caso de un tal Antef, que se dirigía a las canteras de *bekhen* para obtener una piedra maravillosa. No había conseguido descubrirla. Nadie conocía su emplazamiento. Desesperado, Antef se había arrojado boca abajo implorando al dios Min y las divinidades del desierto. Había quemado, incluso, resina de terebinto ofreciéndoles un sacrificio. Los dioses respondieron indicándole el camino que llevaba a la piedra maravillosa. Como la historia del visir Amenemhat, a quien el faraón Mentuhotep III encargó que encontrara una piedra excepcional para su sarcófago. El visir lideró una considerable expedición y los obreros empezaron a trabajar con ardor, en las canteras del Uadi Hammamat. En vano. Ningún filón daba piedra lo bastante bella. De pronto, una gacela se acercó a ellos. Los canteros, pasmados, abandonaron su trabajo. Por lo general, ese tímido animal no se acercaba a los humanos. Entonces, la gacela parió unas crías. El emplazamiento elegido por el animal resultó ser un bloque de rara calidad que se convirtió en la cubierta del sarcófago.

¿Por qué las divinidades no podían intervenir en favor de Henu? ¿No basta acaso llamarlas con humildad? Henu implora en su corazón al dios Min, señor de las pistas del desierto, protector de los viajeros. El sol sigue siendo implacable. Un cantero se acerca a Henu. «Ven a ver», le dice. Acaba de producirse un

acontecimiento extraordinario. Unos obreros han descubierto, al borde de la pista, un pozo lleno hasta el borde de agua clara.

Henu no es ingrato. Cuando todos han saciado su sed ordena ofrecer un gran sacrificio a Min, quemar incienso en su honor. Una vez más, el *dios del desierto ha salvado a sus fieles*. *Para la expedición* será *un deber excavar nuevos pozos a lo largo del recorrido y mantener los antiguos, haciendo así el viaje mucho más fácil*.

Gracias a la seriedad de Henu y de sus colegas, más tarde se organizarán con éxito gigantescas expediciones. Pensemos en la de Ameni, portavoz del faraón Sesostris I, que envió más de quince mil hombres para que consiguieran sesenta esfinges y ciento cincuenta estatuas. Participaron en ella grandes dignatarios, altos funcionarios, un jefe de los escultores y un maestro de obras que llevaba el nombre de «El que allana todas las dificultades». Cerveceros, panaderos y cocineros aseguraron a los viajeros unas condiciones de vida agradables. Se repartió pan y cerveza en función de la jerarquía, reservándose la carne para los «cuadros» responsables.

La mayor de todas las expediciones conocidas se llevó a cabo bajo el reinado de Ramsés IV (a mediados del siglo XII a. J. C.). Las montañas que dominaban las canteras eran consideradas, por aquel entonces, secretas y sagradas. Para conocer su emplazamiento, el faraón había tenido que consultar los archivos de la Casa de Vida. Los sabios le habían aconsejado hacer cuanto estuviera en su mano para conseguir hermosas piedras. Ramsés IV no escatimó medios: más de diez mil hombres partieron también, entre ellos, el sumo sacerdote de Amón en persona, sabios, técnicos y escribas del ejército. Al igual que en otras épocas, los especialistas en piedra no eran numerosos: tres maestros de obras, un jefe de artesanos, dos dibujantes, cuatro grabadores y ciento treinta talladores de piedra y canteros. Los bueyes arras-

traban carros cargados de alimentos. El recuerdo de esta expedición será tal que llegará a afirmarse que convirtió el desierto en campiña, el camino en canal.

Mientras el humo del sacrificio sube hacia el cielo, Henu contempla un fulgor en la lejanía. El rayo de sol ha hecho brillar una roca como si fuera de oro. Oro… Hay minas en los alrededores; las hay también en la región de Edfú y en la lejana Nubia. El oro está destinado exclusivamente a los templos. ¿No se dice acaso que es la carne de los dioses, la carne incorruptible? Henu no aprecia demasiado esas minas. Las condiciones de trabajo suelen ser espantosas. Las galerías son tan estrechas que es preciso ser delgado, estar famélico casi, para entrar en ellas. Se manda, incluso, a los criminales condenados a trabajos forzados. Que el oro se quede en los templos y, sobre todo, que no salga de ellos. Los hombres no lo necesitan. Sólo Faraón es capaz de manejar el oro para revestir las estatuas divinas, pues él mismo es «montaña de oro que ilumina toda tierra como el dios del horizonte».

Henu sabe que está viviendo una hora de gloria, que su expedición se verá coronada por el éxito, que llevará a Faraón piedras fabulosas para mayor grandeza de Egipto.

CAPÍTULO 11
Las enseñanzas de un faraón a su hijo[12]

«Las generaciones pasan. Dios permanece oculto. Nadie puede apartar el brazo del Señor de la Acción». Así reflexiona Faraón, en la cima de su poder y en el ocaso de su vida. De acuerdo con la tradición, decide que, en vida, su sucesor se asocie al trono. De este modo podrá iniciarle en su abrumadora función, explicarle los mecanismos del poder, enseñarle la Regla a la que se somete todo faraón.

El palacio real está tranquilo. Todo el mundo duerme. La noche es hermosa y llena de perfumes, el aire es ligero. El Nilo brilla bajo la luna. El sol viaja por debajo de la tierra, se enfrenta a las fuerzas de las tinieblas, se prepara para la resurrección del mañana.

Es el momento que elige Faraón para ordenar que acuda su hijo. No es sólo un padre quien va a hablar y confiarse, sino también el Señor de las Dos Tierras, el representante de Dios en la tierra.

El sucesor del faraón reinante es muy joven aún; ha llegado sin embargo la hora de enseñarle las bases esenciales de su futuro papel. «¿Por qué es indispensable la realeza?», pregunta Faraón. «Porque fue creada por Dios. Dios moldeó el cielo y la tierra para que los hombres sean felices. Regularizó el régimen de las aguas. Derramó el aire para que los hombres tengan en sus narices el aliento de vida. ¿Qué son, por otra parte, los humanos,

sino símbolos de Dios, sus imágenes, nacidas de sus miembros? Para alimentarlos, creó plantas, hierbas, ganado, pájaros, peces… y la más preciosa de las riquezas: la luz, la única realidad que puede colmar su deseo espiritual. Dios conoce las pesadumbres de los hombres. Sabe que no son iguales. Por eso los faraones deben ser un sostén para los débiles. La realeza es una hermosa función. Pero es preciso que sea correctamente transmitida. Es preciso actuar teniendo en cuenta lo que ha hecho el predecesor y realizar una obra de su comienzo a su término».

El príncipe heredero está, a la vez, maravillado y asustado. ¿Tan duros son, realmente, los deberes de un faraón? ¿A qué tarea debe consagrarse, prioritariamente, el dueño de Egipto?

«Lo esencial —responde Faraón— es venerar a los dioses y construir monumentos en su honor, pues Dios es el creador de todas las cosas. Todo hombre debe consagrarse, primero, a lo que es primordial para su vida espiritual. Cumple el servicio regular en el templo. Cálzate las sandalias blancas de los seres puros, iníciate en los misterios, penetra en el santuario, aliméntate en el interior del templo, cuida las mesas de ofrenda. Dios conoce a quien actúa por su amor».

En esa noche, tan suave, el corazón del joven se embriaga. Sí, está dispuesto a seguir ese camino tan difícil como exaltante. ¿Cómo no sentirse feliz viviendo en un soberbio palacio, adornado con oro, plata, lapislázuli, cobre y bronce?

«No olvides, hijo mío —recuerda Faraón—, que el único palacio verdadero es la morada de eternidad. Tú, que serás la encarnación del Señor del Universo, debes pensar en la muerte, en el tribunal de los dioses que juzgará tus actos. No es indulgente a la hora de dictar su sentencia. Para él, una vida humana es como una sola hora. Tus actos estarán junto a la balanza, como un montón. El hombre está destinado a vivir después de la muerte

si ha respetado la Regla. Serás juzgado más que cualquier otro, sin debilidad. No olvides preparar tu tumba, pues la morada de muerte sirve para la vida».

Esas graves palabras han ensombrecido la atmósfera. El príncipe heredero toma conciencia de que su existencia de faraón no tolerará ligereza ni blandura. Su mirada se posa en los numerosos papiros desenrollados en la gran mesa situada junto a la ventana. Cada noche, Faraón lee los antiguos textos, traza personalmente columnas de jeroglíficos.

«El que gobierna las Dos Tierras es un sabio —prosigue Faraón—. El rey no puede ser un ignorante. La sabiduría estaba ya en él cuando salió del vientre de su madre. No existe felicidad perfecta para quien ignora lo que debiera saber. Instrúyete con tus antepasados, cuyas palabras se han conservado en los escritos. Hazte un hombre de conocimientos. Trabaja encarnizadamente, pues el que trabaja se hace sabio. Si quieres ser poderoso, sé un artesano de las palabras, pues el Verbo es el verdadero poder de un ser».

Convirtiéndose en discípulo de la Casa de Vida, como todos los futuros monarcas, el príncipe heredero ha podido verificar, ya, lo acertado de las palabras de su padre. Ha tenido que estudiar la lengua sagrada, los jeroglíficos, leer los rituales, aprender a manipular la energía del Verbo. Es ardiente en el estudio pero también le gusta combatir, participar en las justas, demostrar su fuerza física. A menudo ha visto a su padre mostrándose al pueblo con el atavío de un jefe de guerra.

«El deber del rey —responde Faraón— es establecer las fronteras del país con tanta solidez como las del cielo, de acuerdo con lo que se encuentra en los escritos canónicos. ¿La guerra? Sí, ha existido y seguirá existiendo… Pero mantenla lo más alejada posible. Mantén la paz con el sur, vela por la frontera este del Del-

ta. Somete a los nubios y asiáticos. Enrola a jóvenes reclutas, consigue partidarios entre ellos. No dejes en tu ejército soldados de avanzada edad; no les corresponde a ellos combatir. Preocúpate por la seguridad de tus súbditos. Rechaza las calamidades. Que los caminos sean seguros. Que cada cual posea sus bienes con total serenidad, sin temor a los ladrones. Que el niño goce apacible en brazos de su madre. Que las parejas se amen sin la angustia del mañana. Sea protegida la viuda. Sean prósperos los grandes dominios y cuidados los canales. Que cada responsable local piense, primero, en hacer el bien a su alrededor y oponerse a la violencia».

¡Qué magnífico programa de gobierno! Pero hay que ser realistas, objeta el príncipe heredero. ¿No habrá siempre ricos y pobres?

«Favorece a los grandes —recomienda Faraón—. Un hombre rico y bien alimentado no será envidioso ni parcial: pero debe hacer respetar las leyes. Favorecer al rico es menos peligroso que enriquecer bruscamente al pobre. ¡Pero que no haya en tu reino hambrientos ni sedientos! Lucha contra el envidioso que pierde su alma deseando apropiarse del bien ajeno. No prefieras el hijo de un rico al de un pobre, con el pretexto de que tiene bienes. Estima sólo a los hombres en función de sus actos. Un rey debe ser caritativo con los pobres. Será juzgado con respecto a la justicia que él mismo haya ejercido».

¡Justicia! Qué gran palabra. Faraón tiene bajo sus órdenes a un visir encargado de impartir justicia en su nombre. ¿No es la justicia esa misteriosa diosa Maat de la que los sabios dicen que es el mayor secreto de Egipto?

«Maat es la Regia universal —responde Faraón—. Faraón vive en comunión con Maat porque tiene el corazón recto. Y a un soberano que tiene el corazón recto todo le sale bien. Comienza

por introducir la armonía en tu propia morada; en el exterior se hará, naturalmente, lo que se haga en el interior. Cumple lo que es justo tanto en las grandes como en las pequeñas cosas. Consuela al afligido, no prives a nadie de lo que le pertenece, no seas en exceso severo, no castigues si es inútil. Ordena azotes y cárcel si es necesario. Sé intransigente en un solo caso, cuando proliferen el rebelde, el pendenciero, el charlatán, pues fomentan las facciones entre los jóvenes, siembran un ánimo nocivo, excitan a la multitud para su desgracia. Haz de modo que tus súbditos se complazcan hablando entre sí de tu sentido de la justicia».

Los súbditos del rey… Los hay muy particulares, los que forman la corte. ¿Son todos, realmente, adictos a su soberano? ¿No hay entre ellos bribones, ambiciosos, oportunistas?

«En el ejercicio de tu función —responde Faraón— no confíes en nadie. No tendrás hermano ni amigo. Te traicionará aquél a quien le hayas dado mucho, el pobre a quien hayas enriquecido te herirá por la espalda. Aquél a quien hayas tendido la mano fomentará los disturbios. ¡Debes saber de quién rodearte! Desconfía de tus subordinados y tus íntimos. Cuenta sólo contigo mismo. Que tu propio espíritu vele por ti. Nadie te ayudará el día de la desgracia. Pero no olvides que los compañeros del faraón son también seres divinos: grande es un grande, cuando son grandes sus grandes».

La noche está muy avanzada. Faraón ha hablado mucho. Los ojos de su hijo comienzan a cerrarse. Tienen mucho que decirse, aún. El oficio de faraón no se aprende en una noche, aunque la que acaban de vivir permanezca, en su memoria, como un momento esencial de su respectiva existencia.

«Mira, hijo mío —concluye el faraón—, he consumado el comienzo y construyo para ti el término. Soy un puerto en el que podrás atracar. Tu realeza se ha manifestado desde el comienzo

de la mía. Sabes actuar con amor y valentía. Da tu amor al pueblo entero. Y no olvides nunca esto: Faraón debe ser el señor de la alegría».

CAPÍTULO 12
La era de los Sesostris

El gran Sesostris está sentado en su trono, en su palacio de oro y plata, con techos de lapislázuli y puertas de cobre. Es el monarca más célebre del universo. Su fama cruzó hace ya mucho tiempo las fronteras de Egipto. Los magos predijeron, cuando era sólo un niño, que gobernaría el mundo. Y sin embargo Egipto se encontraba en un lamentable estado… Tras la caída del Imperio Antiguo, el país se hallaba sumido en conflictos internos, que beneficiaban a los jefes de las provincias en detrimento del poder central. Fue necesaria la intervención de una familia tebana para restaurar la unidad nacional, en el año 2060 a. J. C.

Comenzó entonces el brillante período del Imperio Medio, con faraones llamados Amenemhet y Sesostris. Amenemhet significa «Amón (el principio oculto) está por delante», dicho de otro modo, se manifiesta: una referencia obligada a ese dios señor de Tebas, donde había nacido el movimiento de reunificación de las Dos Tierras. Sesostris significa «el hombre de la diosa Useret», es decir la Poderosa. No se la nombra de otro modo. Confiere a Faraón una fuerza de origen sobrenatural que le permite superar cualquier obstáculo.

Por eso se atribuyeron a Sesostris las mayores hazañas. Vencedor de los árabes y los libios, se dispone a conquistar la tierra entera cuando accede al trono. Tras haber barrido a los etíopes, parte con su flota por el mar Rojo para someter las islas. Durante

nueve años, atraviesa Asia y llega, luego, a Europa. Por todas partes, a su paso, se levantan estelas que cuentan sus victorias.

Llega por fin el regreso a Egipto, donde su hermano intenta asesinarlo. Olvidado ese acto odioso, Sesostris se convierte en el más fabuloso maestro de obras. Emprende obras en todas las poblaciones para hacer ofrenda a los dioses de los templos más perfectos. Mejora el sistema de canales de irrigación, fortifica la frontera oriental del delta. Hace levantar los terrenos destinados a edificar para evitar los daños provocados por las crecidas del Nilo, y consigue reunir el Nilo y el mar Rojo. Tras haber revisado el sistema de los nomos, las antiguas provincias, concede a cada uno de sus súbditos una parcela de tierra y distribuye de manera justa el impuesto. Ningún rey fue superior a él, salvo el propio Osiris.

Así tomó cuerpo lo que iba a denominarse la «leyenda» de Sesostris. El rey Sesostris III, que ha leído o escuchado los episodios compuestos por sus escribas, sabe que esta leyenda se basa, en gran parte, en la realidad. La era de los Sesostris, hora gloriosa de la civilización egipcia, no es una ilusión. Se desprende de la obra realizada por su antepasado Sesostris I y por él mismo.[13] Más tarde se los unirá para hacer de ellos un solo faraón, bajo el famoso nombre de Sesostris.

Los Sesostris no hicieron edificar su residencia en Tebas, sino en los alrededores de Menfis. Sus modelos son los soberanos del Imperio Antiguo. Intentan recuperar el vigor y el poderío de aquella edad de oro. En todos los terrenos, economía, ciencia, obras públicas, toman como punto de partida los conocimientos antiguos y los mejoran.

El primero de los Sesostris se forjó una hermosa reputación de conquistador. Jefe de grandes expediciones a Oriente, fue comparado con la terrorífica diosa-leona Sekhmet, que desgarra con

sus colmillos a los enemigos de Egipto. De hecho, Sesostris I realizó muy pocas ocupaciones guerreras. Su principal preocupación fue proporcionar a Egipto unas fronteras muy seguras para prevenir cualquier invasión. El faraón debía fortificar y ampliar las fronteras de las Dos Tierras para que los egipcios viviesen en paz y seguridad. Desde esta perspectiva, ¿qué mejor propaganda que afirmar una personalidad guerrera, capaz de vencer a cualquier ejército y de partir a la conquista del mundo?

Sesostris I comienza por el sur de Egipto, por Nubia. En el año 18 del reinado, su ejército hace una demostración de fuerza y pacifica algunas tribus turbulentas. A esta actuación, habitual en cualquier faraón, Sesostris I, «halcón de la potencia destructora», «estrella que ilumina el doble país», añade una obra imponente: la construcción de una serie de vastas fortalezas, especialmente en Buhen y Mirgissa. Con sus almenas de ladrillo, sus bastiones cuadrados, sus aspilleras y sus fosos parecen vigilantes centinelas en el propio corazón de Nubia. En Mirgissa, un mago oficial se encarga de fabricar estatuillas que representan a los enemigos de Egipto y hechizarlas. Puesto que dos precauciones valen más que una, la magia del Estado completaba así la fuerza del ejército.

Las expediciones organizadas por Sesostris I se internaron profundamente hacia el sur, llegando hasta la tercera catarata. En Kerma se desarrolló incluso una intensa actividad comercial, bajo control egipcio. Además, la frontera sólo se abría para los nubios en el marco de intercambios comerciales debidamente justificados. La región, que se había vuelto muy segura, permitió a los artesanos de Faraón reanudar la explotación de minas y canteras destinadas a proporcionar materiales para la edificación de los templos.

Consolidada espectacularmente la frontera del sur, Sesostris I se vuelve hacia el norte, no sin haber pensado en los oasis, adonde envía emisarios con el encargo de que se apliquen las consignas de seguridad. Pero el punto más débil de Egipto sigue siendo la frontera este del delta. Para impedir que saqueadores e invasores penetren en Egipto por allí, Sesostris I hace construir una serie de fortines que se comunican entre sí por medio de señales, los «muros del Príncipe». Al programa militar se le añaden medidas económicas: el agua, en adelante, no estará ya a libre disposición de los beduinos que hacen pacer sus rebaños en la región. Tendrán que solicitar cantidades racionadas a la Administración egipcia, que desea controlarles muy de cerca, en la medida en que han llevado a cabo saqueos en un reciente pasado. Esos «muros del Príncipe» eran tan impresionantes que la leyenda habló de una gran muralla de Egipto que iba de Pelusa a Heliópolis.

Maestro de sabiduría, «dios sin par», Sesostris I hacía que el sol se levantara a su voluntad. Convirtió su país en la tierra de los hombres verdaderos. Su generosidad le hizo merecedor del amor de su pueblo. Honró a los tres grandes dioses, Ra, Ptah y Amón, estableciendo así un armonioso equilibrio entre sus tres ciudades, Heliópolis, Menfis y Tebas. «Eterna es la obra que he realizado —declaró—, pues el rey conocido por sus edificios no muere». En Heliópolis, particularmente, inició una gran obra para edificar un templo a la diosa Hathor y otro al dios Atum.

Durante una sesión de trabajo en palacio, Faraón había reunido a sus consejeros más próximos.[14] Aparece llevando la doble corona y se sienta en su trono. En su corazón ha nacido el deseo de erigir monumentos a la gloria del dios de la luz, Harakhty. ¿Acaso él, el dueño de Egipto, no fue creado para cumplir la voluntad divina? Faraón ha recibido el cargo de guardián de esta tierra. Dotado de sabiduría cuando estaba aún en el vientre de su

madre, tiene el deber de ofrecérsela a la sociedad. Entre él y los dioses se da un permanente intercambio de creaciones. El Verbo está en las palabras de Faraón, la inteligencia intuitiva le anima. Por ello es capaz de trazar el plano del templo. Ningún artesano podría tener éxito en su empresa si, en espíritu, el fundador no es Faraón.

Se toma la decisión de erigir un templo a Harakhty. El rey, que es «los ojos de cada hombre», confía el trabajo a un maestro de obras. En cuanto termina el consejo dirige el ritual de fundación del templo.

Sesostris III nada tiene que envidiar a su glorioso antepasado. De él se dice que es el dique que impide que las aguas se desborden, la sala fresca donde el hombre puede dormir resguardado del calor del día, el asilo donde nadie será perseguido, la sombra en primavera, el lugar cálido y seco en invierno, la muralla contra el viento tempestuoso. La era de los Sesostris es la de una paz profunda, en la que los egipcios se sienten perfectamente seguros.

Sesostris III hizo esculpir el primer coloso conocido, una estatua de más de dos metros y medio de altura, destinada al templo de la ciudad de Bubastis, en el delta. Encarna el tranquilo poder del soberano. Sesostris es un hombre austero, severo. Algunos creen que tiene el rostro triste, casi desengañado. No es así. Sencillamente tiene conciencia de las abrumadoras responsabilidades que gravitan sobre sus hombros. En sus retratos de piedra impresiona una mirada interior, tan profunda que te atraviesa el alma. Al rey le gusta que le representen de edad avanzada, autoritario, despreocupado ya de gustar y seducir. El modelo es conocido: se llama Zóser. Sesostris quiere ser el Zóser del Imperio Medio; como el creador de Saqqarah, elegirá la forma de la pirámide para la morada de eternidad.

El rey afirma que ha acrecentado lo que le legaron, ampliando en especial las fronteras establecidas por sus padres y reforzando así la seguridad del país. Faraón ataca cuando es atacado, respondiendo a cualquier palabra según lo que implica, emite el Verbo y actúa. Con su brazo ejecuta lo que su corazón-conciencia concibe. Se preocupa de quienes le son fieles, vela por el obediente y no muestra debilidad alguna por el adversario que le ataca. Permanecer silencioso tras haber sido atacado, explica, es enardecer el corazón del adversario. Saber conquistar es ser valiente, pero retroceder es ser cobarde.[15]

Para hacer comprender a los nubios su firme posición, el gran Sesostris hizo erigir estelas y levantar estatuas que manifestaran la eterna presencia de Faraón en aquellas lejanas regiones. Las reglas para cruzar la frontera sur de Egipto se hacen, además, más severas que antes. Ningún negro debe intentar entrar en Egipto por tierra o por barco si no ha sido autorizado por las autoridades egipcias. Incluso los diplomáticos y los jefes de misiones comerciales son controlados. Los soldados de las fortalezas implantadas en ese profundo sur velan, sobre todo, para que las tribus sudanesas no lleven a cabo incesantes razzias en Nubia, donde intentan fomentar disturbios.

Bajo el reinado de Sesostris III, Asia está tranquila. Para mayor precaución, Faraón, como su antepasado, hace embrujar mágicamente a sus potenciales adversarios. La paz le permite desarrollar relaciones comerciales con Fenicia y Creta.

En el interior, Sesostris III concluye la gran reforma administrativa de los soberanos del Imperio Medio. Las grandes familias de provincias, siempre al acecho del debilitamiento del poder central, se ven privadas de cualquier ilusión relativa al ejercicio del poder. Faraón y sólo él reina. Para que vuelvan los tiempos de la prosperidad, el rey ha consultado los antiguos escritos que

se conservan en la Casa de Vida. Después de este estudio procedió a una nueva distribución de tasas, a un censo y a una revisión del catastro para fijar de manera precisa los límites de las provincias. Sus mojones fronterizos serán, en adelante, tan estables como los cielos. El rey devuelve así al país a su estado original. Da a cada provincia lo que le corresponde. Las tierras que una ciudad robara a otra fueron restituidas. La prosperidad se repartirá equitativamente.[16] El presupuesto de la corte y de la Administración se establece con el mayor cuidado, bajo la supervisión del visir. Todo gasto realizado por un personaje oficial debe ser anotado por un escriba. La Administración, por lo demás, se acerca mucho a los administrados, en forma de oficinas móviles que se desplazan de pueblo en pueblo, bajo la responsabilidad de un funcionario de elevado rango. A los jefes de las provincias les corresponde recaudar impuestos, garantizar la seguridad y el mantenimiento de los canales, administrar la agricultura, velar por el bienestar de la población y hacer regulares informes al visir.

El gran Sesostris no pierde su severidad pero, en el fondo, siente la profunda alegría de un Señor de las Dos Tierras cuya población vive horas de perfecta serenidad. ¿Y cómo no pensar en el texto que Sehetepibre hizo grabar en una estela, en Abydos, donde solicita que cada escriba y cada alto funcionario veneren a Faraón, asociándolo a sus pensamientos, no para halagarle sino porque él da la vida?

CAPÍTULO 13
En el reino del dios cocodrilo

Reur, «amigo» del faraón, miembro de su consejo privado, asesor en el tribunal de justicia del visir y gran terrateniente, sube a la silla de manos. La primavera comienza y ha decidido ir a visitar la última maravilla de Egipto: Fayum, reino del dios cocodrilo.

En la corte sólo se habla de esa región recién acondicionada por los arquitectos, los topógrafos, los paisajistas, en resumen, por todo un equipo de especialistas al que Faraón ha confiado una tarea colosal. En la mesa de Reur se sirvieron a menudo los suculentos pepinos de Fayum, cuyo cultivo se remonta al Imperio Antiguo; pero los campesinos han hecho crecer muchas maravillas más desde que Faraón ordenó el aprovechamiento agrícola de la provincia.

La mañana es fresca. A lo lejos, los montes de la cordillera libia. Hay que tomar la carretera que flanquea uno de los brazos del Nilo (el *bahr* Yussef) y dirigirse al noroeste de Saqqarah. Reur está acostumbrado al violento contraste entre las tierras cultivadas y el desierto; pero cuando llega a la gran esclusa que regula el flujo de las aguas en Fayum queda pasmado ante la abundancia de la vegetación. No le habían mentido. Se trata de un oasis en pleno desierto, más aún, de la imagen perfecta de uno de los paraísos a los que acceden los justos tras haber comparecido ante el tribunal de Osiris.

La esclusa no es el único medio de regular la irrigación de la zona; también existe una gran presa. Reur sabe que los ingenieros han allanado el gran lago Qarun, que ocupa el fondo de Fayum, y que algunos lo han llamado «mar» a causa de la inmensa extensión de agua que ofrece a la vista. Antaño había inhóspitas marismas por las que se aventuraban los cazadores más osados y más expertos.

Hoy, no presenta peligro; se han dispuesto zonas de caza y de pesca, donde las familias pueden ir a descansar y distraerse. Los niños pueden subir a las pequeñas barcas en las que sus padres intentan obtener alguna presa.

El gran lago servirá de reserva para los cultivos una vez terminada la crecida. Crece en sus orillas una exuberante vegetación. Además, en pleno estío, esta masa de agua proporcionará un no desdeñable frescor y se podrá descansar, a la sombra, en pabellones de recreo.

Reur, que maneja a la perfección el bastón arrojadizo, se promete llevar muy pronto a su mujer a la reserva de pájaros de Fayum, donde está permitido cazar algunas especies. Redes de estanques, caminos de agua y canales forman un encantador laberinto donde cada cual puede disfrutar a placer del paseo en barca, siempre que se respete el reglamento impuesto por los guardas.

Al llegar a Shedet, capital de la región, Reur se dirige en seguida al templo del dios cocodrilo, Sobek, a cuyo sumo sacerdote conoce. La palabra egipcia *shedet* significa «lugar formado cavando», término muy adecuado para esa bucólica capital donde se crían cocodrilos sagrados que nadie tiene derecho a matar.[17] Sobek, el dios con cabeza de cocodrilo, no tiene en apariencia rasgos que puedan inspirar simpatía. Sin embargo, se le considera un seductor especialmente peligroso que la emprende, sobre to-

do, con las mujeres casadas. En él puede incorporarse el sol para modificar su naturaleza de saurio rapaz y transformarlo en una fuerza positiva. Se asimila, en cierto modo, a uno de esos dioses primordiales que crearon Fayum, en los tiempos en que el hambre no existía, las espinas no pinchaban y la serpiente no mordía.

El sumo sacerdote de Shedet evoca ante su visitante esta antigua mitología; le habla del inmenso lago, una especie de cielo líquido donde, lejos de la humanidad y sus debilidades, se oculta el cocodrilo-sol. El agua es la madre de los dioses, ella da vida a los humanos. Fayum es parecido al Nun, es decir a esa extensión de energía cósmica que contiene todas las formas de vida. Gracias al cocodrilo Sobek, la provincia goza de una eterna fecundidad. Además, en Shedet se celebra la gran fiesta durante la cual se reúnen las cuarenta y dos partes dispersas del cuerpo de Osiris asesinado y descuartizado. Cada provincia envía a Fayum la parte que guardaba como reliquia sagrada. A la regeneración periódica del sol en el gran lago se añadía la de Osiris, señor de la vida después de la muerte. El propio Ra había llegado a la existencia saliendo del agua a lomos de una vaca celestial. Cuando el agua de la crecida, debidamente controlada, penetraba en el lago, se festejaba la victoria del sol sobre las tinieblas.

Junto a estos grandes dioses, la población de Fayum veneraba asimismo a una diosa-serpiente, protectora de las casas y los graneros. Al separarse del sumo sacerdote, Reur acude a visitar a algunos pequeños terratenientes que antaño trabajaron en su dominio y han adquirido hoy algunos terruños de los que son responsables. Viven felices en esos pueblos de trabajadores agrícolas donde no falta el alimento. De dimensiones más imponentes, la ciudad de Kahun[18] fue construida sobre planta cuadrada (unos 350 metros de lado) y está rodeada por una muralla de ladrillos, salvo al sur, abierto al Nilo. A Reur le parece encantadora esta

pequeña ciudad de urbanismo sencillo y cuidado. La cruza una calle principal y cuenta con varias arterias secundarias y callejuelas que se cruzan en ángulo recto. Hay dos barrios principales: el del palacio que, con sus dependencias, ocupa aproximadamente la mitad de la aglomeración, y el de las viviendas privadas. Las moradas más modestas tenían por lo menos cuatro habitaciones, mientras las casas de los nobles, inmensas, incluían patios con pórticos, vestíbulos, salas de recepción con columnatas, aposentos privados, así como depósitos de agua que atestiguaban la afición egipcia a una existencia agradable y refinada. En Kahun ejercen famosos médicos, especialmente ginecólogos.

Si Reur tuviera más tiempo, admiraría las pirámides de los reyes del Imperio Medio, el templo de Qasr el-Sagha, desprovisto de relieves y de inscripciones, pero construido, como Abydos, según el principio de las siete capillas; habría meditado en el templo de Mediner Madi, consagrado a Sobek y a la diosa Renenutet, la serpiente hembra, protectora de las cosechas. Pero el día está ya muy adelantado y tiene una última cita en el palacio de Amenemhet III, un edificio tan vasto y complejo que algunos lo llaman «el laberinto». Al faraón, que ordenó las grandes obras de Fayum, se le considera como un dios. De su palacio se dice que, edificado junto a Hawara, tenía tres mil estancias distribuidas en dos pisos. En realidad, se trata de un edificio de culto funerario cuyas múltiples salas están unidas entre sí por complicados pasos donde el no iniciado se pierde. El arquitecto se inspiró en el dominio sagrado de Zóser, erigiendo gran cantidad de monumentos en el interior de un recinto.

A través de una de las ventanas del extraño palacio, Reur contempla cómo el sol se zambulle en el gran lago de Fayum, iluminando por última vez las verdeantes orillas. Dulce hora, rica en inefables emociones, en el corazón de un paraíso terrenal.

CAPÍTULO 14
El fabuloso periplo de Sinuhé

Sinuhé, cuyo nombre significa «el hijo del sicomoro», vive un penoso momento de su existencia de cortesano.[19] Es él un fiel servidor del rey Amenemhet I; ha tenido sin embargo que abandonar la corte para seguir a su hijo y corregente, Sesostris I, a guerrear contra los libios insumisos. Sinuhé no es un soldado. Pertenece al harén de la reina Nefru, «la perfecta», hija de Amenemhet I y esposa de Sesostris. En algunas de las expediciones se desplazaba parte del harén. Muy apreciado por la reina, a la que llaman a menudo «el cielo», Sinuhé tuvo que resignarse a abandonar su buena y apacible ciudad de Licht para recorrer las lejanas pistas, polvorientas y abrumadas por el sol. Afortunadamente, la expedición ha ido bien. Han tomado ya el camino de regreso y muy pronto estarán de nuevo en el país de Egipto, la única tierra donde es agradable vivir. El ejército acampa. Apartados se encuentran los prisioneros y los rebaños tomados como tributo. Cae la noche. La atmósfera es pesada. En toda la larga jornada, Sinuhé no ha visto a Sesostris ni un solo instante. ¿Habrá abandonado las tropas para regresar a palacio? Es poco probable. Habría precisado un motivo muy grave para actuar así.

Después de una cena frugal, cada cual se va a su litera. Pero Sinuhé no tiene ganas de dormir. Pasea por el lindero del campamento, donde se levantan unos bosquecillos de matorrales espinosos. Oye voces. Susurran, murmuran. Inquieto, Sinuhé se agacha. Prefiere ocultarse para oír mejor la conversación. Son solda-

dos, oficiales. ¡Reconoce incluso a uno de los hijos reales! ¿Pero por qué tanto misterio? ¿A qué obedece esta reunión secreta?

Tan intrigado como curioso, Sinuhé aguza el oído. Lo que oye le hiela la sangre. ¡El viejo faraón, Amenemhet I, acaba de morir! Ha regresado a la región de luz de donde había salido. Ascendido al cielo, se ha unido al disco solar, absorbido en quien le había creado. La corte se ha puesto de luto. La tristeza se ha apoderado de los corazones. La doble gran puerta de palacio está cerrada. Se respeta la regla del silencio. La gente de la corte permanece postrada, con la cabeza en la rodilla. El pueblo se lamenta. A la horrenda noticia le sucede una sorprendente información: su hijo y corregente, Sesostris I, ha abandonado la expedición para regresar apresuradamente a la capital.

Sinuhé comprende. Se prepara una conspiración para destituir a Sesostris. Tal vez haya comenzado, incluso, la guerra civil. Esa gente que habla en voz baja conspira contra él y contra los miembros de su séquito… ¡del que Sinuhé forma parte!

Trastornado por lo que acaba de oír, convencido de que va a ser ejecutado, Sinuhé se siente mal. Su corazón se turba. El temblor se apodera de sus miembros. Si no se mueve, se desmayará. Si se mueve, será descubierto. Jadeando y arrastrándose, consigue deslizarse entre dos matorrales bastante tupidos y se oculta allí hasta que los conspiradores se han alejado.

De ese modo le da tiempo a reflexionar. Es imposible, ahora, regresar a Egipto, donde le espera la muerte. Debe aceptar el exilio. Tomada ya la decisión, se asegura de que el camino esté libre y se dirige hacia el sudeste, hacia el sur del delta. Pasa el lago del Justo, llega a la isla de Snofru, donde se detiene toda una jornada, en el linde de las tierras cultivadas, para recuperar fuerzas. Un hombre se acerca a él. Sinuhé, lleno de pánico, cree ha-

ber sido reconocido. No hay posibilidad de huida. Pero el hombre se limita a saludarle y prosigue su camino.

Sinuhé debe alejarse más. Atraviesa el Nilo tomando una barcaza. La pesada embarcación carece de gobernalle, pero avanza aprovechando un buen viento del oeste. Sinuhé desembarca en la otra orilla y se dirige a la montaña roja, donde están las canteras del Gebel-el-Ahmar, frente a Heliópolis (no lejos de El Cairo actual). «Dando camino a sus pies» y apretando el paso, se dirige hacia el norte para alcanzar la frontera señalada por los muros del Príncipe. Delicado momento. Hay patrullas. Sinuhé se oculta de nuevo entre unos matorrales. Si le descubren, le harán preguntas y le identificarán. En la muralla, un centinela hace la ronda. Sinuhé prefiere esperar a la noche. Gracias a la oscuridad, cruza la frontera sin problemas y avanza por el desierto hasta el alba.

Salvado… Al menos eso cree. Pero en seguida tiene que desengañarse. Sinuhé ha escapado de la policía de fronteras, no así del ardiente sol y de la sed. Mientras se encuentra detenido en una de las islas de la región de los lagos amargos empieza a asfixiarse. Su garganta está seca. Ni una gota de agua potable.

«¡Es el sabor de la muerte!», grita, solo, abandonado. De pronto, un ruido a lo lejos. Aguza el oído. No cabe duda: son los mugidos de un rebaño. Animales conducidos por beduinos. Sinuhé recupera la esperanza. Camina hacia ellos. Los beduinos le llevan ante su jefe. Al verle, Sinuhé retrocede: conoce al hombre. El jefe de los beduinos también le reconoce, pues se encontró con Sinuhé durante una de sus estancias en Egipto. El beduino se muestra amistoso. Ofrece agua y leche caliente al egipcio, no le hace preguntas, le acoge en su tribu.

Se inicia una existencia errante. Sinuhé sigue a la tribu, que le alimentan y le trata bien. Pasa de una región a otra, permanece

en Biblos, vive un año y medio en la Palestina meridional, sin ser molestado.

El príncipe de la región se siente bastante intrigado por las aventuras de aquel egipcio errante. Le invita firmemente a ir con él. Le dice a Sinuhé que conoce sus grandes cualidades y que ha oído hablar de su sabiduría. Sinuhé se dirige, pues, a la corte del príncipe, con cierta inquietud. Tiene razones para ello. Al lado del príncipe, se ven egipcios.

Sinuhé tiene la impresión de haber caído en una emboscada. Consigue mantener la calma. Es inútil que intente huir. Sus compatriotas le hacen preguntas. ¿Por qué se encuentra aquí? ¿Qué le ha ocurrido? ¿Se han producido acontecimientos dramáticos en la corre? Sinuhé suspira interiormente. Están tan mal informados como él. Da una respuesta vaga. Conoce la muerte del anciano rey pero ignora cómo se produjo la sucesión. Luego, Sinuhé se ve obligado a mentir. Al regreso de una lejana expedición fue víctima de un malestar tan súbito como profundo. No sabía ya quién era. Su corazón no le guiaba. Su espíritu se había extraviado. Sin embargo, nadie le había causado el menor mal, no le habían agredido, no le habían acusado de crimen alguno ni de ninguna falta. Como loco, como amnésico, olvidando quién era, tomó el camino del desierto sin ni siquiera advertirlo. Y llegó hasta aquí, sin haberlo querido. Toda la aventura estaba predestinada. ¡Era voluntad de Dios!

Sinuhé espera que su discurso haya resultado creíble. Sus interlocutores se sienten turbados. Les ha impresionado la noticia de la muerte del viejo rey. Cómo se comportará Egipto sin él, pregunta uno de ellos, todos los países extranjeros le temían. Sinuhé no vacila en responder. Ahora o nunca es el momento de afirmar su fidelidad a Sesostris que, probablemente, ha mantenido el poder. Explica pues que el hijo ha sucedido al padre… Se-

sostris es un maestro de sabiduría, de intenciones perfectas y justos mandamientos. Está muy acostumbrado a los pueblos extranjeros. Su padre, anciano ya, permanecía en palacio mientras Sesostris recorría largas distancias para inspeccionar las regiones bajo protectorado egipcio. El rey es un verdadero héroe, un guerrero sin par, un combatiente que paraliza las manos de sus enemigos, tan aterrorizados quedan al verle. Nadie sino él es capaz de tensar su arco. Nunca se fatiga en el combate. Pero el feroz jefe guerrero es también el ser que conquista con el amor que siente por la humanidad. Es muy bondadoso, hombres y mujeres saben que les da la vida. ¡Sesostris es un don de Dios! Someterá el norte y el sur, pero será benevolente con cualquier región que le sea fiel.

Sinuhé elogia extensamente a Faraón, incluso se ha entusiasmado al describir sus cualidades. El príncipe palestino le escucha, pero concluye lacónicamente: «Mejor así para el país gobernado por semejante soberano; pero tú estás aquí y aquí te quedarás». Sinuhé se estremece. ¿Qué significa eso? El príncipe se explica: le entrega a su hija primogénita en matrimonio y Je convierte en el hombre más importante de su país. ¿No es mejor, en efecto, dar plena satisfacción a un egipcio que tan bien parece conocer a Faraón y cuya mera presencia es prenda de seguridad para los palestinos?

Sinuhé se convierte en propietario de una tierra maravillosa donde el vino era más abundante que el agua, donde había abundancia de higos, miel, aceite de oliva, centeno, trigo, frutos de todas clases, ganado; en resumen, el paraíso terrenal. En su calidad de jefe de tribu, el egipcio recibía cada día impresionantes cantidades de alimentos: cerveza, carne hervida y asada, caza, pasteles.

El vagabundeo ha terminado. Sinuhé se ha convertido en un potentado local. Ha olvidado sus orígenes. Su matrimonio es feliz, tiene varios hijos que se convierten, a su vez, en jefes de tribu. El «clan». Sinuhé establece su poder sobre la región. Pero Sinuhé es un hombre justo: da agua al sediento, acude en ayuda de quien ha sido robado, devuelve al recto camino al extraviado.

Egipto le parece muy lejano, pero la corte de Sinuhé se mantiene en buenos términos con el poderoso Estado. Los mensajeros de Sesostris se detienen en casa de Sinuhé. Este sigue bajo la autoridad del príncipe palestino y debe guerrear incluso por él, contra algunas tribus asiáticas que intentan fomentar disturbios en aquellos parajes ricos y felices. Las misiones de mantenimiento del orden son tan apreciadas por los egipcios como por los beduinos; Sinuhé es un general excelente. Todas sus expediciones de castigo se ven coronadas por el éxito.

Todo iría estupendamente si, cierto día, un coloso palestino no hubiese ido a provocar a Sinuhé en su tienda. Es un hombre temible y valeroso, un especialista del duelo. Nunca ha sido derrotado. Quiere combatir contra Sinuhé. La apuesta es considerable: el vencedor tomará todos los bienes del vencido.

Sinuhé consulta con el príncipe palestino. ¿Por qué la toma con él el coloso? ¡Ni siquiera le conoce! Pero es imposible rechazar el duelo so pena de ser tachado de cobardía. Debe, pues, prepararse para el desigual combate, perdido de antemano. Durante toda la noche, Sinuhé bruñe sus armas y se entrena. Maneja la espada, tira con arco. No llora por su destino. Ha vivido años felices antes de que Dios le impusiera esta prueba. Por la mañana, se siente preparado. Una muchedumbre inmensa se ha reunido para presenciar el duelo. Su adversario ha reunido sus tribus. Pero todos los corazones son favorables a Sinuhé. Se lanzan por él suspiros de angustia.

Sinuhé está muy tranquilo. El coloso se dirige inmediatamente hacia él, armado con una hacha, jabalinas y un escudo. Sólo queda una solución: batirse en retirada, servir de presa, aparentemente, y obligarle a correr. Furioso, el coloso arroja sus dardos contra Sinuhé, fallando siempre. De pronto, Sinuhé se detiene. Ebrio de furor, su adversario se arroja sobre él para aniquilarle en un cuerpo a cuerpo. Rápido, certero, Sinuhé tensa el arco y dispara una flecha que se clava en el corazón del coloso. Este aúlla de dolor y cae de narices. Se ha producido la inesperada victoria. Sinuhé se apodera de la propia hacha del coloso, pone fin a sus días, se encarama en su espalda y lanza un grito de victoria. Todos los asiáticos aúllan de alegría. El príncipe palestino estrecha a Sinuhé en sus brazos. El egipcio no olvida dar gracias a Montu, señor de la guerra, que le ha inspirado en su combate.

La fortuna de Sinuhé se hace considerable. Los bienes y tesoros del coloso son suyos. Pero esa abundancia material va acompañada de una profunda reflexión de quien ha pasado tan cerca de la muerte. ¿Manifiesta Dios su perdón a aquél a quien había dejado huir lejos de Egipto? Sinuhé supo que en la corte de Sesostris se hablaba de él. Han encontrado las huellas del fugitivo, del infeliz que se había marchado con sus ropas por toda riqueza. Hoy saben que se ha convertido en un hombre rico, que hace el bien a su alrededor. ¡Qué cansado está el corazón del exiliado! En su interior, ruega: «Oh Dios, seas quien seas, que predestinaste esta huida, sé misericordioso, devuélveme a la corte de Egipto».

¡Hace tantos años que Sinuhé se oculta la verdad! Su corazón nunca ha dejado de estar en Egipto. Quiere ser enterrado, según los ritos, en el lugar donde nació. El duelo, sin esperanzas aparentemente, le ha hecho tomar conciencia de ello: debe regresar a su casa y sólo el poder divino puede intervenir en su favor.

Hoy, Sinuhé ha envejecido. Ha llegado a los sesenta. La muerte se acerca. Se siente cansado. Sus miembros no tienen ya el mismo vigor. Sus piernas no le llevan ni tan lejos ni tan de prisa como antaño.

¡El milagro, por fin! Las aventuras de Sinuhé han conmovido a Faraón. Mensajeros procedentes de la corte se presentan ante Sinuhé. Son portadores de una orden real destinada al Compañero Sinuhé. Ha recorrido durante muchos años los países extranjeros, ha seguido los impulsos de su corazón. ¿A qué obedece su actuación? ¿Por qué ha creído, durante tanto tiempo, que Faraón le reprochaba algo? Sinuhé nunca ha pronunciado palabra alguna contra Egipto, su rey o sus dirigentes. Su corazón estaba turbado, pero no el de Faraón. La orden es clara: que Sinuhé vuelva a Egipto para ver de nuevo a la reina, su soberana, a La que servía con fidelidad, la corte donde fue educado, para unirse a los íntimos de Faraón. Inútil recordar que Sinuhé no es ya un muchacho, que debe pensar en el gran viaje, en su paso al estado de ser de luz en el más allá. Para lograrlo, debe pasar por los ritos sagrados que sólo en Egipto pueden practicarse. En Asia le envolverían en una piel de cordero y le enterrarían bajo un simple túmulo. En Egipto le prepararán un sarcófago con el cielo grabado en su cubierta, así como las ceremonias de resurrección. Que termine el tiempo del vagabundeo y que el compañero extraviado regrese.

Ninguna orden podía procurarle a Sinuhé mayor alegría. Durante la lectura de la misiva, su alegría no ha dejado de crecer. En cuanto el mensajero ha callado, Sinuhé se ha tendido boca abajo, tocando el suelo, echando arena sobre sus cabellos en señal de absoluta sumisión. Sin poder contenerse, recorre su dominio para anunciar a todo el mundo la buena nueva y alabar la clemencia de Faraón, que acepta el regreso de un servidor descarriado.

Luego, Sinuhé redacta la respuesta. Admite que su fuga fue una grave falta. No fue premeditada. No la deseaba. Fue como un sueño, un momento de trance que nada puede justificar o explicar. Fue una potencia divina la que convirtió a Sinuhé en un exiliado.

Antes de abandonar definitivamente sus posesiones, Sinuhé pone en orden sus asuntos. Lega sus bienes a sus hijos y se despide. Una intensa emoción le embarga cuando se pone en camino por última vez. Se dirige hacia el sur, se detiene en la fortaleza de los Caminos de Horus, en la frontera egipcio-siria. Esta vez no se oculta, Se presenta al comandante de los guardias fronterizos, que avisa de inmediato a la corte de la presencia del singular extranjero. La respuesta no tarda. Un intendente de los dominios, debidamente acreditado por Faraón, va a buscar a Sinuhé. Encabeza una flotilla cargada de regalos para los beduinos que han servido de escolta al exiliado. Sinuhé se dirige a cada uno de ellos, llamándoles por su nombre, dirigiéndoles un último adiós. Al cruzar la frontera cambia de mundo. Sinuhé sube al barco que larga velas para dirigirse a la residencia real. Le ofrecen en seguida cerveza fresca, filtrándola ante él.

La noche es tranquila. Sinuhé no duerme demasiado. Llegan al amanecer. Diez servidores acompañan a Sinuhé hasta palacio. Los hijos reales le aguardan en el umbral. Aquéllos a quienes se llama los «amigos», que forman el consejo de Faraón, conducen a su nuevo Hermano hasta la sala de audiencia.

Faraón está sentado en su trono de oro. Sinuhé se inclina, pierde casi el conocimiento, pues está muy conmovido e impresionado. Sin embargo, Faraón se dirige a él con sencillez. Pero Sinuhé desfallece, su cuerpo tiembla, el corazón quiere escapar de su pecho, ya no distingue la vida de la muerte. Extrañas sensaciones que experimentó ya, hace muchos años, al emprender la

huida. Hoy, todo ha cambiado. Se halla en presencia del dueño de Egipto, de aquél que ostenta sabiduría y conocimiento. Faraón solicita a un amigo que levante a Sinuhé, que le ayude a recuperarse.

«¡Ya estás de vuelta!», dice el faraón. Anuncia al servidor arrepentido que sus funerales serán solemnes y le pide que deje de actuar contra sí mismo. Sinuhé está transido de miedo. Todavía teme un castigo. No consigue hablar. Le gustaría tanto justificarse, pero no encuentra argumento alguno. En último término, pone su vida en manos de su rey, que éste actúe de acuerdo con su conciencia.

Faraón sonríe. La reina y los hijos reales son introducidos en la sala de audiencia. «Mirad a Sinuhé —declara el soberano—, ¡nos lo han transformado en beduino!». Siguiéndole el juego, la reina y los hijos reales exclaman: «¡No es él! ¡No le reconocemos!». Sinuhé no tiene tiempo de sumirse otra vez en el espanto, pues Faraón afirma: «En verdad, es él».

Llega entonces la hora del ritual. La reina y los hijos reales utilizan sistros y carracas, instrumentos musicales que sirven para hacer nacer vibraciones divinas y armonía, devolviendo al alma de Sinuhé la serenidad perdida. La diosa de oro, Hathor, la dama de las estrellas, que da la vida a Faraón, la da también a su servidor. La reina implora al rey que conceda su total perdón a Sinuhé. Huyó por temor a Faraón; hoy, ese miedo ha desaparecido, pues ha visto a Faraón. El ojo que ha visto al Señor nunca volverá a tener miedo.

El rey pronuncia la sentencia: Sinuhé es ascendido al rango de amigo.

Los más caros deseos de Sinuhé se han cumplido. Vive la más hermosa hora de su existencia. Los hijos reales le dan la mano y le conducen hasta su nueva morada, una residencia principesca,

muy lujosa. En el interior, una sala fresca para la conservación de los alimentos, un guardarropa que contiene suntuosas vestiduras de Uno, un cuarto de baño con ungüentos y aceites finos. Los servidores se encargan en seguida de Sinuhé, para devolverle un aspecto más egipcio. Le lavan, le peinan, le depilan, le visten.

Sinuhé, el alma y el cuerpo rejuvenecidos, va de sorpresa en sorpresa. Le ofrecen una antigua morada que había pertenecido a un amigo. Ha sido restaurada por numerosos obreros mientras se plantan nuevos árboles. Esta será la residencia habitual de Sinuhé. No debe preocuparse por la intendencia: de palacio le llevan comidas varias veces al día.

No conviene perder de vista lo esencial: la preparación de la morada de eternidad. El propio jefe de los talladores de piedra se encarga de preparar la pirámide de Sinuhé, con el jefe de los escultores y el jefe de los dibujantes. Se fabrica con el mayor esmero el mobiliario fúnebre. Sinuhé puede incluso admirar la estatua chapada en oro que simboliza su ser inmortal y que será «animada» tras la muerte de su cuerpo físico.

Todas las preocupaciones han desaparecido. Pocos hombres han gozado de tantos favores por parte de Faraón. Sinuhé es consciente de ello; saborea el resto de su vida terrenal con una absoluta alegría.

Como dice el texto egipcio, ésta es la sorprendente aventura de Sinuhé contada, «del comienzo hasta el final, de acuerdo con lo que fue formulado en escritura». Desde hace mucho tiempo, nos interrogamos acerca del verdadero papel que desempeñó el personaje, y estamos de acuerdo en que, ciertamente, en Palestina desempeñó una misión de espionaje de gran importancia. Sinuhé fue probablemente el primer James Bond de la historia, consiguiendo introducirse en la jerarquía enemiga y desempeñar elevadas funciones. Por lo demás, nunca dejó de estar en relación

con la corte de Egipto, proporcionando indicaciones sobre su acción. Su objetivo era, sin duda alguna, fortalecer la paz entre Egipto y la Siro-Palestina. Para conocer mejor la región y los problemas de sus habitantes se casó allí, vivió largos años, aprendió la lengua, descubrió hábitos y costumbres locales. El sacrificio fue grande para un egipcio enamorado de su país, obligado a vivir tan lejos de él. El coloso que le retó en duelo había comprendido el «doble juego» de Sinuhé y decidió eliminarlo en público durante un duelo. Esta muerte «oficial» no habría provocado represalia alguna por parte de los egipcios. Pero Sinuhé adoptó, adelantándose, la figura de David frente a Goliath, haciendo que triunfara la astucia.

En la medida en que Sinuhé era el mejor agente secreto egipcio en el extranjero se comprende perfectamente la cálida acogida que le dispensaron. Cuando Faraón creyó que había alcanzado el límite de edad, después de haber cumplido perfectamente su misión, le llamó a su lado para que gozara venturosamente el último tramo de su vida.

La vida de Sinuhé es ejemplar. Para él, nada cuenta más que la grandeza de Faraón y de Egipto. Cuando hace el elogio de Sesostris I, describe la acción de un dios en la tierra. El compañero y agente secreto Sinuhé conoce la importancia de sus funciones; sabe, también, que su país es el más hermoso de los países.[20]

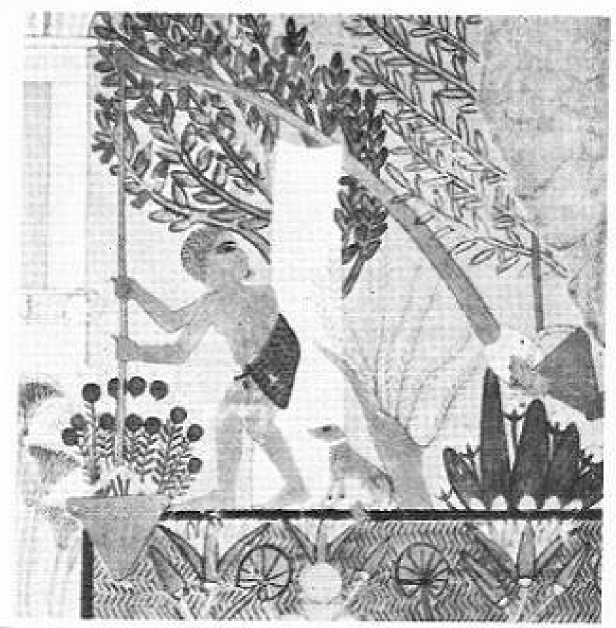
El «bautismo» de Faraón. Al derramar sobre la persona real un flujo de vida y poder, Horus y Thot le hacen vivir y garantizan la prosperidad del país (Abydos) *(Bulloz)*.



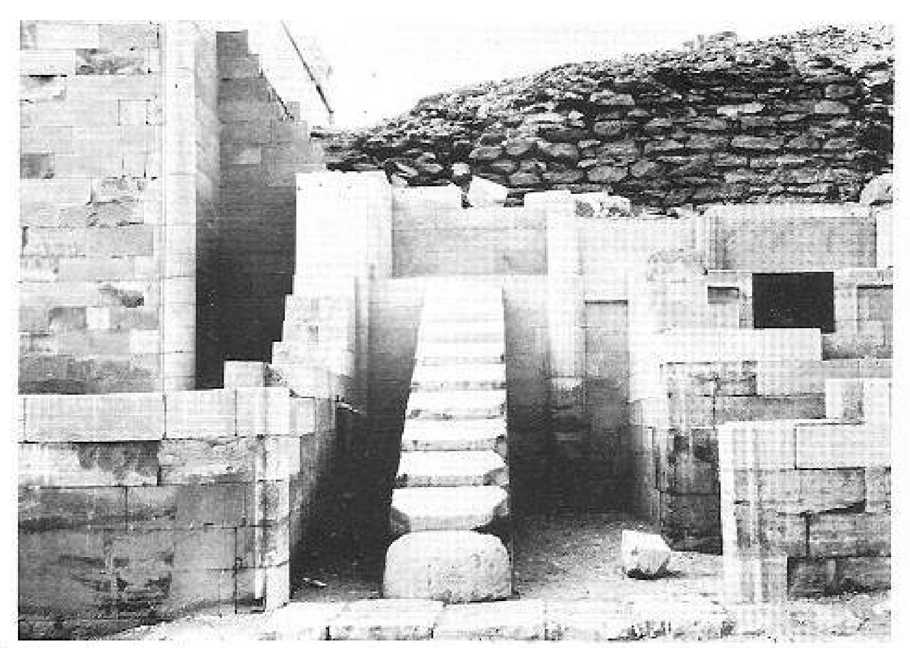
El Nilo, el río-dios que transporta la energía creadora *(L. M. O.)*.



Faraón (aquí, la reina Hatshepsut) ajusta
la piedra de fundación del templo (capilla roja,
Karnak) *(L. M. O.)*.

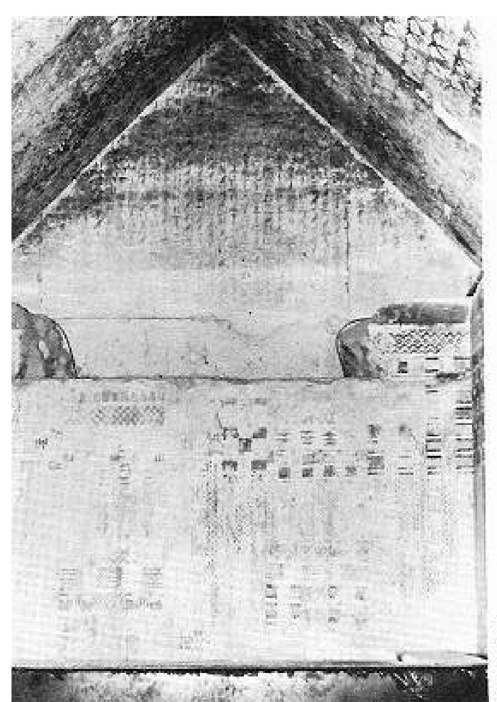


El chaduf, el más antiguo medio para extraer agua del Nilo
y regar los campos (tumba tebana de Ipuy) *(Metropolitan
Museum)*.

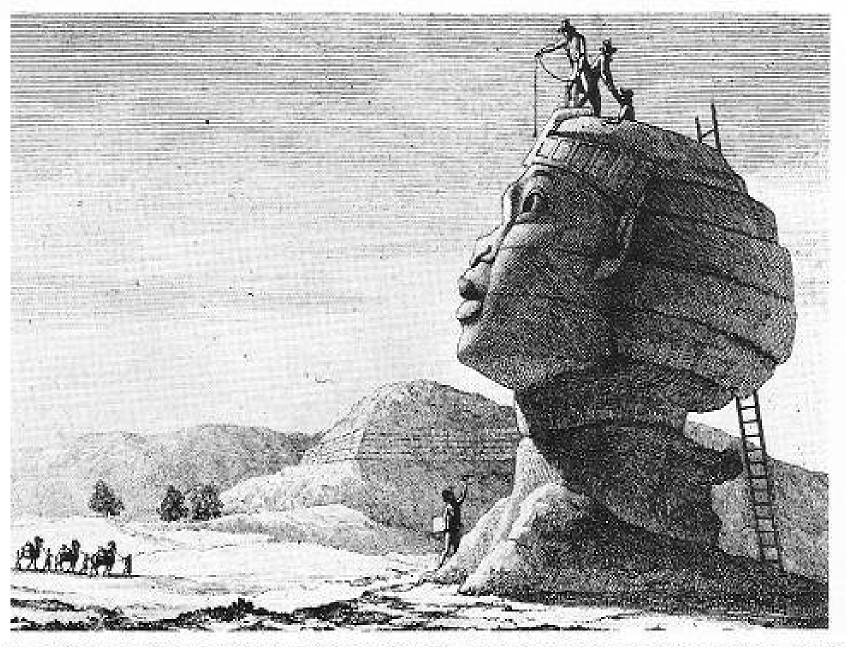


Saqqarah, el patio de regeneración del faraón Zóser, con una escalera en lo alto de la cual había una estatua divina *(L. M. O.)*.

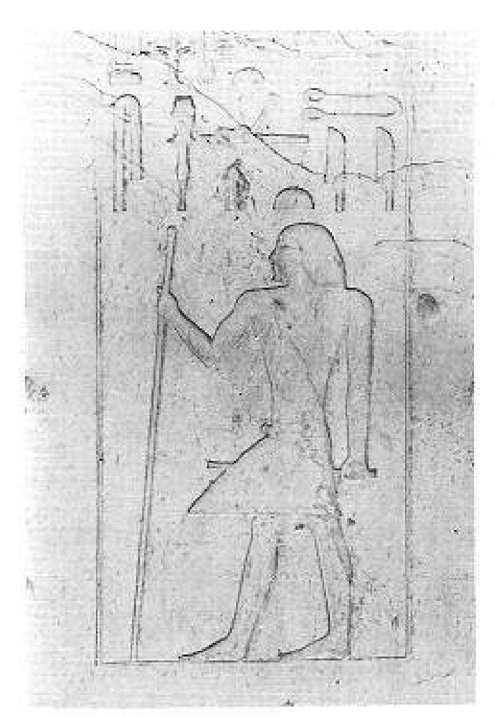
Antigua vista de la meseta de Gizeh con las pirámides de Keops y Kefrén *(B. N.)*.



Interior de la pirámide de Unas, con las estrellas en el techo y los Textos de las pirámides en las paredes *(L. M. O.)*.



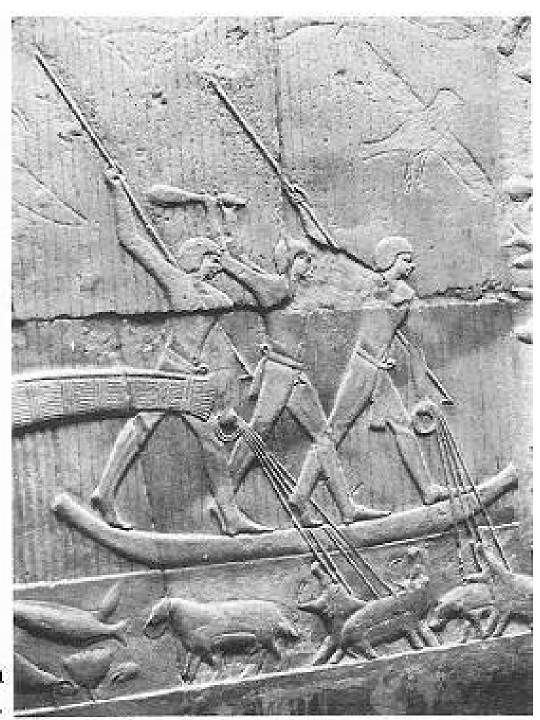
La esfinge de Gizeh vista por Vivant Denon, durante la expedición a Egipto *(B. N.)*.



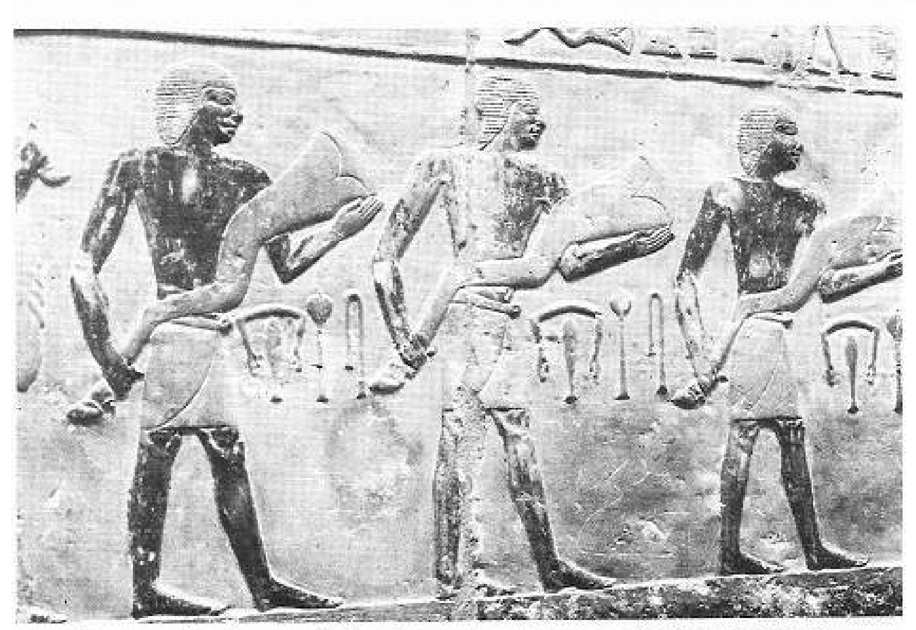
Ti, «amigo único» de Faraón, prototipo del noble del Imperio Antiguo (mastaba de Ti) *(L. M. O.)*.



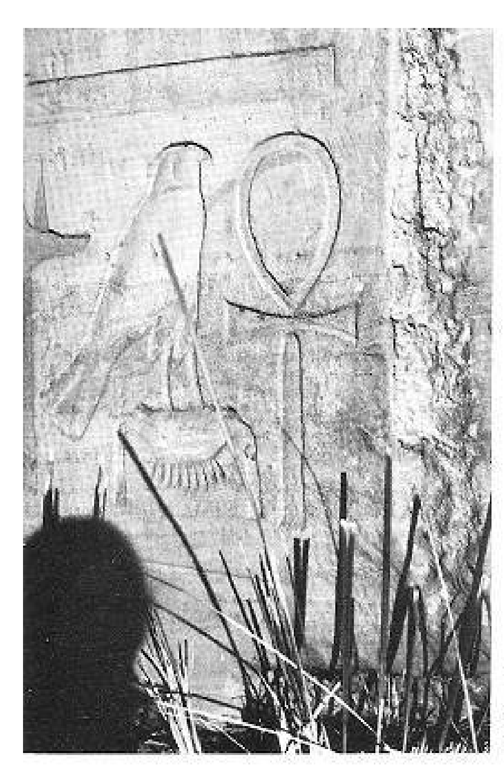
Nakht, en compañía de su mujer, de su hija y de su hijo, caza pájaros con bastón arrojadizo (tumba de Nakht) *(L. M. O.)*.



Cacería de hipopótamos (mastaba de Ti) *(L. M. O.)*.



Los sacrificadores ofreciendo muslos de buey, símbolo de fuerza (mastaba de Mereruka) *(L. M. O.)*.



Bloque de Karnak con el jeroglífico de la vida y el símbolo de Faraón, Horus sobre el signo del oro *(L. M. O.)*.



Avenida flanqueada de esfinges protectoras que lleva de Karnak a Luxor *(L. M. O.)*.



Anubis preparando la momia para las pruebas del más allá (tumba de Sennedjen) *(L. M. O.)*.

El Valle de los Reyes, dominado por la Cima *(L. M. O.)*.

CAPÍTULO 15
Abydos y los misterios de Osiris

En el año 1880 a. J. C., el canciller Ikhernofret llega al apogeo de su carrera. Ikhernofret pertenece a la nobleza; tiene a su cargo las delicadas funciones de tesorero del rey para los asuntos del Bajo Egipto, es intendente de la doble casa del oro y guardián del Sello. Forma parte del círculo de los íntimos de Faraón, como amigo único, y ha accedido a los grandes misterios de la iniciación revelados en los templos. Hogaño, su soberano, Sesostris III, le confía la más alta y sagrada de las misiones: organizar los misterios de Osiris que se celebran en la santa ciudad de Abydos. [21]

Abydos, ciudad secreta, enteramente consagrada al misterio del paso de la vida terrestre a la vida celestial. Abydos, santuario de Osiris, el señor de la muerte. Abydos, ciudad santa donde fueron enterrados los faraones de la I dinastía, que sirven de reliquias y modelos para sus sucesores. También se afirma que la sepultura del rey Djer es la del propio Osiris.

Ciudad sagrada, es cierto, pero también tierra de libertad. De Abydos procedían las fuerzas espirituales que permitieron a los príncipes de Tebas reconstruir la unidad de Egipto en el Imperio Medio. Los Sesostris concedieron todos sus favores a ese antiquísimo paraje donde reinaba, hace ya muchos siglos, el «señor de los occidentales» que conducía las almas justas hacia el paraíso.

Ikhernofret abandona, pues, la residencia real para descender por el Nilo hasta Abydos. En el curso de su viaje piensa en la famosa «peregrinación» hacia la ciudad santa de la que hablan todos los egipcios. No una peregrinación de carne en la que participen inmensas muchedumbres para reunirse ante el templo de Osiris, sino un periplo de orden espiritual, pues cada cual, en efecto, hace llegar a Abydos una estela con su nombre grabado en un texto ritual que revela al espíritu el modo de tomar los «hermosos caminos de Occidente» que conducen al paraíso. Los profanos no tienen la posibilidad de dirigirse a ese territorio sagrado en el que se erigen las estelas en torno al lugar santo de Osiris, denominado la «escalera del gran dios», la escalera que lleva de la tierra al cielo. El deseo de cualquier egipcio es hallarse así muy cerca del dios gracias a una estela de piedra que simboliza el aspecto inmortal del ser.

Abydos sólo es accesible para los iniciados en los misterios. El trabajo de Ikhernofret no consiste en organizar una feria cualquiera sino el importante ritual en el que se enseña el misterio de la vida. Actuará para su padre Osiris y le ofrecerá el oro que Faraón ha traído de Nubia para hacer su templo más brillante aún.

Ikhernofret conserva en su memoria las últimas palabras de Faraón, antes de su partida: «Te confío esta misión —le ha dicho— porque mi corazón está convencido de que actuarás de acuerdo con mis exigencias, porque has accedido al Conocimiento gracias a la enseñanza de Faraón, porque eres mi discípulo y mi único alumno. Nadie sino tú podría cumplir esta tarea». Muy joven, a los veintiséis años, Ikhernofret conoció el temible honor de ser introducido en palacio para hallarse cara a cara con Faraón, como maestro espiritual. El rey de Egipto, en efecto, no es sólo un dirigente y un administrador, es también un hombre de conocimiento.

Al llegar a Abydos, Ikhernofret se dirige inmediatamente a la Casa de Vida, donde trabajan los iniciados y los ritualistas, donde los faraones van a consultar los escritos de los tiempos de Atum, el arquitecto de los mundos. El canciller del rey pasa largas horas en la biblioteca de la Casa de Vida para leer todos los escritos relativos al culto de Osiris.

Terminado su trabajo, Ikhernofret pasea por el paraje de Abydos, donde todo es tumba. Tumba sin tristeza y sin desesperación, tumba concebida como matriz de resurrección. En este lugar se conserva la más sagrada de todas las reliquias, la cabeza del dios Osiris que, tras ser asesinado por su hermano Seth, fue descuartizado. Osiris, rey de la edad de oro, enseñó a los egipcios el arte de gobernar, la ciencia, los símbolos, la agricultura. Era un soberano perfecto, querido por todos. Su popularidad hizo nacer en el corazón de su hermano el peor de los vicios: los celos. Seth invitó a Osiris a un banquete. Acudió sin desconfianza y se prestó a un juego inventado por Seth: cada comensal era invitado a tenderse en un ataúd para ver si era de su talla. Pero el sarcófago había sido fabricado para Osiris. En cuanto estuvo tendido, Seth y sus cómplices cerraron el sarcófago y lo arrojaron al Nilo. Aquel acto criminal no bastó para que el cuerpo de Osiris desapareciese. Seth tuvo que descuartizarlo luego y dispersó los fragmentos por todas las provincias de Egipto. El mal y el crimen parecían haber triunfado. Pero no contaban con el amor de la viuda de Osiris, Isis, que tras una extraordinaria búsqueda consiguió reconstruir el cadáver y devolverle la vida para que la fecundara y diera luz a Horus.

Ikhernofret acude a los artesanos que trabajan para el templo. Les pide que construyan un nuevo trono de oro, plata y lapislázuli para el dios. Da orden, también, de esculpir estatuas y reconstruir las capillas de los dioses que asistirán a los misterios.

Luego recibe a cada uno de los ritualistas que deberán desempeñar algún papel durante la ceremonia, y comprueba su competencia.

Antes de que comiencen los misterios le queda por cumplir la tarea más delicada: solicitar acceso al templo de Osiris y llegar hasta la sala donde se conserva la sagrada barca de Osiris. Ikhernofret es recibido en el templo como sacerdote-*sem* con las manos puras, es decir, como iniciado que conoce los misterios de la resurrección, capaz de hacer revivir lo que se creía muerto.

Ikhernofret se recoge largo rato ante la barca sagrada. Le pide al jefe de los artesanos que reconstruya la cabina, donde se colocará la estatua de Osiris que el propio Ikhernofret adorna con lapislázuli, turquesa, electrón y todo tipo de piedras preciosas. Tras haber recibido la función de encargado de los secretos, él es quien coloca, también, sus coronas al dios.

Cae la noche. Todo está preparado. Los iniciados que participan en el ritual llevan una máscara que representa el rostro de los dioses que intervienen en la «pasión» de Osiris. Ikhernofret representa el papel de Horus, el hijo de Osiris, nacido de su padre muerto i resucitado para restablecer la armonía en este mundo. Horus es también el guardián de la realeza y el protector del faraón reinante.

En el templo se hace el silencio. Ni un solo soplo frunce el agua del lago sagrado. Los iniciados que asisten a la ceremonia se han instalado en una pequeña tribuna desde la que contemplarán el desarrollo de los misterios.

Todo comienza cuando la procesión se pone en marcha. A la cabeza, un sacerdote que lleva una máscara de chacal. Los iniciados recorren el mundo en compañía de su señor, Osiris, representado por una estatua. Pero caen en una emboscada y son atacados por los enemigos de Osiris, al mando de su hermano Seth.

Se produce una encarnizada batalla. Los iniciados, hijos de la luz, dominan a los hijos de las tinieblas. Pero la victoria se obtiene a costa de las mayores desgracias: aunque la barca sagrada está intacta, Osiris ha sido herido de muerte. Los iniciados se dirigen apresuradamente al templo, pero es demasiado tarde. El señor ha muerto.

Los iniciados toman entonces la decisión de organizar los funerales de Osiris. Al son de una música grave y lenta, sale del templo un nuevo cortejo que llevará a Osiris hasta su última morada. La barca boga por el lago sagrado, siendo la navegación dirigida por Thot, dueño de la ciencia sagrada.

Los enemigos de la sabiduría no cejan; pero, esta vez, Horus venga a su padre y los extermina a todos. El cadáver de Osiris llega a buen puerto y se celebran los ritos de colocación en la tumba. Tenía lugar entonces la parte más secreta de los misterios, reservada a una pequeñísima élite, que tenía acceso a la tumba: la resurrección del dios asesinado.

Osiris está tendido en un lecho, inanimado. Ikhernofret, llevando la máscara del dios halcón, Horus, está a su lado. El ritualista pronuncia las fórmulas sacras. Y, por la magia del Verbo, la muerte da paso a la vida. Osiris se incorpora de lado, disipa las sombras del fallecimiento. Es declarado «justo de voz» y coronado rey del otro mundo.

Los iniciados salen de la tumba. La última navegación de la barca por el río sagrado es la de la alegría recuperada; un gran honor cae sobre el iniciado que maneja el gobernalle. La procesión entra en el templo, cuyas puertas se cierran. La barca vuelve a su santuario del que sólo saldrá para la celebración de los próximos misterios. La estatua de Osiris, resucitada por los ritos, es reintroducida en su naos.

Los miembros de la cofradía osírica encienden candiles que simbolizan la victoria de la luz sobre las tinieblas. Se celebra un gran banquete para señalar el final de los misterios. Aun alegrándose con sus hermanos, Ikhernofret tiene la sensación de haber vivido la hora más exaltante de su vida. ¿Y cómo no pensar en la principal enseñanza de los misterios: «Cualquier hombre puede convertirse en un Osiris, cualquier hombre debe convertirse en Osiris para cruzar las puertas de la muerte»?

CAPÍTULO 16
La contestación de un campesino elocuente

Un campesino, cuyo nombre es «Al que Anubis ha protegido», camina tranquilamente a lo largo del Nilo. Viene del oasis de la sal, el Uadi Natrun, al oeste del delta.[22] Ha abandonado el oasis, donde habita, para ir a Egipto a vender cebada y llevar alimento a sus hijos. Le pidió a su mujer que preparara pan y cerveza para el viaje.

El campesino cargó en sus asnos muchos otros productos, cañas, plantas, sal, natrón, madera, pieles de pantera y de lobo, pichones, pájaros, grano. En resumen, hermosos y buenos productos que no le costará vender. El campesino no está preocupado. La región es tranquila, los caminos están cuidados.

El campesino se encuentra con un hombre que de pie, en la orilla, observaba el cortejo. Thot-es-poderoso, pues tal era el nombre del ocioso personaje, formaba parte del personal de un gran terrateniente, Rensi. Thot-es-poderoso sufría la peor de las enfermedades según los egipcios: la envidia. Ver pasar aquellos asnos cargados de riquezas le resulta insoportable. Decide robar al campesino; para lograrlo, organiza una emboscada.

El campesino está obligado a pasar ante la casa de Thot-es-poderoso. Ahora bien, en este lugar el camino es muy estrecho y no supera la anchura de una pieza de tela. En un lado, la tierra está inundada, en el otro hay un campo de cebada. En el cerebro

de Thot-es-poderoso, nace una idea maquiavélica: le pide a su servidor que vaya a buscar una pieza de tela que corresponde, exactamente, a la anchura del camino y la extiende sobre el mismo antes de que pase el campesino. De ese modo, uno de los bordes llega hasta el agua y el otro a la cebada.

El campesino toma esta vía pública y pasa ante la morada de Thot-es-poderoso. Como impulsado por un resorte, éste sale y le increpa: «¡Cuidado, campesino! ¡Vas a pisotearme las ropas!». Sorprendido, el campesino descubre la tela puesta en el camino. «Por algún lugar tengo que pasar, replica. No tengo intención alguna de estropear tus vestidos, pero el camino pertenece a todo el mundo. Es ya lo bastante estrecho como para poner además en él una pieza de tela». Deseando evitar discusiones con tan irascible personaje, el campesino dirige sus asnos hacia un lado del camino, donde el extremo de la tela llega a la cebada. El paso no es muy ancho, pero bastará. Thot-es-poderoso reacciona de inmediato: «¿Piensas utilizar mi cebada como camino, campesino?». Esta vez se enoja. El camino no es privado. Está claro que quieren impedirle pasar y está decidido a no consentirlo.

Entonces se produce un acontecimiento dramático. Uno de los asnos del campesino, indiferente a las querellas humanas, se llena la boca de cebada. Thot-es-poderoso no podía desear nada mejor. Trata inmediatamente al campesino de ladrón. La sanción es simple: puesto que el campesino le ha robado su cebada, debe entregarle su asno. El infeliz campesino queda pasmado ante tamaña mala fe. Pero está decidido a no ceder. Conoce al propietario del dominio, al gran intendente Rensi, que presume de castigar a los ladrones. ¿Será expoliado en las tierras de ese hombre justo?

Thot-es-poderoso no está dispuesto a discutir. Utiliza argumentos contundentes que, según cree, disuadirán al campesino

de entablar una acción judicial. Tomando una rama de tamarisco, fustiga los miembros del campesino, que cae al suelo y, luego, le roba todos los asnos. El campesino llora de dolor, gime, protesta. Eso importuna a su agresor, que le exige que baje la voz si no quiere ser enviado, rápidamente, al reino de los muertos, a la morada del Señor del silencio.

El campesino cree en los dioses. Implora al Señor del silencio, al dios de los muertos, Osiris. Pero éste no le responde. Acomodaticio, el infeliz permanece diez días en los aledaños de la mansión de Thot-es-poderoso, suplicando al ladrón que le devuelva sus bienes. Pero éste, seguro de su victoria, hace oídos sordos.

El campesino no se da por vencido. Siendo así, se quejará al propietario de las tierras, el íntegro Rensi. Reanudando valerosamente su camino, se dirige hacia el sur y llega a la capital del nomo, llamada Herakleóplis. ¡Por fin tiene suerte! Descubre a Rensi cuando sale de la soberbia morada y se dispone a subir en su barco oficial, una especie de despacho flotante que le ha destinado la administración. El campesino se dirige con deferencia al alto personaje; se propone alegrar su corazón contándole cierto asunto del que tiene conocimiento. Rensi envía a un hombre de confianza para que recoja la declaración del campesino.

Leyendo el informe, Rensi se siente algo perplejo. Pide consejo a sus notables. Éstos minimizan el incidente. Una querella sin ninguna gravedad, afirman; la culpa debe de ser de ambas panes. Que el ladrón, si realmente ha robado, pague con algo de sal al campesino y caso cerrado. Rensi permanece silencioso. No expone sus conclusiones.

Inquieto por su suerte, el campesino avanza hacia Rensi. Con gran dominio de la palabra, le dirige una primera súplica. Él, Rensi, padre del huérfano, marido de la viuda, hermano de la mujer expulsada de su casa, vestido del que no tiene ya madre,

guía de lo que aún no es y de lo que es, grande exento de bajeza que sabe navegar por el lago de la justicia, ¿osará rechazar la queja de un hombre que tiene razón? A Rensi le corresponde acabar con la mentira y favorecer la verdad, aliviar la angustia y la miseria de un pobre campesino al que han despojado.

Rensi escucha con mucha atención el soberbio discurso del campesino. Acude al faraón para confiarle la historia. «Majestad —dice Rens—, he encontrado un campesino, en verdad un auténtico pico de oro, que ha sido despojado de sus bienes por un hombre que está a mi servicio». Faraón se muestra muy interesado por ese humilde personaje que se expresa con tanto talento. Le pide, pues, a Rensi que haga durar el asunto tanto como pueda. Que escuche sus súplicas sin responder nada, para ver hasta dónde puede llevar el campesino su arte oratorio. Entretanto, el Estado se encargará de alimentar a su mujer y sus hijos. El propio campesino tendrá codas las provisiones necesarias, sin saber de dónde proceden. Con diez panes y dos jarras de cerveza diarios, no va a ayunar.

Sin impacientarse demasiado, el campesino acude a presentar a Rensi su segunda súplica. Le califica de gobernalle del cielo, de puntal de la tierra, de plomada; le recuerda que la balanza que se inclina o la plomada que se desvía son mala cosa. Si la justicia desaparece, los grandes hacen el mal, las palabras se hacen inexactas, los jueces se convierten en ladrones. ¿Hay algo más dramático que ver cómo se vuelve inicuo quien debiera dar ejemplo de justicia? Rensi es poderoso, rico, no tiene conciencia de la miseria de un hombre injustamente despojado. No siente compasión alguna. Posee numerosos bienes, comida y bebida. ¿Por qué permite que el mal se extienda a su alrededor? ¿Por qué él, el más instruido de los hombres, sigue ignorando este asunto?

Rensi, según lo acordado, guarda silencio. El campesino no se desalienta e inicia una tercera súplica en la que comienza comparando al intendente con Ra, el señor del cielo, con el Nilo que asegura la subsistencia de todos los seres. Que recuerde la eternidad que se acerca y castigue al ladrón acudiendo en ayuda de un pobre hombre como él. Que no responda al bien con el mal, que no coloque una cosa en lugar de otra. El equilibrio de Egipto depende de que se cumpla la justicia. Puesto que es un hombre importante, no debe decir mentiras sino ser igual que una balanza. Al negarse a devolverle sus bienes actúa como una rapaz, como un sádico, como un ser sin corazón.

Esta vez el campesino ha ido demasiado lejos. Insulta a un alto personaje. Rensi ordena a dos guardias que le azoten. Pero el castigo no logra que el contestatario renuncie; primero, trata a Rensi de barco sin capitán, de ciudad sin gobernador, de policía que se convierte en ladrón, de dirigente que se vuelve deshonesto.

Expulsado del palacio del intendente, el campesino acude a éste cuando sale del templo. Sin vacilar, inicia una cuarta súplica. Le dirige amargos reproches. El Bien ha desaparecido. La mentira triunfa. Nadie puede ya defender una causa justa. Decirle la verdad a un hombre como Rensi no sirve de nada. No escucha. No tiene indulgencia alguna. ¿Pero por qué no va a hacerse misericordioso su corazón, por qué sus ojos no van a abrirse por fin? Si es un verdadero timonel, que no deje su barco a la deriva. Y el campesino se impacienta: le ha suplicado ya cuatro veces a Rensi, ¿tendrá que pasar todos sus días defendiendo su causa?

Rensi parece no haber escuchado nada. El campesino vuelve a la carga por quinta vez. Le compara a las distintas clases de pescadores que exterminan los peces en el río. Él es quien despoja a un pobre de sus bienes y le condena así a morir. Él, que ha reci-

bido la función de juez íntegro, ayuda al ladrón. Y él mismo se convierte en criminal.

Viendo que Rensi permanece insensible a esas acusaciones, el campesino se aventura a una sexta súplica. Que Rensi haga aparecer de nuevo la justicia, como la saciedad que pone fin al hambre, el vestido que cubre la desnudez, el cielo azul tras la tempestad. Que mire, sin más demora, de frente la verdad. Él es quien debiera dar la paz y quien provoca el tumulto, él es quien debiera suprimir las penalidades de los humildes y quien les abruma con dificultades. Rensi es un sabio, un hombre competente, no es ávido. Y sin embargo, se comporta como un hombre cuyos negocios fueran mal. La rectitud le ha abandonado. Es el jardinero del mal que riega la tierra con malas acciones.

Frente al persistente mutismo del intendente, el campesino sigue sin desalentarse. En su séptima súplica compara a Rensi con el gobernalle de todo Egipto, que navega según lo que ordena. Que sea clemente por fin, que su corazón no sea hostil al hombre justo, pues tal cosa es indigna de él. El campesino ha conocido la desgracia. Lo ha intentado todo para justificarse. Ha hablado y hablado, ha agotado sus argumentos. Ahora, ya sólo le queda callar. Su rostro dice bien su sufrimiento. Rensi es perezoso y voraz. No ha despertado a ningún ser dormido, no ha hecho a sabio ningún torpe, no ha enseñado a ningún ignorante; y los notables que le rodean no son mejores que él.

Esa cascada de rencor sigue sin surtir efecto. Entonces, el campesino formula la octava súplica. ¿Cómo es posible que Rensi se muestre tan codicioso? ¿Por qué se ha convertido en un ladrón si no necesita nada? Bandoleros y ladrones son también sus notables, cuya primera tarea debe ser, sin embargo, luchar contra el mal. Naturalmente, el campesino debiera tener miedo de Rensi, temer un nuevo castigo. Pero está tan indignado, que las quejas

brotan naturalmente de su boca. Rensi es dueño de una inmensa propiedad, de numerosas tierras y roba además a quien nada tiene. Él, que debiera ser discípulo de Thot, que es comparado al cálamo, al rollo de papiro, a la paleta del escriba, no respeta la regla que se encuentra en las palabras de Dios. Sin embargo, ninguna acción vil lleva a buen puerto, mientras que el hombre prudente consigue atracar.

Amenazas, alabanzas, todo es inútil. Rensi parece para siempre mudo e indiferente a la causa del campesino que, por novena vez, presenta su alegación. La balanza de un hombre es su lengua, afirma. Tiene que decir la verdad. La mentira no tiene posteridad ni heredero; si va de viaje, se extravía. Que Rensi no sea parcial y no rechace al que suplica, que no sea lento en dictar la buena sentencia. No hay amigo para el que se vuelve sordo a la Regla, no hay días felices para el ser ávido.

Pero el campesino debe rendirse a la evidencia. Suplica, y Rensi no le escucha. Ahora va a callar también él y abandonar esta tierra de injusticia. Ya sólo puede dirigirse a una persona: Anubis, su santo patrón, que es también el guía de los muertos.

Rensi deja que el campesino se aleje, pero pide a dos guardias que vuelvan a traerlo. El campesino tiene miedo. Teme ser detenido por injurias y que le castiguen severamente. Pronuncia un último discurso deseando su propia muerte para verse por fin liberado de sus desgracias.

Pero Rensi le tranquiliza en seguida: «No temas nada —le recomienda—, pues hemos actuado así contigo para que permanecieras a mi lado». Estupefacto, el campesino se indigna: ¿tendrá que comer el pan del intendente y beber su cerveza durante toda la eternidad? Divertido, Rensi le pide algo más de paciencia. Hace llamar a los escribas que han anotado las nueve súplicas del campesino y se las leen.

Los textos son enviados al faraón, que se muestra encantado con la elocuencia del campesino y con los argumentos que con tanto arte ha sabido desarrollar. La sentencia final, decide el faraón, corresponde al gran intendente Rensi.

No hay ya necesidad de palabras: Rensi dicta su sentencia. Thot-es-poderoso es llevado ante él con todos sus bienes, cebada, trigo, asnos, ganado, cerdos, sin mencionar sus seis servidores. El pobre campesino se convierte en propietario de todo lo que pertenecía a quien le robó, que se convierte en su criado.

El valor, la paciencia y la tozudez han vencido la injusticia. Al reanudar el camino hacia el oasis, más rico que nunca lo había sido, el campesino piensa que es bueno vivir en esa tierra de Egipto donde siempre es posible pedir la intervención de un gran personaje para que la Regla divina sea respetada.

CAPÍTULO 17
La expulsión de los hicsos

En el año 1552 a. J. C., Egipto está sumido en las tinieblas. El príncipe Ahmosis, «El que ha nacido de la luna», forma divina guerrera y agresiva, se siente sin embargo animado por un vengativo ardor.[23] Desde hace muchos años, Egipto está dividido, ocupado por conquistadores extranjeros, los jefes de tribus llamados hicsos. Aprovechando un debilitamiento del poder central y los errores del gobierno, turbaron el equilibrio de las Dos Tierras. Como escribiría el historiador Manethon, relatando los acontecimientos de aquella época, «la cólera divina sopló contra nosotros, no sé por qué y, de improviso, hombres de una raza desconocida, llegada de Oriente, tuvieron la audacia de invadir nuestro país y, sin dificultad ni combate, se apoderaron por la fuerza de él. Esa gente apresó a los jefes, incendió salvajemente las ciudades, arrasó los templos de los dioses y trató a los indígenas con la mayor crueldad, degollando a unos, llevándose como esclavos a los niños y las mujeres». Uno de esos jefes de tribus bárbaras impuso su ley a los demás, percibió impuestos, instaló guarniciones en varias ciudades de Egipto y estableció su capital en Avaris, en el delta.

El cuadro apocalíptico de Manethon es algo forzado. Los hicsos ciertamente cometieron algunas exacciones y violencia, pero están muy lejos de haber sembrado la ruina y el terror. Su ocupación es más insidiosa. ¿Asiáticos? ¿Fenicios? ¿Hititas? ¿Quiénes son a fin de cuentas? ¿Una mezcla de todos estos pue-

blos? Al príncipe Ahmosis le preocupa poco el origen étnico de los invasores. Para él, son asiáticos que han llegado a Egipto en una gran migración. La riqueza de las Dos Tierras siempre ha tentado a los pueblos extranjeros. En realidad, los hicsos no son sino una coalición de pequeñas tribus decididas a tomar el poder en Egipto y a instalarse definitivamente.

Ahmosis el tebano no puede soportarlo. Ciertamente, los colonizadores han sido colonizados. La magia de la tierra egipcia se ha apoderado de ellos, y se han egiptianizado, perdiendo poco a poco sus costumbres para adoptar las de la civilización faraónica. Pero siguen siendo extranjeros, usurpadores; por su causa hay un Egipto hicso, en el norte, y un Egipto egipcio en el sur. El país está dividido en dos. El poder del Imperio Antiguo y Medio parece haberse desvanecido para siempre en la arena, tanto más cuanto los hicsos disponen de una nueva y temible arma, carros tirados por caballos. Tienen también espadas de hierro. El ejército egipcio no pudo resistir. Su capital, Avaris, es una ciudad fortificada que parece invulnerable. Su dios es el terrorífico Baal, al que identifican con Seth. Se han atrevido a calificarse de «hijos de Ra», pero Ahmosis sabe que reinan ignorando la luz divina y que ninguno de ellos respeta la regla de Maat, la armonía del universo.

Para expulsar a los hicsos de Egipto no hay otro medio que la guerra. Con paciencia, los rebaños han constituido un ejército, han reconstituido sus desfallecientes energías. Naturalmente, todo el país está, en teoría, bajo el dominio de los hicsos, pero el príncipe de Tebas ha mantenido su independencia y su influencia se extiende, incluso, por las provincias vecinas.

Ahmosis piensa con emoción en el primer tebano que osó sacudirse el yugo hicso: Sekenenra. Durante varios años, hacia 1560, combatió al ocupante. Estaba mal preparado, fue derrota-

do y muerto.[24] Llegó luego el intratable y valeroso Kamosis que, de 1555 a 1551, inicia la guerra de liberación, habiendo aprendido las lecciones de los fracasos de sus predecesores. Se ha preparado mejor, ha levantado un ejército de egipcios dignos de este nombre. Kamosis ha sentido, sobre todo, el peligro de ser aniquilado, pues en efecto, se hallaba atrapado entre dos enemigos: los hicsos, al norte, y los nubios, al sur. Negros y asiáticos pronto iban a extenderse para borrar del mapa el último foco de resistencia, destruyendo Tebas. Sólo quedaba una posibilidad: atacar, adelantándose a ellos.

Pese a la urgencia, a Kamosis le costó mucho convencer a sus consejeros. ¿Por qué correr tales riesgos cuando Tebas vivía en paz? La situación económica era buena, todos podían saciar su hambre, los enemigos estaban lejos y no se mostraban agresivos. Apasionado por su grandiosa tarea, Kamosis explica que esperar pronto equivaldrá a la muerte. Pero los consejeros no aceptan sus argumentos. Mejor será mostrarse pacientes. Por otra parte, piensan, es imposible que se alíen el asiático del norte y el negro del sur; Kamosis dramatiza la situación porque tiene deseos de combatir. No es lúcido y llevará Tebas a la catástrofe.

El ardiente general prescinde de los consejos. Con los soldados que le son fieles, sube hacia el norte, se apodera de la ciudad santa de Hermópolis, que no estaba defendida y piensa en asediar Menfis. Pero toma primero la ruta de los oasis para instalar una base operativa. Allí le sonríe la suerte: un mensajero hicso que se dirigía a Nubia cae en sus manos. Es portador de un documento capital, una carta del jefe asiático al jefe nubio que demuestra su alianza contra los egipcios. El hicso indica que ha sido atacado por Kamosis y pide ayuda al nubio. Cuando hayan acabado con la resistencia tebana se repartirán Egipto. Provisto de esta prueba indiscutible, Kamosis demuestra lo acertado de su

análisis político. Esta vez, sus consejeros se ven obligados a apoyarle. La guerra de liberación ha comenzado realmente.

Kamosis hace «limpiar» el oasis de Bahria, ocupa luego la pequeña ciudad de Sako, a doscientos kilómetros al sur de Menfis. Otras tropas vigilan la frontera nubia. Así, poco a poco, el frente va ascendiendo hacia el norte, hacia el grueso de las tropas hicsas, sin correr el riesgo de una maniobra de cerco. Durante la estación cálida, Kamosis establece en Siut su acantonamiento; para sus valerosos soldados, significa la ocasión de festejar las primeras victorias, cazar y pescar. En Tebas estalla la alegría. Las mujeres besan a sus maridos, hay danzas y celebraciones. Por fortuna, nadie llora porque ningún soldado egipcio ha muerto en los combates.

Kamosis hace levantar una estela[25] en el templo de Karnak donde afirma que celebra un gran banquete bebiendo el rojo vino de los asiáticos. ¿No ha devastado su palacio, talado sus árboles, deportado a sus mujeres, capturado sus carros, sus armas, sus riquezas? Ha reducido a cenizas sus moradas, pues habían propagado la desgracia en Egipto y merecían un castigo ejemplar. Por eso Kamosis se ha mostrado implacable con las ciudades del delta que se habían aliado con los hicsos en vez de resistir contra el ocupante.

Los sacerdotes de Tebas dan una gran publicidad a las informaciones contenidas en esa estela de victoria, que cae como un «puñetazo» en la población, que recupera la esperanza. ¡Sí, Egipto puede ser liberado!

Cuando Ahmosis sube al trono, en 1552, Kamosis está vivo todavía. Pero son sus últimos días. Antes de desaparecer instruye a su joven sucesor en la función real. Ahmosis carece del temperamento belicoso de Kamosis. Analiza fríamente la situación. La mitad de Egipto ha sido realmente liberada, pero el Delta sigue

aún en manos del ocupante. Sería una locura lanzar un ataque general con un ejército numéricamente demasiado débil y dotado de armas inferiores a las de los hicsos. Por esta razón, Ahmosis pasa los diez primeros años de su reinado preparándose para el asalto final. Equipa su ejército, hace construir una flota para el transporte de tropas y carros de calidad equivalente a los utilizados por los hicsos. El esfuerzo guerrero es difícil de soportar para la población, pero el faraón ha logrado un amplio consenso. Tras los primeros éxitos de Kamosis, no se trata ya de detenerse en el camino. Además, Ahmosis es un soldado profesional. Muy joven, se enroló en el ejército comenzando desde lo más bajo de la escala jerárquica, en la infantería. Ha ascendido todos los peldaños, conoce bien los problemas de los soldados, sabe hablarles y motivarles.

Del año quince al año veintidós de su reinado, Ahmosis pasa a la ofensiva. No hay en su acción nada de precipitado; el esfuerzo se dosifica, la estrategia está perfectamente calculada. Ahmosis se dirige al norte. Heliópolis y Menfis no resisten mucho tiempo. Los egipcios se unen, en todas partes, a la causa del ejército de liberación. Las Dos Tierras tienen de nuevo un faraón. Como por milagro, se recupera la unidad.

Hay, sin embargo, un difícil obstáculo: Avaris, la capital de los hicsos, en el delta. Éstos han agrupado sus últimas fuerzas en esa ciudad fortificada cuyo asedio durará varios años.

La caída de Avaris supone, realmente, la total liberación de Egipto. Ahmosis, prudente y meticuloso, persigue a los últimos fugitivos que se han refugiado en Sharuhen, en Palestina. Toma la ciudad, queriendo arrancar de raíz el mal. Obtiene una victoria resonante. De esta brillante campaña, Ahmosis se trae un soberbio mobiliario sagrado para los templos tebanos: mesas de ofrenda de oro y plata, instrumentos musicales de metales pre-

ciosos, coronas de oro, jarras… Ahmosis es aclamado como un gran faraón, como el liberador de Egipto.

«¡Ved —exclama—, Ahmosis es Dios en la tierra!». De hecho, Faraón es la encarnación terrenal del creador del universo. Ha podido vencer porque Dios estaba en él.

Los últimos años del reinado de Ahmosis serán apacibles y felices. El rey fue alabado por su carácter amable y dulce. En el ocaso de su vida le gustaba reposar en su palacio de Tebas, acompañado por la reina. Mientras el sol se ponía en la montaña de Occidente, la reina advirtió que Faraón se sentía contrariado. Su rostro expresaba inquietud. ¿Qué sombríos pensamientos turbaban su corazón? «Hay que recordar a nuestros antepasados —respondió el rey—. Debemos honrar su memoria, colmar sus mesas de ofrenda en las fiestas del cielo y de la tierra. Hay que embellecer sus tumbas, hacer construir magníficos palacios de eternidad, plantar árboles a su alrededor, excavar albercas llenas de agua fresca, procurar que el servicio fúnebre esté perfectamente asegurado».

El espíritu de Ahmosis se aproximaba así a sus antepasados que habían entrado en la vida eterna. También el viejo rey había merecido acceder al paraíso; ¿no había vivido, acaso, una de las horas más exaltantes de la civilización egipcia, expulsando al invasor y fundando la XVIII dinastía?

CAPÍTULO 18
La aventurera vida de Ahmose, hijo de Abana

El almirante Ahmose, hijo de Abana, cargado de años y de honores, se dispone a inspeccionar el estado de las obras de su morada de eternidad, una tumba rupestre excavada en la necrópolis de El-kab, en el Alto Egipto. Puede sentirse orgulloso. El paraje es soberbio, la tumba está casi terminada. Por sus muros corre un largo texto que recuerda la extraordinaria vida del gran soldado que fue Ahmose.[26]

Ahmose, hijo de Abana, está conmovido. Recuerda sus hazañas y afirma con vehemencia, en las columnas de jeroglíficos grabados en los muros: «Hablo a la humanidad. Siete veces he recibido el oro de la recompensa, en presencia de todo Egipto. Numerosas tierras me fueron concedidas. El renombre de un hombre depende de sus acciones. El mío no perecerá nunca».

¿Vanidad? En absoluto, pues Ahmose ha sido testigo de las principales fases de la liberación de Egipto, ocupado por los hicsos, y ha visto nacer el glorioso Imperio Nuevo, inaugurado por la XVIII dinastía.

Ahmose nació en El-kab y allí pasó su infancia. Su madre se llamaba Abana y su padre Baba. Éste ocupaba un rango de oficial en el ejército del rey Sekenenra, que murió en combate. Cuando su padre falleció, Ahmose era muy joven. No había tomado mujer y llevaba aún el taparrabos de la infancia. Sin embargo, con-

fiaron en él y ocupó el puesto de su padre en un navío de guerra llamado *Toro combatiente*. El joven se mostró digno de su padre. Su valor fue reconocido. Tras haber fundado un hogar, fue destinado a una unidad de la marina de guerra del Norte y recibió, sobre todo, el privilegio de formar parte de la guardia personal del faraón Ahmosis. Ahmose, hijo de Abana, abandonó su barco para ir a tierra firme y encargarse de la seguridad del faraón cuando se desplazaba en carro.

Tuvo así la posibilidad de participar en la mayor hazaña de la guerra de liberación: la toma de Avaris, capital de los hicsos.[27] Mientras el ejército egipcio ponía cerco a la ciudad fortificada, Ahmose, hijo de Abana, multiplicó las acciones brillantes, tanto en el agua como en tierra. Fue uno de los más ardorosos en el barco que combatió en el canal de Avaris. Vencedor en varios combates singulares, regresó con las manos cortadas de sus enemigos muertos para demostrar su valor, que fue recompensado con oro.

Los hicsos gozaban aún de ciertas ayudas exteriores. Un pequeño ejército intentó liberarlos. Mientras se mantenía el asedio de Avaris, Faraón envió tropas al sur para combatir a quienes acudían en ayuda de los asiáticos. Ahmose, hijo de Abana, formó parte de un «comando de choque» y se distinguió haciendo un prisionero. Llevándolo a hombros, cruzó un brazo del río como si caminara sin problemas por el camino. Esta demostración de hercúlea fuerza fue referida al heraldo real y, por tercera vez, Ahmose, hijo de Abana, recibió el oro que recompensa a los bravos.

Avaris es tomada. La capital de los ocupantes cae. Ahmose, hijo de Abana, no es muy elocuente sobre este acontecimiento fundamental. El asedio duró mucho tiempo, fue una victoria por cansancio que no se caracterizó por un gran asalto. De paso,

nuestro héroe lo aprovechó para hacer cuatro prisioneros: «Un hombre y tres mujeres, cuatro cabezas en total». Cabezas que no cayeron, pues los prisioneros se convirtieron en servidores de Ahmose.

Algunos hicsos no han aguardado la caída de Avaris. Han conseguido huir a Palestina y se han refugiado en la ciudad de Sharuhen. El faraón Ahmosis no concede reposo a sus victoriosas tropas. Persigue al enemigo hasta su último feudo. Se pone cerco a la capital palestina. Durará tres años. Naturalmente, Ahmose, hijo de Abana, participa en la toma de Sharuhen y, también ahí, hace prisioneros, mujeres en esta ocasión. En premio a su comportamiento, recibe una vez más el oro de los bravos.

Después de la guerra en el norte, la guerra en el sur, Ahmose, hijo de Abana, participa en la «operación Nubia» durante la cual hace prisioneros a dos hombres. De nuevo el oro y otro presente: dos mujeres. La servidumbre del héroe se amplía. Los grandes combates de Ahmosis han terminado, Egipto ha sido liberado, pero todavía tienen lugar serias escaramuzas durante el regreso triunfal hacia la capital. Las tropas de un rebelde, Aata, y las de un sedicioso, Teti-an, son exterminadas por el ejército de Faraón. Ahmose, hijo de Abana, no tiene de qué quejarse en estas postreras acciones brillantes. Se le atribuyen nuevos servidores y, sobre todo, recibe varios terrenos en su ciudad natal.

La paz reina durante los últimos años del reinado de Ahmosis. Pero Ahmose, hijo de Abana, militar de carrera, se ve obligado a reanudar el servicio en el ejército de Amenofis I (1527-1506). Se producen en Nubia nuevos disturbios. El faraón organiza una importante expedición que ataca con fuerza: las tropas nubias son exterminadas, su jefe es hecho prisionero y encadenado. Ahmose ha ascendido y ocupa un puesto de mando, por lo que, cla-

ro está, combate en primera línea. Recompensa: oro, dos siervas y un título honorífico: «Combatiente del Señor».

Para valentía su valor, Ahmose, hijo de Abana, hace un prisionero y se lo ofrece a Faraón; demuestra así que no es un ser ávido y que todas sus hazañas se llevan a cabo para mayor gloria de Su Majestad.

Nuestro héroe, que comienza a encanecer bajo los arreos, está al servicio de otro rey, Tutmosis I (1506-1494). Tiene que volver a los caminos siguiendo a ese faraón, animado por un encendido espíritu de conquista.

Al sur, deja atrás la tercera catarata y hace edificar, en Tombos, una fortaleza cuyo nombre es todo un programa: «Entre los países extranjeros (llamados "los nueve arcos"), nadie se atreve a mirarla», tan impresionante es. Tutmosis I es uno de los primeros faraones en penetrar tan profundamente en el África negra. Quiere reprimir un levantamiento, pero lo aprovecha también para «civilizar» aquellas lejanas regiones y abrir rutas comerciales.

El paso de las cataratas no siempre es fácil. Ahmose, hijo de Abana, que tiene la responsabilidad del barco real, se ve obligado a desplegar todas sus cualidades de marino para no zozobrar cuando es asaltado por las aguas enfurecidas. Esa nueva hazaña le vale ser nombrado «jefe de los marinos».

Esta expedición nubia no es, por lo demás, muy tranquila; a algunas tribus negras no les gusta la llegada de los egipcios y se atreven incluso a lanzar comandos contra el ejército de Faraón. «Entonces —observa Ahmose, hijo de Abana—, Su Majestad se enfureció como una pantera»; tensó el arco y lanzó una flecha que se clavó en el pecho del jefe enemigo. Los africanos huyeron, aterrorizados por la llama del uraeus, la serpiente que se erguía en la frente de la corona real. El ejército egipcio exterminó

a los rebeldes que intentaban oponer resistencia y se llevó a otros como prisioneros. Uno de ellos fue colgado, cabeza abajo, en la proa de la barca del rey que ascendía hacia el norte, en dirección a Tebas. El horrible espectáculo estaba destinado a impresionar a los nubios. Quienes tuviesen la veleidad de rebelarse contra Faraón sabrían qué triste fin les aguardaba. Los resultados de la campaña africana no fueron desdeñables. A seiscientos kilómetros al sur de Asuán se desarrolló en el Gebel Barkal, la actual Napata, un «centro» egipcio, religioso y comercial al mismo tiempo.

El avance del ejército egipcio por Asia es todavía más sorprendente. Amenofis I había preparado sin duda la operación gracias a una expedición de reconocimiento. Tutmosis I, siempre acompañado de Ahmose, hijo de Abana, se aventuró hasta el territorio de Naharina, al este del Éufrates, donde se habían instalado conquistadores de origen ario, los mitannios, que habían acabado dominando a los asirios. Los mitannios crearon un Estado joven y ambicioso, decidido a modificar el equilibrio de las potencias en Asia. Tutmosis I advirtió el peligro. Atacó a Mitanni y le infligió la derrota. Para conmemorar ese hecho bélico, Faraón hizo erigir una estela-frontera a orillas del Éufrates. Naturalmente, Ahmose, hijo de Abana, guerreaba a la cabeza del ejército egipcio; atravesando las filas enemigas, se apoderó de un carro y de su tiro, ofreciéndoselos al faraón.

Aunque la victoria de Tutmosis I no puede discutirse, resulta difícil evaluar su magnitud. Los mitannios no fueron aniquilados, ni su país fue ocupado militarmente. Faraón se limitó a exigir el pago de un tributo anual. Si los asiáticos vacilaban en pagar la deuda, el ejército egipcio intervendría.

En el camino de regreso, el rey se toma su tiempo. Organiza una cacería de elefantes en la región pantanosa de Niy, en Siria.

De regreso en Tebas, comienza la fiesta. Un hombre es especialmente cubierto de honores: el héroe Ahmose, hijo de Abana, que recibe por última vez el oro de los valientes.

Esta vez, el viejo soldado, con más de setenta años, considera que ha llegado la hora de gozar un reposo bien merecido. Sus armas se hacen recuerdos. Por fin podrá gozar de su vida tebana, de su huerto, disfrutará la suave brisa del norte y contará sus recuerdos guerreros, él, cuyas primeras hazañas tuvieron lugar mientras los hicsos ocupaban todavía Egipto.

Ahmose, hijo de Abana, fue un testigo privilegiado de las grandes horas que vieron el nacimiento del Egipto del Nuevo Imperio, de ese Estado rico y poderoso, faro del mundo entero. El anciano es muy consciente de que los textos grabados en las paredes de su tumba constituirán, para la posteridad, un precioso testimonio. Pero ya sólo aspira a una gloria eterna: descansar en la tumba que él mismo ha construido.

CAPÍTULO 19
Nacimiento del Valle de los Reyes

Tutmosis I (1506-1494), al regreso ele una lejana expedición convoca en palacio a Ineni, su maestro de obras. El faraón ha meditado mucho sobre el reinado de su predecesor, Amenofu I. Un período bastante tranquilo durante el cual el faraón emplazó loi elementos esenciales de un nuevo sistema administrativo y militar destinado a asegurar la prosperidad y la seguridad de Egipto. Amenofis I fue especialmente venerado por la población; se dirigían a su espíritu inmortal a través de pequeños oratorios y se recurría a él para que ofreciese un oráculo en asuntos enmarañados. Amenofis, como cualquier faraón, debía ser un maestro de sabiduría, pero a Tutmosis I le interesa uno de los origínalísimos aspectos de su obra.

El primero de los Amenofis adoptó una decisión muy extraña, de orden religioso. La antigua tradición exigía que un solo monumento reuniera la tumba real y la capilla donde se rendía culto al aspecto inmortal del rey difunto. Amenofis I introdujo una innovación, disociando ambos elementos. Por un lado, la tumba propiamente dicha, por el otro la capilla o el templo funerario. Ésa es la creación fundamental del Nuevo Imperio por lo que se refiere a la arquitectura religiosa. Tutmosis I quiere dar forma y vigor a esta intención.[28] El rey no sólo no hará construir una pirámide sobre su tumba, no sólo separará su sepultura de su templo funerario sino que elegirá, también, un paraje totalmente nuevo para dormir en él su sueño postrero.

El maestro de obras Ineni acaba, precisamente, de realizar su informe al faraón sobre el lugar elegido: un uadi silvestre y desértico, frente a Karnak, en la orilla oeste. Allí serán enterrados todos los faraones del Imperio Nuevo, en el secreto de aquel Valle de los Reyes.

Ineni confirma al faraón que ha hecho excavar una ruta para penetrar en ese valle, de entrada muy estrecha. Se halla situado en el corazón de un circo montañoso dominado por «la cima», una extraña montaña con la cumbre en forma de pirámide. Allí gobierna la diosa del Silencio, que castigará a cualquier imprudente que intente violar este lugar, sagrado entre todos. Está, además, muy aislado, lejos de las cotidianas agitaciones de los humanos. Allí reina únicamente la serenidad del más allá. Ninguna vegetación, ningún eco de la vida exterior. Sólo un sol abrumador, una energía procedente del cielo, de los paraísos donde se encuentran las almas de los justos. El Valle de los Reyes es «la sede de Maat», es decir el lugar donde se revela la armonía cósmica. Custodiado por fortines, donde velan hombres de armas, resulta inaccesible para los profanos. Sólo penetran en él los artesanos iniciados, a quienes los faraones encargan excavar las tumbas. Debe guardarse el secreto sobre los emplazamientos reales.

Faraón pide a su maestro de obras que trabaje con un equipo muy restringido que englobe a la élite de los artesanos del reino. Que nadie les vea, que nadie les oiga, ordena. Ineni está enteramente decidido a llevar a cabo esa tarea tan extraordinaria como exaltante. Su equipo se alojará en Deir el-Medineh, en un lugar llamado «el sitio de verdad», muy cerca del Valle de los Reyes, directamente bajo la triple autoridad del faraón, el visir, y él mismo. Estos hombres tendrán una sola función: preparar, disponer y decorar la tumba real.

El maestro de obras Ineni somete a Tutmosis I el plano de su futura tumba, modelo que seguirán con distintas variantes sus sucesores: una escalera de acceso que se hunde en las profundidades de la tierra, una antecámara y una cámara funeraria que contendrá el sarcófago, la morada de regeneración. Faraón no quiere que ningún problema material retrase la marcha de los trabajos. Asegura a Ineni que los obreros que trabajen en el Valle de los Reyes serán correctamente alojados, alimentados y vestidos y recibirán raciones alimenticias directamente procedentes del granero real.

Ha llegado el gran día. El faraón en persona penetra en el futuro Valle de los Reyes. El lugar es impresionante. Está destinado, sin duda alguna, a proteger los cuerpos de los reyes egipcios de las miradas profanas. Allí se producirá, efectivamente, la sutil alquimia que transformará a las momias en cuerpos de luz.

El maestro de obras Ineni expone al faraón el emplazamiento elegido. Un equipo ha excavado ya un acceso en la roca. La entrada de la tumba será, más tarde, sellada, llevando el sello el nombre del faraón, elemento inmortal de su ser. Ineni desenrolla en el suelo el papiro con el diseño definitivo. Faraón, que, como su maestro de obras, ha recibido las enseñanzas secretas de la Casa de Vida, propone algunas modificaciones al plano. Cuando los dos hombres se ponen de acuerdo acerca de las proporciones geométricas que deben respetarse, el orden de las salas, la naturaleza de los textos y símbolos que se representarán en los muros, los artesanos reciben instrucciones precisas.[29]

Varios artesanos trabajan juntos en el interior de la tumba, en esta obra excepcional. Primero es preciso que las superficies queden rectas, utilizando el cincel, para obtener un perfecto soporte en el que se harán las inscripciones. Luego se cubrirán con yeso frotado muros y techos hasta quedar perfectamente lisos. Inter-

viene entonces el dibujante, que traza los diseños definitivos. Las correcciones serán efectuadas por un maestro que repite en negro lo que fue trazado en rojo por sus compañeros.

La organización del trabajo no tolera fantasía alguna: el equipo de artesanos, muy unido, trabaja unas cuatro horas por la mañana, se interrumpe hacia mediodía para almorzar y reposar un poco, vuelve luego a la tarea durante cuatro horas más. Cada cual tiene un trabajo preciso: tallar la piedra, preparar la superficie, dibujar, pintar, etc.

El problema más delicado es la iluminación. Cuanto más se internan hacia el centro de la tierra, más se debilita la luz exterior. En el corazón del sepulcro reinan las tinieblas. Pero es preciso dibujar en los muros jeroglíficos y escenas que no toleran la menor imprecisión. Además, es preciso impedir cualquier emisión de humo que ensuciaría los muros y el techo. Naturalmente, existe el antiguo procedimiento consistente en mojar mechas en salmuera y dejarlas secar. Cuando se las enciende, no echan humo. Pero el maestro de obras distribuye también candiles cuyo nombre guarda relación con uno de los nombres del cielo, a saber, «miles de estrellas», o dicho de otro modo, miles de puntos luminosos que iluminan la obra de modo satisfactorio. La cuenta de las lámparas es muy estricta y su distribución cuidadosamente vigilada.

El trabajo avanza de prisa. Los artesanos encargados de excavar y adornar las tumbas reales poseen un perfecto dominio de su oficio. Cuando el faraón acude a inspeccionar la obra, su morada de eternidad, la primera del Valle de los Reyes, está casi terminada. Una abertura en la roca, que se ocultará cuando finalicen los ritos funerarios, luego un descenso bastante abrupto, una cámara adornada con frisos donde el alma del faraón superará los obstáculos que la separan de la vida en eternidad y, finalmente, la

sala del sarcófago, una magnífica estancia de gres rojo sobre la que velan las diosas Isis y Neftis.[30]

Tutmosis I es, como el sumo sacerdote de Ra en Heliópolis, «el mayor de los videntes». En este valle todavía desértico, árido y salvaje, ve ya las futuras moradas de eternidad de los mayores reyes del Imperio Nuevo, la inmensa y admirable tumba de Seti I, la de Horemheb, donde se revelan los secretos del dibujo egipcio, la de Ramsés VI, donde se diseña la alquimia solar, ve desarrollarse en los muros las escenas rituales que conducen al ser del faraón desde la muerte aparente a la vida real. En esas paredes se han grabado textos enteros como el «Libro de la cámara secreta» (el Amduat), donde los sabios enseñan de qué manera el sol, principio de vida, atraviesa el mundo inferior, lleno de peligros, antes de renacer por la mañana. Las tumbas del Valle de los Reyes, como las pirámides con textos, son libros abiertos en cuyo interior penetra el espíritu de Faraón para impregnarse de sabiduría y de luz.

Faraón y su maestro de obras ya lo hicieron saber a los artesanos que trabajan en esa obra, lejos del mundo profano: el plano de la tumba es el camino del sol con el que se identifica el rey. Descensos, pasos y salas corresponden al viaje que efectúa la luz divina; llevan a la cámara de resurrección, donde el rey reposa en un sarcófago, verdadero crisol alquímico en que lo perecedero se transforma en imperecedero. Lejos de ser simplemente «fúnebre», esta sala del sarcófago se denomina, además, «morada del oro donde el Uno (es decir Faraón) está en plenitud».

Faraón, meditando en esta sala que será su última morada terrestre y su primera morada de eternidad, mira hacia el exterior. Así, señala a los artesanos, será preciso «leer» la tumba, y revelar pues, consecuentemente, textos e inscripciones, del interior hacia el exterior, desde lo más secreto hasta lo más aparente.

En esta hora grandiosa en la que nace el Valle de los Reyes, con la creación de la primera de sus tumbas, Faraón contempla sin temor el cielo estrellado inscrito en el techo de su sepulcro, ese cielo en el que su alma irá a reunirse con la luz de la que ha brotado.

CAPÍTULO 20
Los hermosos viajes de la reina Hatshepsut

Hatshepsut, la primera de los nobles, reina sobre Egipto (1490-1468). Regente del reino, primero, obligada a asumir el ejercicio del poder debido a la corta edad del faraón legítimo, Tutmosis III, se ha convertido en Faraón viviendo los ritos de la coronación.

Éste fue el primer viaje hermoso de la reina-faraón: un itinerario espiritual que la convierte en hija de una mortal, la reina Ahmose, y de un dios, Amón.[31] El omnipotente Amón, cuyo nombre significa «el oculto», sorprendió a la reina cuando descansaba en su palacio. El maravilloso olor que emanaba del cuerpo del dios la despertó. Ardiendo de deseo, Amón le reveló su forma divina. El amor les unió. Amón anunció a la reina que daría a luz una hija, Hatshepsut, y que ésta desempeñaría la función real, benefactora para la humanidad. Cada día, como Ra, dios de la luz divina, él se encargará de ofrecerle su mágica protección. El carnero Khnum moldea a la niña en su torno de alfarero, dándole vida, poder, estabilidad y alegría. Le concede, al mismo tiempo, la soberanía sobre todo Egipto y todos los países extranjeros. Por lo que se refiere a Thot, señor de la lengua sagrada y patrón de los escribas, hace el anuncio oficial del nacimiento divino de Hatshepsut, a quien las potencias del destino atribuyen la más feliz de las existencias. Hathor, diosa de la alegría y el amor, presenta la niña a Amón para que la reconozca co-

mo suya, como forma luminosa brotada de su ser. Le da su nombre, Maatkara,[32] la estrecha contra sí, la besa, le permite aparecer en el trono como principio de la luz, eternamente. Hatshepsut es entonces amamantada por las vacas celestes, gozando así de alimentos excepcionales que le darán una fuerza sobrehumana para realizar su tarea. Purificada, presentada a todos los dioses del sur y del norte, Hatshepsut es creada Faraón y gobierna el país según su propia voluntad, que es la de su padre Amón.

El viaje simbólico que vivió ritualmente en el interior del templo, durante las fiestas de la coronación, Hatshepsut no lo olvidará nunca. Hace construir un extraordinario monumento, «la capilla roja», donde relata los principales episodios.[33] ¿Cómo no evocar ese instante solemne en el que, recorriendo las salas de Karnak en busca de un futuro faraón, el dios Amón se detuvo ante Hatshepsut para designarla como soberana?

Todo lo que el cielo cubre y todo lo que el mar rodea pertenece a Hatshepsut. Pero ante todo debe tomar realmente posesión de las Dos Tierras, de ese Egipto cuya felicidad desea. Éste es el objeto de su segundo viaje. La reina-faraón parte de Karnak y asciende hacia el norte. La embarcación real, el más hermoso florón de una soberbia flotilla, se detendrá a menudo para permitir a Hatshepsut bajar a tierra y rendir homenaje a los dioses en los principales templos del país. Irá también a Menfis, la capital económica, para ser reconocida como Faraón por el dios Ptah, y a Heliópolis, la vieja capital religiosa, para recibir la bendición de Ra.

Hatshepsut es una mujer muy hermosa. Su rostro es de admirable finura, su porte gracioso y altivo; autoritaria y encantadora a la vez, sabe conquistar los corazones y se impone a todo el mundo por su presencia y su inteligencia. Profundamente diplomática, a la reina-faraón no le gustan los enfrentamientos, aun-

que sabe hacerse respetar. No es una reina de opereta sino un verdadero faraón. Como única excepción al protocolo, no lleva el título simbólico de «toro potente», pues carece de la potencia viril y fecundadora de un faraón masculino. Ningún dignatario, ningún gobernador de provincia discute el poder de Hatshepsut, revestida con las insignias de la realeza y ejerciendo, con plena soberanía, las prerrogativas de su función. Pues ella es designada como el cable que sirve para jalar el Bajo Egipto, como la estaca a la que se amarra el Alto Egipto, el guardín perfecto del gobernalle del Delta. Hatshepsut es, a la vez, el navío del Estado que boga en paz y el puerto donde se encuentra paz y serenidad.

A Hatshepsut le gusta el orden. No sólo la buena organización administrativa que permite a los egipcios vivir días felices a orillas del Nilo, sino también el orden divino al que debe adecuarse el país para seguir gozando de las protecciones celestes. Por ello, la reina-faraón emprende la restauración de numerosos monumentos antiguos, degradados por el tiempo o por la ocupación de los hicsos, unos bárbaros que vivían en la ignorancia de la luz de Ra. Pero la gran obra de la reina es un templo de concepción única, cuyos planos fueron concebidos por el maestro de obras Senmut: Deir el-Bahari, llamado el Sublime de los sublimes, extraordinario edificio compuesto de tres terrazas y que se adosa a un acantilado cuya verticalidad arrastra hacia el cielo las piedras irradiadas de luz. «Lo he hecho con el corazón amante para mi padre Amón —declara Hatshepsut—, imbuida de su misterio. Nada he desdeñado de lo que él había determinado, pues conocía su cualidad divina. He actuado según sus órdenes. Él me ha dirigido. No concebí trabajos sin que él participase, él da las claves de las proporciones. No he cometido errores con respecto a lo que él había exigido, pues vivía en intuición y estaba imbuida por su conciencia».

Sublimes palabras de la reina constructora, cuya eficiencia puede contemplarse viendo cómo se levanta el templo de Deir el-Bahari, donde la reina ilustra su papel de maestro de obras contando, por mediación de los relieves del patio inferior, el hermoso viaje de los obeliscos.

El obelisco es una aguja de piedra, un bloque único de considerable peso que se eleva hacia el cielo. Está coronado por un piramidión, una pequeña pirámide recubierta de oro que culmina la gigantesca columna, una de cuyas funciones es disipar las influencias negativas y atraer hacia el templo las fuerzas positivas que emanan de los espacios celestes. Para honrar a su padre Amón y embellecer su gran templo de Karnak, Hatshepsut decide erigir dos nuevos obeliscos que canten también la gloria del dios de la luz, Ra, al que la reina se siente especialmente vinculada.

Un obelisco debe ser un bloque de granito monolítico. Las más hermosas canteras de granito no se encuentran en la región tebana, sino en Asuán, a unos doscientos kilómetros al sur. Eso no importa. Se organiza con el mayor cuidado una expedición. Los mejores talladores de piedra parten hacia Asuán, donde, en siete meses, consiguen tallar dos gigantescos obeliscos. Una vez terminado ese primer trabajo hay que organizar el transporte de las agujas de piedra, de treinta metros de largo. Hatshepsut en persona acude a la obra para admirar los obeliscos extraídos de las canteras. Son perfectos; los jeroglíficos grabados en el granito han sido ejecutados sin el menor error de proporción. La obra es digna de Amón. La reina-faraón ordena la construcción de pesadas y sólidas chalanas, de más de sesenta metros de largo, de madera de sicomoro, y provistas de dos remos-gobernalles a popa. Mil hombres se ocupan del transporte de los obeliscos de la cantera a las chalanas.

Tres grupos de diez barcas se encargan de tirar de estas últimas. El mayor peligro es embarrancar y ver cómo se inmoviliza el imponente convoy; por ello, desde la proa de cada embarcación, un marino provisto de una larga pértiga se encarga de sondear el Nilo. El mando, asumido por soldados como siempre en Egipto, es muy estricto. Tan excepcional transporte demanda, es cierto, las mayores precauciones.

La embarcación principal, donde se han instalado el maestro de obras, el jefe del convoy, altos funcionarios y dignatarios especialmente enviados por la reina-faraón, es digna de destacar por su cabina en forma de naos de templo, con paneles decorados con leones, esfinges y toros que aplastan al adversario, símbolos todos ellos del radiante poder de Faraón, vencedor de las tinieblas y el desorden.

A lo largo de su recorrido, el sorprendente cortejo despierta la admiración de las poblaciones reunidas a orillas del Nilo. Cuando llega a Tebas estalla la alegría; ningún incidente ha turbado la buena marcha de la operación. En la tierra hay paz, fiesta en el cielo. Dioses y diosas han protegido la expedición, demostrando así que las intenciones de la reina-faraón eran buenas. Un rito marca la llegada a buen puerto: los marinos encienden fuegos en las embarcaciones. El humo del sacrificio se eleva así hasta el cielo azul donde brilla el fuego del sol. En el puerto, la gran multitud congregada se aparta para abrir paso a los que llegan; los sacerdotes primero, luego los nobles, los altos funcionarios, a continuación los oficiales, los ritualistas que ofrecerán piezas de carne y panes, arqueros y portadores de boomerangs. Algunos militares adoptan el paso de carrera para mayor placer de los espectadores. La juventud es particularmente exuberante; los jóvenes reclutas, en especial, profieren gritos de alegría en honor de Hatshepsut. Se toca el tambor y se canta.

La reina-faraón es feliz. Los obeliscos son magníficos. Asiste, serena, al júbilo popular. Algunos servidores mantienen ante ella pantallas para que no le incomode el sol o el polvo. Además, ninguna sombra peligrosa debe alcanzar la persona real.

El ruido y la agitación no rebasan las puertas del templo, donde sólo entran la reina-faraón, los religiosos, los ritualistas y algunos altos dignatarios. Hatshepsut se acerca al lugar donde se erigirán los obeliscos, dirige el ritual de creación de esas piedras que han tomado vida, hace la ofrenda de jarras de vino. Atribuye una tierra sagrada a los obeliscos, cuya punta está cubierta de oro claro, y realiza una carrera para señalar sus límites. En la mano izquierda lleva el documento de fundación que autentifica su acto.

Como cualquier gran faraón del Imperio Nuevo, Hatshepsut participó en el embellecimiento del inmenso Karnak. Pero emprendió también un largo viaje hacia un paraíso llamado Punt. Las escenas de esta notable expedición están grabadas en los muros de un pórtico de la terraza intermedia de Deir el-Bahari.

¿Por qué enviar marinos egipcios tan lejos de su país? Debido a una aparición divina, Hatshepsut, de acuerdo con la regla de vida de los faraones, acudía cada día al templo para realizar los actos rituales. Mientras estaba meditando en el sanctasanctórum, cara a cara con Dios, escuchó una orden. El pensamiento de la reina-faraón se elevó hasta el Principio y, correspondiendo, éste le confió una nueva misión: explorar las vías que llevan al país de Punt y traer de allí incienso para el culto. «Te he dado Punt, dijo la voz divina, pero, en realidad, nadie conoce el camino hasta la tierra de los dioses… La tierra divina no ha sido hollada, los hombres no conocen las colinas de la mirra. Y sin embargo, Punt es un lugar de delicias».

La reina-faraón se informa en la Casa de Vida. Sabe que sólo dos divinidades, Horus y Hathor, conocen todavía la ruta que permite acceder al maravilloso país. Los humanos, de hecho, la han olvidado. Ya no saben cómo llegar. Hay que limitarse a algunas indicaciones transmitidas de boca en boca.

Se necesita algo más para desalentar a Hatshepsut. Reúne las tripulaciones de cinco navíos, marinos que no tiemblan ante nada y a los que gustan las lejanas exploraciones. Ella no puede abandonar Tebas, pero su espíritu los acompañará y sobre ellos se extenderá su protección mágica.

Hay un hombre, un viejo marino, que sabe un poco más que los geógrafos oficiales. Antaño conoció a exploradores que marcharon hacia Punt. ¿Por qué no confiar en él? La mejor solución es dirigirse al Uadi Gasus, puerto del mar Rojo. Es una base de partida ideal hacia Punt. Los navíos egipcios, provistos de velas cuadradas y remos-gobernalle, son buenos veleros manejados por excelentes marinos. Son perfectamente capaces de remontar con vientos alisios la costa oeste de África sin correr el menor riesgo. De los astilleros egipcios salían tanto navíos gigantes de 75 metros por 20 como embarcaciones más pequeñas, y ésas son las que se preparan para ir a Punt (15 metros por 9).

Se supone que el maravilloso país, querido por el corazón del dios Amón, está lejos, al sudeste de Egipto, en los parajes de Eritrea o Somalia. Pese a esa indecisión y al largo recorrido que debe realizarse, el diario de a bordo no menciona dificultad alguna. Los marinos, protegidos por la magia faraónica, no buscan: encuentran. Todo ocurre como si las embarcaciones se hubieran dirigido, instintivamente, hacia su destino.

Curioso paisaje, en verdad, el que aparece ante los ojos de los marinos egipcios. El país de Punt no es más que un territorio más bien pequeño cuyo centro está ocupado por una aldea pri-

mitiva, formada por chozas sobre pilotes, cerca de un río. Para los hombres del Imperio Nuevo, acostumbrados a un alto nivel de civilización, Punt tiene aspecto de refugio de una tribu primitiva, viviendo en un paraje protegido. Los marinos egipcios atracan en paz, y lo hacen saber. Envían una barca cargada de vituallas para demostrar sus amistosas intenciones; es inútil prestarse a equívocos. Un mensajero de la reina Hatshepsut, un oficial y ocho soldados desembarcan para ofrecer regalos a los puntitas. Lentamente los depositan en el suelo y aguardan la reacción de los habitantes ante las cuentas, collares y brazaletes. Los autóctonos acuden, contemplan, charlan. A primera vista, todo va bien. El jefe de la tribu y su mujer, que sufre una terrible enfermedad que hace que sus carnes se hinchen, la elefantiasis, se acercan para charlar amablemente con los egipcios, manifestándoles su asombro: ¿qué rutas del cielo o del mar han atravesado los viajeros para alcanzar esta región desconocida por los hombres? La ruta de la luz, responden los egipcios, la que da Faraón y de la que nadie puede apartarse si desea llegar a buen puerto.

Con su rostro rudo, su barba y su puñal a la cintura, el jefe de la tribu puntita no parece cómodo. Pero no se muestra en absoluto agresivo y desea vivir, como los egipcios, gracias al soplo de Faraón, a ese aire vivificante que se halla en las palabras del rey. El asunto parece bien encaminado. Podrán negociar en torno a una buena mesa donde egipcios y p un ti tas degustarán pan, cerveza, carne y fruta procedente de Egipto. Los hombres de la reina Hatshepsut, prudentes, prefieren consumir sus propios productos.

Pese al aspecto paradisíaco del paraje, no están muy decididos a demorarse. Nada como las Dos Tierras. De modo que cargan ya en los barcos árboles de incienso, cuyas raíces envuelven en esteras. Algunos especialistas han verificado que los árboles estén

vivos. Se decidió hacer el viaje para llevarlos a Karnak. La reina-faraón no toleraría un fracaso. Y no son los únicos productos que cargará la expedición; hay también maderas preciosas, oro, marfil, aromas, incienso, pieles de panteras, así como animales vivos, como babuinos y otros monos. La carga se efectúa ante la mirada bonachona de los puntúas.

El viaje de regreso será tan fácil como el de ida, pues la reina-faraón sigue ejerciendo su protección mágica con la misma eficacia. En cuanto los navíos están a la vista de Tebas se avisa a la población: ¡llegan las maravillas de Punt! Dos dignatarios de Punt realizan el viaje, y se prosternan ante Hatshepsut. Los puntitas, muy impresionados, contemplan con respeto a esa mujer en quien se ha encamado la divinidad y cuyo renombre llega al círculo del cielo.

Con sumo cuidado trasladan los árboles de incienso hasta los jardines del templo donde la reina-faraón, vistiendo un traje de ceremonia, con el cetro y la maza en las manos, presenta a Amón las riquezas procedentes del país de las maravillas. La propia Hatshepsut plantará esos árboles, que producirán tanto incienso que el cielo y la tierra quedarán inundados. Después de medir el incienso fresco en presencia del dios Thot, garante de la exactitud de la balanza, Hatshepsut pesa el electrón en presencia de otros testigos divinos. Demuestra así que las materias más ricas y más preciosas no se destinan a los humanos sino a las divinidades, de modo que sus templos sean perpetuamente embellecidos.

El olor del incienso impregna todo el cuerpo de la reina, que exhala así el olor del rocío divino. La piel de Hatshepsut se tiñe de oro, se asemeja a las estrellas que adornan el techo de la sala de festejos. Con sus propias manos fabrica las esencias perfumadas que le servirán para embellecerse; su cuerpo entero brilla co-

mo el oro que constituye la carne inmortal de los dioses. ¡El perfume de Su Majestad llegará hasta el país de Punt!

Lejano aún, el último viaje permitirá al espíritu de la reina-faraón reunirse con los reyes de Egipto en la luz del sol y de las estrellas; no obstante, ya conoce el texto que hará grabar en la cara interior de la cubierta de su sarcófago; «Oh Madre Cielo (Nut), extiéndete sobre mí, colócame entre los astros imperecederos que están en ti, ¡qué yo no muera!». Plegaria que se reveló eficaz, puesto que Hatshepsut, perpetuada por su obra, permaneció efectivamente viva.

CAPÍTULO 21
Guerras y paz de Tutmosis III

El toro potente que aparece en Tebas, Aquel cuya realeza es duradera como la de Ra en el cielo, Aquel cuya fuerza es poderosa y magníficos los amaneceres, el rey «que sea bien moldeado el nacimiento de la luz», Tutmosis de perfecto destino: ése es el nombre completo del faraón Tutmosis III (1490-1436), el faraón que fue alimentado con la sabiduría de los dioses y conoce los caminos secretos en el cielo. Tebas, la ciudad a la que ha enriquecido más que cualquier otro rey, está alborozada. Es el día de la salida de la gran barca sagrada de Amón, el dios de las victorias. El espléndido navío ritual se manifiesta al pueblo de Egipto. Brotan por todas partes gritos de júbilo.

Tutmosis asiste a la fiesta con la serenidad de un monarca que ha vivido mil aventuras, que ha sabido crear una paz duradera utilizando la peligrosa arma de la guerra. Siempre vencedor, ha merecido las más grandes loas. Se han compuesto himnos en su honor. Todos los países extranjeros doblan la cerviz ante él. El temor que inspira alcanza los límites marcados por los cuatro pilares del cielo. Mantiene prisioneros, en su puño, a los jefes de todas las regiones. Los rebeldes caen bajo sus sandalias. Ningún enemigo de vil corazón tiene la fuerza de levantarse contra Faraón. Los hombres se acercan a él con la espalda cargada de presentes. Su Majestad aparece como una estrella cuyo brillo se asemeja a una llama. Tiene la potencia de un toro eternamente joven, la

rapidez del chacal capaz de recorrer las Dos Tierras en un instante.

Éstas no son vanas alabanzas sino descripciones simbólicas de la persona sagrada de Faraón. Gran conquistador, jefe guerrero, primero de los combatientes que camina a la cabeza de su ejército…

Sí, Tutmosis III fue ese hombre y consideró indispensable serlo para garantizar la seguridad de su país.

Mientras en el exterior prosigue la fiesta, Tutmosis III entra en el templo de Karnak, el inmenso santuario de Amón-Ra, el dios que le ha elevado a la realeza y al que siempre fue fiel. Faraón contempla, en los muros del templo, el relato de sus batallas, grabado allí, en jeroglíficos, porque posee un valor sagrado. Se trata, es cierto, de expediciones militares, pero también de actos de civilización, aportaciones de la luz de Egipto a las tinieblas exteriores, voluntad de proteger las Dos Tierras de cualquier peligro procedente de los países extranjeros. Esos relatos históricos, o más exactamente de historia sagrada, son los *Anales*. Evocan las diecisiete campañas de Tutmosis III en Asia, obedeciendo a una gran idea: convertir aquellos parajes en protectorados, imponer la paz egipcia e impedir cualquier tentativa de invasión interviniendo en la fuente misma de la revuelta. Dos veces ya, a finales del Imperio Antiguo y al término del Imperio Medio, Egipto vaciló. Los pueblos extranjeros aprovecharon la circunstancia para violar el territorio de las Dos Tierras, desvalijar, convertirse incluso en ocupantes, como los hicsos. Es preciso hacer lo que sea para evitar que semejantes desgracias se repitan.

Para conseguirlo, Tutmosis III pone en pie un ejército profesional. Sólo los soldados de carrera, bien formados, creyendo en su formación y con un ideal de valentía, tendrán el deseo y la capacidad de llevar a cabo una política de conquista.

Faraón concederá a los soldados ventajas nada desdeñables: unas condecoraciones que, lejos de ser baratijas sin valor, consistirán en collares y colgantes de oro y, sobre todo, en donaciones de tierras. Naturalmente, siempre hay escribas que se burlan de la vida militar y critican sus aspectos más desagradables. El entrenamiento es difícil, casi inhumano; los jóvenes reclutas cosechan heridas y chichones. Es imposible descansar so pena de ser castigado por el oficial de servicio. Y luego hay que salir de campaña, caminar durante horas por rutas difíciles y cargados como asnos. La espalda duele y no hay masajista. El agua está racionada y, además, es salobre. El vientre duele, las piernas desfallecen, el hambre atenaza el estómago y, sin embargo, es preciso seguir adelante sin preocuparse por el calor o el frío. Al llegar al campamento nada se arregla. Es un verdadero penal. La comida es mediocre, las tareas numerosas, en caso de desfallecimiento llueven los golpes. Y luego está el enemigo. El soldado está tan cansado que parece un pájaro caído en la trampa. Frente a las flechas enemigas pierde todo el valor. Quien escapa de este cúmulo de desgracias puede por fin regresar a Egipto, ¡pero en qué estado! Ya sólo es vieja leña corroída por los gusanos. Algunos ladrones le despojan de su escasa soldada y no le queda sino morir, pobre y enfermo.

Afortunadamente para el ejército egipcio, la realidad era algo distinta. La guerra tenía inconvenientes, es cierto, pero los hombres de tropa gozaban de una intendencia «a la egipcia», es decir perfectamente organizada. No olvidemos, de paso, que el más alto responsable del ejército no es un militar sino un civil, el visir, el primer ministro de Egipto. Sabiendo que su rey concede particular importancia al buen estado moral y físico de los soldados, el visir veló para que la ración se compusiera de carne, legumbres, pan, pasteles y vino. Cada cuerpo del ejército tenía cocineros y panaderos.

El armamento egipcio se ha perfeccionado. Los especialistas estudiaron a conciencia las armas utilizadas por los asiáticos y no han vacilado en producir armas semejantes, aportando ciertas mejoras. Los arqueros van provistos de un arco triangular, los infantes utilizan escudos y armas de mano, especialmente espadas en forma de hoz. Los carros reúnen a los soldados de élite. A ellos corresponde ganar las batallas. Tras su derrota por los carros hicsos, los egipcios aprendieron a fabricarlos. En los carros aprenden el oficio de las armas los príncipes herederos, los futuros faraones; desde su carro, Faraón dirige su ejército. La tripulación de un carro de combate se compone de un auriga y un soldado que maneja el arco, la lanza o la espada. La cohesión de este equipo es esencial.

En el ejército de Tutmosis III no hay sólo egipcios. Incluye también en sus filas extranjeros «egiptianizados», entre los cuales, algunos prisioneros de guerra que han sabido reconvertirse hasta el punto de servir al país que antaño combatiera. El Faraón ha insuflado el sentido del Estado a los soldados que parten lejos, para servir la gloria de Egipto. Suceda lo que suceda, Faraón estará entre sus hombres y dará ejemplo. Que ningún egipcio se bata, nunca, en retirada ante el enemigo. Jefe o guerrero, el rey será la sombra bajo cuya protección los soldados se sentirán bien. El papel del rey es ser, por sí solo, una infranqueable muralla alrededor de Egipto. Con sus valientes, hará que la luz triunfe sobre el caos.

Tutmosis III recuerda con emoción su primera campaña, el inicio de la epopeya que durante varios años le llevará por las rutas de Asia. El rey gobierna solo Egipto desde hace algo más de un año, pero su plan ha sido cuidadosamente madurado. El peligro es Mitanni, Estado instalado al este del Éufrates pero que extiende sus ramificaciones por Asina y Canaán. El corredor siro-

palestino estaba ocupado por una multitud de pequeños principados que se vendían al mejor postor. El conflicto entre Mitanni y Egipto resultaba inevitable. El servicio de espionaje informa a Tutmosis III que el príncipe de Kadesh ha logrado organizar una temible coalición que, tarde o temprano, atacará Egipto. Faraón toma la delantera. El ejército egipcio se reúne en el delta. Conoce su objetivo: romper la coalición, acabar con Mitanni, alcanzar el Eufrates y reconquistar las provincias sometidas a la influencia de Mitanni. Ahora bien, ningún soldado sabe que serán necesarios veinte años de esfuerzos para concretar estos objetivos.

El 25 de febrero de 1468, el ejército egipcio cruza la frontera nordeste del delta, dirigiéndose a Asia. En nueve días recorren doscientos kilómetros para llegar a Gaza. Tras cuatro días de descanso, es preciso iniciar una nueva marcha de once días para llegar a la llanura de Megiddo, donde se han reunido más de trescientos jefes de clan, cuyas fuerzas, aunque superiores en número, carecen de coherencia. Tutmosis está bien informado. Pese al estado de fatiga de sus soldados, Faraón sólo va a concederles una noche de descanso. Atacarán al alba a un enemigo demasiado estático y seguro de sí mismo. La vela de armas es, por lo demás, muy agitada. Se preparan arcos, flechas, espadas, carros, se ocupan de los caballos, se distribuyen las raciones alimenticias y se despliegan los centinelas alrededor del campamento. Tutmosis III pide a todos sus hombres vigilancia y firmeza.

El día de la fiesta de la Nueva Luna, Faraón lanza su ataque contra la poderosa fortaleza de Megiddo. Va de pie en su carro de electrón, llevando sus ornamentos. Los dioses Fortalecen sus brazos. Su ejército se despliega mientras Tutmosis III permanece en el centro. Los enemigos quedan sorprendidos. Son incapaces de resistir y huyen. Los asiáticos, rodeados, se refugian en la fortaleza, abandonando carros y caballos. El pánico es tal que algu-

nos son por sus ropas hasta detrás de las almenas, incluido el príncipe de Kadesh, cuya conducta es poco digna de un jefe. Los coaligados se sienten aterrorizados, tropiezan, caen al suelo de cabeza.

Los soldados egipcios se apresuran a recuperar los carros de oro y plata abandonados por el enemigo que huye. Desvalijan las tiendas del campamento adversario y acumulan botín. En las filas egipcias se lanzan gritos de victoria. La estrategia de Tutmosis III ha resultado perfectamente eficaz. El ejército entero rinde homenaje al faraón y le ofrece las presas de guerra: prisioneros, caballos, objetos preciosos y carros.

Pero Tutmosis III sabe que su victoria es aún incompleta. Cierto es que el enemigo ha sido derrotado, pero muchos confederados se han refugiado en la fortaleza. «¡Apoderaos de esa ciudadela!», ordena a sus tropas. Ha llegado el momento de poner fin a la coalición haciendo prisioneros, de un solo golpe, a todos los jefes adversarios. Apoderarse de Megiddo, concluye Faraón, es apoderarse de mil ciudades.

Actúan de forma metódica. Primero, disponer hombres que eviten cualquier salida. Luego, evaluar la extensión exacta de la dudad, rodearla de un foso, cercarla después con árboles jóvenes que tiene la ventaja de exhalar agradables olores, que complacen especialmente a Faraón, instalado en una plaza fortificada al este de Megiddo y velando, noche y día, por la evolución de la situación. Naturalmente, la tienda de Su Majestad es custodiada por un cuerpo de élite que impide que nadie se aproxime sin un control riguroso.

Tutmosis III sabe que vive una gran hora de la historia egipcia. Los coaligados acabarán rindiéndose. De modo que el rey hace acudir a su presencia escribas para dictarles el informe de esta formidable campaña. Un rollo de cuero será depositado en el

templo de Karnak y servirá de texto de referencia para los grabadores que habrán de imprimir los jeroglíficos en la piedra.

Tras siete meses de asedio, los coaligados salen de Megiddo y, en señal de sumisión, acuden a prosternarse ante Tutmosis III. No llevan las manos vacías para implorar el perdón de Faraón: oro, plata, lapislázuli, turquesas, vino, ganado, cereales. Los escribas establecen el detalle exacto del botín: 20 500 corderos, 2000 cabras, 1929 bovinos, 207 300 sacos de trigo y cebada, 2401 caballos, 924 carros, 502 arcos, un carro de oro labrado que perteneció al jefe de la coalición, otro al príncipe de Megiddo, algunas hermosas cotas de bronce, unos 2500 prisioneros, entre ellos mujeres, niños y 103 civiles que no han participado en el combate y se han rendido porque se morían de hambre. Hay también numerosas piezas de vajilla, oro y plata, estatuas, sillas de mano y ropa.

Tutmosis III se muestra magnánimo. No ha venido a sembrar el terror sino a instaurar la paz. No hay ejecución alguna. Es más: los jefes rebeldes siguen a la cabeza de sus tribus y sus clanes, pero es Faraón quien los nombra y deben rendirle cuentas. Por eso las tierras cultivables quedan bajo la responsabilidad de administradores egipcios que percibirán, cada año, un diezmo en especies.

La batalla de Megiddo causó menos de cien muertos. Sin embargo, ha impuesto Egipto como una gran potencia, capaz de construir un imperio de Asia y administrarlo sin hacer desgraciadas a sus poblaciones. Varios hijos de jefes tribales son enviados a Egipto, no como prisioneros sino como alumnos. Aprenderán el egipcio, las costumbres de las Dos Tierras, seguirán estudios de Economía y Derecho. Una vez «egiptianizados», regresarán a sus casas y gobernarán su territorio permaneciendo fieles a Faraón, que cuida de que inscriban en los templos terroríficos textos

donde se afirma que ha destruido ciudades y aldeas, dejando tras de sí un montón de ruinas, que se ha llevado a los supervivientes cautivos, con todos sus bienes, que ha arrasado plantaciones, cultivos, campos, dejando estéril la tierra para siempre. Estas mágicas amenazas bastarían para tranquilizar a quienes tuvieran aún la intención de tomar las armas contra Egipto.

Durante los años siguientes, el ejército egipcio inspecciona regularmente sus nuevos protectorados siro-palestinos. Se exhibe, desfila e interviene en cuanto se produce el menor disturbio. Tutmosis III no vacila en desplazarse hasta allí personalmente, para sostener la moral de sus tropas y al mismo tiempo demostrar a las poblaciones de los territorios conquistados la importancia que concede a la paz del imperio. Los funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores, enviados a tan lejanos parajes por períodos más o menos largos, velan por la buena recolección de las cosechas y por el traslado de la parte correspondiente a Egipto.

A Tutmosis III le gustan estos viajes. Siente especial afecto por Siria, donde, por otra parte, se produjo un milagro cuando Faraón conversaba con dos de sus astrólogos. Procedente del sur, una estrella se aproximó bruscamente a ellos. Produjo tal brillo que nadie, a excepción del rey, pudo permanecer de pie. ¿Pero no es el propio Faraón la estrella que propaga el terror entre sus adversarios y les deslumbra con su mera presencia?

Más prosaicamente, Siria es una tierra rica, fértil y hermosa. La costa siria es activa, con sus numerosos puertos, Gaza, Ascalón, Jaffa, Tiro, Sidón, Biblos. Los múltiples y pequeños Estados de la región aceptan el dominio egipcio, pues se está convirtiendo en sinónimo de seguridad y de paz, tanto más cuanto cada príncipe local mantiene su independencia, sus instituciones y sus costumbres. La presencia egipcia, aunque muy eficaz, es discreta.

El jefe guerrero Tutmosis III no es un hombre brutal ni un déspota. Sabe que cada cual debe poseer una cierta libertad para apreciar la jerarquía en la que está inserto. El rey conoce, por lo demás, personalmente, a sus vasallos y sus familias, y no deja de acudir a saludarlos durante sus giras de inspección. Tarea abrumadora, perpetuamente recomenzada… pero Tutmosis III da la cara para permitir que se establezcan las condiciones de una paz duradera.

La Administración egipcia no pierde el tiempo. Después de cada campaña se redacta un informe detallado y se deposita en los archivos reales, constituyendo, poco a poco, unos anales. En Tebas, el servicio de los países extranjeros se encarga de los intercambios comerciales y culturales con los países vasallos. Forma intérpretes que aprenden lenguas extranjeras, como el akkadio, para poder hacerse perfectamente cargo de los problemas locales.

A los soldados egipcios también les gustan las giras de inspección en Siria. El vino es abundante. Los banquetes son numerosos. Las mujeres son amables y saben hablar con los valientes. La carrera militar tiene a veces cosas buenas.

En el año treinta y tres de su reinado, Tutmosis III se ve obligado a llevar sus tropas a realidades menos risueñas. La octava campaña no es una partida de placer sino una expedición de gran envergadura. Faraón no se ha dejado embriagar por sus éxitos y nunca ha perdido de vista su primer objetivo: crear un imperio que se extienda hasta el Eufrates. Tutmosis se asegura una impresionante logística para que el viaje sea lo más corto posible y fatigar menos a sus hombres. Hace construir chalanas de madera de cedro que se colocan en carros tirados por bueyes. Se atraviesa así el desierto hasta el Eufrates. El ejército cruza el río en esas chalanas. Es la primera vez que un faraón cruza esta frontera natural. El gran acontecimiento se conmemora levantando una es-

tela que señalará el punto último de la expansión egipcia hacia el norte. El enfrentamiento entre egipcios y mitannios, sorprendidos al verse acosados en sus propias bases, se producirá en Karkemish, al oeste de Alepo. El ejército de Faraón sale victorioso. El enemigo, una vez más, es puesto en fuga. Las ciudades, tomadas al asalto, se rinden. Tutmosis III ha hecho realidad su ambicioso proyecto: vencer al adversario en su casa, repeler hasta muy lejos, hacia el norte, al posible invasor. Egipto está ahora protegido del adversario asiático por una vasta expansión de pequeños principados colocados bajo su control económico. La guerra ha generado la paz.

Tutmosis III y sus oficiales se permiten un momento de descanso: una cacería de elefantes. Junto al Eufrates descubren un rebaño de ciento veinte paquidermos. Junto a Faraón se encuentra el comandante Amenemheb, un valiente que ha acompañado a su soberano en todas las expediciones, tanto hacia el norte como hacia el sur. Combatió con las manos desnudas en el desierto de Negeb e hizo tres prisioneros; al oeste de Alepo, sus presas de guerra fueron más considerables: trece asiáticos, setenta asnos vivos y trece lanzas de bronce dorado. Amenemheb descolló en muchas otras batallas y recibió recompensas de Tutmosis III: un león, dos collares, dos botones, cuatro brazaletes, todo de oro y en presencia del ejército reunido. Amenemheb gozó también el privilegio de que le atribuyeran dos servidores, un hombre y una mujer.

Pero el valiente soldado tiene el ánimo absorto en una grave preocupación que le lleva a olvidar los recuerdos felices; allí, junto al río, el jefe de los elefantes, un enorme macho, carga contra Faraón. La situación del rey es mala. Amenemheb sabe que Faraón no retrocederá y no intentará huir. El elefante va a pisotearle, a matarle. El oficial se lanza en ayuda de su soberano.

Consigue cortar la «mano» del elefante, su trompa. Amenemheb se mantenía en el agua, entre dos rocas, fuera del alcance del animal, pero lo bastante bien colocado para salvar al rey. La recompensa estuvo a la altura de esa nueva hazaña: oro, vestiduras y cinco pares de sandalias.

Pero esos bienes materiales no son lo que más importa al fiel y valeroso Amenemheb. Guarda de corps de Tutmosis III, siente una sincera admiración por el señor de Egipto. Su mejor recompensa es la amistad que por él siente el soberano. Estar a su lado le procura la mayor alegría.

Tutmosis III puede contemplar con satisfacción la obra realizada. Asia se le ha sometido. Todos sus pueblos le pagan tributo y han entrado en la esfera de influencia económica y cultural de Egipto. Desde su trono de Tebas, el monarca egipcio gobierna el mayor imperio del mundo.

La vigilancia, sin embargo, es imprescindible. Cuando el rey cree haber puesto fin a sus expediciones militares, un movimiento de revuelta se inicia en las provincias de Asia, impulsado por el príncipe de Mitanni y el de Kadesh, una nueva coalición intenta formarse contra Egipto. Estamos en 1464 a. J. C. Tutmosis III, que aspiraba a gozar de una paz bien merecida, no vacila. Si los coaligados consiguen unirse, todos los esfuerzos realizados pueden verse reducidos a nada.

Tutmosis III reúne su ejército para su decimoséptima campaña en Asia. Será la última. Faraón ha decidido dar un buen golpe. No tarda en someter la ciudad de Tunip y marcha hacia el centro de la coalición, hacia la fortaleza de Kadesh. El enemigo no ha tenido tiempo de reunir fuerzas suficientes para hacer frente a las fuerzas egipcias. Se encierra en Kadesh, con la esperanza de retrasar el mayor tiempo posible el fatal desenlace. El príncipe de Kadesh es consciente de que no podrá aguantar mucho tiempo

un asedio. Debe intentar una salida y volver a fomentar los disturbios en otra parte. Hay una sola arma posible: la astucia. El príncipe de Kadesh hace salir de la ciudad una yegua en celo. Enloquecida, penetra al galope en el ejército de Faraón. El príncipe de Kadesh espera aprovechar el tumulto provocado en el ejército egipcio para desaparecer. Eso era desconocer la presencia de ánimo y los reflejos del fiel Amenemheb. Rápido como el rayo, se lanza sobre la yegua, le abre el vientre con la espada y le corta la cola ofreciéndosela al faraón.

La añagaza del asiático ha fallado. Tutmosis III da un abrazo a Amenemheb e implora para él el favor divino. Gracias a la intervención del valeroso comandante, los planes del rey se desarrollan inexorablemente. Tutmosis III elige a los hombres más vigorosos de su ejército para destruir la muralla que han construido los habitantes de Kadesh. A la cabeza de los voluntarios, claro está, va Amenemheb. «Yo fui quien la quebró, a la cabeza de hombres valerosos, ningún otro actuó antes que yo». Que Amenemheb fuese el primero en penetrar en la ciudadela de Kadesh, simbolizando así la total victoria de Egipto, era pura justicia. Esta vez, ha sido desbaratado cualquier intento de coalición. En Tebas estalla la fiesta. El mundo está en paz, el poder egipcio se halla en su apogeo. Del templo de Karnak, colmado de riquezas por Tutmosis III, sale la gran barca ceremonial de Amón, dios de las victorias. El comandante de esta barca simbólica y pacífica, claro está, no es otro que el valiente Amenemheb.

Aunque Tutmosis III haya resuelto el problema asiático, no ha desdeñado por ello la seguridad en la frontera sur de Egipto. En el quincuagésimo año de su reinado realiza una impresionante gira de inspección por la Baja Nubia. Las tribus nubias ven desplegarse las maniobras del ejército egipcio y comprenden que no tienen posibilidad alguna de rebelarse. Imposible entregarse, co-

mo algunos años antes, al pillaje y atacar a los ganaderos egipcias para robar sus animales. Tutmosis III llega hasta el Gebel Barkal, más allá de la cuarta catarata. En el lugar llamado «la montaña santa» ofrece un gran sacrificio al rey Amón-Ra. En aquel paraje de la futura Napata se levanta un templo protegido por una fortaleza. Allí llegan las caravanas cuyos productos se comercializan en un animadisimo mercado. Tutmosis III convierte Nubia en una próspera colonia bajo la responsabilidad de un hijo real que lleva el título de virrey y jefe de los países del Sur. El personaje, que a menudo será un escriba de alto rango, depende directamente de Faraón. Garantiza la buena administración de la colonia nubia de donde proceden distintos productos: trigo, ganado, marfil, ébano y oro. Algunos cuadros administrativos y militares egipcios se instalan en Nubia por períodos más o menos largos. Los hijos de jefes de las tribus nubias son educados en la corte de Egipto antes de ser devueltos a los suyos. Nubia se egiptianiza.

De la guerra a la paz: Tutmosis III ha recorrido el camino que los dioses le pidieron que siguiera. Uno de sus nombres significa: «Que el devenir de la luz divina sea estable»; hoy, mando se ha apagado el ruido de las armas, la luz de Egipto brilla efectivamente en las regiones circundantes, el trono de las Dos Tierras está firmemente establecido. La divinidad está presente en la tierra de los hombres. Dios ha dado poder y victoria al faraón. Ha sido su guía. Por eso no hay ya rebeldes en todo el horizonte del cielo, lodos los pueblos acuden a él con sus tributos a la espalda.

Faraón reina sobre Mitanni, el país de los hititas, Asina, Mesopotamia, Canaán, Ugarit, Biblos, el distrito de Yahvé, Nubia. Los Nueve Arcos, es decir la totalidad de los países extranjeros, están a sus pies. Sus jefes están reunidos en su puño. Amón ha dado al rey la tierra, a lo ancho y a lo largo, porque ha sabido conquistarla siguiendo las directrices divinas.

Tutmosis III contempla la estela de granito, a la gloria de Faraón, que los escultores acaban de instalar en una capilla de Karnak, cerca del naos. El texto canta las alabanzas del faraón vencedor. No se venera al individuo sino la función que ejerce. Pues a es luz para los egipcios, sol para los fenicios, toro para los cretenses, estrella para los africanos, león para los asiáticos.

Karnak es la Gran Obra de Tutmosis III. Ha construido su sala de festejos, el templo de iniciación donde accede a los misterios la élite del país. El propio Faraón es un maestro de sabiduría, pues Ra le ha abierto las puertas de la región de luz, permitiéndole ver su secreto por los caminos del firmamento. Por eso Faraón nene a deber de mantener en paz, salud y armonía el alma y el cuerpo de sus súbditos. Él tomó medidas para curar a quienes sufren tras haber consultado un *Libro de protección* que data del tiempo de los ancestros.[34]

Ante Dios, en el sanctasanctórum de Karnak, Tutmosis III se sitúa más allá de la guerra y de la paz. Se confunde con la luz del origen, comulga con el propio misterio de la creación, del que tendrá que dar testimonio ante los hombres.

Mientras el faraón medita, el escultor puede grabar en la estela las palabras que le han encargado transmitir: «Mi Majestad ha hablado de acuerdo con la Verdad para que todo el mundo lo sepa.»[35]

CAPÍTULO 22
La entronización del visir

En el año 1470 a. J. C., bajo el reinado del gran Tutmosis III, el alto dignatario Rekhmira, cuyo nombre significa «El que conoce como Ra», vive el momento más importante de su existencia. Se ha presentado por la mañana, muy pronto, en palacio, donde le han recibido los escribas reales.[36] Se le ha introducido en una pequeña estancia, donde espera. Uno tras otro, los altos dignatarios del reino llegan para asistir a la importante ceremonia que va a desarrollarse en su presencia.

Rekhmira es hijo de escriba. Su carrera ha sido brillante. Ha recibido numerosos cargos y lleva títulos tan importantes como el de «jefe de los secretos» que ha penetrado en el templo cubierto. Nada ignora de lo que se halla en el cielo, en la tierra y en el mundo intermedio, la *Duat*. Es al mismo tiempo sacerdote-*sem*, es decir capaz de oficiar en los rituales de los grandes misterios, y «gran vidente», es decir sumo sacerdote de Heliópolis, la ciudad del sol. Admitido en el cerrado círculo de los consejeros de Faraón, ha desempeñado múltiples funciones espirituales y materiales que le han convertido en uno de los mayores personajes del reino.

Rekhmira está acostumbrado a honores y ceremonias oficiales, conoce los usos y costumbres de la corte mejor que nadie y sin embargo, hoy, está profundamente conmovido. Pronto va a convertirse en el segundo personaje del Estado, el primer minis-

tro de Faraón. Será entronizado visir por el propio rey y prestará juramento ante los más altos responsables egipcios.

Rekhmira se ha preparado durante largo tiempo. Ha hecho un retiro en el interior del templo, lejos de las preocupaciones cotidianas cuyo peso tendrá que soportar. Iniciado en los grandes misterios, hubiera prefería consagrar su vida a la plegaria y a la meditación, pero el Señor de las Dos Tierras no lo quiso así. Gracias a su competencia, Rekhmira será un excelente visir. Antes de complacerse a sí mismo, debe servir a Egipto. Cualquier alto funcionario, siguiendo el modelo de Faraón, ha donado su vida al país amado por los dioses.

Unos dignatarios van a buscar a Rekhmira. Le conducen ritualmente hasta la sala de audiencia de palacio, donde se han reunido los consejeros. Faraón está sentado en su trono. Lleva la doble corona, unión simbólica del Alto y el Bajo Egipto. Reina un silencio impresionante. Rekhmira se inclina ante Faraón, el dios vivo.

Tutmosis III y Rekhmira se conocen muy bien. Son amigos. Pero, en esta circunstancia, el primero es Faraón y el segundo futuro visir. Cada cual conoce la magnitud de sus responsabilidades y desea para sí mismo, como para el otro, el poder asumirlas.[37] La entronización del visir no es una ceremonia profana. En esta ocasión, el faraón desempeña sus funciones de maestro de sabiduría. El gobierno de Egipto descansa, ante todo, sobre una concepción espiritual. Ésta es la que el visir tendrá que hacer respetar.

Tutmosis III toma la palabra. Primer deber del nuevo visir: permanecer atento. Es el soporte de todo el país. Debe saber por lo tanto lo que ocurre en Egipto, sin desdeñar el menor detalle. Esta atención consiste en permanecer «despierto de rostro», en convertirse en base de la propia existencia de Egipto. «Cierta-

mente no es una diversión —añade Faraón—; asumir esta tarea es tan amargo como la hiel». El rey compara el papel del visir con el del cobre que rodea el oro en la morada del señor y le protege. Faraón es análogo al oro, la carne de los dioses, siendo a la vez dios y hombre; el visir debe ser su muralla, el que aísle al soberano de las impurezas del mundo material.

Faraón evoca luego la altura que corresponde a un visir. Que no baje la mirada ante los altos funcionarios, ni para favorecerlos ni porque se sienta obligado ante ellos. El visir sólo recibe órdenes del faraón. Ningún juez puede influirle, nadie puede pedirle una ventaja personal. Naturalmente, se enfrentará a pedigüeños de toda clase. El visir, en efecto, debe escuchar todas las quejas, mostrarse atento a las peticiones que se le formulan, no desdeñar demandas y reclamaciones que procedan del Alto y del Bajo Egipto. La sala de audiencias del visir es, por excelencia, el lugar donde se disipan las murmuraciones para dar paso a palabras claras en las que se exponen los problemas con franqueza. Pero que nadie espere de él un favor. El visir actúa de acuerdo con la ley, no de acuerdo con sus gustos personales. No importan sus preferencias. El agua y el viento son los mensajeros del visir y le aportan la verdad. Las palabras humanas son a menudo mentirosas; las del universo no engañan. Por eso, cuando un litigante se presenta ante él, el visir conoce perfectamente sus actos. Ha hecho instruir cuidadosamente el expediente antes de oírle acusar o defenderse.

¿Qué ocurre si se equivoca el visir? No debe ocultar su error sino hacerlo público y rectificar la sentencia pronunciada. Su salvaguardia consiste en actuar de acuerdo con la Regla y adecuar siempre sus actos y sus palabras. Su mayor alegría es que nadie pueda decir: «No se me ha hecho justicia».

Pero cuide el visir de no mostrarse demasiado severo, hasta resultar injusto. Faraón recuerda el célebre ejemplo de un visir llamado Jeti que, temiendo ser acusado de parcialidad, perjudicaba sistemáticamente a sus íntimos y sus amigos en beneficio de los demás. Creía así que nadie podría poner en cuestión su probidad. En realidad, sucedía lo contrario del resultado que esperaba. La parcialidad es, precisamente, lo que detesta el rey-dios. Que Rekhmira juzgue a sus íntimos y sus amigos como a cualquier otro. Si merecen ser recompensados, que lo sean; si han cometido una falta, que no la disimule. Debe respetar una regla de oro: prestar la misma atención a aquél a quien conoce y a aquél a quien no conoce. El que está alejado de él merece la misma consideración que el que está próximo. Que no despida a ningún demandante antes de haber escuchado sus argumentos, que no despache a nadie sin explicarle por qué actúa así. Quien solicita audiencia al visir gusta de ser recibido con benevolencia, aunque su demanda no prospere.

Faraón se interrumpe unos instantes. Mira a Rekhmira. Éste ha aceptado los deberes que acaban de serle indicados. Se siente, pues, capaz de desempeñar su función. El Maestro de las Dos Tierras continúa. El futuro visir no ha terminado aún con sus penas.

«No manifiestes cólera intempestiva contra algún individuo —prosigue—; no manifiestes tu irritación sino a sabiendas, contra quien la merece y, sobre todo, sabe inspirar un respetuoso temor por la función que encarnas. Sólo un visir respetado es un buen visir». El faraón añade a continuación una advertencia: que ese respeto no se convierta en miedo nacido de la excesiva rigidez del carácter del visir. Si el pueblo le teme en exceso, es que hay en su comportamiento algo malo.

Rekhmira medita estas últimas palabras. Sabe que tendrá que satisfacer a la vez a Faraón y al pueblo, mantener en equilibrio la balanza sin que se incline uno de los dos platillos. Sabe que ya no se pertenecerá y que tendrá que estar siempre al servicio de Egipto, sin pensar en su propio interés. Rekhmira acepta.

Faraón le revela entonces el aspecto más sagrado de su misión: cumplir Maat, la Regla de oro de la armonía universal. Desde la edad de oro, desde los tiempos de Dios, el visir es su riguroso custodio. No es un funcionario profano sino el escriba de Maat, el que conoce las leyes del cielo y de la tierra y las hace respetar. «Por eso —dice Faraón—, darás audiencia en una amplia estancia llamada la sala de las dos Maat».

Rekhmira conoce el significado del apelativo. En aquella sala hay, efectivamente, dos verdades: la verdad divina y la verdad humana. La sala de las dos Maat es también el nombre del tribunal del otro mundo donde los dioses juzgan las acciones de los hombres e identifican a los justos que podrán acceder al paraíso. La función del visir es de origen sobrenatural. La justicia que ejerce está unida a la justicia divina, al orden eterno de las cosas.

«Serás un juez equitativo ante todo el pueblo —añade Faraón —. Mantente en tu función, actúa de acuerdo con los deberes que se te indican; todo irá bien para ti si te adecúas a esta Regla. No dejes nunca de actuar según Maat. No caigas en la trampa de la vanidad».

Rekhmira asiente de nuevo. Está ahora plenamente investido de su oficio de visir. Faraón le ruega que se acerque a él, al trono. En adelante, el visir se instalará en una silla con respaldo; ante él, sobre el suelo, se dispondrá una tela roja sobre la que estarán los cuarenta rollos de las leyes. El visir tendrá un bastón, símbolo del Verbo que practica. «Sé mi voluntad, mis ojos y mis oídos —le

pide Faraón—; conviértete en sabio entre los sabios y no olvides la estatuilla de Maat que llevas en el pecho».

«Viendo la persona real —responde Rekhmira— contemplo a Ra, señor del Cielo, rey de Egipto cuando se levanta, disco solar cuando se revela. Su Majestad sabe lo que ocurre; no existe nada que él ignore».

Pronunciadas estas palabras rituales, Faraón le dice al visir que tendrá que administrar todos los asuntos del país, de modo que no se produzca desorden alguno. Bajo su directa responsabilidad se colocan el Ministerio de Justicia, los archivos oficiales y el catastro. Cada día le llegan los informes de las provincias sobre la situación económica y los problemas que se plantean aquí y allá. Pasará muchas noches en blanco intentando encontrar soluciones equitativas. Cada mañana será el primero en saludar al rey. Los dos hombres celebrarán una larga entrevista sobre los principales asuntos en curso. Manteniendo en cualquier circunstancia el control de sí mismo, el visir buscará en el silencio la intuición necesaria para adelantarse a las intenciones del soberano y no retrasarse nunca en las tareas que deba realizar.

Después de ver al rey, el visir se entrevistará con los responsables de los distintos ministerios. Escuchará los informes y distribuirá sus instrucciones. Cada día, cuando él dé la orden, se abrirán los despachos de palacio. Será pues el primero en trabajar y dará ejemplo. Cuidará de mantener una eficaz red de mensajeros en todas las provincias con el fin de estar bien informado de lo que ocurre.

Su audiencia será cotidiana. Recibirá primero a los miembros de la administración y del ejército, acogerá luego a los simples particulares que necesitan ser ilustrados por sus consejos o exigen su juicio. En la Regla[38] de la que es depositario se encuentra una respuesta a cualquier pregunta. Tiene la posibilidad de nom-

brar jueces y delegarlos, en su lugar, para asuntos menores, pero si es necesario tendrá que presidir el tribunal del rey.

Le corresponde mantener Egipto en la prosperidad, de modo que todo el mundo pueda trabajar, alimentarse, vestirse y hacer feliz a la propia familia. El visir determina el calendario de las labores agrícolas, el inicio de la labranza y la cosecha, la fecha de la poda de árboles; se encarga de la excavación y mantenimiento de los canales, de las grandes obras del Estado, de los templos, del censo de hombres y animales, de la distribución de aguas, de la recaudación de tasas e impuestos. El visir debe establecer el presupuesto del Estado velando porque ningún egipcio sea talable y trabajable a voluntad. No debe tolerar ningún abuso por parte de un funcionario. Si advirtiera una falta de un agente del Estado, debería castigarla con mucho rigor. Al visir le corresponde, también, asumir la dirección del Ministerio del Ejército. Es el jefe de la marina y de la infantería, asume el mantenimiento del sistema de defensa, de los fortines, es responsable del buen estado del material y de la moral de las tropas.

Faraón entrega al nuevo visir Rekhmira el sello que pondrá en todos los documentos oficiales que, antes de ser archivados, pasarán forzosamente por sus manos. Tutmosis III sabe que el hombre al que acaba de entronizar es digno de confianza. «Debes saber pronunciar las palabras adecuadas —continúa diciéndole— para que se conozcan y otros sabios las escuchen».

Rekhmira se inclina ante el dueño de Egipto y, como segundo personaje del Estado, cierra esa ceremonia de investidura con las palabras rituales que el visir pronuncia cada noche, una vez cumplida su tarea: «He exaltado a Maat hasta lo alto del cielo y he hecho circular su perfección a todo lo ancho de la tierra, de modo que permanece en la nariz de los hombres como un soplo de vida».

CAPÍTULO 23
La Hermosa Fiesta del Valle

Todo está preparado en la hermosa morada del gran dignatario Amenmose, fiel servidor de Tutmosis III. El tiempo de la Hermosa Fiesta del Valle[39] ha vuelto a llegar. Estamos en verano, durante el décimo mes del año egipcio. La fiesta durará casi dos semanas. Todos los grandes del reino están invitados, pues el rey en persona dirige las ceremonias. Esta vez, Amenmose se encarga de velar por el desarrollo del ritual durante el cual los vivos van a comunicarse con los muertos en la orilla oeste de Tebas.

Amenmose se dirige al templo de Karnak para dar la última mano al extraordinario cortejo que pronto saldrá del gran templo para ser revelado al pueblo de Egipto. Tras haber cruzado la doble gran puerta, el patio al aire libre y la sala hipóstila, Amenmose penetra en la sala de la barca sagrada donde le aguarda Faraón.

Allí se encuentra el tesoro principal, el punto central de la procesión: la magnífica barca del dios Amón, la *userhat*, «la de potente pecho», o dicho de otro modo, la que manifiesta el poder del «dios oculto» con su proa. Esa gran barca es una prodigiosa obra maestra en la que colaboraron los mejores artesanos. Fue fabricada con una rara madera, procedente del país del dios. Chapada en oro y plata, ilumina la tierra entera con su brillo. A proa y a popa, dos cabezas de carnero con un disco solar en la

frente y un collar alrededor del cuello. Son el símbolo de la potencia creadora de Amón que, en el reino animal, se encarna precisamente en un carnero. Serpientes uraeus protegen la divina nave, dispuestas a escupir fuego contra cualquier profano que se atreva a acercarse. Detrás de la proa, esfinges protectoras. Ante la cabina, mástiles cubiertos de electrón. Hay incluso, en cubierta, enseñas y estatuas divinas. La cabina es, en realidad, una capilla donde se encuentra la efigie de Amón, eternamente oculta a las miradas de los hombres. Esa efigie se encuentra, por lo demás, en una barca en miniatura, réplica del *userhat* y símbolo del movimiento celeste del que procede toda vida. Esta pequeña barca, que se llama «portaesplendores», es también una maravilla cubierta de oro. Se necesitan quince sacerdotes puros delante y otros quince detrás para llevarla en procesión. Dos sacerdotes-*sem*, encargados de los rituales de resurrección, caminan a ambos lados, a la altura del naos. En ciertos momentos, la barca será colocada sobre una narria, símbolo del dios creador, Atum, y tirarán de ella los artesanos pertenecientes a la cofradía iniciática de Deir el-Medineh.

Faraón se coloca ante la gran barca sagrada. Pronuncia las palabras sagradas que alaban su belleza y la inciensa. Están presentes el visir y el maestro de los artesanos. Se aseguran de que la barca, antes de enfrentarse con el mundo exterior, esté bien protegida por dos diosas Maat, la armonía celestial y la armonía terrestre. Estandartes y emblemas la precederán. El rey desempeñará simbólicamente la función del chacal que jala por los cielos, cada día, la barca del sol. Faraón debe, también, dirigir el bajel manejando el remo-gobernalle.

Ha llegado la hora de salir del templo. La soberbia procesión está perfectamente organizada. Sacerdotes que llevan las máscaras de las divinidades van a la cabeza, siguiendo a un maestro de

ceremonias. La población, como cada año, está muy impresionada. Es como si la luz solar apareciese en toda su gloria y su poder. Sin abrasar los ojos de nadie. La procesión se dirige hacia el embarcadero del templo de Karnak, donde la espera una flotilla para que pueda cruzar el Nilo dirigiéndose a la orilla oeste. Llegada al otro lado, la barca de Amón toma un canal que llega hasta el lindero de los cultivos. El primer alto se produce en el templo de la reina Hatshepsut, en Deir el-Bahari. Es la primera estación de un largo camino sacramental durante el cual Faraón, la procesión y la barca sagrada de Amón visitarán a los dioses y sus santuarios de la orilla occidental.

Faraón rinde homenaje a su padre Amón-Ra, rey de los dioses, Primordial y Creador. Ruega que le permita alcanzar sin obstáculos el límite del desierto, la tierra peligrosa, que se acerque a él como el salvador que socorre al náufrago, que le permita alcanzar la tierra firme de Occidente, donde la vida y la muerte son una sola y única realidad.

El gran dignatario Amenmose, como todos los iniciados próximos a Faraón, tiene plena conciencia del gran momento que está viviendo. Todos los dioses y todos los seres vivos de Egipto se reúnen para entrar en comunicación con el alma luminosa de los muertos, siempre presentes en la hermosa tierra de Occidente que protege Hathor, la diosa del amor y la alegría. Cada uno de los vivos que participa en la fiesta se beneficiará de una iniciación a los misterios del más allá. Lo que viva el dios Amón-Ra, al iniciar un proceso de resurrección, va a vivirlo cada uno de los presentes. Efectivamente, en Occidente dormitan las divinidades fundadoras del país, los padres y las madres que gozan allí de un bien ganado reposo. Velan también por los faraones difuntos, que se han convertido en estrellas del cielo. Cada año, Amón y Faraón acuden para rendir homenaje a sus predecesores. Pero no

se trata de una simple visita de cortesía. En realidad, proceden a ritos de regeneración que devuelven a la existencia a las divinidades adormecidas, ritos cuya eficacia revertirá sobre el conjunto de la necrópolis.

Cuando la procesión llega cerca de las tumbas resuenan cantos y gritos de alegría. Los sacerdotes se encargan de leer las «llamadas a los vivos», textos grabados en las puertas de las tumbas y que hacen revivir el nombre de los muertos, es decir su ser inmortal. Entonces despiertan los muertos. Un fulgor de vida anima sus estatuas. El espíritu de los difuntos sale de las tinieblas y recupera la luz de la capilla exterior del sepulcro, donde se produce el encuentro con los vivos.

El gran dignatario Amenmose tiene el corazón en un puño. ¿No es este viaje que le ha llevado de Karnak a la orilla oeste la imagen del viaje que constituye la existencia humana? ¿No se enseña a cada participante en la fiesta que, un día, tendrá que abandonar su casa para dirigirse a la morada de eternidad, tras haber degustado lo que da el cielo, lo que la tierra crea, lo que el Nilo aporta? No se trata, en absoluto, de una advertencia desesperada sino de un mensaje de esperanza, pues toda morada de muerte puede ser transformada en morada de vida mediante los ritos apropiados.

Por eso las tumbas servirán de marco al ritual que Faraón va a celebrar ahora, en una de las moradas de sus antepasados, mientras ceremonias similares, realizadas por sacerdotes, se celebren en las demás sepulturas de la necrópolis.

Ha llegado por lo tanto el momento, lacerante y feliz al mismo tiempo, en que los vivos penetran en el mundo de los muertos. Amenmose y los suyos entran en la tumba familiar. Sus servidores traen el material y comienzan a disponerlo. Cada cabeza

de familia actúa en nombre de Faraón para desempeñar una función sagrada.

En primer lugar, la ofrenda. Sobre altares portátiles, Amenmose quema carnes y alimentos cuyo agradable olorcillo alimentará el cuerpo sutil de los difuntos. Ofrece luego «todas las cosas hermosas, buenas y puras», entre ellas incienso y mirra cuyos deliciosos aromas son factores de divinización. Los servidores se atarean, especialmente los carniceros que toman cuartos de carne sacralizada y preparan el futuro banquete.

«Excelente es seguir a Dios —se proclama—; este día de fiesta es el más hermoso de una hermosa vida; magnífico es lo que contempla el ojo». A cada participante se le ofrece la ocasión de contemplar a Amón, el oculto, a Ra, la luz divina, y a los propios antepasados que abandonan las tinieblas para aparecérseles en plena gloria. Los habitantes del más allá vuelven a la tierra para participar en la fiesta y disfrutar del suntuoso menú depositado en los altares. Por eso está alegre Occidente; los astrólogos llegados del templo de Karnak anuncian «la hora justa». Intervienen entonces las cantantes de Amón, las tocadoras de sistro, las sacerdotisas que llevan el collar mágico llamado *menat*, símbolo de la resurrección. Por otra parte, se renueva la abertura de la boca de la estatua que había sido efectuada durante los funerales. El agua del rejuvenecimiento de los dioses se lleva al interior de las tumbas para purificar las almas.

Amenmose consuma un nuevo acto ritual característico de la fiesta: la ofrenda de ramilletes compuestos por flores de loto y papiro, así como lechugas, plantas del dios Min que tienen virtudes genésicas. El nombre del ramillete es «vida». Realizando esta ofrenda, Amenmose aporta pues la vida al reino de los muertos. Por el olor que desprenden los ramilletes de flores, el alma rena-

ce, se diviniza; su renombre permanecerá en la memoria de los vivos y saldrá a la luz en compañía del sol.

Durante la ofrenda de los ramilletes, el coro de cantantes entona himnos que formulan votos de abundancia, tanto en la tierra como en el cielo. La tumba se convierte en morada del corazón alegre, tanto para los muertos como para los vivos que tienen la sensación de descubrir un verdadero paraíso. Las figuras grabadas en los muros de las tumbas se animan; los difuntos están de nuevo presentes.

Acto postrero del ritual: la ofrenda del fuego que ilumina la tumba aporta luz a las tinieblas y anuncia la celebración del banquete. En cada sepultura estalla la alegría. Alegría de estar juntos, en familia, pero también de comunicar con los que siguen vivos en el más allá y cuya presencia es, ahora, casi tangible, se cantan himnos a Amón, el divino dueño de esta fiesta, y a Hathor, la dulce y sonriente soberana de Occidente. En esa «morada del gran júbilo» en que se ha convertido la tumba, cada familia pasará la noche leyendo textos rituales, cantando, comiendo, bebiendo, discurriendo sobre la vida y la muerte.

Amenmose, como los demás participantes en la fiesta, permanecerá despierto en la belleza de la noche, escuchando las armoniosas voces de las cantoras, contemplando las luces que brotan de las tumbas. En esa ciudad de eternidad donde los vivos han podido contemplar la serenidad de la muerte murmurará la fiase ritual destinada a todos los que, en el futuro, participen en la Hermosa Fiesta del Valle: «Que vayas en paz hacia el Señor de los dioses».

CAPÍTULO 24
Tebas la magnífica

Tebas, la gloriosa y poderosa capital de Egipto, está dormida aún. Muy pronto, el alba enrojecerá las montañas, hará brillar como el oro las piedras de los templos.

Un hombre maduro, de potente musculatura, de porte lento y apacible, contempla las perfectas columnas de la gran sala hipóstila del templo de Luxor. Se llama Amenhotep, hijo de Hapu. Es el personaje más poderoso del reino después del faraón Amenofis III (1402-1364), el soberano al que ha servido fielmente y de quien se ha convertido en consejero, confidente y amigo. Primer maestro de obras del reino de Egipto, Amenhotep, hijo de Hapu, es prudente entre los prudentes, sabio entre los sabios. Su fama es inmensa. Faraón ha ordenado a los escultores que esculpan varias estatuas de Amenhotep, hijo de Hapu. Se le representa ya maduro, meditando, inclinado sobre un rollo de papiro puesto sobre sus rodillas. Su función consiste en que cada cuerpo de oficio, en Tebas, conozca perfectamente su trabajo en el cumplimiento de Maat, es decir de la Regla universal de donde se desprende la armonía, tanto en el cielo como en la tierra.

El anciano sabio ama apasionadamente su ciudad, esa Tebas magnífica que ha contribuido a embellecer a lo largo de su existencia. Amenhotep tiene los títulos de «los dos ojos del rey del Bajo Egipto», «las dos orejas del rey del Alto Egipto», «la boca del rey». Debe expresar en la materia el pensamiento de Faraón. Por

eso las estatuas que le representan se levantan en las carreteras que unen entre sí los templos tebanos. En una de ellas puede leerse: «He instalado la estatua en este gran templo para que dure tanto como el cielo. Tú, que vendrás más tarde, eres mi testigo». Cada transeúnte recibe así algo de la sabiduría del arquitecto que, desde hace ya mucho tiempo, ha renunciado a toda ambición personal para mejor servir a Egipto y su capital.

Nacido en una familia de provincias, originaria de Athribis, Amenhotep, hijo de Hapu, fue primero escriba. Siguió la educación de los letrados, aprendiendo a descifrar los jeroglíficos y a leer los escritos profanos. Su inteligencia y su entusiasmo en el trabajo hicieron que los escribas de la Casa de Vida se fijaran en él. Fue apartado de la masa de los funcionarios únicamente encargados de tareas administrativas e iniciado luego en los misterios de las palabras sagradas y los escritos rituales. Su personalidad le permitió más tarde acceder al despacho del faraón, que le nombró escriba real y encargado de los reclutas para el Bajo Egipto, es decir responsable de la formación de los jóvenes destinados a una carrera militar o que pasaban por el ejército antes de ocupar otras funciones. Tras haberse encargado también de organizar, con los mejores resultados, el sistema de defensa de las fronteras del delta, Amenhotep, hijo de Hapu, fue nombrado superior de todas las obras de Faraón, es decir arquitecto en jefe. Mucho más que un ejecutor, tomó la dimensión de un maestro de sabiduría y se le asignó incluso la tarea de instruir a los hijos reales, entre los cuales estaba el futuro Akenatón.

Insigne honor: se erigieron estatuas que le representaban en el mismo interior de Karnak, el dominio de los dioses. Pero se consideraba que Amenhotep, hijo de Hapu, era más que un mortal. ¿Acaso no recibió del rey la autorización para edificar su propio

templo funerario, un edificio colosal digno de un monumento real?[40] En vida, el anciano sabio era considerado un santo.

La columnata del templo de Luxor es la más hermosa de Egipto. Es luz. La piedra escapa de la pesadez. El alma del hombre se eleva naturalmente hacia lo divino. Amenhotep, hijo de Hapu, concluida su meditación, sale del templo de Luxor para pasear por Tebas, a la que se considera más sagrada que cualquier otra ciudad. Agua y tierra comenzaron a existir allí. Es el ojo de Ra, la soberana de todas las ciudades. Capital de la provincia del cetro-*uas*, es decir del propio símbolo del poder, Tebas es la ciudad del dios Amón. Su gloria es tal que se la llama simplemente «la ciudad». Dos inmensos templos harán que su fama perdure eternamente: Karnak, «el más elegido de los lugares», y Luxor, «el lugar del Número», considerado vulgarmente como el «harén del Sur» adonde el dios Amón se dirige ritualmente, en procesión, para convertirse en Amón-Min, fuerza de creación manifestada.

Amenhotep, hijo de Hapu, sabe que los griegos llaman a Tebas «la ciudad de las cien puertas». No se trata de las puertas de una muralla, pues la ciudad no está cercada por fortificaciones, sino de las monumentales puertas de los templos, los pilonos. Afirmar que su número es de cien es observar que la región tebana, comprendiendo la orilla este de Tebas (Karnak y Luxor) y la orilla oeste de Tebas (donde se levanta el Valle de los Reyes, pero donde también se construyeron Deir el-Bahari y otros edificios funerarios), es el lugar privilegiado donde se levantan numerosos templos. Ninguno de ellos’ es accesible al público. El templo es la morada reservada a los iniciados que trabajan con la más preciosa de las energías, la energía divina. Dirigidos por Faraón, se encargan de mantener su presencia en la tierra, pues sólo ella da la vida y permite a la humanidad existir en armonía con las leyes celestes. No hay sacerdotes en el moderno sentido de la palabra,

no hay predicadores, no hay confesores en el interior del templo, sino sabios, hombres prudentes, especialistas.

Amenhotep, hijo de Hapu, ha trabajado, enseñado y meditado en todos los templos tebanos. Ha dirigido los rituales, dado instrucciones a los arquitectos y escultores que han inscrito en las paredes textos y escenas rituales. Al salir del templo de Luxor, el anciano maestro de obras admira la gran ciudad que despliega sus calles hacia el Nilo. ¡Qué cambio desde aquella pequeña ciudad que, en el Imperio Medio, comenzaba a crecer! Al hacerse enterrar en una llanura frente a Karnak, los faraones de la XI dinastía empezaron a mostrar un interés muy oficial por aquel paraje del Alto Egipto. Los Mentuhotep veneraban al dios de Tebas, Montu, un halcón guerrero que concedía poder y victoria a sus fieles. Los Amenemhet sucedieron a los Mentuhotep, haciendo aparecer por primera vez a Amón en un nombre real. Amenemhet significa «Amón va por delante»; dicho de otro modo, Amón, que significa «el oculto», se convierte en el principio director de esos reinados que consisten en revelar lo que estaba oculto. ¿Hay revelación más perfecta, para un faraón, que la de cumplir su primer deber, construir el templo?

El inmenso Karnak, obra eternamente en marcha, morada de los dioses en perpetua evolución, nace a comienzos del Imperio Nuevo, bajo el impulso del faraón Amenofis I y de su maestro de obras, el genial Ineni, que creó también el Valle de los Reyes. Karnak es una ciudad santa dentro de la ciudad, en la que trabajaran todos los faraones hasta la extinción de la civilización egipcia. Luxor, la perfección realizada en arquitectura, es obra de Amenofis III, que celebró allí su nacimiento divino, y de su maestro de obras Amenhotep, hijo de Hapu. Amón reina allí, como en Karnak. Sus muros son de electrón, el suelo de plata, sus

puertas de oro, sus pilonos llegan al cielo, mezclándose con las estrellas.

Amón, cuya forma no puede conocer ningún ser humano, es el Secreto de la vida. Está presente en todas las formas vivas y anima cualquier manifestación. En su apariencia humana tiene carne azul y lleva una alta corona formada por una pluma doble. Pero Amón es también una piedra misteriosa en el reino mineral y un carnero con cuernos en espiral en el reino animal. En su condición de Amón-Ra es la unión de lo oculto (Amón) y de la luz divina (Ra) que revela los últimos secretos de la Creación.

Amón-Ra es el dios de una política de conquistas y de un Egipto omnipotente que, tras sus victorias, goza ahora de una paz perfecta bajo el reinado de Amenofis III, gran constructor de templos. El maestro de obras sabe que el corazón de Su Majestad se alegra viendo cómo se levantan las moradas de los dioses. Sus piedras, resplandecientes, ascienden hasta el cielo. Mástiles para oriflamas adornan la fachada de los pilonos de los templos, parecidos a la región de luz donde el sol se levanta cada mañana. El templo nunca duerme; por la noche, los astrólogos observan el cielo y realizan sus cálculos; de día, los ritualistas celebran sus oficios mientras el numeroso personal se dedica a las tareas materiales. Alrededor del templo propiamente dicho se hallan las viviendas de los sacerdotes, los talleres, los almacenes donde se conservan los alimentos, los mataderos, sin olvidar magníficos jardines llenos de árboles y flores y donde tan agradable es reposar a cubierto del sol, en pabellones de recreo.

Amenhotep, hijo de Hapu, se dirige al templo de Karnak para entrevistarse con el sumo sacerdote, el primer servidor de Amón. Jefe del culto, designado por el faraón, el personaje ha adquirido un poder considerable, convirtiéndose, en cierto modo, en un superministro de Hacienda de Egipto, en la medida en

que Karnak recibe inmensas riquezas procedentes del tesoro real. Nada es demasiado hermoso ni demasiado precioso para Amón. El oro, las más raras maderas, las piedras más perfectas, ganados, tierras… En el terreno material, el deber del sumo sacerdote es administrar esta inmensa fortuna.

Aunque fuera entronizado por el propio Faraón, que le entregó las insignias de su cargo, un bastón y dos aros de oro, el sumo sacerdote tiende a veces a olvidar que, ante todo, es un servidor de dios y del rey. Sus abrumadoras tareas temporales ocultan la dimensión espiritual de su puesto. Instalado en el propio Karnak, en un palacio, el sumo sacerdote dispone de despachos particulares y de un personal cualificado. Se comporta como un verdadero empresario que dispusiera de muy importantes fondos propios. A sus órdenes se hallan tres profetas de Amón de quienes dependen el personal religioso, sacerdotes puros, sacerdotes lectores, sacerdotes funerarios, ritualistas, astrólogos, etc. Pero están también los numerosos artesanos y campesinos que trabajan para el templo.

Amenhotep, hijo de Hapu, mantiene excelentes relaciones con el sumo sacerdote, en la medida en que este último permanece en su lugar y obedece a Faraón, dios en la tierra, representante del Creador y garante del respeto de Maat, la Regla universal. Nadie debe desconocer esa verdad fundamental: Faraón es el único sacerdote de todo Egipto, el único que puede entrar en el sanctasanctórum y dialogar con Dios. Por eso su imagen está presente en los muros de todos los templos. Cuando debe celebrarse el ritual, a diario, el aspecto inmaterial y simbólico de Faraón penetra en el cuerpo del sacerdote que se encarga de actuar en su lugar. Del rey puede decirse que está en el cielo y brilla para la tierra.

Tras haber intercambiado estos pensamientos con el sumo sacerdote, Amenhotep, hijo de Hapu, que se desplaza en silla de manos, va hasta el Nilo, donde le espera una barca. Atraviesa el Nilo cuyas aguas brillan bajo los rayos del sol matutino y se dirige hasta el palacio de Amenofis III, en Malkatta, en la orilla oeste. Faraón ha elegido la orilla de los muertos para instalar su soberbia morada, que alberga un personal numeroso, compuesto especialmente por artesanos, escultores, dibujantes, sin mencionar a los escribas que se encargan de las distintas tareas administrativas y a los empleados del harén real. El palacio real es una especie de ciudad en miniatura, rodeada de jardines y cuyo centro es la sala de audiencia donde, sentado en un trono de oro, el faraón reúne a la corte y recibe a las delegaciones oficiales, egipcias o extranjeras.

Amenhotep, hijo de Hapu, tiene acceso a los aposentos privados del soberano, con una admirable decoración pintada donde, en paradisíacos paisajes, retozan los pájaros. Pueden verse también peces en estanques, emparrados y flores. Amenhotep, hijo de Hapu, es introducido en el despacho del faraón que, levantándose al alba, ha recibido ya al visir, su primer ministro. La reina, la gran esposa real, está en el jardín dando instrucciones a sus siervas.

Amenofis III recibe siempre a su antiguo amigo con profunda alegría. Hoy, una delegación cretense rendirá homenaje al soberano más poderoso del mundo civilizado, obligación diplomática de la que prescindiría de buen grado. Pero Faraón no tiene elección. Le están sometidos miles de hombres y les debe paz y seguridad. El rey y el maestro de obras hablan de la construcción del nuevo Ministerio de Asuntos Exteriores de donde salen, cada día, cartas escritas por Faraón a sus vasallos. Los altos funcionarios establecen los planes de campaña del ejército que, periódica-

mente, debe dirigirse al extranjero para manifestar la presencia egipcia. Se preparan los tratados comerciales, las instrucciones para los gobernadores egipcios destinados en el extranjero. Allí se forman los intérpretes que aprenden lenguas extranjeras para tener perfecto conocimiento de los problemas que se plantean en los países controlados por Egipto.

Para mejor sellar la paz, Amenofis III ha practicado la política de los matrimonios diplomáticos. Se ha desposado por este motivo con una de las hijas del rey de Mitanni y con una princesa perteneciente a la familia del rey de Babilonia. Para Tebas fue la ocasión de vivir suntuosas fiestas donde jubilosas muchedumbres se beneficiaron de la esplendidez de Faraón.

El sol está alto en el cielo. Pronto su color será el del oro. Tebas está cubierta de oro. Llega de Nubia y de los países del Asia. Pero no está destinado a los hombres. El oro es la carne de los dioses. Está reservado para los templos, las estatuas divinas.

Faraón se siente orgulloso de la riqueza de Tebas, pero le preocupa. Como su maestro de obras y consejero, vela porque no corrompa el alma humana, porque la Regla de Maat sea respetada en todas partes.

Los cretenses han llegado. Faraón debe separarse de su amigo, que se dirige a las obras de la orilla oeste para inspeccionar el estado de los trabajos. Amenhotep, hijo de Hapu, es dueño de un extraordinario equipo de artesanos, capaces de tallar las más duras piedras, de resolver los más arduos problemas de elevación, de expresar una genialidad siempre renovada al decorar las paredes de templos y tumbas. Todos ven aproximarse con alegría la alta silueta del maestro de obras, cuyos consejos y cuyo saber buscan. Amenhotep, hijo de Hapu, saluda a los capataces del equipo, examina los planos y los diseños, corrige algunos errores, observa a los escultores.

Kheper, el sol del alba, se ha convertido en Ra, el sol de mediodía. Amenhotep, hijo de Hapu, abandona la orilla oeste y atraviesa de nuevo el Nilo para regresar a Karnak, donde le espera el visir para almorzar. Le reciben los servidores del primer ministro de Egipto; Amenhotep, hijo de Hapu, pasa ante el campo de maniobras donde se procede a la instrucción de los jóvenes reclutas llegados de las distintas provincias. Los muchachos se presentan ante los escribas que registran sus nombres. Les dan armas para que realicen los primeros ejercicios. A algunos se les envía a los talleres para que aprendan oficios manuales. El anciano sabio recuerda que a comienzos de su carrera, fue escriba de los reclutas y que descubrió así futuros talentos, algunos de los cuales ocupan hoy puestos de responsabilidad. La silla de mano recorre las calles de Tebas, una dudad cosmopolita, abigarrada, donde se hablan varias lenguas.

Muchos extranjeros, comerciantes o antiguos prisioneros de guerra, se han integrado en la sociedad egipcia. Las culturas se mezclan sin enfrentarse. Los mercados rebosan alimentos. Hay mucha verborrea. Se transportan las mercancías recién desembarcadas en los muelles, donde descargadores y marinos gustan cantar canciones tradicionales. Durante todo el día atracan barcos. Algunos están cargados de bloques, especialmente de granito de Asuán, que se colocan en narrias para arrastrarlos hacia Karnak.

La silla de manos avanza por unas calles a menudo muy estrechas y bastante sinuosas, flanqueadas por viviendas de fachadas blancas que ocultan los jardines. Amenhotep, hijo de Hapu, pasa ante puestos protegidos del sol por tejados hechos con ramas de palmera. Utiliza un necesario mosqueador para espantar los insectos, a menudo agresivos. El polvo le seca la garganta. Intensos

olores ascienden de las callejas, enmascarados por los perfumes, de los que se hace un uso abundante.

Amenhotep, hijo de Hapu, atraviesa un barrio modesto de casas construidas con ladrillos de arcilla cruda. El material es perecedero, pero ésa es la regla; lo mismo ocurre con los palacios de los faraones. Únicamente los templos se construyen con piedras de eternidad. Las casas de los hombres no están hechas para perdurar. Incluso en las moradas menos ricas existe cierto arte de vivir gracias, en especial, a la terraza orientada hacia el norte para disfrutar de cierto frescor. Entre las casas hay silos para el grano y establos para el ganado.

La villa del visir está situada en el barrio más elegante de Tebas. Se levanta en medio de un soberbio parque, lleno de palmeras y sicomoros que se elevan por encima de los muros de tierra que separan la villa de la calle. Alrededor de la morada, albercas donde florecen nenúfares proporcionan cierto frescor. La silla de manos penetra en los dominios del visir y avanza por una sombreada avenida, flanqueada de acacias. Amenhotep, hijo de Hapu, pone pie a tierra ante el vestíbulo de recepción, sostenido por columnas. El visir, que está en el umbral, le da un abrazo y le introduce en la sala de estar en cuyo centro hay un estanque. A su alrededor están los despachos, las habitaciones, el cuarto de baño y la cocina. A los dos grandes personajes les sirven una frugal comida. El visir, que debe organizar una gran fiesta religiosa, tiene que solicitar varias aclaraciones al maestro de obras, que conoce los ritos mejor que nadie. Habla de las fiestas de la cosecha, del mes, del medio mes, de las distintas fases de la luna, de Min, de Opet… Otras tantas ocasiones de manifestar lo sagrado, de hacer que el pueblo lo sienta del modo más alegre y directo. El visir ha desenrollado ante sí los papiros donde se inscriben los textos rituales. Amenhotep, hijo de Hapu, los comenta. El traba-

jo ocupa a los dos hombres hasta que cae la tarde. Ahora debe prepararse para la suntuosa recepción que el visir ofrece aquella misma noche y en la que estarán presentes los más altos dignatarios de la Administración.

Cuando el sol se pone llegan los primeros invitados. Las damas llevan vestidos de lino fino, transparente, que dejan adivinar su cuerpo perfecto. Sus complicados peinados ponen de relieve la finura de su rostro, y se adornan con las más hermosas joyas. Sus esposos no les van a la zaga en lo que a elegancia se refiere. Todos se instalan sobre almohadones. Mientras una orquesta toca música, jóvenes sirvientas, algunas de ellas desnudas, pasan con unos platos que contienen los más refinados manjares. En la cabeza de cada uno de los comensales, un cono de perfume va fundiéndose a medida que avanza la velada y extiende suaves olores. Un arpista canta una canción melancólica. Aconseja vivir el instante presente, llenar la vida de consciente felicidad. Las obras humanas, dice, desaparecen, pero las palabras de los sabios permanecen. Lo mejor es seguir al propio corazón, es decir al propio deseo espiritual. Nadie se lleva al más allá bienes materiales. Así, en plena fiesta, está presente el interés por la eternidad y la vida del espíritu.

Amenhotep, hijo de Hapu, abandona la sala del banquete. Sube al primer piso de la villa y sale a la terraza que domina el desierto. La noche es cálida, perfumada. A lo lejos, los gritos de los chacales. De las calles vecinas ascienden algunas melopeas. El sol se regenera bajo tierra. Tebas, la magnífica, se adormece en paz antes de revivir, mañana, una nueva hora de gloria.

CAPÍTULO 25
Akenatón crea la ciudad de la luz

1356 a. J. C. El faraón Akenatón, «el que es útil al dios Atón (la luz divina encarnada)», de pie en su carro, avanza por el desierto, en la orilla derecha del Nilo, a la altura de la ciudad sagrada de Hermópolis que se encuentra, aproximadamente, a mitad de camino entre Menfis, la capital del Bajo Egipto, y Tebas, la del Alto Egipto.[41]

Akenatón reina en Egipto desde hace seis años. Recibió como herencia, de manos de su padre Amenofis III, el país más poderoso y más civilizado de la tierra. Tebas está colmada de riquezas, el clero de Amón administra un imperio espiritual y material al mismo tiempo, el lujo ha invadido la corte, las fiestas son brillantes, la vida fluye entre alegría y opulencia.

El príncipe heredero ha sido educado en un suntuoso palacio, se ha beneficiado de una educación perfecta a la que no fue ajeno el viejo maestro de obras Amenhotep, hijo de Hapu. El joven debe reinar con el nombre de Amenofis IV. Su padre le ha asociado muy pronto al trono, de acuerdo con la tradición, para enseñarle el oficio de rey. El futuro Akenatón se somete a sus deberes, pero lleva en sí una exigencia muy particular, de orden espiritual, que se traduce en un profundo amor por la luz divina y su más brillante manifestación, el disco solar. La reina Tiy, cuya influencia sobre la dirección del Estado es considerable, se hizo construir una magnífica barca de recreo a la que ha dado el cu-

rioso nombre de *Esplendor de Atón*. El propio rey Amenofis III permite que se desarrollen en su entorno concepciones religiosas bastante insólitas, donde a menudo se trata de Atón, de la confusión del espíritu humano con la luz. Esas especulaciones, que tal vez podrían escandalizar a los sacerdotes de Tebas, servidores incondicionales del dios Amón, no salen de un círculo muy cerrado.

Llamarse Amenofis significa someterse a Amón. En efecto, el nombre significa «Amón está en plenitud». Pero el joven soberano no aprueba la actitud de los sacerdotes de Tebas, pues los considera demasiado materialistas y demasiado comprometidos con lo temporal. Su riqueza les ha llevado a olvidar sus deberes. Amenofis IV no quiere ser su esclavo. Se forja la más elevada idea del papel de Faraón y no quiere comparar el poder con nadie, desde luego no con unos religiosos que deberían servir a la corona en vez de formar un Estado dentro del Estado. El joven rey está decidido a realizar lo que su padre Amenofis III no quiso o no pudo hacer.

Avanzando por el desierto, bajo un cálido sol, Akenatón recuerda. Recuerda aquel dramático día de su quinto año de reinado cuando, al cambiar de nombre, hizo desaparecer a Amenofis IV para dar origen a Akenatón. El nombre, para un egipcio, no es un sencillo elemento de registro civil. Es un aspecto del ser inmortal. El nombre de un faraón define su propia naturaleza, su relación particular con un dios; constituye una especie de programa simbólico que el monarca debe poner en marcha durante su existencia terrestre. Al convertirse en Akenatón, el joven faraón rompe el linaje de los Amenofis, fieles al dios Amón, señor de Tebas.

Ningún faraón, desde los orígenes de Egipto, ha incluido al dios Atón en su nombre sagrado. Se trata pues, efectivamente,

de una revolución religiosa. Para que los sacerdotes del dios Amón no lo pongan en duda, Akenatón impone su autoridad en el propio Karnak, donde manda construir un santuario a Atón, desafiando de este modo al omnipotente Amón en su propio feudo. El rey se hace representar en forma de colosos asexuados. Encarnación de la luz divina, Faraón es andrógino, está más allá de lo masculino y lo femenino.[42]

El joven rey tiene a su lado a una esposa extraordinaria, la reina Nefertiti («la bella ha llegado») que comparte sus concepciones y le anima a aplicarlas sin concesiones. Durante los cinco primeros años, Akenatón y Nefertiti reinan sin discusión sobre Tebas, haciendo realidad un importante programa de construcciones profanas y sagradas.

Pero una evidencia se impone en el ánimo de Akenatón. El dios Atón es sólo un huésped en Karnak, que continúa siendo la morada de Amón. Los sacerdotes inclinan la cabeza pero no renuncian a sus prerrogativas. Dejan pasar la tormenta, conspiran en la sombra y aguardan que se extinga la pasión reformista del joven rey. Hay que ir más lejos, por lo tanto; hacer salir a Atón de Karnak, ofrecerle un lugar sagrado y un templo que le pertenezcan por derecho.

Puesto que ha tomado esta decisión, en el año sexto de su reinado, el faraón Akenatón abandona Tebas para dirigirse hacia el norte, hacia el nomo hermopolita donde ha creado una nueva capital, Aketatón, «la placentera ciudad de Atón», la ciudad de la luz (Tell-el-Amarna).

Crear una nueva capital en un paraje virgen, nunca habitado…, la empresa es audaz. Pero Akenatón puede contar con su Administración dirigida por el visir Ramosis, fiel al ideal atoniano. Los sacerdotes de Amón, por muy furiosos que estén, sólo pueden inclinarse.

Akenatón levanta los ojos. El sol, su protector, está ya muy alto en el cielo. Es un resplandor que crea la vida. Sólo él debe convertirse en objeto de adoración. Exige una ciudad a la medida de su esplendor. A su discípulo, el propio Akenatón, le incumbe desempeñar el papel de agrimensor y delimitar el territorio sagrado para edificar la futura capital. La superficie queda determinada de una vez por todas. La ciudad de Akenatón no experimentará expansión alguna. Sus fronteras están delimitadas para siempre por estelas levantadas personalmente por el rey. Ante cada una de ellas, Akenatón jura no ampliar nunca el dominio del dios Atón.

En su carro, recorre este dominio que ofrece a la luz divina. Una vasta llanura, en hemiciclo, al abrigo de las cimas de la cordillera arábiga. Todo parece árido, desértico. Ninguna morada humana ha turbado nunca el silencio del desierto. Al otro lado del Nilo, en la orilla izquierda, el valle es amplio y fértil. Se entregarán al cultivo y a la ganadería para obtener los alimentos necesarios para los habitantes de Aketatón.

El rey no ha ido solo. Va acompañado por la reina Nefertiti y sus hijas. La familia real reunida rinde homenaje al sol, imitada por los altos dignatarios que han seguido a Faraón. La emoción de Akenatón alcanza su apogeo. Está viviendo la aventura que siempre había soñado. Aquéllos a quienes ama están a su lado. La felicidad es perfecta, total, luminosa.

Tebas está ya muy lejos. Akenatón la ha abandonado para siempre. No hay más capital de Egipto que la ciudad del dios Atón. El faraón tiene prisa, mucha prisa. Exige que la ciudad se edifique en un tiempo récord. Los mejores artesanos tebanos y centenares de jornaleros, egipcios y extranjeros, abandonan las obras tebanas para ir a trabajar a Aketatón. Un impresionante movimiento de población tiene lugar entre la antigua y la nueva

capital. Las canteras de Hatnub, ya explotadas durante el Imperio Antiguo, ofrecen un alabastro de buena calidad que se utilizará en los edificios oficiales. Se instalan puestos de policía en el desierto, para proteger la ciudad y, a la vez, mantener el orden en los barrios obreros.

A finales del año VI, las obras están lo bastante avanzadas como para que la familia real pueda instalarse en el palacio, cuya decoración no está todavía terminada. Cuatro años después de la inauguración de la obra, la capital estará habitada por una numerosa población que aprecia esa ciudad de luz, de anchas avenidas y numerosas zonas verdes.

Akenatón ha deseado una ciudad solar donde los rayos penetren libremente. «Dios ata todas las cosas con los vínculos de su amor —dice Faraón a sus íntimos—; el universo es la realización de la voluntad divina. Atón es la vida». Atón se halla en el corazón del rey, que es el único que puede comprenderle por completo. Por eso, Akenatón es ante todo un maestro espiritual que ofrece su enseñanza a los principales personajes del Estado reunidos en palacio durante las sesiones de trabajo. Tutu, alto funcionario de Asuntos Exteriores, confiesa a quien quiera oírle que Faraón pasó una jornada entera instruyéndole. May, uno de los jefes del ejército, obtuvo su puesto porque siguió las directrices espirituales del rey.

La administración y lo temporal no interesan en absoluto a Akenatón. Delega en sus fieles esas tareas, pero pretende que éstos rindan un sincero culto a Atón. Por ello designa numerosos altos funcionarios, algunos de los cuales pertenecen a las clases sociales más modestas. Recuperando el título que designa al sumo sacerdote de Heliópolis, la ciudad santa por excelencia donde, en tiempos antiguos, se rendía culto al sol, Akenatón se de-

nomina «el gran vidente», aquél a quien nada escapa, aquél que puede contemplar de frente la divinidad.

Cada mañana, Akenatón, acompañado por su familia y sus íntimos, se dirige al templo para rendir culto al sol. Con su cetro, donde se encarna el Poder, consagra las ofrendas, tiende hacia Atón un cartucho que contiene el nombre del dios y ensalza a Maat, la armonía celestial, inseparable de la luz. Es el instante privilegiado en que despunta el alba, cuando Atón disipa las tinieblas. Los hombres despiertan, se lavan, se visten, realizan gestos de adoración. La tierra entera comienza a trabajar. Todos los animales están alegres. Los pájaros danzan en el cielo, los peces dan saltos de alegría en el Nilo, pues los rayos del sol divino penetran hasta el fondo de las aguas. Los labios de los fieles murmuran una plegaria en favor de Akenatón: «Concede, Atón, que Faraón esté contigo por toda la eternidad, concédele numerosos jubileos y años apacibles; concédele lo que tu corazón desea, días tan numerosos como los granos de arena de la orilla, como las escamas de los peces en el río, como el pelo del ganado; concédele seguir siendo Akenatón hasta que el cisne se haga negro y el cuervo blanco, hasta que las montañas echen a andar y el agua corra río arriba».

En su capital, Akenatón vive sólo para su Dios. Le consagra todos sus pensamientos, vela por la edificación de los templos, los palacios, las casas. La ciudad del sol se edifica ante sus ojos. Su más hermoso florón es, claro está, el gran templo del dios Atón que se levanta en un recinto de ochocientos metros de largo por trescientos metros de ancho. Una avenida flanqueada por esfinges y arboles lleva hasta el majestuoso pilono de entrada, menos alto que de costumbre. El templo está orientado de este a oeste. Su construcción fue muy rápida. Se limitaron a excavar unos fosos poco profundos para los cimientos de los muros y los llena-

ron de yeso. El límite de los muros se trazó con pintura negra. Los maestros de obra utilizaron al máximo pequeños bloques de piedra caliza unidos con mortero.

Cada vez que Akenatón cruza la gran puerta delimitada por las dos partes del pilono, por encima del cual se elevan las oriflamas colgadas en lo alto de los mástiles, su corazón se llena de orgullo. Así había imaginado el templo del sol: como una sucesión de patios que no protege techo alguno, de manera que la luz inunda todo el edificio. Los patios están separados unos de otros por pórticos. Hay altares por todas partes, para depositar las ofrendas. El lugar más sagrado del templo es el último patio, donde el rey en persona celebra el culto de Atón, donde Faraón se encuentra con el dios cuya luz conserva en su corazón. El ritual clásico, consistente en abrir las puertas del naos para descubrir la presencia divina, ha desaparecido. Aquí no hay tinieblas; todo se desarrolla al aire libre, con un solo acto de culto: la ofrenda, que llevan a cabo, simultáneamente, Akenatón y varios sacerdotes. Decenas de manos levantan juntas, hacia la luz divina, alimento, flores y perfumes, devolviendo a Dios la belleza de la creación con la que ha colmado a los hombres.

Los que acusan a Akenatón de ser un «revolucionario» no le han comprendido. El gran templo de Atón no es un invento gratuito. Sólo retoma, en una forma particular, la planta original del templo de Karnak, antes de las importantes transformaciones de la reina Hatshepsut y del faraón Tutmosis III. Detrás del templo de Atón, edificio divino y solar, existe en efecto un templo real. Hay que salir del primero para pasar al segundo. Eso es, exactamente, lo que ocurría en el Karnak primitivo. Akenatón se ha inspirado también en los templos solares del Imperio Antiguo donde se rendía culto al aire libre. Prolonga y recrea anti-

guas tradiciones puestas al servicio de Atón que, como cada nueva expresión de lo divino, exige una forma que le sea propia.

Si el rey desempeña plenamente su papel de maestro espiritual y sacerdote, no por ello vive recluido en su palacio. Muy al contrario, quiere mantener contacto permanente con la población de la ciudad del sol. Cada mañana, al finalizar las ceremonias del culto, pasea en su carro, acompañado por Nefertiti, por las calles de la ciudad. Los esposos se besan tiernamente a la vista de todos, como si estuvieran solos en el mundo. Los rayos de sol caen sobre ellos mientras hombres, mujeres y niños se prosternan a su paso.

Akenatón y Nefertiti proclaman, en cualquier ocasión, la importancia de la vida familiar y del amor conyugal. La felicidad que procuran es de origen divino. El rey concede a los pintores autorización para representar a la familia real en la intimidad, durante una buena comida, por ejemplo. Faraón mima a una de sus hijas, su esposa sostiene a otra en el regazo. La tercera juega con unos collares de oro. Padres e hijos están desnudos, ofreciéndose a los suaves rayos del sol.

Pero existen ceremonias oficiales que exigen del faraón una actitud más austera, por ejemplo cuando recibe embajadores llegados de países extranjeros. Asiáticos, nubios, libios, habitantes de las islas del mar Egeo acuden a prosternarse ante Faraón y a entregarle sus tributos. Naturalmente, el Ministerio de Asuntos Exteriores envía al rey inquietantes informes sobre la rápida degradación del Imperio egipcio. Algunos vasallos conspiran, otros se rebelan abiertamente; se están produciendo cambios de alianza en beneficio de los hititas. Se hacen necesarias rápidas intervenciones del ejército egipcio para restaurar el orden y poner fin a los disturbios. Pero Akenatón no es partidario de esas brutales maniobras. Egipto es demasiado poderoso para estar realmente

en peligro. Lo más urgente es implantar el culto de Atón y embellecer la ciudad de la luz.

Su centro, que abarca una superficie de un kilómetro cuadrado aproximadamente, está ahora ocupado por una sucesión de soberbios edificios: el gran templo, un palacio, los edificios ministeriales, la sala de los tributos, las villas de los nobles rodeadas de jardines. El palacio real, en el centro de un parque, es una construcción aérea en cuyo interior penetra a chorros la luz. La naturaleza canta tanto en la piedra como en su decoración. Salas con columnas, patios interiores y apartamentos privados están adornados con pinturas de tonos delicados donde se recrean pájaros y peces entre una exuberante vegetación. Akenatón, por otra parte, ha ordenado disponer un verdadero parque zoológico, provisto especialmente de una pajarera donde se crían especies raras. En un estanque próximo, especialmente dispuesto para el placer de la vista, crecen nenúfares y papiros. En un segundo palacio, al sur de la ciudad, Akenatón dispone de un lago de recreo para dar paseos familiares en barca, tras lo cual atraca junto a un quiosco, en un lugar fresco donde es grato saborear un vaso de vino procedente de las cercanas bodegas.

El rey habita en una mansión distinta al palacio principal, pero los dos edificios están unidos por una galería que cruza, por arriba, la calle. En el centro del arco, un balcón al que se asoman Akenatón y Nefertiti para saludar al pueblo y distribuir recompensas, especialmente collares de oro, a sus fieles servidores. Lo que más le gusta a Akenatón son los jardines colgantes desde los cuales puede contemplar, junto a su mujer y sus hijas, el conjunto de la ciudad. Todo aquí es belleza, luz y felicidad. ¿Por qué emprender conquista que no sea la de lo divino?

A Faraón le gusta visitar los talleres reales donde trabajan geniales escultores, como Bek y Tutmés. Gozando de una elevada

posición social, viven en un hermoso barrio, no lejos de palacio. Una de sus tareas principales consiste en grabar retratos de Akenatón, de Nefertiti y de sus hijas. Cuando uno de los maestros escultores acababa de terminar un rostro, un aprendiz presente cayó en éxtasis y exclamó: «¡Ah, está vivo!». El rey acude con frecuencia a casa de los grandes dignatarios del reino que abandonaron Tebas para vivir en la ciudad del sol. Nada han perdido con el cambio y viven en vastas propiedades que ocupan, por término medio, 3000 m^2 y poseen huertos llenos de árboles. Las villas están protegidas por muros de ladrillos crudos y custodiadas por un portero. Junto a la casa, un estanque proporciona frescor. En el interior, una capilla, una gran sala central a cuyo alrededor se disponen los aposentos de los dueños. El tejado llano, de bordes floridos, sirve a veces de alcoba al aire libre.

El rey no ha olvidado a su pueblo. Las casas de los artesanos y los obreros son pequeñas pero cómodas. La planta baja se compone, por lo general, de cuatro estancias, con un vestíbulo de entrada, una sala de recepción con columnas, una alcoba y una cocina con horno y artesa. Una escalera lleva al primer piso o a una terraza. Allí, durante la estación cálida, se preparan las comidas, se cena y se duerme.

El arrabal norte alberga el barrio del comercio. Se han instalado almacenes y también talleres, graneros para trigo y despachos. Un canal une el barrio con el Nilo y en él se ha creado un puerto para desembarcar las mercancías.

En la ciudad del sol, nadie carece de nada. Todo el mundo puede vivir feliz, venerando el sol divino, adorando sus rayos portadores de vida que cada mañana hacen nacer de nuevo la alegría en los corazones.

Naturalmente, llegan los rumores de guerra, una creciente agitación en la lejana Asia. Pero Akenatón está convencido de

que su fiel general, Horemheb, sabrá resolver sobre el terreno estos problemas. Naturalmente, está el clero de Tebas que murmura cada vez más contra esa religión atoniana que no obtiene el favor del pueblo, contra los nuevos ricos que han sabido ganarse la confianza del rey estimulando una creencia que están muy lejos de compartir. Naturalmente, está la muerte a la que Akenatón ha querido expulsar de las tumbas sustituyendo a Osiris por la propia persona del rey, como maestro espiritual, y por la representación de Atón, disco solar cuyos rayos terminan en unas manos dispensadoras de vida, a riesgo de disgustar a todos los que tienen fe y confianza en un más allá cuyas llaves tiene Osiris. Naturalmente, crecen los nubarrones sobre la cabeza de Akenatón y pueden provocar una tormenta que destruya de arriba abajo la obra realizada y reduzca a ruinas la ciudad del sol. Pero, de momento, ésta está muy viva y canta el esplendor del dios Atón.

Aketatón, la ciudad del sol, ha desaparecido casi por completo. Todavía es posible leer su planta, en el suelo, pero ninguno de sus prestigiosos edificios ha sobrevivido. Al morir Akenatón, que sigue siendo uno de los grandes enigmas de la historia egipcia, en muy poco tiempo toda la población abandonó la decaída capital para regresar a Tebas. El sueño de Akenatón se desvanecía así en el sol poniente, legándonos admirables textos que hoy en día forman parte del tesoro espiritual de la humanidad y nos invitan a estudiar cada vez más el que fue uno de los períodos más fascinantes de la civilización egipcia.

CAPÍTULO 26
Tutankamón transfigurado

Año 1338 a. J. C. Un cortejo fúnebre entra en el Valle de los Reyes cuyo acceso está custodiado por soldados que sólo dejan pasar a los oficiales acreditados. A su cabeza, un personaje muy influyente, Ay, que lleva el título de «padre divino». Ay es un alto funcionario que ha encanecido en el oficio. Trabajando ya bajo Akenatón, «el hereje», conservó su rango y sus prerrogativas tras el abandono de la nueva capital, hoy desierta, Aketatón, y el regreso a Tebas donde reina de nuevo, sin discusión, la ortodoxia amoniana.

Ay va vestido con una piel de pantera que simboliza el oficio sagrado que se dispone a desempeñar. El rey Tutankamón acaba de morir. Él, Ay, el futuro faraón, dirige los funerales de ese muchacho de diecisiete años prematuramente desaparecido. Tan prematuramente que su «morada de eternidad», su tumba, se ha visto reducida a su más simple expresión: unas pocas estancias donde, sin embargo, será necesario introducir todo el mobiliario fúnebre creado por los artesanos de Faraón.

Al terminar la momificación, que duró varias semanas, el cuerpo del faraón difunto fue colocado en un admirable sarcófago de oro. En la mañana de los funerales le instalaron en una barca para cruzar el río, pasar de la orilla este a la orilla oeste. Una vez allí, fue depositado en una narria arrastrada por los íntimos del rey, los grandes de la corte, los «amigos» que formaban su

consejo y los dos visires, el del sur y el del norte, con la cabeza afeitada.

Al penetrar en la pequeña tumba, tan poco digna de un rey, Ay piensa en los turbulentos años que Egipto acaba de vivir. La experiencia de Akenatón terminó con gran confusión, pero sin guerra civil. Este niño, Tutankamón, asumió de forma valerosa el periodo de transición en el que el dios Amón, rechazado durante algún tiempo por el adorador de Atón, recuperó todo su poder.

Manejando una extraña herramienta hecha de hierro celeste, la azuela, Ay abre la boca y los ojos de la estatua de Tutankamón. Ésta pasa a convertirse de objeto inanimado en soporte del alma. Es ya el habitáculo mágico del ser inmortal. El faraón difunto se transforma en Osiris y accede a la eternidad. La diosa del cielo, Nut, le ofrece la energía que permite al alma superar la prueba de la muerte. Tutankamón transfigurado será recibido por la buena diosa de Occidente, Hathor, que deposita una nueva vida en la boca del faraón.

Terminado el ritual, Ay pide al maestro de obras que clausure la tumba para siempre y oculte cuidadosamente su entrada, siguiendo la regla del Valle de los Reyes. ¿Cómo podía sospechar que esta modesta tumba permanecería intacta y que su descubrimiento, en 1922, exactamente un siglo después de que Champollion descifrara los jeroglíficos, constituiría el mayor acontecimiento de la historia de la arqueología? Howard Cárter y su equipo necesitarían, al menos, seis años para sacar de la tumba de Tutankamón todos los tesoros allí acumulados. Pese a las apariencias, esos objetos destinados a una vida transfigurada no fueron colocados al azar. Cada uno de ellos ejerce una función simbólica y mágica, indispensable para la supervivencia del ser real. Pero para Ay, en este día de luto, evocan también la breve exis-

tencia de un faraón a quien los dioses arrancaron muy joven de la morada terrestre.

En la tumba de Tutankamón se dejaron conmovedores recuerdos de su infancia. Dos pequeños ataúdes contenían un mechón de cabellos de la reina Tiy y un collar cuyo colgante representaba a Amenofis III agachado.[43] De niño, el futuro faraón fue educado en el palacio real de Amarna donde la reina Nefertiti se ocupaba de él. Llevaba entonces el nombre de «Viviente símbolo de Atón»,[44] siendo, como Akenatón, un fiel devoto del dios Atón. Bendito período sin preocupaciones en el que el pequeño príncipe jugaba en los jardines, descansaba en los quioscos rodeados de bosquecillos de acacias y sicomoros, cuando escuchaba el canto de los pájaros, cuando se divertía viendo nadar los peces en las albercas y se deleitaba paseando en barca. Ese tiempo paradisíaco es conmemorado por un sillón infantil de ébano con incrustaciones de marfil, donde se ve un antílope jugando entre las flores. Hay también una sillita y un taburete adornados con lotos y papiros, un cofre con juguetes y un bucle de cabello conservado en una arquilla.

A la edad de nueve años, el niño se vio obligado a someterse al ritual de la corte y al Consejo de los grandes, que decretó su boda con una hermosa princesita de su misma edad. Akenatón acababa de morir. Después de una breve corregencia de un allegado del rey difunto, Tutankatón, era designado para sucederle. La jovencísima pareja fue representada en un gran trono dorado con las patas en forma de garra de león. Ambos aparecen bañados por los suaves rayos del disco solar. La reina, de pie al lado de un ramillete adecuado a las reglas del arte floral, toca tiernamente con la mano derecha el hombro izquierdo de su esposo. Se ve también al rey tendiendo las manos hacia los ramilletes que le ofrece la reina, que lleva un vestido de lino aéreo y transparente. En el

interior del naos chapado en oro, la reina renueva la ofrenda de flores al faraón sentado en su trono. Pero esta vez se trata de un acto puramente ritual, como pone de manifiesto el texto jeroglífico: «Que la vida sea dada como la luz divina». Tiernamente, la reina da un masaje a su joven esposo, le cuelga un collar al cuello. Luego, sentada ante él, vistiendo una corona de altas plumas, tiende la mano diestra para recibir un líquido perfumado que el rey vierte con dulzura.

El faraón niño no tenía muchas diversiones. Pese a su tierna edad, le era ya preciso formarse para su oficio de rey. Lo más urgente era aprender a leer y escribir los jeroglíficos, pues todo faraón es, primero, un letrado, un hombre de Conocimiento como recuerdan los objetos de escritura presentes en la tumba: un estuche con cálamo, un recipiente de agua, un alisador y dos paletas de escriba. En una de ellas, el nombre de «Tutankatón». En la otra «Tutankamón». Esos modestos objetos, por sí solos, ilustran la modificación esencial que hizo abandonar al rey su posición de adorador de Atón para convertirse en adepto de Amón, recuperando de este modo la ortodoxia de la XVIII dinastía. Este sencillo hecho demuestra que la experiencia de Akenatón había sido definitivamente abandonada. El hecho se ve confirmado por el propio trono del rey donde, por lo demás, se encuentran los dos nombres, Tutankatón y Tutankamón. En ese soberbio sitial de madera cubierta de oro se representan dos serpientes aladas, la unión del lis y del papiro, las coronas del Alto y del Bajo Egipto. Estos símbolos protectores demuestran que las Dos Tierras están unidas, que Egipto no está dividido y que el joven rey gobierna un país que vive en paz y armonía.

La transición entre Amarna, la ciudad de Akenatón, y Tebas se opera de acuerdo con un determinado proceso. Una estela en la que se ve al rey adorando a Amón-Ra como Tutankatón mues-

tra que el culto tradicional de Amón el tebano fue introducido en la propia Amarna, algo que Akenatón nunca habría autorizado en vida. Pero la ciudad del sol estaba demasiado impregnada de la doctrina de su fundador. Un rey legítimo no podía residir en aquella capital de la herejía.

Llegó el día del regreso a Karnak, bautizada como la «Heliópolis del Sur», presentándose así como capital teológica de Egipto y en referencia a la antiquísima ciudad santa del dios sol Ra, y no a Atón. El Karnak del dios Amón no aniquila la visión del faraón Akenatón y su experiencia espiritual sino que las engloba y las supera. Allí el muchacho, que recibe el nombre de «Luz divina es dueña de las mutaciones», es entronizado rey en presencia de los altos dignatarios del clero tebano. Como sus predecesores, «asciende hacia el templo» donde es iniciado en sus funciones.

El desvío que llevó a cabo Akenatón con respecto al linaje dinástico se desvanece. Amarna, la ciudad de Atón, es condenada al abandono y al olvido. El nuevo faraón Tutankamón consagra todos sus esfuerzos, como quiere la Regla, a embellecer el templo del dios Amón. Hace esculpir numerosas estatuas de Amón con su propia efigie, confundiéndose así, como príncipe inmortal, con el dios. Se hace representar, especialmente, como elemento central de una tríada, entre Amón y su esposa Mut (la Madre), con las manos de ambas divinidades posadas en sus hombros. Tutankamón le pide a su maestro de obras que cree una avenida de cien esfinges de gres, para formar una vía sacra que una el décimo pilono del gran templo de Amón con el templo de Karnak.

He aquí a un pequeño rey de doce años sumido en el complejo mundo del poder faraónico, en el universo de la función real cuyo papel es el de unir el cielo y la tierra para que la humanidad viva en paz. Sin duda las responsabilidades le superan, sin duda

se ahoga en la multiplicidad de las tareas, sin duda recibe la ayuda y vigilancia permanente de un consejo de ancianos cuyo portavoz es Ay. Pero Tutankamón es el faraón reinante y debe, en muchas ocasiones, comportarse como tal.

Proclama el regreso a Maat, a la norma intangible de la armonía universal, anuncia que restituye a los templos los bienes y prerrogativas que Akenatón les había arrebatado para ofrecérselos a Atón. Toma en su favor medidas como las que ningún faraón había adoptado nunca, restablece la jerarquía de los sacerdotes eligiendo, en especial, a hijos de grandes dignatarios, «gente de nombre conocido». Por decisión real, el sumo sacerdote de Amón de Karnak vuelve a ser oficialmente el superior de todos los sacerdotes egipcios. El caos instaurado por Akenatón da paso al orden. Las mancillas que el hereje había infligido a la religión oficial desaparecen. Los profanos son expulsados de los lugares santos donde se habían introducido.

La autoridad del pequeño rey no se discute. Se afirma también en su función de jefe de los ejércitos, como demuestran las armas de guerra, los carros, los escudos y la cota de malla depositados en su tumba. Él, que ha abierto los ojos para ver a Ra y los oídos para escuchar las fórmulas de transfiguración pronunciadas por su sucesor, Ay, tiene la fuerza de ánimo y de brazos suficiente para derribar a sus enemigos. Entre los objetos sagrados utilizados en el combate hay dos trompetas, una de plata y bronce dorado, otra de oro y de bronce. En el pabellón de oro de la segunda se ha grabado el signo del cielo, pues estos instrumentos están destinados a producir una música celestial, mágica, que hechiza las fuerzas del mal y procura la energía de la victoria a las tres divisiones principales del ejército, consagradas a los dioses Ra, Amón y Ptah, Estas trompetas son también utilizadas durante el

ritual de investidura del faraón, cuando esos tres mismos dioses le entregarán la vida en espíritu.

Junto al rostro de la momia real, un abanico hecho de plumas de avestruz, destinado a procurarle, eternamente, sombra y frescor, así como el indispensable soplo de vida en los paraísos del otro mundo. Ese abanico, cuyas plumas de avestruz reaccionan a la menor vibración del aire, lo había utilizado el faraón, cuando vivía, durante las cacerías en el desierto situado al este de Heliópolis. De pie en la caja de su carro, disparaba el arco sin errar nunca el blanco, como Horus atraviesa las tinieblas con sus rayos de luz. Comparado a una montaña de oro que ilumina las Dos Tierras, el joven rey demuestra su poder físico manejando también la espada, el bastón arrojadizo, el garrote. Como todos los soberanos egipcios, simboliza el ser completo por excelencia, perfecto de cuerpo y de alma.

Tutankamón no escapa a las exigencias del protocolo que le fuerza a presidir ceremonias oficiales. Así, al igual que sus ilustres predecesores, recibe a los embajadores de los países extranjeros llegados para aportar tributos al faraón y hacer un acto de vasallaje.[45]

El rey está sentado en su trono, revestido con las insignias de su función. Lleva la corona azul y viste una gran túnica de lino. El virrey de Nubia, Huy, altísimo funcionario de respetable edad, conduce ante el rey a las delegaciones extranjeras, de gran colorido. Huy ha recibido su cargo de Tutankamón que, para simbolizar este ascenso, le ha entregado un aro de oro. Para testimoniar su agradecimiento, éste ha querido organizar una suntuosa ceremonia en la que el joven rey aprecie la magnitud de su prestigio. Los delegados nubios, egiptianizados no obstante desde hace muchos años, han conservado ciertas peculiaridades divertidas para un egipcio. Así, llevan una pluma de avestruz cla-

vada en el pelo y tienden a ataviarse de manera muy vistosa: collares macizos, brazaletes en las muñecas y aros en las orejas. Todos hincan una rodilla en tierra ante Faraón e imploran que les conceda el aliento de vida. Las ofrendas son magníficas: oro, pieles de jirafas y panteras, especias raras y hasta enormes bueyes, de cuernos cortados según el ritual.

El joven faraón parecía destinado al más brillante de los reinados. Ninguna sombra oscureció sus primeros años, durante los cuales aprendía a marchas forzadas su oficio de rey. Ninguna sombra, salvo la de la muerte.

A solas en la capilla funeraria de Tutankamón, muy poco antes de que su puerta de acceso sea sellada, Ay dirige una última plegaria a los dioses, para que reciban en su seno al pequeño rey. Nada se ha descuidado para que el «gran paso» se efectúe perfectamente. En el cráneo de la momia se han representado un uraeus de cuentas y los animales simbólicos de la doble realeza, el buitre del Sur y la cobra del Norte. De este modo, el reinado de Tutankamón sin duda se prolongará en el otro mundo. En el receptáculo funerario se han colocado tres sarcófagos encajados unos en otros, los dos primeros de madera dorada, el tercero de oro macizo, mágicamente protegido por las alas entrelazadas de las diosas Isis y Neftis. De este modo se aseguran las mutaciones energéticas de la momia que transformarán, en el silencio y el secreto de la tumba, el cuerpo mortal del rey en cuerpo de luz. Casi ciento cincuenta joyas de oro se han colocado sobre la momia, en lugares especiales por los que circulará el flujo de una vida transfigurada.

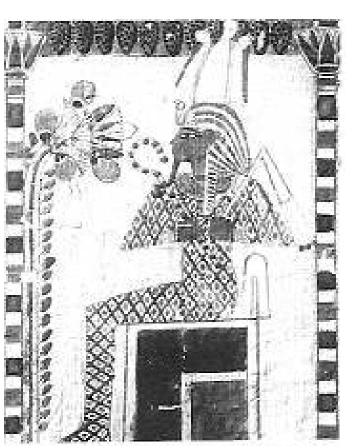
El verdadero rostro de Tutankamón no es ya el de carne, fatalmente condenado a degradarse pese al trabajo de los embalsamadores, sino la máscara de oro moldeada por el propio Ptah y en la que se incluyó la luz del sol. El cuerpo de un faraón resucitado

se convierte en oro celestial, en luz. Su ojo derecho se convierte en la barca del día, su ojo izquierdo en la barca de la noche.

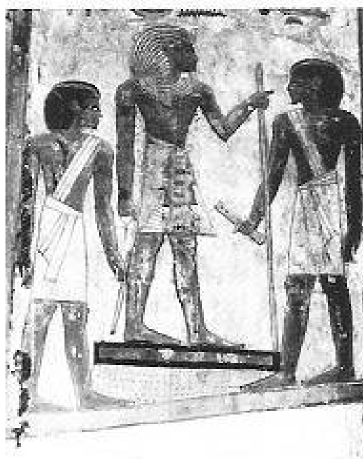
Ay va saliendo de la tumba, con lentos pasos. Se asegura de que el ritual será eternamente celebrado en esta «morada del oro» por los textos jeroglíficos grabados en los sellos de las puertas que dan a una sala contigua: «El rey Tutankamón, que pasó toda su vida creando imágenes de los dioses de modo que le den incienso, la libación y las ofrendas cada día», a ese faraón que «construyó su casa, al principio». En el umbral de la tumba, Ay deposita una magnífica copa de alabastro que lleva en su contorno estas palabras: «Que tu *ka* viva. Que puedas, tú, el enamorado de Tebas, pasar millones de años con el rostro vuelto hacia el soplo del norte y la mirada contemplando la felicidad».

Junto a la copa de alabastro, Ay coloca una guirnalda de flores. Simboliza la «corona de justificación» que los dioses colocan en la cabeza del ser de luz tras haber superado las pruebas impuestas por el tribunal de Osiris.

Todo se ha consumado. Ay ha salido de la tumba. Ya sólo queda emparedar la puerta, cerrarla con el sello real, ocultarla y regresar hacia el mundo de los vivos, hacia la orilla este, hacia Karnak, donde se aguarda al nuevo faraón para recibir la investidura. Karnak, cuyo tercer pilono manifiesta la eternidad de Tutankamón a ojos de los iniciados, puesto que, en una de sus inscripciones, la figura del joven rey ha sido sustituida por el signo de la vida, un jeroglífico —*ankh*— de gran tamaño.



Osiris respirando el perfume de eternidad (papiro funerario B. N.) *(Bulloz)*.



Ritualistas preparando la estatua real para la regeneración (tumba de Seti I) *(L. M. O.)*.



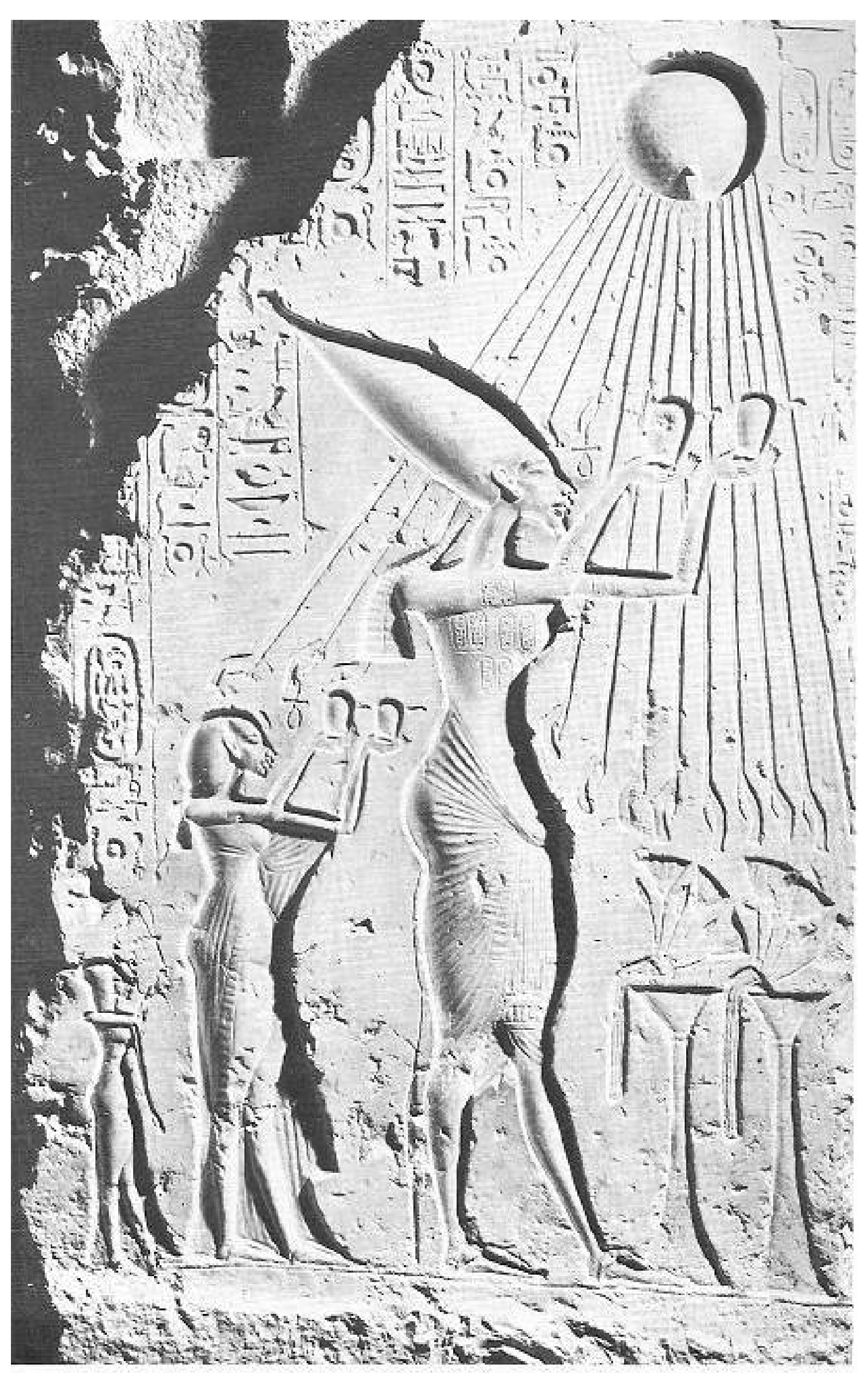
El momento de pesar el alma, simbolizada por el recipiente del corazón-conciencia confrontado a la Regla, simbolizada por la pluma de Maat *(British Museum)*.



Coronación de la reina Hatshepsut por su padre Amón (Karnak) *(L. M. O.)*.

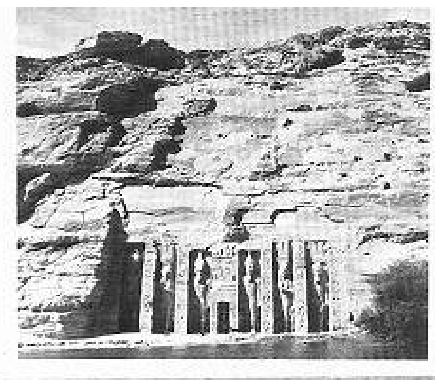


Máscara funeraria de oro de Tutankamón (Museo de El Cairo) *(L. M. O.)*.



Akenatón, Nefertiti y una de sus hijas haciendo ofrenda al sol y recibiendo de él la vida *(Giraudon)*.

El trabajo y la fiesta: los campesinos trabajando controlados por escribas y escena de banquete donde las flores son purificadas por un sacerdote (tumbas tebanas) *(L. M. O.)*.







Tres episodios de la época ramésida: el tiempo del amor, con el pequeño templo de Abu-Simbel dedicado por Ramsés II a la reina Nefertari *(Roger-Viollet)*; el tiempo de la muerte, con la momia de Ramsés II *(L. M. O.)*; el tiempo de la posteridad, con Ramsés III y su hijo *(Roger-Viollet)*.

Tutankamón cazando avestruces en el desierto (Museo de El Cairo) *(Bulloz).*

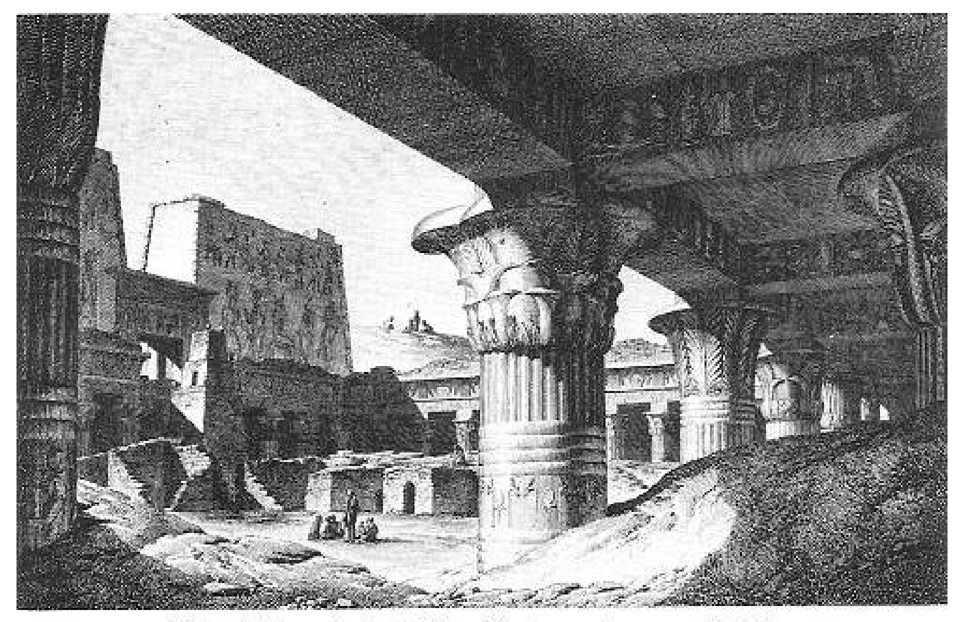
Soldados egipcios llevando la lanza y el escudo (Medinet Habu) *(Roger-Viollet).*



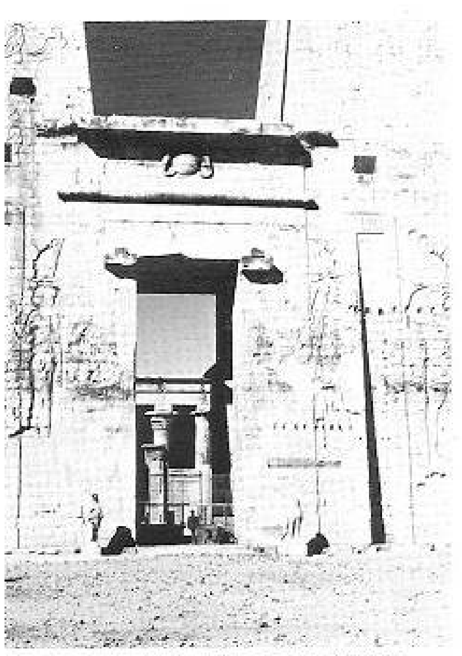
Ramsés III ofreciendo incienso y purificando con agua la comida sagrada (Medinet Habu) *(Oriental Institute Chicago)*.



Sacerdote realizando la ofrenda de aves asadas durante una fiesta (tumba tebana) *(L. M. O.)*.



Vista del templo de Edfú cubierto por la arena *(B. N.)*.



La monumental entrada del templo de Edfú, custodiada por los halcones de Horus *(L. M. O.)*.



Jean-François Champollion, descifrador de los jeroglíficos y fundador de la egiptología *(B. N.)*.

CAPÍTULO 27
Horemheb, un general pacífico

La muerte de Tutankamón, en 1338 a. J. C., provoca un real trastorno en la corte de Egipto. El viejo y sabio Ay, es cierto, asegura la continuidad del poder, pero una muchacha joven, la viuda de Tutankamón, probablemente temiendo verse privada de sus privilegios, intenta una resonante hazaña. Escribe al gran rey hitita, Suppiluliuma, para mantenerle al corriente de los acontecimientos y le pide que le envíe un futuro marido… ¡para que se convierta en rey de Egipto! ¿Qué mejor venganza del partido de Amón que hacer subir a un extranjero al trono de las Dos Tierras? El hitita se muestra muy desconfiado. ¿Provocación? ¿Locura? No responde. Pero la viuda de Tutankamón, que goza todavía de poderosos apoyos en la corte, le hace llegar una segunda carta. Esta vez, el soberano considera que el asunto es serio. Uno de sus hijos irá a Egipto para casarse con la reina.

La expedición saldrá, ciertamente, del país hitita pero nunca llegará a Egipto. El pretendiente perecerá asesinado en misteriosas circunstancias. Ay se casará con la joven viuda, legitimando así su reinado.

Un hombre marcó con su sello estos trágicos acontecimientos, el general Horemheb que, desde hace muchos años, vela por la seguridad de Egipto.[46] Ocupando ya su puesto en tiempos de Akenatón, que tan poco se preocupaba por la política exterior es completamente consciente del peligro que representan los hiti-

tas. Aunque no ha podido impedir la progresiva disgregación del imperio egipcio, a falta de órdenes claras por parte de Akenatón ha conseguido, sin embargo, mantener a raya a las rapaces que envidian las riquezas egipcias. Fiel servidor de tres faraones, Akenatón, Tutankamón y Ay, el general Horemheb se convierte poco a poco en el hombre más poderoso de Egipto. Como Ay, supo mantener, tras la «liquidación» de la experiencia de Akenatón, la confianza de los sacerdotes de Amón, sin duda porque era el jefe indiscutido del ejército.

Ay muere en el año 1333 a. J. C. Es preciso encontrarle un sucesor. Una súbita inspiración divina posee al general Horemheb, cuyo nombre significa «Horus está de fiesta». Su dios protector, Horus, que es también señor de su ciudad natal, le conduce hasta el templo de Karnak para que se encuentre con Amón. Se celebra entonces la gran fiesta de Opet durante la que la estatua de Amón es llevada en procesión desde el templo de Karnak hasta el de Luxor. Horemheb le sale al paso. El dios, oculto en el cuerpo de piedra, le reconoce y se detiene ante él, designándole como futuro faraón. El corazón del general se llena de júbilo. Le aclaman. Le llevan a continuación a Tebas, al palacio real, para organizar la grandiosa ceremonia de la coronación.

Horemheb es un hombre de gran prudencia y perfecta perspicacia. Ciertamente, es el dios del Imperio, Amón, quien legitima su poder. Pero se cuida de recordar que es también «jefe de los sacerdotes de Horus», que ha sido la Enéada de los dioses (y no sólo Amón) la que ha decidido su coronación y que debe realizar ofrendas a distintos dioses, especialmente a Ptah, el señor de Menfis.

El «general». Horemheb no es un militar en el sentido en que hoy lo entendemos. Aunque no pertenezca al linaje real, ha nacido en una gran familia noble del Medio Egipto y ha hecho carre-

ra en la alta Administración. Los cuadros del ejército egipcio, en el Imperio Nuevo, son primero hombres de cultura, sabios escribas, iniciados en los arcanos del mando y del poder. Acostumbrado a servir, a la «vida de funcionario», el general Horemheb contrae matrimonio con una mujer de sangre real, Mutnedjemet, que le permite inscribirse en el linaje legítimo de los faraones. El grandioso día de la coronación, Horemheb, cuyo prestigio ante todo el pueblo era inmenso gracias a su excelente administración pasada, fue llevado por su padre Horus al trono de eternidad. Las alabanzas de los dioses reunidos en torno al nuevo rey ascendieron hacia el cielo. La corona fue colocada en su cabeza, la duración de su vida se prolongó. En Karnak (dominio de Amón), en Heliópolis (dominio de Ra) y en Menfis (dominio de Ptah), tres lugares símbolo de todo Egipto, Horemheb satisfará el corazón de las divinidades. Su «gran nombre» (que comprende cinco nombres) y sus títulos quedan establecidos. Amón y su hijo Horemheb se dan el abrazo fraterno. El cielo está de fiesta, la tierra llena de júbilo. El pueblo grita su felicidad. El alborozo es como una vestidura que aquel día cubre por igual a grandes y pequeños.

Una vez coronado, Horemheb, según la Regla, da una «vuelta a Egipto» durante la cual visita a los jefes de las provincias, habla con los altos responsables civiles y religiosos, se impone en todo Egipto como su nuevo soberano. Se produce un hecho sorprendente: Horemheb se presenta como el sucesor directo de Amenofis III, borrando de la historia a los tres reyes a los que había servido, Akenatón, Tutankamón y Ay, cuyo recuerdo, como muy bien sabe, se conservará. «Usurpa» especialmente la famosa «estela de restauración» de Tutankamón[47] sustituyendo el nombre de éste por el suyo propio. Es una práctica simbólica, muy corriente por otra parte, pues todo faraón se considera continuador de quienes le precedieron. Cuando Horemheb proclama que

ha encontrado Egipto en un estado lamentable, que los templos estaban en ruinas, que las estatuas estaban rotas, que le ha sido necesario reconstruirlo todo «como al principio», no ofrece una descripción realista y adecuada de su país sino que retoma, por su cuenta, textos sagrados que los faraones utilizan desde siempre para anunciar su reinado. Cuando un faraón muere, en efecto, el reinado de la luz está en peligro. Las tinieblas cubren las Dos Tierras. El orden es sustituido por el caos. Los lugares santos son abandonados, invadidos por los profanos. Los dioses abandonan la tierra que tanto aman. Se les invoca, no responden. El acceso al trono de un nuevo soberano, iniciado de acuerdo con los ritos, señala el regreso de la luz. Maat, la divina proporción, la Regla de oro del universo que encuentra su más perfecto santuario en el corazón de Faraón, expulsa el desorden y permite que la sociedad funcione nuevamente de acuerdo con los principios de armonía. Un nuevo ciclo comienza, la historia sale de la nada, el tiempo renace. Por ello, Horemheb, como cada uno de los reyes que le han precedido, puede afirmar verdaderamente que ha organizado la existencia de su país como en los tiempos en que reinaba Ra, la luz divina. Ha restaurado y devuelto la actividad a todos los templos, desde el extremo norte del delta hasta la punta sur de Nubia. Ha fabricado numerosas estatuas, cuerpos verídicos de las divinidades, con toda clase de piedras preciosas. Así se restableció «la edad de oro», el «tiempo de la primera vez».

¿Y Amarna, la ciudad de Akenatón, el hereje? ¿Cómo se porta Horemheb, el ortodoxo, con respecto a la herencia del rey que se había atrevido a desafiar a Amón? Del modo más pacífico. Al contrario de muchas ideas preconcebidas, Horemheb no es un perseguidor de Amarna. No se llevó a cabo ninguna destrucción en el paraje antes de la XIX dinastía. Fueron los ramésidas quienes, para mejor predicar el culto de Ra y ocultar su apariencia fí-

sica, el disco solar Atón, hicieron desaparecer en parte las huellas de Amarna.

«Primero entre los grandes» de Akenatón, Horemheb no es un servidor de Amón de estricta observancia. Ya hemos visto que su «protector» era un Horus y que había procurado no favorecer demasiado a Amón durante la coronación.

La primera preocupación del nuevo rey, buen conocedor de la situación internacional por haberla observado de cerca durante muchos años, es contener el avance hitita en el Próximo Oriente. Evita cualquier enfrentamiento directo pero, con demostraciones militares, hace saber al eventual invasor que encontraría una fuerte resistencia si quisiera intentar la aventura. En su tumba de Saqqarah,[48] Horemheb relata una campaña en las provincias del sur de Asia, donde los protectorados egipcios se habían disgregado por efecto de los manejos hititas, mostrándose éstos muy hábiles en la práctica de la subversión. El país se veía devastado por las razzias. Los habitantes no tenían ya con qué alimentarse. Se veían obligados a refugiarse en las montañas, llenos de miedo. Acudieron a faraón a rogarle que les devolviera algo de bienestar. Horemheb restableció el orden, también allí, y devolvió el sur de esta Palestina devastada al seno egipcio.

En su hermosa capilla del Gebel Silsileh, al sur de Edfú, buena parte de cuya decoración es, por lo demás, de estilo «amamiano», Horemheb hizo representar escenas de triunfo tras una campaña militar en Sudán. El rey, sentado en su trono, aparece rodeado de soldados y portaabanicos, mientras contempla un desfile de prisioneros que representan los pueblos vencidos que intentaron fomentar el desorden y la sedición. Cuando era sólo general, Horemheb fue el héroe de una gran ceremonia organizada por Ay y durante la cual, como jefe del ejército, se vio colmado de honores por sus hazañas. Acababa de socorrer a los beduinos, fie-

les a Egipto, atacados por bandoleros. Había conseguido capturar a los agresores y someter su tribu. Los beduinos, encantados con la protección concedida por el poderoso Egipto, solicitaron a la Administración faraónica que dejara pasar sus rebaños por las tierras pertenecientes a Egipto. No se les negó el favor. Vestido de gala, Horemheb recibió collares de oro que unos servidores le colgaban al cuello. El propio general defendió la causa de sus «protegidos» ante Faraón, explicándole que era algo excelente hacer amigos entre esas poblaciones difíciles de controlar. El rey se mostró magnánimo. Sus decisiones fueron traducidas por un intérprete. Al oír la buena nueva, los extranjeros levantaron los brazos al cielo en señal de agradecimiento y se tendieron boca abajo para demostrar su sumisión.

El faraón Horemheb tiene un modelo: el gran conquistador Tutmosis III que, gracias a su firmeza frente al extranjero, consiguió instaurar una paz duradera. Para beneficiarse mágicamente de su obra retoma, pues, la lista de sus conquistas y se las atribuye a sí mismo. Por eso Horemheb afirmaba haber derrotado a los hititas… ¡con los que nunca se enfrentó! El poder del Verbo le parece la mejor de las armas para practicar una política de conquista pacífica, suficiente para intimidar al adversario sin derramar una sola gota de sangre. El procedimiento no fue tan malo, puesto que el reinado de Horemheb, feliz en el interior, supuso, en el exterior, que se detuviera la expansión hitita.

Estratega, diplomático y administrador, Horemheb fue también constructor. Durante su carrera desempeñó además la función de jefe de obras en la montaña de cuarcita, función que antes había ejercido el gran sabio Amenhotep, hijo de Hapu. Entre sus cinco nombres, Horemheb llevaba el de «Rey que realiza grandes maravillas en Karnak» y supo, en verdad, mostrarse a la altura de esta sagrada reputación, participando en la construc-

ción de los pilonos II, IX y X del gran templo de Amón. Vale la pena mencionar aquí un sorprendente descubrimiento. Sabemos que en los emplazamientos excavados en el grosor de los pilonos (que forman largas ranuras perfectamente visibles) se colocaban mástiles de madera bañados en una aleación de oro. El simbolismo suponía que la altura de los mástiles fuera tal que perforaran la bóveda celeste. Ahora bien, durante recientes trabajos efectuados en el IX pilono de Karnak se descubrió una placa de bronce en la que descansaba el pie de uno de estos mástiles. En esta placa aparece el nombre de Horemheb, indicado por dos cartuchos colocados sobre el signo del oro. Esta inscripción estaba pues destinada a desaparecer, a servir de fundamento y matriz de la que nacía la vertical que unía el cielo y la tierra. Faraón aparece aquí, más que nunca, como la base oculta sobre la que todo puede construirse.

Para señalar uno de los puntos culminantes de su reinado pacífico y próspero, Horemheb hizo levantar una estela ante el IX pilono del templo de Karnak. Allí se grabó un texto que se haría célebre, conocido con el nombre de *Decreto de Horemheb*. El rey quiso señalar su apego a la función de legislador y hacer que reinase la justicia divina, Maat, en la tierra de los hombres. ¿Pero cómo alcanzar Maat, cómo concebirla en espíritu? El faraón, maestro espiritual, debe llevar a cabo un intenso trabajo interior para despertar a esta realidad. Debe buscar incesantemente qué es mejor para su pueblo y su país. Horemheb se retiró pues a sus aposentos reales, meditando largo tiempo. Cuando se produjo el contacto con Maat llamó a un escriba real y le dictó los elementos que componen el *Decreto*, que sería luego grabado y colocado en el templo.

¿Qué pudo constatar Horemheb contemplando la vida de Egipto? Injusticias por todas partes, anarquía, miseria, corrup-

ción, estafas. Los principales culpables son los propios agentes del Estado, jueces, inspectores de impuestos, funcionarios de toda clase que, en lugar de servir al pueblo, lo despojan y lo oprimen. Todo esto es exactamente lo contrario de Maat. Semejante situación es intolerable. Por eso Faraón debía tomar disposiciones concretas y exponerlas con detalle. Le corresponde describir los abusos comprobados, indicar las medidas que deben adoptarse para que cesen, las penas que deben aplicarse a los culpables y las indemnizaciones para las víctimas.

Faraón ha llegado a esta toma de conciencia porque advirtió la insoportable diferencia existente entre la riqueza de palacio y la pobreza de la población. Por un lado, los almacenes reales están llenos de riquezas, por el otro los infelices lloran su miseria. Después de haber celebrado un consejo con su propio corazón, Horemheb decidió extirpar de su país el crimen y el fraude.

Para Horemheb es un placer exaltar la belleza de Maat, aplastar el mal y destruir la iniquidad. Gracias a los planes que ha elaborado se mantendrá al ávido al margen de los asuntos públicos. Faraón, por otra parte, no se hace ilusiones; el éxito no se obtendrá de una vez por todas. Tendrá que permanecer siempre atento.

Hay que adoptar varias medidas técnicas. Es preciso, por ejemplo, proteger los barcos que utilizan ciertos particulares para realizar tareas indispensables para el Estado y ordenadas por él. Al funcionario que se apoderara de estas embarcaciones de modo inicuo se le cortará la nariz y será deportado a una región poco hospitalaria. Esos barcos, en efecto, sirven para toda clase de transportes esenciales para el equilibrio económico.

En adelante, a los empleados del Ministerio de Ofrendas de Faraón les estará prohibido presentarse en los pueblos y requisar, arbitrariamente, mano de obra para distintos trabajos agrícolas

durante más de una semana, reduciendo a ciudadanos libres al estado de esclavos. Idéntica pena sufrirán estos funcionarios sin escrúpulos: nariz cortada, deportación y confiscación del producto de los trabajos injustamente efectuados.

Los militares encargados, tanto en el Sur como en el Norte, de la inspección de los rebaños de Faraón y de recoger las pieles, se comportan a veces de modo inadmisible. No conceden descanso alguno a la gente que trabaja para ellos, maltratan a los obreros, les roban y toman para sí pieles que no les estaban destinadas. Será necesario aplicarles severamente la ley: confiscación de lo injustamente adquirido, cien bastonazos y cinco heridas.

Horemheb ordena también que se supriman tasas arcaicas, impuestos aberrantes en el plano económico, puestos de funcionarios ya inútiles, especialmente guardianes de monos que obligan a los campesinos a darles cereales, lino, legumbres y frutos, mientras se entregan a la buena vida.

Efectuadas estas reformas, Horemheb puede afirmar que ha restaurado la justicia en el país entero, conociéndolo desde el interior por haberlo examinado en profundidad. Ha elegido cuidadosamente a los hombres encargados de hacer respetar la equidad, exigiéndoles discreción, integridad y capacidad de sondear los corazones. Les ha instalado en las provincias para que cada cual viva en paz y deposite en ellos su confianza. Ha hablado personalmente con cada uno de ellos y les ha entregado el corpus de las leyes que deben hacer respetar. La ley, no simples reglamentos, pues, como precisa Horemheb: «Les he inculcado una línea de conducta, guiándoles hacia la armonía cósmica (Maat).» Les exige que no acepten compromisos ni recompensas. Sus ventajas materiales, si se muestran dignos de ello, las recibirán directamente de Faraón y de nadie más. Horemheb no tolerará corrupción alguna. Para él, permitir que prevalezca alguien que no

esté en su derecho equivaldría a un crimen capital. Mientras Faraón aparezca sobre el trono de Ra, el dios de luz, los egipcios gozarán de una próspera existencia.

Faraón no olvida a quienes forman su guardia personal. Reciben alimentos de calidad, recompensas ofrecidas por el propio rey desde la ventana de su palacio. Los funcionarios que se encargan del servicio de la corte dispondrán de los medios materiales necesarios para efectuar correctamente sus tareas, ocupando cada uno su justo lugar.

Horemheb sabe muy bien que el desastroso cuadro descrito en su estela no corresponde, en modo alguno, a la realidad. De hecho, no había semejante arbitrariedad por parte de unos funcionarios reales que, durante todo el Imperio Nuevo, aseguraron el equilibrio social y la prosperidad económica de Egipto. En ningún momento, ni siquiera tras la experiencia de Akenatón, Egipto cayó en semejante anarquía. Los abusos descubiertos por Horemheb derivan, de hecho, de antiquísimos restos de derecho, por completo secundarios y que sus predecesores habían dejado sin solución. Procede a una especie de «limpieza» de las leyes y, sobre todo, imagina lo que podría acontecer si se mantuvieran en vigor esas disposiciones ya caducadas. Lo que Faraón describe en su gran decreto no es el pasado ni el presente, sino el sombrío porvenir que brotaría de un código legislativo caducado si hubiese tenido la debilidad de mantenerlo como tal. Horemheb presenta pues, en dicho texto, un verdadero programa de gobierno, y pretende inaugurar una nueva era en todos los campos.

Tal fue, en efecto, el profundo proyecto de ese general pacífico, de este hombre del Norte que residió la mayor parte del tiempo en Menfis y no escuchó a los sacerdotes de Tebas, de quienes había aprendido a desconfiar. No olvidemos que en su tumba de Menfis se encontró un papiro con las *Máximas de Ani*,

dicho de otro modo, un tratado de sabiduría, de esa sabiduría a la que el rey consagró toda su existencia para descubrir sus misterios y hacerla vivir ante su pueblo. Curiosamente, algunos bloques pertenecientes al conjunto funerario de Zóser, el gran antepasado, fueron reutilizados en la tumba menfita de Horemheb. Este homenaje secreto no es evidentemente un azar, tanto menos cuanto el término «Zóser», «sagrado», aparece en uno de los nombres de Horemheb: Zoser-Kheperu-Ra, «Sagradas son las mutaciones de la luz divina», lo que constituye, por otra parte, uno de los nombres del faraón Amenofis I. Zóser y Amenofis I pueden ser considerados ambos como antepasados fundadores, que inauguran nuevos períodos de la historia egipcia. Ése es precisamente el papel que quiso desempeñar, desde todos los puntos de vista, Horemheb. Con su reinado termina la XVIII dinastía y comienza la XIX. Para sucederle, Horemheb eligió a un curiosísimo personaje: un general, como él, hombre de edad que desempeñaba funciones religiosas y administrativas en el alto clero de Amón antes de convertirse en visir y ser asociado al trono. Este alto dignatario fue el primero de un linaje destinado a la mayor de las famas: el de los Ramsés.

CAPÍTULO 28
Seti I el zahorí

El desierto de Nubia, la pista de los buscadores de oro, al este de la ciudad de Redesieh. Un calor abrumador. La sed. Ni un solo manantial. Una muerte atroz acecha a los miembros de la expedición dirigida por Faraón.

El poderoso Seti I se recoge. No tiene carácter para abandonarse ni desesperar de su buena estrella, él, el hombre del dios Seth, dueño de la tempestad y del poder de los cielos. La región montañosa donde se encuentra merece ser acondicionada y explotada con mayor intensidad, pues encierra numerosas riquezas: oro, esmeraldas, cobre, lapislázuli. Pero los motivos económicos y materiales no bastan para explicar la presencia del rey en aquel horno. Una necesidad sagrada le ha llevado hasta allí. En efecto, el oráculo divino le ha pedido que termine cuanto antes el gran templo de Abydos, al que destina los más preciosos materiales. Faraón desempeña, pues, su papel de maestro de obras y se dirige personalmente al paraje. Una obra que puede convertirse rápidamente en una tumba si no encuentra agua para él y quienes le acompañan. Es preciso rendirse a la evidencia: los lechos de los ríos están secos, no hay manantial en el horizonte. La garganta arde. ¿Cómo saciar la sed y escapar a una muerte atroz?

Seti I recuerda su carrera. Jefe de los arqueros, más tarde visir, luego corregente, tuvo que ejercer muy joven pesadas responsabilidades. Hijo de Ramsés I, fundador de la XIX dinastía, subió

al trono de Egipto en el año 1304 a. J. C. De talla mediana, muy vigoroso, cuadrada la mandíbula, ancho el mentón, el faraón disponía de una insólita energía.

El joven Seti sentía pasión por los caballos. Dos de sus tiros favoritos llevarán el nombre de «Amón da la potencia» y «Amón da la victoria», lo que da perfectamente el tono de un reinado consagrado al poder y al brillo de una personalidad excepcional. Seti manifestaría más tarde la mayor piedad filial hacia Ramsés I, nacido en una familia modesta del delta que no pertenecía al *establishment*, del que Horemheb había desconfiado siempre. El padre de Ramsés era sólo un oficial subalterno y su hijo fue ascendido al rango de visir sólo a causa de sus cualidades personales. Horemheb le confió distintas funciones: comandante de fortaleza, superintendente de las bocas de río, superintendente de los caballos, comandante en jefe del ejército del rey. Cuando accede al poder supremo, Ramsés I es un hombre de edad. Sabe que asegura una transición; por lo tanto, asocia inmediatamente al gobierno a su hijo Seti.

Éste es, al mismo tiempo, religioso, sacerdote de Seth, y militar. A estas cualidades añadirá muy pronto la de visir y, por último, la de faraón, sucediendo a su padre, que sólo reinó quince meses.

Seti se llama «El que repite los nacimientos», nombre tomado de Amenemhet I, fundador de la ilustre XII dinastía. Es decir que se presenta como primer faraón de un nuevo linaje al que pretende insuflar el máximo de fuerza y prestigio. Seti I rinde así homenaje al dios Seth, a quien Ramsés II, pese a su nombre solar formado a partir del dios Ra, seguirá demostrando veneración. Seth es considerado aquí el dios de la potencia cósmica que, una vez controlada, convierte a Faraón en un guerrero indomable. A Seti I le gustará hacer que se representen en los muros de los

templos inmensas escenas de combate en las que el rey, inmenso, tranquilo, victorioso, y símbolo perfecto del orden del mundo, aplasta un caótico magma de enemigos gesticulantes y desarticulados.

En el interior, Egipto está tranquilo. La tarea de reorganización emprendida por Horemheb se ha visto coronada por el éxito. Seti estima posible reanudar una política exterior activa. Para el hombre de Seth no se trata de ver cómo se desmenuza todavía más el prestigio internacional de Egipto. Dispone de tres ejércitos bien preparados, colocados bajo la protección de los dioses Amón, Ra y Ptah, señores de las tres grandes ciudades, Tebas, Heliópolis y Menfis. Ya en el año primero de su reinado, Seti emprende una campaña. Las provincias de Asia son presa de numerosos disturbios. Los beduinos shasu, cada vez más turbulentos, se han apoderado de varias fortalezas en la ruta que va de El-Kantara a Gaza. El peligro es real El rey interviene con rapidez y eficacia, recuperando veintitrés fortalezas. Al entrar en el país de Canaán se enfrenta a una coalición apoyada por los hititas. Cuando los cuerpos del ejército enemigo no pudieron unirse, Seti los atacó uno a uno, apoyándose en el efecto sorpresa. El éxito fue total. Palestina y Canaán volvieron a integrarse en la esfera de influencia egipcia.

Una victoria, sin duda, aunque pequeña. Los hititas no fueron aniquilados y Siria no está bajo el control de Faraón. Egipcios e hititas acampan en sus respectivas posiciones, mirándose mutuamente con hostilidad, algo que no impide a Seti, en las triunfales inscripciones grabadas en los muros de Karnak, proclamar que ha arrasado «el vil país del Hatti» cuyos jefes han caído bajo su espada.

La gran tarea de ese rey guerrero, que rinde culto al poder, es la construcción de templos. La fuerza divina a la que exalta se

encuentra también, y sobre todo, en las piedras. La obra arquitectónica de Seti I es considerable, tanto por su cantidad como por su calidad. Júzguese si no: el templo de los más hermosos relieves del Imperio Nuevo, el de Abydos; un excepcional templo funerario en la orilla oeste tebana, el de Gurnah; la más vasta y, sin duda, la más hermosa tumba del Valle de los Reyes; edificios en Heliópolis; las obras en la gran sala hipóstila de Karnak… y nada diremos de otros edificios más modestos.

La elección del paraje de Abydos, donde Seti levantó un inmenso y soberbio templo, resulta muy interesante. Seti es el hombre del dios Seth, es decir el asesino de Osiris que reina como dueño absoluto en Abydos, donde se celebran sus misterios. El faraón Seti, obedeciendo la ley de los cruces, tan cara a la filosofía religiosa egipcia, está obligado a honrar muy especialmente a la divinidad que parece mostrarse más contraria al programa de gobierno indicado por su nombre. En su persona de maestro de obras, el dios Seth construye un templo para su hermano Osiris, es el asesino que expía su crimen levantando la más perfecta de las moradas sagradas donde será honrada su víctima.

Para realizar el ambicioso programa es preciso sobrevivir en ese tórrido desierto. Seti se recoge. Pronuncia palabras de fuerza, en silencio, en el secreto de su conciencia. Terminada su meditación, comienza a recorrer los alrededores. Busca un lugar preciso, como un zahorí que sintiera muy cerca la presencia del agua subterránea. «Ved pues —dirá el relato compuesto con ocasión de tan memorable jornada—, ¡Dios le guio!». De hecho, como inspirado, el faraón se detuvo en un lugar preciso donde su séquito sólo veía arena. Ordenó a sus canteros que cavaran. Aquí, afirmó, haremos un pozo cuya agua refrescará al viajero. Su nombre será «Que la divina justicia del dios Ra sea estable». El agua abundante que proporcionará podrá compararse, pues, a

una luz y procurará una energía de origen sobrenatural. Los canteros obedecen, impresionados por la determinación del faraón. El sudor corre en gruesas gotas. ¿No estarán trabajando en vano? Y, de pronto, se produce el milagro. Ahí está el agua. Faraón, en vez de envanecerse con su triunfo, se recoge de nuevo. «Dios ha escuchado mi plegaria», dice. Lo imposible se ha realizado. La potencia luminosa ha hecho aparecer agua en las áridas montañas, ha facilitado el camino de quienes van a trabajar en esos desolados parajes para embellecer los templos.

Excavar un pozo no bastará, afirma Seti, el constructor. Puesto que la potencia creadora le ha escuchado, hay que rendirle mejor homenaje. En este lugar se levantará una ciudad y en su centro habrá un lugar de plenitud, un templo que será habitado por los dioses. Ellos harán que la obra del faraón sea duradera y su nombre esté lleno de fuerza y se extienda por todas partes, incluso por las regiones desérticas.

Los talladores de piedra ponen de inmediato manos a la obra. Edificarán una morada para Amón, Ra, Ptah, Horus, Isis, la Enéada divina y el faraón Seti divinizado. Puesto que el Verbo de Faraón se hace realidad en seguida, el tiempo desaparece. Todo ocurre como si el templo quedara construido instantáneamente. Así, Seti no debe esperar para ver el templo terminado, decorado, con sus muros adornados con inscripciones jeroglíficas. Eleva una nueva plegaria a las divinidades que han creado el cielo y la tierra de acuerdo con su conciencia. Les pide que hagan estable su nombre, puesto que se ha mostrado atento y ha sabido captar su deseo. Solicita que las potencias divinas de este santuario no permanezcan mudas para con los viajeros que le rindan homenaje, sino que hagan oír su voz a cualquier fiel, sea noble u hombre del pueblo. Que cada cual sepa que es bueno actuar de acuerdo con la Regla divina y no transgreda la enseñanza de Fa-

raón. ¿Qué son los dioses sino maestros cuyas palabras deben escucharse? ¿Qué hace Faraón sino consagrar su vida a captar esta sabiduría y a hacerla duradera en sus monumentos?

Ante el templo, Seti ordenó excavar un pozo. Ningún rey, se proclama de acuerdo con la fórmula tradicional que retoma por su cuenta cada faraón, había realizado algo semejante. Seti, amado por Ptah, el patrón de los constructores, es considerado como «el padre y la madre de los hombres», «el buen pastor» que no extravía ninguna oveja. La cofradía de constructores debe pronunciar una oración en favor de Faraón. Se dirigen a las divinidades que se encuentran en ese pozo y les piden que concedan al rey la duración de su vida, es decir la eternidad. Pues Faraón ha abierto para sus servidores un camino que pueden recorrer serenamente. ¿Acaso no ha actuado de modo que descubran así el camino de la vida? «El difícil camino —se dice— se ha convertido en un buen camino». Extraer oro en buenas condiciones constituye una especie de hazaña, pero no es un trabajo profano. Ver cómo el oro sale de la tierra es ver el halcón divino, el principio creador encarnado en Faraón.

La gloria de Seti es inalterable, pues ha sabido hacer brotar agua de las montañas, esa agua que, antaño, parecía inaccesible a los hombres. El faraón es consciente de que acaba de obtener una de sus más hermosas victorias. Él, el hacedor de lluvia, el mago capaz de provocar la crecida, tiene el deber de ir mejorando sin cesar la suerte de su pueblo. Pero piensa también en otras realidades, especialmente en ese pozo excavado en su futura tumba del Valle de los Reyes. Simboliza la caverna del dios Sokaris sobre la que pasará su momia, cuando haya sido transformado en Osiris, después de haber sido justificado ante el tribunal divino. En el fondo de aquel pozo está el agua del Nun, océano de energía en el que se baña el universo entero. En el Nun de la tumba,

el cuerpo mortal de Faraón se transforma en cuerpo inmortal. Por esta razón, además, la entrada de las tumbas reales está en el lugar donde desembocan los torrentes que se forman durante las escasas y violentas lluvias.

Toda la tumba, asimilada a un pozo, recoge entonces el agua celestial que se confunde con la de las profundidades. ¿Cómo no va a acordarse Seti del pozo más sagrado y más profundo de todo el Egipto de los lugares santos, el de Zóser? ¿No brota de esa secreta caverna la energía que permitirá a los maestros de obras cubrir de templos la tierra de Egipto? Seti el zahorí, guiado por Dios, tiene la sensación de estar viviendo una de esas horas gloriosas, inolvidables, cuando el hombre está tan perfectamente de acuerdo con el cosmos que todo se hace luz. Gracias al agua del pozo, el sol del desierto no es ya quemazón ni amenaza, sino perfecta expresión de Ra. Y él, el hombre del dios Seth, dueño de las fuerzas oscuras del cosmos, puede contemplarlo de cara.

CAPÍTULO 29
La batalla de Kadesh

En la primavera de 1274 a. J. C., la ciudad de Pi-Ramsés, en el Delta, vive una importante agitación. La hermosa capital de Ramsés II está llena de soldados que se disponen a salir en campaña. Los cuarteles están llenos de soldados. Se limpian las armas, se preparan los carros y los caballos. Los escribas sacan las cuentas de los arcos, las lanzas, las flechas, los escudos, de todas las armas de mano y arrojadizas, y redactan los bonos de salida de los arsenales.

En palacio, Ramsés II mantiene una reunión con sus generales de los cuerpos de ejército, para preparar la gigantesca batalla que se anuncia. El envite es claro: vencer definitivamente a los hititas o que Egipto sea amenazado por una invasión que puede destruir la prodigiosa civilización que le han legado sus padres.

Ramsés II, que rinde culto a la luz divina, Ra, de la que es el hijo, el elegido y el símbolo por los nombres que lleva, ha sido discípulo del gran Seti I que le asoció al trono antes de morir, según la regla de la corregencia, para enseñarle su oficio de faraón. Momento de inmensa plenitud aquél en el que el joven y fogoso Ramsés escuchó las palabras del anciano rey, vuelto por completo hacia la sabiduría de Maat, tras haber construido tantos templos. En su admirable edificio de Gurnah, en la orilla oeste de Tebas, se asiste además a la transmisión del poder: Ramsés II es coronado en presencia de Seti I. Ramsés II ha llevado siempre en

la sangre el sentido del mando. Ya a la edad de diez años, tras una «preparación militar» en la que demostró su robustez, tuvo bajo su responsabilidad un pequeño batallón. Muy pronto acompañó a su padre Seti I en sus expediciones a Palestina, Siria y el Líbano, lo que le permitió tomar conciencia, a pesar de su juventud, de la realidad de los problemas exteriores que se planteaban a Egipto. Cuando el joven Ramsés sube al trono tiene a sus espaldas ya una larga experiencia de gobierno. No es un aprendiz sino un maestro que, desde el inicio de su reinado, manifiesta una intensa actividad de constructor.

Los iniciados de los templos sabían que el reinado de Ramsés II iba a ser excepcional, pues el joven rey disponía de especiales cualidades gracias a la configuración astrológica que presidió su nacimiento. Dotado de inagotable energía, radiestesista, Ramsés II es comparado a un chacal de rápida carrera que recorre la tierra en un instante, a un majestuoso halcón, a un león poderoso de aceradas zarpas, a una tempestad desencadenada cuyas olas parecen montañas. Su poder es tal que nadie puede acercársele: destruye al enemigo como el fuego que se apodera de la maleza.

El enemigo… obsesiona la mente de Ramsés. Akenatón no comprendió, y Ramsés II se lo reprocha, la profunda modificación de las relaciones de fuerza en el Próximo Oriente. El imperio edificado por Tutmosis III se ha disgregado, lenta pero seguramente. Los efectos de una política no intervencionista han resultado catastróficos. Ciertamente, Horemheb y Seti I restauraron en parte el prestigio de Egipto ante los países extranjeros, pero ni el uno ni el otro pudieron impedir que los hititas prosiguieran su solapada tarea de anexión de territorios colocados antaño bajo protectorado egipcio.

Ramsés II, «cuyos miembros eran obra de Dios» y que pasaba las noches en blanco, concibiendo planes para afirmar la grande-

za de Egipto, decide reconquistar el terreno perdido. Ya en el cuarto año de su reinado, tras haber hecho una fácil campaña en Nubia, Ramsés II parte hacia Siria a la cabeza de su ejército. Su base militar de partida se establece en Pi-Ramsés, en el delta, es decir cerca de los territorios de Asia donde tendrán lugar los conflictos. Hay que perder el menor tiempo posible en los desplazamientos, evitando fatigar demasiado a los hombres que van a librar batalla.

Durante esta campaña siria, Ramsés II no encuentra demasiada resistencia en Canaán y en la costa fenicia. Su objetivo es Kadesh y Amurru, que Seti I no pudo arrebatar a los hititas. Faraón consigue, efectivamente, colocar de nuevo el reino de Amurru bajo dominio egipcio. Y muy pronto caerá Kadesh. Las tropas egipcias, sin duda para recuperarse, regresan a Egipto. El poderoso emperador hitita Muwatalli recibe a disgusto la noticia de la caída de Amurru. Es más de lo que puede soportar. El joven soberano egipcio está resultando muy peligroso. Hay que detener su deseo de conquista. Convoca a vasallos y aliados para formar una enorme coalición de más de veinte pueblos contra Egipto. Todos los principados de Asia Menor y Siria del Norte participan en ella.[49] El soberano hitita quiere dar un golpe definitivo a los egipcios.

Ramsés II es perfectamente consciente del peligro. Desde hace mucho tiempo sabe que la suerte de su país se decidirá en Kadesh y se prepara cuidadosamente para esta gran prueba.[50]

En Pi-Ramsés todo está preparado. Los cuerpos de ejército están reunidos. El faraón aparece ante ellos. Cada uno de sus soldados sabe que será, al mismo tiempo, su muralla y su escudo, detrás de los cuales se sentirán confiados. Ramsés es un arquero sin igual. Posee un valor inquebrantable. Su grito de guerra es tan potente que se extiende por toda la tierra. Sus planes son efica-

ces, sus órdenes justas. Conducidos por semejante jefe, la derrota es impensable.

En las tropas de Ramsés no sólo hay egipcios sino también mercenarios extranjeros, los shardanes de tipo semita, excelentes guerreros. También ellos se sienten impresionados por la determinación de Faraón cuando da la señal de partida, de pie en su carro que brilla a la viva luz de la mañana.

Hay cuatro cuerpos de ejército, colocados bajo la protección de los mayores dioses egipcios: Amón (señor de Tebas), Ptah (señor de Menfis), Ra (señor de Heliópolis) y Seth (señor de la Potencia). La marcha hacia el norte se inicia el noveno día del segundo mes del estío del año quinto del reinado. El grueso de las tropas cruza la frontera en Sile, donde se levanta una fortaleza, y piensa llegar a Kadesh después de haber cruzado Canaán y el sur de Siria. El resto del ejército pasará por la ruta que sigue la costa de Fenicia y luego girará hacia el este para establecer contacto en la propia Kadesh.

Un mes más tarde, al final de una expedición que no encontró muchos problemas, la tienda real se levanta sobre un cerro al sur del emplazamiento de Kadesh. Todos los países extranjeros atravesados por el impresionante ejército egipcio doblan la cerviz, ofreciendo tributos y asegurando su fidelidad. Meros detalles. Lo esencial está por hacer. Ramsés sabe que no debe perder tiempo. A la cabeza del ejército de Amón, se dirige hacia el norte. Se produce entonces un curioso acontecimiento: dos beduinos son capturados por los egipcios. Se inicia un duro interrogatorio que confirma lo que los servicios de información egipcios ya sabían: el emperador hitita ha reunido una formidable coalición, todos sus vasallos están a su lado con su infantería y sus carros. El ejército parece una nube de langostas. Hombres y caballos son tan numerosos como los granos de arena. No resulta muy tran-

quilizador, como puede verse, pero hay un nuevo elemento de información: los dos hombres, que afirman detestar a los hititas y querer incorporarse a las filas egipcias, aseguran que el inmenso ejército no está en Kadesh. El emperador hitita ha tenido miedo de la rápida y decidida intervención de Ramsés II. Ha preferido replegarse hacia el territorio de Alepo, al norte de Tunip, en la Siria del Norte, pues, a unos doscientos kilómetros de Kadesh.

Con culpable ligereza, Ramsés y sus generales aceptan sin más esas «revelaciones». Los dos espías hititas pueden sentirse satisfechos. Su operación de «desinformación» ha tenido más éxito del esperado. Ramsés avanza entonces hacia Kadesh, con toda confianza, esperando la más fácil de las victorias, puesto que el adversario ha huido. Establecerán un campamento provisional al noroeste de Kadesh, una ciudad fortificada que se levanta en una colina y está rodeada de canales que forman una especie de islote.

Los egipcios atraviesan el Orontes, creyendo que se instalan en territorio conquistado. Mientras Faraón, sentado en su trono de oro, espera la llegada del resto de sus tropas para sitiar la ciudadela, unos oficiales aterrorizados se presentan ante él. Los exploradores han capturado a unos hititas. Esta vez, el rey hace un interrogatorio más lúcido y la verdad aparece por fin: los coaligados no han abandonado el emplazamiento de Kadesh donde, muy al contrario, han reunido todas sus fuerzas. En realidad se encuentran a tres kilómetros del campamento de Ramsés, cuyas tropas están dispersas. La división de Ra no ha llegado al campamento de Amón, las divisiones de Ptah y de Seth están lejos todavía.

La situación es sencillamente desesperada. Ramsés está furioso. Sus oficiales superiores han dado muestras de increíble negligencia. Envía inmediatamente al visir hacia el ejército de Ptah,

para ordenarle que avance mucho más de prisa en previsión de una inminente batalla.

Precaución inútil, pues los hititas, que llevan largo tiempo observando los movimientos de las tropas egipcias, pasan al ataque. La división de Ra es partida en dos y puesta en fuga. La división de Amón se siente sencillamente asustada a la vista del número de carros hititas que cargan contra ella. Los egipcios, presas del pánico, ni siquiera intentan combatir a un adversario tan superior en número.

Ramsés II se encuentra solo, absolutamente solo. Ni por un instante piensa en rendirse o huir. Reviste su cota de mallas, se arma y monta en su carro. Su tiro se llama «Victoria en Tebas». El rey parece el dios de la guerra, Montu. Sin vacilar, se lanza hacia el enemigo y atraviesa sus filas.

Deteniéndose, mira a su alrededor. Está rodeado por dos mil quinientos carros, cada uno de los cuales lleva tres clases de impedimenta. El auriga de Ramsés, Menna, obligado a permanecer junto a su dueño para conducir el carro, le suplica que huya a su vez. Pero Ramsés no es un jefe cualquiera. Es Faraón, el representante de Dios en la tierra. El joven rey impresiona por su tranquilidad y su nobleza. «No te muevas, auriga —ordena—. Me lanzaré contra ellos como el halcón sobre su presa». Menna no puede creer lo que está oyendo.

Los hititas esperan que Ramsés II arroje al suelo sus armas y se rinda. Pero Faraón se recoge y ora. Nace en él una rebeldía interior. ¿Por qué le ha abandonado su padre Amón? ¿Acaso le ha desobedecido una sola vez durante su reinado? ¿Ha actuado sin escuchar a su divino Padre? No, Ramsés se ha comportado siempre de acuerdo con la Regla que le ha enseñado Dios. ¿Por qué no va a ayudarle Amón cuando Egipto, en la persona de su faraón, está a punto de ser aniquilado? ¿Qué son, para Amón, esos

viles asiáticos? Dios puede comprobar que Ramsés ha construido su templo, le ha colmado de riquezas, le ha dedicado las más hermosas y ricas ofrendas. Incluso ha erigido los mástiles que se levantan ante los pilonos.

Se produce entonces la extraordinaria toma de conciencia en aquel combate místico donde encarna la fuerza de luz opuesta a los poderes de las tinieblas. Faraón comprende que miles de soldados no son nada comparados con Amón. Este vale, para él, más que cualquier ejército.

La plegaria del faraón llega a su padre Amón, que acude a su llamada y le tiende la mano. Entonces el júbilo invade el ser del rey. El combate experimenta un cambio de sentido. «Estoy contigo, soy tu padre, mi mano está con la tuya», murmura la voz del dios. Gracias a él, el señor de Egipto vuelve a ser aquél a quien ama la valentía, el que vence a cualquier adversario.

Faraón golpea a diestro y siniestro, atraviesa las filas adversarias, derriba a todos los que se levantan ante él. De pronto, advierte que los dos mil quinientos carros enemigos yacen por los suelos, desarticulados. Los hititas han perdido la fuerza. Ni siquiera son ya capaces de empuñar sus lanzas. Aterrorizados, huyen lanzándose al río, donde se ahogan.

A lo lejos, el rey hitita asiste a la extraordinaria victoria de Ramsés. Desamparado primero, reacciona y manda de nuevo dos mil quinientos carros contra el invencible guerrero. En poco tiempo, Ramsés acaba con los recién llegados. Éstos comprenden que no luchan contra un hombre sino contra la encarnación de una potencia divina. Al verle, se paralizan. No saben ya disparar el arco o tirar la lanza.

La potente voz del faraón se eleva por encima del estruendo para recordar su deber a los soldados egipcios: «¡Sed firmes de corazón!», exige. Les trata de cobardes. Les recuerda que ha fa-

vorecido su carrera, les ha permitido convertirse en jefes y seres responsables, librándoles de algunos impuestos, concediéndoles privilegios para recompensar su alistamiento. ¡Y ni uno solo de ellos ha combatido junto a Faraón!

El discurso no tranquiliza en absoluto al auriga del rey, Menna, que sigue viendo una multitud de enemigos rodeándoles. Una vez más recomienda a Faraón que abandone el combate y se ponga a cubierto. Ramsés, paciente, le explica que nada debe temer. De nuevo se lanza a la carga, mata.

¡Regresan, por fin, los fugitivos! Los soldados egipcios, que creían en un desastre, advierten que ha ocurrido un acontecimiento insólito. Faraón no sólo no ha muerto sino que él solo deshace las filas adversarias. Infantería y carros se recomponen. Además, el ejército de apoyo que avanzaba por un lado llega al campo de batalla. La posición de los hititas se vuelve crítica. Sus fuerzas se repliegan al sur del campamento egipcio que habían conseguido destruir. Pero Ramsés no pierde el tiempo. Galvanizando a sus tropas, empuja al enemigo hacia el río.

Estupefacto, Muwatalli presencia la derrota de su arma de élite, los carros. Los ve precipitarse con gran desorden en el río.

Es la victoria egipcia. Cesa el combate. Hay que recoger a los heridos, contar el número de hititas muertos cortándoles una mano. Las divisiones de Ra y de Amón enumeran sus supervivientes. Soldados y oficiales se dirigen a Ramsés para felicitarle por su inmenso valor. El recibimiento de Faraón es gélido. En nada disimula sus sentimientos hacia unos hombres a quienes considera unos cobardes indignos de la misión que les había confiado. Los dos únicos seres que le han ayudado realmente a obtener la victoria son los dos caballos que forman el tiro de su carro. «Victoria en Tebas» y «Mut está satisfecha». En adelante, Faraón los alimentará personalmente llevándoles pienso.

Ha caído la noche. En un bando y otro se vendan las heridas. Los hititas no comprenden el fracaso de una estrategia sin fallo. No podían imaginar que Ramsés II fuese un héroe de tal calibre.

Al día siguiente por la mañana el rey de Egipto está decidido a aniquilar al ejército hitita. Lanza contra ellos un furioso ataque. Pero la infantería hitita, muy superior en número, resiste a pesar de las grandes pérdidas. Aprovechando un momento de calma, advirtiendo que ya no podrá vencer, Muwatalli decide recurrir a la diplomacia. Envía a los egipcios un mensajero con una oferta de paz.

Faraón consulta a sus consejeros, que se pronuncian de inmediato por el cese de las hostilidades. «La paz es un bien precioso», afirman; nadie podría resistir al faraón, es cierto, pero ya lo ha demostrado. Llega la hora de la diplomacia. Ramsés acepta. A la cabeza de sus tropas, regresa a Egipto mientras dioses y diosas se encargan de la protección mágica de su ser.[51]

CAPÍTULO 30
Cuando Ramsés II hablaba de amor

Nadie duda que en el establecimiento de relaciones pacíficas entre egipcios e hititas las mujeres desempeñaron un gran papel. La reina hitita ejercía un derecho soberano sobre varios territorios. La reina de Egipto es custodio de la legitimidad del poder. Estas grandes damas, por lo demás, no se detestan. Se escriben llamándose «hermana». El ruido de los combates se ha hecho insoportable a sus oídos. Sus pueblos pueden hacer algo mejor que matarse mutuamente. Los soldados han hablado; se han enfrentado y no ha habido vencedor. Por eso la diplomacia ocupa ahora el proscenio.

Las dos soberanas hablan de sus países con emoción. Celebran que haya regresado la paz, que reine la felicidad, festejan la nueva fraternidad que une a los dos soberanos, una fraternidad bendecida por los dioses. Doce años después de la firma del gran tratado egipcio-hitita, una idea germina en la cabeza y el corazón de la soberana hitita. ¿Por qué no sellar la alianza con una boda? Ramsés II está en el trigésimo cuarto año de su reinado. Hattusil III ofrece a Faraón la mano de su hija mayor. Este acepta.[52] Se reanuda así la diplomacia de los matrimonios que había practicado ya Amenofis III, acogiendo en la corte de Egipto a princesas extranjeras como esposas «secundarias», pero negándose a «ceder» egipcias con el pretexto de que no había precedentes.

En otoño de 1246 a. J. C., los enviados efectúan numerosos viajes entre el Hatti y Egipto para poner a punto esa boda excepcional que sellará la unión entre los dos Estados más poderosos del Próximo Oriente. Hattusil III anuncia que su hija será acompañada por una dote magnífica y pide a Ramsés que envíe una delegación a Siria del Sur para esperarla. Desde allí será escoltada hasta Egipto. Pero ciertos retrasos, imputables a los hititas, dificultan tan hermosos proyectos. Ramsés no oculta su descontento. Comienza a desconfiar, incluso, de las intenciones hititas.

La reina hitita toma entonces la pluma para disipar el malentendido. Le reprocha a Ramsés su falta de confianza. Le explica que se ha producido un incendio en palacio y que gran parte de las riquezas destinadas a la dote ha quedado destruida. ¡No importa! Ramsés no necesita esa boda para enriquecerse. Con mucha habilidad, la soberana alterna reproches y alabanzas, cuidando de asegurar a Faraón que la boda va a celebrarse.

Ramsés II se muestra en consecuencia perseverante. A petición de los hititas, envía al Hatti una nueva delegación encargada de un deber ritual: ofrecer a la princesa un óleo sagrado para que pueda proceder, en su país, a una postrera unción ritual antes de emprender el largo viaje que la arrancará de su infancia, su país y su familia. La soberana hitita no deja de escribir a Ramsés para celebrar el acontecimiento: «Cuando el óleo fue derramado sobre la cabeza de mi hija se alejaron los dioses temibles… Aquel día, dos grandes países fueron uno solo y vosotros, los dos grandes monarcas, descubristeis la fraternidad auténtica».

A fines del otoño de 1246, en el año trigésimo cuarto del reinado de Ramsés II, un gran y hermoso cortejo abandona la corte hitita para dirigirse hacia Egipto. Como estaba previsto, la dote es suntuosa: oro, plata, cobre, servidores, caballos, bueyes, corderos, joyas y telas. En Siria del Sur, donde una delegación egip-

cia aguarda a la princesa hitita para escoltarla, la reina se despide de su hija.

Unos incidentes inesperados comprometen el feliz término del viaje. El tiempo se estropea: viento gélido, lluvia e, incluso, nieve. Pocas veces el invierno ha sido tan precoz y tan riguroso. Pueden aparecer la enfermedad y la muerte. Ramsés comprende que el dios Seth manifiesta así su irritación. Es necesario apaciguarlo haciéndole ofrendas dignas de él. Le pide que dispense de nuevo un tiempo clemente, de modo que la princesa hitita, esa «maravilla de origen celeste», pueda reunirse con él.

Seth escucha la plegaria del faraón. Los elementos se calman. Hay incluso días estivales en pleno invierno. Con paso ligero y risueño el corazón, sin más angustias, el cortejo prosigue su camino. Al entrar en Egipto se celebra un banquete. Y fue ciertamente un hermoso espectáculo ver a egipcios e hititas comportándose como hermanos, comiendo y bebiendo juntos.

El tercer mes de invierno, la joven princesa llega por fin a Pi-Ramsés, donde la aguarda su futuro esposo. Al verla, Ramsés queda impresionado por su belleza. Es un verdadero flechazo. «La amó más que a cualquier otra cosa», proclama el texto oficial que será grabado en los muros del templo. Inmediatamente, la princesa hitita cambia de nombre para convertirse en una egipcia. Se llamará Maat-Hor-Neferuré. Se instala en el palacio real. Estará, todos los días, junto a su esposo. Su nuevo nombre brillará en toda la tierra.

El gran acontecimiento tiene las más felices consecuencias en las relaciones entre Egipto y el Hatti. Los intercambios comerciales se intensifican. Los hombres de negocios van, sin la menor dificultad, de un país al otro. La cultura egipcia y la cultura indoeuropea de los hititas entran en contacto sin confundirse.

Los excelentes resultados de la diplomacia de las bodas llevarán al soberano hitita, Hattusil III, a recurrir de nuevo a ella, ofreciendo a Ramsés una segunda princesa provista, como la primera, de una dote fabulosa. Ramsés aceptó. Como quería la Regla, el acontecimiento fue relatado en numerosas estelas colocadas en los templos.

Los narradores de Egipto no dejaron de explotar el tema de la unión entre Faraón y una princesa extranjera. Contaron que un rey poderoso se había casado con la hija del príncipe de Bakhtan, un rico país de Asia. Faraón se había enamorado de ella por su gran belleza. Por lo demás, la muchacha se llamaba «Perfección-de-Ra». Conquistó a los grandes de la corte y se convirtió en una reina de Egipto responsable y respetada. La felicidad habría sido perfecta si la hermana menor de la reina no hubiese caído gravemente enferma. Ningún médico de su país consiguió curarla. La muerte rondaba. El príncipe de Bakhtan mandó una expedición a Tebas para pedir consejo a los médicos egipcios, famosos por su saber. El caso se considera lo bastante grave como para que Faraón ordene a un escriba real dirigirse inmediatamente al país de Bakhtan.

El diagnóstico se establece con precisión: la joven princesa sufre un mal sobrenatural. Un demonio se ha apoderado de su alma y la destruye poco a poco. En ese caso, la ciencia humana es impotente. Para combatir un poder maléfico es necesario un poder divino. Pero las divinidades de Bakhtan son ineficaces. Hay que recurrir a un dios egipcio, Khonsu, y Ramsés acepta mandar a la corte de Bakhtan una de sus estatuas. Se toman todas las precauciones para que la preciosísima representación de Khonsu no sufra daño alguno durante el viaje que la lleva a tierras extranjeras. Necesitó, al menos, un año y cinco meses para llegar a Bakhtan, tras haber viajado en barco y en un carro.

Afortunadamente, la joven princesa había sido mantenida viva durante este tiempo. Se condujo la estatua divina junto a la enferma. Se produjo entonces un intercambio de alientos, el dios Khonsu hizo pasar su poder mágico al cuerpo de la princesa y tomó de él los nocivos influjos que la corroían. La curación fue rápida y espectacular.

El príncipe de Bakhtan, maravillado ante el prodigio, se hace entonces culpable de malevolencia: decide quedarse con la prodigiosa estatua en vez de devolverla a Egipto, como había prometido. Pero lo sobrenatural vela. El desabrido soberano ve, en sueños, un halcón de oro que vuela, en pleno cielo, hacia Egipto. Comprende que se trata de una manifestación de Faraón y que la rapaz podría mostrarse agresiva contra quien le traiciona. Volviendo al camino de la prudencia, permite que la estatua del dios Khonsu regrese a Tebas.

Ramsés II, gran jefe guerrero y gran constructor, fue también un padre de familia colmado. Se llegó a hablar de ciento once hijos y cincuenta y nueve hijas que conocieron, tanto unos como otras, una brillante carrera. En el templo de Uadi es-Sebua, en Nubia, pueden verse en efecto un centenar de hijos del gran rey, que estaba por aquel entonces en su cuadragésimo año de reinado. Dos de sus hijos fueron especialmente célebres: el cuarto, Khaemuaset, que fue un famoso mago, un arqueólogo apasionado por las pirámides del Imperio Antiguo y sumo sacerdote de Menfis que se encargó, por tres veces, de dirigir las ceremonias de la fiesta de regeneración de su padre; y el decimotercero, Menefta, que se convertiría en faraón.

Aunque Ramsés II tuvo que recurrir a varias concubinas para fundar su numerosísima familia, vivió sin embargo un gran amor. Pocas veces una gran esposa real se vio más colmada de honores que la reina Nefertari. Para ella se excavó la más hermo-

sa tumba del Valle de las Reinas, cuyos admirables relieves relatan con detalle la iniciación de una mujer al Conocimiento supremo; para ella se talló, en la roca nubia, el «pequeño templo» de Abu-Simbel, de tan extraños y cautivadores colores.

Ramsés II sentía una especial atracción por Nubia, donde hizo perforar nuevos pozos, abrir pistas y organizó una explotación intensiva de las minas de oro. En esta región totalmente egiptianizada construyó numerosos santuarios cuyos relieves cantan la victoria de Faraón sobre sus enemigos.

Al igual que Seti I, Ramsés II era un excelente zahorí que supo encontrar manantiales en momentos críticos, cuando su expedición a las canteras podía carecer de agua. Constructor infatigable, incitaba a sus maestros de obras a hacer que brotaran los templos. La más cumplida obra maestra fue Abu-Simbel, donde los dos principios creadores, el masculino y el femenino, son celebrados por dos edificios yuxtapuestos, cada uno de los cuales tiene su propio genio. El ofrecido a la gran esposa real se llamaba «Nefertari por quien el sol se levanta». La reina aparece en él con un largo vestido de tela plisada, aureolada de luz irreal, conducida por Isis hacia el sanctasanctórum Su silueta es de inigualable finura y elegancia. Como muestran las escenas inscritas en su tumba del Valle de las Reinas, Nefertari había sido iniciada en los misterios. Se le habían revelado los secretos del dios Thot, puesto que había recibido la paleta del escriba y los cálamos que permiten escribir los jeroglíficos, la lengua sagrada.

A lo largo de su existencia, Nefertari ejerció sobre Ramsés II una no desdeñable influencia. Siempre está presente, a su lado, durante las ceremonias oficiales. Se la ve incluso tras él en las escenas tradicionales donde, plantado en la actitud del guerrero victorioso, elimina a los enemigos de Egipto. Nefertari no fue una mujer discreta sino una brillante presencia en la que se en-

carnaban las divinidades Isis y Hathor, a las que rendía un culto especial. Protegía así a su esposo, de un modo mágico, y le insuflaba la fuerza indispensable para gobernar.

En sus templos de Abu-Simbel, custodiados por colosos masculinos y femeninos que les representaban, Ramsés II y Nefertari gozaban de una eterna juventud, rodeados de sus hijos. Tocando el sistro y ofreciendo flores a las divinidades, la gran esposa real goza del raro privilegio de tener un santuario que le pertenece en propiedad. Divinizada por Hathor e Isis, se encuentra con la «gran diosa», que creó las divinidades. Ramsés II, esposo de Egipto, encuentra en Nefertari la encarnación de la lejana diosa, del agua de vida, de la fecundidad eterna, de la propia Maat, la armonía del mundo. Nunca himno de piedra celebró de modo más grandioso una boda real elevada a la categoría de símbolo.

Es posible que al dirigirse a Abu-Simbel para inaugurar allí los dos templos, en compañía de Ramsés, la gran esposa real Nefertari realizara su último viaje en la tierra. Tras esa expedición al sur, los textos oficiales ya no la mencionan, sin duda porque murió en el propio paraje donde Ramsés había levantado un himno inmortal a su amor.

Cuando Ramsés II hablaba de amor se dirigía también a la divinidad. Su Majestad hizo largas investigaciones en la biblioteca de la Casa de Vida, estudiando los libros sagrados que le revelaron las leyes del cielo y los secretos de la tierra. Comprendió que Tebas, el ojo de Ra, era el cerro primordial donde había aparecido por primera vez la vida. Supo a lo largo de toda su vida, y lo demostró especialmente en Kadesh, que ante todo era preciso pensar en Dios y orar con corazón amante, en el secreto de la conciencia.

El amor a las potencias divinas no sería nada si no lo acompañara el amor a los hombres. Pues bien, Ramsés II fue un monarca especialmente benevolente con quienes edificaron los numerosísimos monumentos que jalonaron su reinado. Las grandes obras del Estado le parecieron la primera necesidad. Se les exigió mucho a los maestros de obras, a los talladores de piedra, a los canteros. Al faraón le gustaba visitar las obras y hablar con sus artesanos. Reconoció que nunca confesaban su fatiga y que velaban incesantemente por su trabajo, realizando su tarea sin rechistar. Ramsés no se mostró ingrato. No ahorrará beneficios espirituales y materiales. Se satisfarán todas las necesidades de los artesanos. Tendrán siempre el vientre lleno. Para ellos se llenarán de trigo los graneros. Se les proporcionará, en abundancia, pan, carne, pasteles, ungüentos, ropas, sandalias. Los pescadores les proporcionarán pescado fresco, los campesinos cultivarán sus campos para procurarles legumbres, los alfareros fabricarán jarras para mantener fresca el agua durante el verano.

De ese modo, ningún artesano pudo quejarse de su rey. Trabajar en las obras de Ramsés era un honor y una alegría.

A los ochenta y ocho años, tras sesenta y siete de reinado, el halcón Ramsés abandonó la tierra y voló hacia el cielo para reunirse con el luminoso poder del que había brotado. A través de su momia sigue manifestando, aún hoy, su amor por la vida, pues su rostro sigue siendo fascinante, anclado en el presente. Esta momia ha vivido, sin embargo, muchas vicisitudes. Tras el entierro en la tumba del Valle de los Reyes, hoy destartalada, gozó de un breve reposo. A consecuencia de los pillajes que se produjeron a comienzos del primer milenio a. J. C., la momia de Ramsés II fue sacada de la tumba y escondida en un pozo excavado junto al templo de Deir el-Bahari. El famoso escondrijo permaneció intacto hasta 1871, cuando fue descubierto por unos fe-

llahs que, durante algunos años, comerciaron con los objetos preciosos hallados en el pozo. El egiptólogo francés Maspero, intrigado por aquel tráfico de piezas auténticas, fue siguiendo el hilo y encontró el escondrijo de las momias de los más ilustres faraones, entre ellas la de Ramsés II.

Éste fue, pues, llevado al Museo de El Cairo. Pero sus viajes no habían concluido, puesto que fue trasladado a París, en 1976, para ser examinado por especialistas. La momia, en efecto, parecía muy enferma. Los médicos comprobaron que Ramsés era un anciano robusto pero que sufría arteriosclerosis y espondilartrosis. Debía de caminar con dificultad, pese a poseer un esqueleto de gran solidez. Su piel era blanca y sus cabellos de un rubio rojizo. La momia estaba llena de polen, especialmente de manzanilla, pero también se descubrió pimienta en la nariz, la garganta y el abdomen, así como una variedad de nicotiana, un vegetal muy parecido al tabaco. Lo más inquietante era la presencia de criptógamas pertenecientes a noventa y nueve especies distintas. Al atacar los tejidos momificados, estos hongos, a la larga, habrían destruido los despojos del gran Ramsés. Fue, pues, necesario cuidarle, tras haber desenrollado con extremado cuidado las vendas. La delicadísima tarea correspondió a unas manos femeninas, las de la señora Jachs. Se utilizaron rayos gamma para obtener una total esterilización. La misma especialista procedió luego a la operación de «revendado» sin aguja, ni alfileres, ni cola. Sólo se autorizó el hilo de lino.

Regenerado por la ciencia moderna, el cuerpo de Ramsés II fue colocado en un hermoso sarcófago de cedro del Líbano, que los sacerdotes utilizaron hacia 950 a. J. C. para transportar la momia. El lecho funerario elegido fue un colchón de lino de la XIX dinastía, lleno de serrín de cedro imputrescible. Los hombres del siglo XX demostraron, de ese modo, su afecto por el

gran Ramsés, «el esposo de Egipto» que, después de que un destacamento militar rindiera, en el aeropuerto, honores a sus restos de monarca de otro tiempo, volvió a tomar el avión hacia la tierra amada por los dioses.

CAPÍTULO 31
Alerta en el norte

El día de su coronación, Ramsés III (1184-1153) tuvo la sensación de estar viviendo una época bisagra de una civilización en profunda mutación. Puesto que lleva uno de los nombres de Ramsés II tiene como modelo a su glorioso antepasado. Se considera capaz de construir un Egipto igualmente poderoso, igualmente brillante. Pero los tiempos han cambiado mucho desde la desaparición del gran Ramsés. La situación interior se ha degradado claramente. Nadie fue capaz de asumir la difícil sucesión, aunque Menefta, uno de los hijos de Ramsés II, salvó lo esencial. Tras su reinado, Egipto vivió un cuarto de siglo muy turbulento, durante el cual incluso subió al trono un sirio, como consecuencia de maquinaciones palaciegas.

En 1186, Setnajt funda la XX dinastía. El nombre de este faraón, «Seth es poderoso», expresa el mayor vigor. Los hechos concretaron este programa simbólico, puesto que Setnajt consagró su corto reinado a restablecer el orden, expulsar de la corte a los agitadores y a castigar a los culpables. De acuerdo con la Regla, asoció al trono su sucesor para enseñarle el oficio de rey. De este modo, el hijo de Setnajt, el futuro Ramsés III, pudo tomar a solas el poder en un Egipto unificado y estable de nuevo.

El monarca se considera el verdadero sucesor de Ramsés II. La historia le dará la razón. Ramsés III reorganiza la Administración y relanza la economía. Las canteras son explotadas con mu-

cha intensidad. Los templos, cuya administración es clave para la prosperidad egipcia, recuperan el nivel de riqueza que habían perdido en años precedentes.

Pero Ramsés III no puede dormirse en los laureles de la recuperada prosperidad. Un peligro amenaza a Egipto: la invasión. Faraón debe hacerse cargo, especialmente, de poner en pie de guerra un ejército eficaz, capaz de encajar los grandes choques que se preparan. La casta militar se ha acostumbrado al lujo. Ramsés II se había mostrado generoso con sus soldados. Muchos disfrutaban ya de una existencia apacible en las propiedades que les había concedido el Estado como premio por sus buenos y leales servicios. Recibían regularmente raciones de carne y cereales. Hacía ya varios años que las armas permanecían enfundadas mientras sus propietarios tomaban el fresco bajo los árboles de sus jardines, en compañía de mujeres y niños. Los primeros que quiebran tan dulce tranquilidad son los libios, los enemigos hereditarios de Egipto. Empujados por jefes inconscientes, intentan invadir por las buenas Egipto y se aventuran hasta los arrabales de Menfis. Esa gran expedición, que es una pura locura, se repetirá por segunda vez durante el reinado de Ramsés III. Las tropas libias son aplastadas, sus jefes mueren o son hechos prisioneros. Será, además, el último conflicto egipcio-libio.

Empleados en las propiedades de los templos, los libios supervivientes se integraron rápidamente en la sociedad egipcia, perdiendo sus costumbres y su propia mentalidad. En la Época Baja habrá incluso faraones libios.

Para los ejércitos de Faraón, eran sólo escaramuzas comparadas con el gigantesco conflicto que se prepara. Ramsés III vuelve los ojos hacia el norte, de donde procede la alerta. Su servicio secreto le anuncia preparativos de invasión que harían temblar al más valeroso de los jefes guerreros. Nunca Egipto ha corrido tal

riesgo de desaparecer. Esta vez, Ramsés III podrá comprobar sobre el terreno si es realmente hijo espiritual de Ramsés II.

Los invasores se llaman «los pueblos del mar». Habían intentado ya atacar el delta durante el reinado de Menefta, que consiguió rechazar una primera oleada. Pero el peligro no ha desaparecido. Estos pueblos forman una formidable coalición. Son indoeuropeos (filisteos, anatolios, lidios, bereberes, griegos, shardanes, etc.) que han iniciado una gigantesca migración, devastándolo todo a su paso y trastornando de punta a cabo el Próximo Oriente antiguo.

Es una increíble oleada de población la que avanza, con los guerreros a la cabeza, seguidos por las mujeres, los niños y los carros con la impedimenta. Buscan países ricos y prósperos para instalarse y vivir mejor que en las regiones que han abandonado. Incapaz de resistir la invasión, el imperio hitita es destruido. La Siria central queda devastada. El último cerrojo antes de llegar a Egipto, Palestina, salta a su vez. Ahora ya es inevitable el enfrentamiento con los ejércitos de Faraón.

Ramsés III ha seguido día a día la invasión. Está perfectamente informado y ha podido organizar su estrategia con mucho cuidado. Sabe que sus enemigos atacarán a la vez por tierra y por mar. Conoce su armamento, que no es superior al de los egipcios. El mayor problema es su número. Tendrán que combatir uno contra cuatro o contra cinco. Conjurado el peligro libio, Ramsés III procura también no ser traicionado en el interior. Hay en el delta cierto número de extranjeros. Podrían ponerse de parte del enemigo. La policía se encarga de vigilarles.

El momento del enfrentamiento decisivo se acerca. Faraón reúne a sus oficiales. Viste su traje de guerra, comprueba personalmente el buen estado de sus caballos. Ante Ramsés se efectúa la distribución de las armas. Es un momento solemne. Todos sien-

ten su gravedad. No se trata de una trivial campaña para mantener el orden, sino de la propia salvaguarda de Egipto. Mostrar las armas es realizar un acto mágico. El brillo del metal bajo el sol hará correr el espanto entre las filas enemigas. Se reparten cascos, arcos, cotas de malla, espadas y escudos. Unos escribas anotan, como es debido, el nombre de los soldados que los reciben y establecen los bonos de salida de los arsenales.

No se pierde un instante. Ramsés III dispone sus tropas en dos lugares: en la frontera palestina donde se acumulan carros e infantería y en las bocas del Nilo, en el Delta oriental, donde se levanta una verdadera muralla de pesados bajeles de guerra. Numerosos navíos mercantes han sido requisados para reforzar este sistema defensivo que los pueblos del mar nunca han encontrado aún a su paso. Esta notable estrategia les será fatal. Los egipcios salen vencedores en ambos frentes. Sin embargo, según cuentan los textos grabados en los muros del templo de Medinet-Habu, los guerreros enemigos se agitaban por tierra y mar. Parecían estar en todas partes. Pero Amón-Ra se aproximó por detrás a quienes atacaban por tierra y les destruyó. Quienes intentaban penetrar en Egipto por las bocas del Nilo cayeron en la trampa como animales salvajes en una red. Quienes intentaron violar las fronteras de Egipto fueron aniquilados, sus corazones y sus almas destruidos. Un fuego devorador apareció ante ellos en el mar, mientras un muro de hierro les rodeó en tierra. Sus infantes fueron aniquilados, sus embarcaciones derribadas y hundidas. Los egipcios vencieron en el combate naval gracias a la táctica de la «doble cortina»: mientras los marinos de Faraón rechazaban el asalto, los arqueros disparaban contra las embarcaciones enemigas y las tropas de apoyo impedían cualquier huida. Los pueblos del mar no pudieron batirse en retirada.

Ramsés III había dirigido las operaciones a la cabeza de su ejército, como Ramsés II. Su mera presencia era ya prenda de éxito. Cuando el estruendo de las armas calló, los campos de batalla estaban sembrados de cuerpos de enemigos muertos. Les cortaron una mano para evaluar su número. Los prisioneros, con las muñecas atadas a la espalda, fueron llevados ante el rey. Los prisioneros no serán exterminados. Los filisteos se instalaron en la tierra que, por otra parte, tomará su nombre: Palestina. Los etruscos irán a Italia. Algunos shardanes se quedan en Egipto donde, tras una rápida asimilación, se convertirán en soldados del ejército de Faraón.

Ramsés III ha salvado Egipto. Tendrá que combatir tres años aún en Siria del Norte para lograr la seguridad de las Dos Tierras, pero el peligro ha desaparecido. De acuerdo con la tradición simbólica, Faraón reina de nuevo en toda la tierra. Su célebre estatua «mágica» que se conserva en el Museo de El Cairo le convierte en un protector para los viajeros que se aventuran por el desierto. León que ilumina el cielo, Ramsés es el que se protege a sí mismo y combate por su Hermano, capaz de descifrar las fórmulas mágicas grabadas en la estatua. De modo que no será atacado por ningún ser nocivo. Quien le agrediera moriría.

El texto grabado en la estatua de Ramsés III para proteger a los viajeros que recorrían las pistas del desierto fue también empleado para la protección mágica de la alcoba del faraón. ¿Acaso el sueño no es un viaje a través de espacios peligrosos?

Ramsés III el guerrero fue, como Ramsés II, un gran constructor. Dotó los templos de metales preciosos, permitiéndoles recuperar una prosperidad real. En Karnak hizo construir el admirable templo de Khonsu, considerado el modelo «clásico» del Imperio Nuevo. Heliópolis, la antigua ciudad santa, cuyo personal religioso asciende a unas cincuenta mil personas, es objeto de

toda su atención. Pero su obra maestra es Medinet-Habu, el inmenso templo tebano de la orilla oeste, el nuevo Karnak. Canta allí un himno al poder, a la victoria, a lo colosal. Ramsés III une estrechamente su función de dirigente y la de sacerdote, puesto que su palacio está en el propio templo, en el interior del recinto que separa Medinet Habu del mundo profano. Desde la ventana de su palacio, Faraón asiste a las ceremonias. Vida y Muerte son una sola cosa, reuniéndose en su Persona.

En esa «morada de alegría», de tamaño bastante pequeño, Ramsés III disfruta los escasos momentos de vida privada que le concede el protocolo. De vez en cuando recibe a hermosísimas jóvenes que por unos instantes le hacen olvidar las exigencias de su tarea. Cuando aparece en el balcón de ese palacio, lo hace para distribuir recompensas a quienes han servido bien a Egipto; la fechada, en efecto, da al primer patio del templo, donde pueden penetrar quienes han superado los primeros grados de la iniciación.

Allí, alrededor del templo de Ramsés III, en la orilla de los muertos, el agonizante Imperio Nuevo lanza sus últimos fulgores. Mientras Tebas comienza a adormecerse en el recuerdo de su esplendor, Medinet-Habu se convierte en el centro de la vida civil. Se construyen casas, se abren tiendas. Una gran animación reina en torno al misterioso edificio custodiado por su imponente pilono. Los altos funcionarios, los oficiales, los íntimos del rey, las cantantes y las bailarinas sagradas van a instalarse en los alrededores, al igual que los talleres donde trabajan artesanos de ambos sexos.

Lo que, por una simplificación lingüística y molesto atajo histórico, se denomina el «harén» de Ramsés III, no tiene relación alguna con la institución musulmana del mismo nombre. El «harén» de los antiguos egipcios es, en realidad, «el lugar del Núme-

ro». Esa designación simbólica abarca realidades muy concretas y especialmente, a saber, talleres que emplean a tejedoras iniciadas que crean y producen las vestiduras indispensables para el culto. Las mujeres del harén guardan cieno parecido con las verdaderas geishas japonesas, personas de gran cultura, refinadas, capaces de conversar sobre cualquier tema, dada su cuidadísima educación.

Pasada la alerta en el norte, Ramsés III, ya anciano, puede contemplar su acción con una sonrisa de paz. Ha llevado a cabo su oficio de rey con todo el rigor y toda la conciencia de que era capaz. Ha salvado Egipto del más grave de los peligros. Le ha devuelto la prosperidad. Ha embellecido los templos de las divinidades. Ha permitido a los sacerdotes celebrar las fiestas con toda la opulencia deseada. Ha alegrado el corazón de sus súbditos. Nadie ha tenido hambre, nadie ha sufrido sed, todos poseen la ropa conveniente. Se han organizado numerosas expediciones marítimas y comerciales para que Egipto no carezca de nada. Ramsés III ha arrancado a los hombres de la miseria. Ha protegido al débil del opresor. La tierra ha conocido la felicidad.

Egipto parece uno de esos jardines que tanto gustan a Faraón. Ha hecho fructificar sus árboles y sus plantas, de modo que es posible sentarse, feliz y apacible, bajo su refrescante sombra. El heredero espiritual de Ramsés II ha dispuesto inmensos jardines alrededor de los templos, ha plantado gran cantidad de olivos y viñedos. Le gustaba que los caminos estuvieran flanqueados de flores, pasear por los vergeles, contemplar los lagos sagrados. Veló personalmente porque los equipos de jardineros realizaran con celo su función.[53]

CAPÍTULO 32
Tanis la salvaje

Extraño paraje, en verdad, la inmensa Tanis del Delta. Tanis-las-piedras, Tanis-el-viento, Tanis-la-salvaje… los calificativos nada tienen de alegre. Para quien está acostumbrado al encanto de Asuán, al esplendor luminoso de Luxor o a la majestad de Saqqarah, ver Tanis se parece mucho a una decepción. El cercano pueblo de San el-Hagar no tiene atractivo particular alguno. Junto a él se encuentra el «tell» de Tanis, una vasta extensión de 3,5 km por 1,5 km, a 35 m aproximadamente sobre el nivel del mar. A primera vista, allí sólo hay una llanura barrida por el viento, donde los inviernos son duros, fríos y húmedos a la vez.

Una sobrecogedora magia emana, sin embargo, de esa estepa árida plantada en el corazón del verdeante Delta. Caminando por el paraje se advierte, progresivamente, que se ha entrado en un área sagrada. Poco a poco, la memoria recupera sus derechos y se remonta en el tiempo. Aquí se edificó una de las más suntuosas ciudades de Egipto, elevada al rango de capital por las XXI y XXII dinastías (1070 a 722 a. J. C.). Ciertamente, se trata ya del Egipto crepuscular. Se ha entrado en lo que se ha dado en llamar la Baja época, tras el oscuro fin del largo linaje de los ramésidas. Los nombres de los faraones son poco conocidos. Los Smendes, Psusennes, Sheshonk, Osorkon carecen de la gloria de sus antecesores del Imperio Nuevo. Sin embargo, Egipto vive todavía grandes horas, magnificadas por la verdeante Tanis.

El paraje es antiguo. Allí existía ya una ciudad de cierta importancia en el Imperio Antiguo. Las construcciones de la Baja época reutilizaron, por otra parte, bloques de este período procedentes de Guiza, Abusir, Gurob o Hawara. Pero el misterio permanece. ¿Es Tanis una «invención» arquitectónica de los faraones de la Baja época o fue elevada al rango de gran ciudad por los arquitectos de Ramsés II? Los primeros excavadores quedaron atónitos ante la abundancia de edificios ramésidas en Tanis. Columnatas, templos, obeliscos, esfinges, estatuas… El paraje parecía una reserva, casi inagotable, de obras de arte de la época. Se sabía que a Ramsés II le gustaba tanto el delta como Nubia, y se creyó encontrar ahí una de las numerosas pruebas de su intensa actividad como maestro de obras.

Lugar de residencia real, provisto de un gran templo, Tanis ocupaba también una posición estratégica especialmente interesante. Era, a la vez, un puesto de observación de la cercana Asia y una base de partida ideal para los ejércitos de Faraón. Se comprendía a las mil maravillas por qué Ramsés II lo convirtió en uno de sus lugares de descanso preferidos.

Lamentablemente, arqueólogos puntillosos y escépticos pusieron en cuestión esa reconstrucción histórica, aparentemente tan satisfactoria. Los verdaderos creadores de Tanis, dijeron, fueron los faraones de las dinastías XXI y XXII, llamados con razón «tanitas». Aquellos reyes fueron hábiles recuperadores que elegían, aquí y allá, materiales ramésidas para volver a emplearlos en su nueva capital. Las piedras datan de Ramsés II, es verdad, pero proceden de parajes distintos, especialmente de la célebre Pi-Ramsés, «la ciudad de Ramsés», y conocieron en Tanis una nueva juventud. Ésta se convirtió entonces en un verdadero receptáculo hacia el que convergían las potencias divinas. La política de los reyes «tanitas» fue realmente ambiciosa: convertir

Tanis en un nuevo Karnak mediante la construcción, sobre todo, de un inmenso templo a la gloria de Amón.

Ramsés II, sin embargo, sigue estando muy presente en Tanis. Se muestra, incluso, invasor, no dejando lugar a los demás, pues sus monumentos son numerosos y espectaculares. Aunque fuera introducido en el «nuevo Karnak» en la Baja época, el gran monarca seguía desempeñando un papel mágico tan importante que le cedieron el primer lugar.

Los reyes «tanitas» no tuvieron una vida fácil. Mientras que su dinastía reinaba en el norte de Egipto, una dinastía competidora, llamada «tebana», ejercía su soberanía en el sur. Las Dos Tierras estaban separadas de nuevo, y eso debilitaba peligrosamente a Egipto. Esta dislocación del poder no impidió a Tanis convertirse en una ciudad magnífica, que el egiptólogo alemán Kees califica de «Venecia egipcia». Esa ciudad estratégica, en efecto, fue construida con mucho arte. Se alababan sus canales, sus lagos de recreo, sus sombreados jardines. Gozando de un puerto fluvial que aseguraba los intercambios comerciales, la ciudad poseía grandes mansiones pertenecientes a una rica aristocracia. En pleno nudo de comunicaciones, Tanis estaba abierta al Mediterráneo, al mar Rojo, a las pistas y a las rutas procedentes de Siria. Los numerosos estanques creaban un microclima muy agradable. La ciudad estaba rodeada de praderas cultivadas y viñas que producían un vino de gran calidad.

El todo-Tanis acudía a las vastas mansiones adornadas con flores donde se celebraban banquetes hasta muy avanzada la noche, escuchando las orquestas formadas por tres mujeres muy ligeras de ropa, desnudas incluso, mientras los artistas, con severo canto, recordaban la omnipresencia de los dioses que podían, en cualquier momento, llamar al más allá las almas de los seres. Por las calles se veía una abigarrada muchedumbre: egipcios, asiáti-

cos, libios, negros y, sobre todo, muchos soldados. Los desfiles de arqueros eran frecuentes, los aurigas se entrenaban en terrenos apropiados. Tanis era protegida por una muralla fortificada. Los ataques de los pueblos del mar no habían desaparecido de las memorias. Los riesgos de invasión seguían siendo muy reales. Por eso se había edificado un gran recinto de ladrillos (430 m x 370 m), los muros tenían unos diez metros de altura y quince metros de grosor. Entre los lugares principales de la ciudad, era especialmente famosa la plaza de armas. La población asistía allí a exhibiciones del ejército que, de ese modo, demostraban su capacidad para defender al país y tranquilizaba a los ciudadanos. Los reyes de Tanis, que se benefician de los recursos económicos del Bajo y del Medio Egipto, son ricos. Aunque utilizan muy ampliamente el procedimiento consistente en emplear de nuevo piedras pertenecientes a edificios anteriores, consiguieron sin embargo llevar a cabo un impresionante programa de construcción. Sin duda hay que citar en primer lugar, sus propias rumbas, que fueron descubiertas por el egiptólogo francés Pierre Montet. Y esas tumbas, hay que subrayarlo, estaban intactas. Se penetró en ellas por primera vez, desde el sepultamiento de los reyes tanitas. El acontecimiento era tan «sensacional» como la apertura de la tumba de Tutankamón y debería haber proporcionado a Tanis una celebridad tan grande como la de la minúscula sepultura del Valle de los Reyes. Pero los dioses no lo decidieron así. Tutankamón estaba destinado a la más inmensa gloria póstuma, mientras que Tanis la salvaje permanecía replegada sobre sí misma, lejos de los ruidos del mundo exterior. Sin embargo, había allí un mobiliario fúnebre de extraordinaria riqueza, ataúdes de plata, máscaras de oro, joyas… que sólo los especialistas apreciaron en su justo valor.

Extraña ciudad, en verdad, esa Tanis que no fue construida por Ramsés II y que canta su gloria, esa capital en la que se en-

cuentran tumbas reales y no tumbas de «particulares». ¿Fue una ciudad-laboratorio donde sólo debía ser magnificada la función faraónica? ¿O una ciudad-frontera que no se parecía a ninguna otra? ¿O una ciudad del poderío de Seth, dios de la tempestad, señor del cielo, gran garante de la fuerza de los ejércitos egipcios?

Tanis fue una ciudad de templos. Al oeste, el de Amón. Al sur, el de Seth. Al este, el de la asiática Astarté. En el centro, una fortaleza sagrada que alcanzaba el horizonte del cielo. El templo de Amón-Ra, provisto de una decena de obeliscos, era el más vasto. En sus grandes patios se había instalado un impresionante número de estatuas antiguas, como si las obras maestras de un pasado glorioso encontraran allí un refugio privilegiado. Dioses egipcios y dioses asiáticos se encontraban en Tanis sin confundirse; a cada cual su campo, su esfera de acción, sus ritos. Tanis quería ser también una prefiguración del porvenir, profetizando un Próximo Oriente cuyas formas religiosas iban, inevitablemente, a transformarse. Más valía proponer una fórmula para vivir en buena armonía, complementándose en vez de enfrentarse.

Tanis la salvaje no oculta su atracción por la magia de Estado, como demuestra el descubrimiento de un extraño horno en el que se quemaban figuras de cera que representaban los enemigos de Egipto. Este ritual, llevado a cabo por Faraón o por sus representantes, se remonta a las más altas épocas. Evita derramar sangre y perderse en guerras, paralizando de antemano el espíritu de los adversarios. Destruida su eficacia mágica y purificada por el fuego, ya no podían perjudicar.

Sería agradable hablar largo y tendido de los mil y un hallazgos arqueológicos que Tanis ha ofrecido. Pero también en ese campo la ciudad resulta de muy difícil acceso.

Pocas veces unas excavaciones fueron dirigidas de modo tan extraño. Al desenterrar el gran eje del templo de Amón, por ejemplo, se acumularon montones de cascotes que cubrieron partes… ¡todavía por excavar! ¿No se habla, acaso, de estatuas salidas de la tierra y perdidas de nuevo? ¿Serán los vientos que soplan sobre la ciudad portadores de espíritus burlones que perturban la explotación de los descubrimientos?

Un modesto objeto merece una atención particular. Se trata de un aguamanil de oro con el nombre del faraón Ahmosis, procedente de la tumba de Psusennes y que se conserva en el Museo de El Cairo. Este faraón, que reinó de 1552 a 1527, fue el fundador de la XVIII dinastía y del Imperio Nuevo. Los testimonios materiales que datan de su época son escasos. El texto del hermoso recipiente de oro califica a Ahmosis, vencedor de los hicsos y liberador de Egipto, de «amado por Osiris, señor de Abydos». Al consagrar el objeto ritual se concedía al hijo de la luz, el faraón, una vida en la eternidad. Según una inscripción del templo de Karnak, estos recipientes eran parecidos «a las estrellas bajo el vientre de la diosa Nut». Contenían una energía celestial, renovada sin cesar, que permitía al espíritu del rey resucitado beber de la fuente cósmica de la vida. Con esa presencia discreta pero simbólicamente esencial, el fundador del Imperio Nuevo confería a Tanis sus cartas de nobleza. Presente junto a sus lejanos sucesores, les hacía compartir su eternidad y su gloria.

¿Por qué sólo queda, de esa vasta y brillante ciudad, un paraje devastado, poco acogedor, azotado por los vientos? ¿Cuándo y por qué fue abandonada? Se evoca la decadencia de Egipto, el abandono de una política asiática que produjo la inutilidad de semejante posición estratégica. Se habla también de terremotos, inundaciones, pillajes, robos. Todo parece perderse y esfumarse, en Tanis. Sabemos, por ejemplo, que un célebre documento his-

tórico, conocido con el nombre de *Estela del año 400*, fue descubierto por Mariette en 1863, vuelto a enterrar luego, perdido y buscado otra vez, sin éxito, hasta el nuevo «descubrimiento» en… ¡1933!

Tanis la salvaje sigue perdida en las brumas de la historia. Su aventura está por escribir, sus misterios no se han aclarado todavía. El velo de incertidumbre que la cubre no ha sido levantado. Paisaje devastado, paraíso oculto, Tanis sigue siendo, sin embargo, testigo de horas de luz y de poderío en las que Egipto era todavía el elegido de los dioses.

CAPÍTULO 33
Piankhy, el salvador llegado de Nubia[54]

A mediados del siglo VIII a. J. C., Piankhy es un apacible reyezuelo sudanés que acaba de subir al trono de Napata, junto a la cuarta catarata del Nilo, lejos, muy lejos de Egipto. Es lo que los antiguos llaman un «etíope», es decir un hombre de rostro curtido por el sol, perteneciente a una raza de proverbial longevidad, que se debe a una fuente milagrosa, y de grandes virtudes morales y religiosas. Cierto es que el pequeño reino de Piankhy tiene como centro sagrado un templo del dios Amón, construido al pie de la montaña santa, el Gebel Barkal. El etíope venera, por lo demás, con gran fervor a las divinidades egipcias. Entre los antepasados del soberano sudanés hay ilustres egipcios; ¿no es su hermana una de las «divinas adoratrices» de Amón, que ocupan un rango elevado en la jerarquía religiosa de Tebas?

Piankhy no es un hombre feliz. Ciertamente ama su reino y a su pueblo. Le produce un auténtico placer vivir en esta tierra inundada de sol, lejos de los trastornos y agitaciones del mundo. Pero la situación de Egipto le desespera. ¿Qué se ha hecho de ese inmenso imperio? La gloria del Imperio Nuevo parece desaparecida para siempre. Ya no hay autoridad suprema. En el Delta, el poder está fragmentado en pequeños principados que no superan los límites de su egoísmo local. Las ciudades están en manos de religiosos descarriados o de militares que se limitan a asegurar un orden relativo. Cada provincia tiende a convertirse en un pequeño Estado. Ya no hay faraón. Egipto carece de gobierno.

¿Y qué es él, Piankhy, salvo un rey-sacerdote a imagen de Faraón? Su reino es pequeño, pero coherente, su economía saneada, su ejército está entrenado y es eficaz. Allí se respeta la antigua religión. Además, los sacerdotes tebanos, cansados de las maniobras de sus colegas, fundaron el reino para regresar a la pureza de los orígenes. El templo de Amón fue construido en el estilo más clásico y las inscripciones jeroglíficas y las escenas que se ven en los muros están inspiradas en los rituales más tradicionales. En pleno Sudán ha nacido un Egipto más ortodoxo que el dividido Egipto de la XXIV dinastía.

En 730, tras unos veinte años de reinado, Piankhy el etíope considera que esa intolerable situación ya ha durado bastante. Es más de lo que su corazón de ferviente «egipcio» puede soportar. El rey reúne a sus grandes dignatarios y les dirige un discurso: él es un faraón, un símbolo de lo divino, una imagen viva del Creador, Atum, provisto de poder desde su nacimiento. La declaración es clara: Piankhy ha decidido restablecer el orden en Egipto. Pero su servicio de información le comunica que un príncipe del delta, un tal Tefnajt, acaba de tener la misma idea, con un importante matiz: mientras Piankhy desea actuar por el bien de Egipto, Tefnajt sólo busca su beneficio personal. ¿Qué ha hecho Tefnajt? Ha impresionado, con su vigor, a los débiles jefes de las provincias del delta y les ha federado bajo su estandarte. Ha conseguido levantar un ejército lo bastante impresionante para poder aventurarse por el Medio Egipto y hacer que le reconozcan como soberano varias ciudades importantes. Para gran sorpresa de sus consejeros, Piankhy permanece perfectamente sereno. Sonríe. Está incluso alegre. Y sin embargo, las noticias no son buenas. La ciudad de Herakleóplis está sitiada por las tropas de Tefnajt. Es evidente que el ambicioso príncipe intentará conquistar todo Egipto. Nadie se atreve a resistirse.

Piankhy tiene el ánimo tan tranquilo porque ha decidido su estrategia hace mucho tiempo. Sus tropas han penetrado ya en el Alto Egipto, al mando de sus más fieles lugartenientes. Hasta ahora se limitaban a desempeñar un papel de observador. La situación exige una intervención más directa. De Napata salen mensajeros llevando las órdenes de Piankhy: combatir a los hombres de Tefnajt, hacerlos prisioneros, capturar sus rebaños, tomar sus armas y embarcaciones, poner a cubierto a los campesinos durante la batalla. Los puestos avanzados de los etíopes reciben la ayuda de un ejército de apoyo cuya estrategia variará con las circunstancias: unas veces cuerpo a cuerpo, otras combate a distancia. Sobre todo, evaluar bien las fuerzas del adversario, el número de sus infantes y sus carros y no lanzarse a ciegas.

El conflicto que se inicia no es sólo militar. Es de orden sagrado y teológico. Tefnajt sólo es un político, un arribista, Piankhy es el faraón designado por Amón. Sólo él ha sido investido por Dios para reinar sobre Egipto. ¿Acaso los aliados favoritos de Tefnajt no son los libios, enemigos tradicionales de los egipcios, aunque muchos de ellos se hayan integrado en la sociedad egipcia? Piankhy se siente muy descontento con los altos dignatarios, los gobernadores de las provincias y los militares que se han unido a la causa del usurpador, olvidando que Egipto no era un país como los demás y que era preciso acatar la voluntad divina en vez de conspirar.

Es Piankhy, el rey-sacerdote, quien da instrucciones a su ejército y no un jefe de guerra. Cuando los soldados lleguen a Tebas, ante el templo de Karnak, deben pensar primero en cumplir sus deberes rituales, más importantes que todo lo demás: purificarse lavándose en el Nilo e imitando, así, el gesto de los sacerdotes en el lago sagrado, vestirse de lino, deponer las armas y orar a Dios. Sólo él concede la victoria y la fuerza. Quien se

considerara un combatiente excepcional, que puede prescindir de la ayuda de Dios, pronto vería derribada su soberbia y perecería en el primer combate. Sólo Amón transforma en guerrero valeroso al hombre débil. Recuérdese a Ramsés II, quien, habitado por Amón, puso en fuga a miles de adversarios.

Será necesaria otra purificación. Los jefes del ejército tendrán que verter sobre su cuerpo el agua sagrada procedente del interior del templo. «Ábrenos la ruta —le pedirán a Amón— para que combatamos a la sombra de tu brazo». El brazo vencedor no es el del hombre sino el de Dios.

El ejército de Piankhy llega a Tebas sin tener el menor problema, asciende luego hacia el norte. Naturalmente, toma la «autopista» egipcia, es decir el Nilo. Las tropas de Tefnajt, por su parte, descienden hacia el sur. El choque se hace inevitable. El resultado de la batalla, rápido. La victoria del ejército de Piankhy es abrumadora.

Eso le permite recuperar cierto número de embarcaciones tomadas al enemigo y proseguir la cruzada hacia el norte, hasta Herakleóplis. Se libra allí un importante combate en el que Tefnajt parece haber comprometido la mayor parte de sus tropas. Se combate al mismo tiempo en tierra y por el río. El ejército nubio obtiene una nueva y amplia victoria. Un príncipe, aliado de Tefnajt, se refugia en la ciudad santa del dios Thot, Hermópolis, donde espera poder resistir a las tropas de Piankhy. Estas ponen inmediatamente sitio a la ciudad, rodeándola por los cuatro lados.

Se envía un informe a Piankhy, el amado por Amón que, lejos de mostrarse satisfecho con los resultados obtenidos, estalla en una violenta cólera: ¿por qué no ha seguido avanzando su ejército? ¿Por qué se detiene así, por el camino, dejando que los enemigos huyan y reconstruyan sus fuerzas? ¿Por qué no ha com-

prendido que Tefnajt ha llevado a cabo una retirada estratégica, con el fin de prepararse para nuevos combates?

Puesto que sus generales se muestran incapaces de terminar esta guerra, Piankhy se encarga personalmente de ella. Abandona la buena ciudad de Napata, sube por el río con el fin de aniquilar el peligro que Tefnajt representa. Pero, cuando llega a Tebas, se produce un acontecimiento mucho más importante que cualquier acción guerrera: la fiesta de Opet, en la que aparece Amón.[55] Piankhy sabe que su victoria depende de Dios y sólo de Dios. Si dejara de cumplir sus deberes sagrados se traicionaría a sí mismo y se condenaría a la derrota.

Piankhy era un hombre impresionante, de autoridad natural. Sus soldados le temían tanto como le amaban. Los generales toman conciencia de la falta estratégica que han cometido. Al saber que el propio rey se pondrá a la cabeza de sus tropas se sienten avergonzados y temen las medidas que podría tomar contra ellos. Para apaciguar su legítima irritación rebosan ardor y se apoderan, una tras otra, de varias plazas fuertes fieles a Tefnajt. Esas hazañas no bastan para apagar la cólera de Piankhy. Queda el «plato fuerte»: la propia Hermópolis, cuyo asedio sigue revelándose ineficaz.

Cuando Piankhy apostrofa a sus generales se muestra furioso como una pantera. ¿Por qué dura tanto esta guerra? ¿Por qué esperar? Ahora es preciso golpear, rápido y fuerte. El etíope establece su campamento al oeste de Hermópolis e intensifica el asedio. Se construyen terraplenes. Se levantan torres de madera desde donde los arqueros pueden disparar contra los soldados que custodian las almenas.

Hermópolis cede. Salen de la ciudad unos emisarios que ofrecen a Piankhy oro, piedras preciosas, magníficas vestiduras y la corona del príncipe rebelde. Su esposa y su hija se prosternan an-

te la esposa y las hijas de Piankhy para implorar su perdón. Finalmente, el propio príncipe se inclina ante Faraón, reconoce sus errores, ofrece nuevos regalos, promete que pagará regularmente tributo a su nuevo dueño.

Piankhy se muestra magnánimo. Tiene prisa por entrar en la ciudad santa del dios Thot. Mientras se dirige hacia el templo, soldados y población le aclaman, a él, el Horus, el hijo de Ra, que ha ordenado preparar una fiesta y un gran banquete en honor de Thot. Tras haberse entrevistado en secreto con el dios, Piankhy visita el palacio del príncipe vencido, donde sus mujeres y sus hijas rivalizan para ganarse su gracia. Pero Faraón las desdeña, considerando despreciable su actitud. Prefiere dirigirse a los establos donde descubre un espectáculo indignante: ¡jóvenes potros que mueren de hambre! El corazón de Su Majestad se llena de indignación. Convoca al príncipe. Ver a esos animales hambrientos, le dice, es la más evidente prueba de su crueldad. Quien no respeta a los animales, tampoco respeta a los hombres.

«Los tuyos tienen razón al temerte», le dice Piankhy a ese príncipe, al que considera demasiado cruel. Cruel e inconsciente, puesto que no ha comprendido que su vencedor era protegido por Dios y que resultaba estúpido intentar resistir. Por un instante, Piankhy se pregunta si debe condenar a muerte al hombre sin corazón que está ante él. Pero prefiere mostrarse magnánimo y se limita a repartir sus bienes entre el templo de Karnak y las arcas reales.

La brillante victoria de Piankhy hace reflexionar a los aliados de su adversario, Tefnajt. Algunos comprenden que más vale someterse antes de atraer el rayo del etíope. El príncipe de Herakleóplis se dirige pues a él, sumiso, llevando numerosos regalos de oro, plata y piedras preciosas. En la persona de Piankhy venera a un auténtico faraón; cuando estaba sumido en las tinieblas, el

nuevo dueño de Egipto le ha devuelto su luz. Sin duda alguna, Piankhy es el Horus de la región de luz que domina las estrellas.

No todos los pequeños potentados locales son tan prudentes. Al proseguir su camino hacia el norte, Piankhy encuentra fortalezas llenas de hombres armados y decididos a no ceder. Antes de organizar el asalto, les avisa; son sólo muertos-vivientes. No aguantarán por mucho tiempo el asedio y lamentarán haber adoptado tan insensata actitud. A menudo, estas fuertes palabras surten efecto. Las puertas de las fortalezas se abren. Se reconoce la soberanía de Piankhy, pues le cubre la sombra de Dios. Se le someten ciudades enteras, y eso permite al etíope entrar en ellas sin haber derramado una sola gota de sangre.

Pero Piankhy, como buen estratega y perfecto conocedor de la realidad egipcia, sabe que su éxito será sólo muy parcial mientras no reine sobre la más importante ciudad de Egipto: Menfis.

Llegado al pie de sus impresionantes murallas, el conquistador dirige a los menfitas su habitual discurso: que se rindan y salvarán la vida. Que no corran el riesgo de combatir y morir por una causa injusta. Si Menfis se somete, ni uno solo de sus hijos morirá. Piankhy promete ofrecer presentes a los dioses más importantes de la ciudad, Ptah y Sokaris.

Esta vez, las palabras del faraón no bastan para convencer a los sediciosos. Los menfitas se sienten invulnerables, refugiados tras sus poderosas fortificaciones. En vez de rendirse, intentan incluso una salida con un improvisado ejército, compuesto de artesanos y marineros. Durante la noche reciben un excepcional refuerzo: Tefnajt en persona entra con sus fieles en Menfis. Está ahora a la cabeza de un ejército de ocho mil hombres, entre los cuales están los mejores soldados del Bajo Egipto. Sabrán rechazar a cualquier asaltante. ¿Los víveres? No hay problema. Los almacenes están atestados de alimentos. ¿Las armas? Menfis alber-

ga el mayor arsenal del país. Después de haber organizado la resistencia, Tefnajt anuncia que abandona la ciudad para reunir bajo su autoridad todos los príncipes del delta. Dentro de unos días regresará con un ejército de liberación.

Piankhy reflexiona. Sabe que el sitio de Menfis será largo y difícil, tan penoso para sus tropas como para los menfitas. Busca una solución que le permita conquistar la gran ciudad perdiendo el mínimo de vidas humanas. La encuentra observando la naturaleza. El Nilo está en período de aguas altas. Por el lado norte, su nivel se ha elevado hasta las murallas. Piankhy tiene una idea genial. Ordena a sus soldados que se apoderen del puerto de Menfis y de los numerosos bajeles amarrados con cabos fijos a los muros de las casas. Hace que se amontonen todas las embarcaciones contra las murallas, construyendo así una especie de gigantesca escalera que permite atacar directamente al adversario y penetrar en el interior de la ciudad. Subyugados por su astucia, los menfitas no ofrecen demasiada resistencia.

Allí, como en todas partes, Piankhy piensa primero en el templo. El de Ptah es uno de los mayores de Egipto. Faraón rinde solemne homenaje al dios de los maestros de obras, haciéndole suntuosas ofrendas de alimentos. Se dirige luego al palacio real desde donde, antes que él, tantos faraones han gobernado Egipto.

A la mañana siguiente, al amanecer, Piankhy sale de Menfis. No para lanzarse en persecución de Tefnajt sino para dirigirse a una pequeña localidad donde se venera a Atum, el Creador, y a la Enéada, la cofradía de nueve dioses que organizan el universo. Desde allí llega a la más famosa de las ciudades santas, la antigua Heliópolis donde tomó cuerpo la aventura espiritual del antiguo Egipto.

Para el etíope, esa peregrinación reviste una excepcional importancia. Le permite llegar a las fuentes de la tradición que venera. Se somete por ello a los ritos inmemoriales: purificación en el lago sagrado, rejuvenecimiento del rostro por la energía del Nun, marcha ritual hacia el cerro primordial donde apareció por primera vez la luz, banquete en el que se sirven alimentos que mezclan las más sutiles esencias. El faraón es recibido con aclamaciones en el templo de Ra, siendo éstas la expresión del «voto» de los sacerdotes que reconocen como tal a su soberano. Faraón penetra solo en el naos donde se encuentra cara a cara con Ra, la luz divina que abrasa los ojos profanos y regenera el verdadero ser del faraón. Es el punto culminante del viaje sagrado del conquistador etíope que contempla los más profundos misterios de la religión faraónica.

Piankhy instala su campamento principal al oeste de la ciudad de Athribis. Allí acuden los príncipes del Bajo Egipto para prosternarse ante él y proclamarse sus vasallos. Le abren sus tesoros, pagarán tributo y, sobre todo, le ofrecerán los más hermosos de sus caballos de raza, puesto que conocen el especial afecto que Faraón siente por esos animales.

Ya sólo queda un enemigo: Tefnajt.

Tras la caída de Menfis, éste ha intentado en vano organizar una última coalición contra Piankhy. Ahora está solo. Todos sus aliados de un día le han abandonado. Ya sólo le queda enviar un mensaje a Piankhy. Reconoce que le teme y que debe inclinarse ante él. Innegablemente, el etíope se ha convertido en el verdadero faraón, un «toro de valeroso brazo» al que nadie puede resistirse. Tefnajt confiesa que ha huido, temiendo un castigo proporcional a su falta. Sí, es un miserable, un sedicioso, un criminal. ¿Pero no debe Piankhy mostrarse generoso? ¿No es él, un gran rey, capaz de perdonar? ¡Qué se digne no arrancar el árbol

hasta la raíz! Que sepa que Tefnajt no tiene ya dónde refugiarse, que conoce el hambre y la sed, que sufre la soledad, que su ropa está hecha jirones. Hoy es sólo un pobre diablo, incapaz de hacer nada contra su vencedor. Ya sólo aspira a la serenidad tras haber expiado sus faltas.

Tefnajt ofrece a Piankhy lo que le queda: su oro, sus piedras preciosas e, incluso, el más hermoso de sus caballos. Prudente, no quiere comparecer sin haber recibido antes un mensaje de Faraón. En cuanto reciba buenas noticias, acudirá al templo para prestar juramento de vasallaje.

Piankhy acepta las condiciones del vencido. Tefnajt cumple al pie de la letra su palabra. Jura ante los dioses que no transgredirá las órdenes del dueño de Egipto, que no volverá a cometer acciones condenables. El gran corazón de Piankhy se alegra ante tan buenas disposiciones. Sin embargo, la alegría del faraón está a punto de verse alterada por un incidente que se produce en una de las audiencias que concede a altos dignatarios. Dos de ellos, violando las prescripciones sagradas, no están circuncidados y comen pescado. Piankhy, muy puntilloso en cuestiones de orden ritual, se niega a recibirles. Es necesario que todos los egipcios acepten las exigencias reveladas por los dioses.

El salvador llegado de Nubia es dueño de todo Egipto. Las Dos Tierras están de nuevo reunidas bajo una sola y misma autoridad. Todos piensan que el nuevo faraón, tras vivir tan gloriosas horas, va a instalarse en Menfis y Tebas y gobernar con la sabiduría de la que ha dado pruebas.

Pero no es ésta la intención de Piankhy. Cumplida su misión, sólo piensa en regresar a su país, a su lejano Sudán, para reinar sobre el pequeño territorio donde es feliz en compañía de sus íntimos. A lo largo del viaje de regreso es aclamado por las poblaciones reunidas en las riberas. Pero el hombre de rostro de ébano

no oye los gritos de alegría. Su espíritu ha regresado ya al paraíso del sur donde podrá seguir sirviendo y honrando a los dioses que han dirigido sus pasos.

CAPÍTULO 34
La dinastía saíta y el retomo a las fuentes

XXVI dinastía, llamada «saíta», de 664 a 525 a. J. C., siete faraones, dos Neco, tres Psamético, Apries, Amasis: he aquí una letanía muy austera para caracterizar aquellos ciento treinta y nueve años durante los cuales el Egipto crepuscular conoció algunos magníficos fulgores, viviendo horas de recuerdo y de esperanza en las que merodean, mágicas, las sombras de un pasado prestigioso.

¿Por qué «saíta»? Porque la dinastía parece ser originaria de una vieja ciudad religiosa del delta, Sais, que sería honrada en la literatura romántica alemana. Había allí una misteriosa diosa cuyo velo nadie podía levantar. Ser saíta es, en primer lugar, liberarse del yugo del opresor y aspirar a recuperar la soberanía de Egipto. En efecto, en 671 los asirios invadieron las Dos Tierras y llegaron incluso a saquear Tebas. Egipto parecía exangüe, sin aliento e incapaz de expulsar al invasor de su suelo. Pero cada egipcio, en lo más profundo de su corazón, aguardaba una intervención divina que inspirara a un libertador. Éste fue el caso, especialmente, de un príncipe del Delta, un tal Psamético, que sólo soñaba en expulsar al asirio. Formaba parte de una cofradía de doce reyezuelos que se habían jurado mantener su amistad, sin que ninguno de ellos intentara poseer más que su hermano. Debían, en especial, desconfiar de una predicción que corría por la calle: quien hiciera una libación en el templo de Ptah utilizando una copa de bronce se convertiría en rey de Egipto, posición que

ninguno de los doce deseaba ocupar en aquellos turbulentos tiempos.

El destino, cierto día, llevó a los doce amigos hasta el templo de Ptah. Hacen allí libaciones. Al ofrecerles las copas, el sacerdote se equivoca: sólo hay once. Psamético tiene un bondadoso reflejo; se quita el casco de bronce y lo utiliza como recipiente. ¡La predicción se ha cumplido! Sus once amigos se sienten desolados. Le obligan a exiliarse a las marismas del Delta. Allí, perdido y desamparado, no comprende por qué le aflige suerte tan adversa. Pero la voluntad de los dioses va a cumplirse: la predicción precisaba que la hora de Psamético llegaría cuando se le aparecieran hombres de bronce. Se trata de mercenarios jónicos y carios que llevan, efectivamente, una coraza de bronce y se enrolan en el ejército de Psamético para liberar a Egipto. Tras haber unificado el delta, el nuevo faraón consigue reconquistar todo Egipto. Funda la XXVI dinastía.

Psamético I, hábil estratega y soldado valeroso, aprovechó los disturbios internos que sacudieron al ocupante asirio cuando murió Asurbanipal. En plena ebullición, Asia contempla la decadencia del reino de Nínive y la afirmación del poder babilónico. En cincuenta y cuatro años de reinado, el sorprendente Psamético levanta Egipto, lo arranca de las garras del ocupante y le devuelve el gusto por la vida.

Ser saíta es querer recuperar, conscientemente, grandeza y prosperidad, aunque no sean comparables a las del Imperio Nuevo. La población urbana aumenta. La administración de los bienes «funciona» correctamente. El Estado desempeña de nuevo su papel de regulador y distribuidor de riquezas. El nivel de vida es bastante alto. Todos los egipcios pueden saciar su hambre. La agricultura conoce períodos excelentes, pues las crecidas del Nilo permiten abundantes cosechas. En el delta se inician, de nue-

vo, grandes obras. Se restauran algunos templos. Faraón obliga a ciertos particulares, que se habían enriquecido en exceso a expensas de la comunidad egipcia, a devolver tierras a los templos. Cada cual elegirá el santuario preferido. Al limitar las fortunas individuales, el rey efectúa un claro regreso a la economía tradicional de las Dos Tierras. Se rodea, por lo demás, de un consejo de sabios y una Administración que sigue el modelo de la del Imperio Antiguo. Junto a Faraón se encuentran unos «jefes de los secretos» que forman una jerarquía basada en la competencia y no en la herencia. Existe, en especial, un «jefe de los barcos» especialmente encargado de organizar la navegación por el Nilo y la seguridad fluvial, esenciales para la prosperidad económica. Faraón no vacila en depurar su policía, excluyendo los elementos turbulentos que habían olvidado su papel de servidores del pueblo. Algunos sacerdotes de pocos escrúpulos son detenidos y encarcelados, al igual que los jueces que no respetaban ya la Regla de Maat, la justicia celestial. Para ayudar a campesinos y artistas a mostrarse más activos, Faraón suprime algunas tasas consideradas excesivas.

Ser saíta es intentar vincularse a la más antigua tradición, recuperar el aliento de los orígenes, el sereno poder del Imperio Antiguo. Naturalmente, las raíces de esta dinastía «saíta» son sin duda sudanesas; naturalmente, Faraón debe pactar con el poder religioso de las «divinas adoratrices» tebanas, una de las cuales es hija de rey nubio; naturalmente, hay que tener en cuenta la penetración de los cultos extranjeros en Egipto… Ahora bien, una poderosa emoción impulsa el alma saíta hacia la espiritualidad de la época de las pirámides. Casi dos mil años más tarde, por otra parte, se rinden de nuevo honores a los antiquísimos *Textos de las Pirámides* grabados en tumbas donde los artesanos recuperan el repertorio de las mastabas del Imperio Antiguo. Las esculturas atestiguan un deseo de arcaísmo que cae, a veces, en la frialdad o

en lo convencional. Pero puede percibirse la exigencia de pureza, de desnudez, que impulsa el alma saíta a intentar una formidable purificación, a abolir el tiempo. La elección de la ciudad de Sais, de la que hoy no subsiste nada, es significativa. Esa ciudad santa, que nunca fue una importante aglomeración, es la de Neith, una de las más antiguas divinidades egipcias. Soberana del tejido, creó las telas sagradas destinadas a los templos. Había un colegio iniciático femenino bajo su protección. Neith, madre del faraón, es una divinidad abstracta sumamente característica de la espiritualidad profunda del Imperio Antiguo.

En Sais se celebraba la famosa «fiesta de las lámparas», que conmemoraba la noche en que Osiris fue asesinado por su hermano Seth. En cada morada se encendía una lámpara para ayudar a Isis a encontrar a su esposo Osiris. Se trataba de pequeños recipientes llenos de aceite y sal y provistos de una mecha. El candil ardía toda la noche. Esta afición a las grandes fiestas sagradas iba acompañada, por parte de la élite del clero, del retorno a una tradición iniciática que exigía de los sacerdotes un respeto a las antiguas reglas y la pureza de costumbres. Aquellos hombres llevaban vestiduras de lino y se afeitaban el cuerpo cada tres días. No comen pescado ni habas y se imponen la castidad cuando están al servicio del templo. Reanudando con el rigor científico del Imperio Antiguo, estos sacerdotes no son religiosos en el sentido en que hoy lo entendemos; son más bien investigadores que trabajan tanto el simbolismo de los jeroglíficos como la resistencia de los materiales. Sais albergó una célebre escuela de médicos y los saltas sintieron también una fuerte afición a la astronomía. Los magníficos sarcófagos de granito de la época suelen evocar la inmortalidad estelar de los justos cuya alma vive eternamente en la fraternidad de las estrellas.

Ser saíta es también aceptar cierta presencia extranjera en Egipto, especialmente la de los griegos. Estos ayudaron a los egipcios a liberarse de los asirios, fundaron sus propias ciudades e implantaron sus redes comerciales. Es imposible ahora librarse de ellos. Hay que pactar, con ellos y su cultura, que los egipcios consideran a menudo infantil y excesivamente materialista. Sin duda los saítas más sabios fueron conscientes de que los griegos inoculaban en las venas del pueblo un veneno mortal: la realidad física del dinero. Durante siglos, Egipto había vivido al margen de un sistema que implicara la presencia de un «dinero» tangible, visible, manifiesto. Se hacía «trueque» a gran escala, regulando los intercambios según un valor abstracto e invisible. Los griegos inventaron la «conciencia monetaria», enemiga de la conciencia a secas.

A la población egipcia le cuesta aceptar esta «invasión» griega. Sigue siendo profundamente nacionalista y ve con malos ojos las prácticas comerciales de los helenos. Los griegos fundan, además, una ciudad consagrada por entero al comercio, Naukratis, situada en el Delta. Allí se habla griego y se vive rodeado de griegos. Los reyes saítas se ven obligados a conceder privilegios a los griegos, en la medida en que son mayoritarios en la marina y el ejército de tierra. Es preciso arreglárselas con ellos. Ejercen una molesta influencia sobre el rey Amasis que, siguiendo su ejemplo, parece haber introducido en Egipto el impuesto sobre la renta. Según Herodoto, la ley se formuló de este modo: «Que todo egipcio, cada año, dé a conocer al jefe de provincia sus medios de existencia; quien no lo hiciere y no justificara honestos recursos será castigado con la muerte». Amasis (570-526), antiguo mercenario y progriego, tenía fama de ser un gran bebedor y un mujeriego. Considerado primero como sumamente desdeñable dados sus oscuros orígenes, obtuvo los favores del pueblo humilde para llegar hasta el trono. Astuto, fino político, sólo tra-

bajaba por la mañana, pues, según decía, el exceso de trabajo no produce nada bueno.

Los reyes saítas son muy distintos de los antiguos faraones. Quieren ser humanos, administradores, más diplomáticos que guerreros. Son hombres mortales con rasgos de carácter bien definidos. El faraón rey-dios parece muy lejano, aunque los soberanos saítas sean entronizados aún con los antiguos rituales que se remontan a los orígenes de la civilización egipcia. Ésa es, por otra parte, la gran contradicción de su época, el desear remontarse intelectualmente a las fuentes, manifestar el poderío del Imperio Antiguo, pero no disponer de recursos materiales y sociales para lograrlo.

El Egipto saíta, no obstante, es feliz. La guerra y la ocupación extranjera parecen haberse alejado. Se ha alcanzado un relativo equilibrio económico. Las Dos Tierras están unidas. Pero oscuras nubes se acumulan en el horizonte. Los persas amenazan con extender su supremacía por todo el Próximo Oriente.

El Egipto saíta sueña. Con el faraón Ñeco II (610-595) construye un gran canal entre el Nilo y el golfo de Suez, para que circulen embarcaciones civiles y militares. Audaces exploradores embarcan para llevar a cabo un vasto periplo alrededor de África. Sólo regresarán a Egipto al cabo de tres años de viaje. Entretanto, Faraón hace la guerra a Josias, rey de Judá, que muere en combate. El rey de Egipto pone en el trono de Jerusalén a uno de sus hombres. Vuelve a ser dueño de Palestina y de Siria, como en los tiempos gloriosos. Si la historia pudiera comenzar de nuevo, si el vigor del Imperio Antiguo pudiera aparecer de nuevo en un mundo lleno de conmociones…

Compartamos este último momento de gloria. Olvidemos que el persa Cambises conquistará en el año 525 todo Egipto. Sepamos ser saítas con esa sonrisa, algo triste, de un universo que

muere de excesiva belleza, de excesiva genialidad, de excesivo poder inscritos en una edad de oro terminada para siempre.

CAPITULO 35
La inauguración del templo de Edfú

El 10 de septiembre de 142 a. J. C., la ciudad provinciana de Edfú, a un centenar de kilómetros al sur de Luxor, está de fiesta. La antigua capital del segundo nomo del Alto Egipto, cuyo señor es el halcón Horus, recibe con gran pompa a Ptolomeo VIII Evergetes II y a su primera esposa Cleopatra II. Es un día excepcional, puesto que se procede a la inauguración del templo.[56]

Edfú, antiquísima ciudad, conocía ya desde el Imperio Antiguo numerosos edificios sagrados, antes de que se pusiera la primera piedra del inmenso templo «ptolemaico», el 23 de agosto de 237. Se conoce el nombre del arquitecto, que no es otro que… Imhotep, el maestro de obras de Zóser, el creador de la arquitectura en piedra y de la forma piramidal. De ese modo, por el ingenio simbólico que le es propio y que abole el tiempo, Egipto une Edfú y Saqqarah, el templo del crepúsculo y el del alba. El nombre de Imhotep significa que nada ha cambiado, que el Egipto de los templos y los iniciados continúa siendo igual a sí mismo, que los ritos no han variado, que el camino hacia lo divino es eternamente parecido.

Aunque en la esfera espiritual los factores hayan sufrido, efectivamente, muy pocas modificaciones, no ocurrió lo mismo en el terreno temporal. Egipto sufrió una primera ocupación persa de 525 a 404. Consiguió sacudirse el yugo y levantar por última vez la cabeza. La última dinastía, la XXX, consigue, durante

unos cuarenta años (380-343) mostrarse digna de su pasado. Los faraones construyen, reorganizan el país, se preparan para la guerra. Pero la relación de fuerzas les era en exceso desfavorable. En el año 343 se inicia la segunda ocupación persa, muy dura, que pone definitivamente fin a la independencia egipcia, aunque no a la civilización faraónica. En 332, Alejandro Magno libera Egipto de los persas para imponerle dinastías griegas, las de los Ptolomeos, que gobernarán las Dos Tierras hasta el 30 a. J. C.

Para ser admitidos por la población, los reyes griegos se ven obligados a hacerse coronar según el rito egipcio. Se convierten pues en faraones y, por esta causa, pueden emprender la construcción de grandes templos.[57] Los ptolomeos adquirieron poco a poco una cultura egipcia, cicatrizando las llagas y heridas infligidas a las Dos Tierras por los persas, culpables de destrucciones, pillajes y saqueos.[58] Los textos de las *Profecías* anunciaban, claramente, además, que Egipto padecería horrendos períodos en que los templos serían devastados y lo profano intentaría arruinar lo sagrado; pero siempre aparecerá un rey para restablecer el orden.

Mientras el Delta está profundamente influido por la cultura griega y las decisivas mutaciones que marcan las civilizaciones de la cuenca mediterránea, el Alto Egipto, replegándose sobre sí mismo, se arraiga en las más antiguas tradiciones. Lejos de la agitación de las grandes ciudades del Norte, donde se mezclan poblaciones y creencias, las ciudades del Sur, cuyo papel económico es desdeñable, se convierten en «conservatorios» de la antigua fe. Se construyen allí templos donde los sacerdotes celebran los ritos como si nada hubiese cambiado nunca. Los ptolomeos, conscientes de la importancia de la obra que está llevándose a cabo, conceden los créditos necesarios. Inclinándose sobre su pasado, el Egipto ptolemaico quiere, ante todo, transmitir. Los iniciados de esa época saben que su civilización está agonizando,

que el mundo se dispone a atravesar una vasta zona de materialismo. Por eso hablan como nunca se había hablado antaño. La lengua jeroglífica llamada «clásica», la del Imperio Medio, comprendía unos setecientos signos. La lengua «ptolemaica» consta de varios miles, con juegos criptográficos con frecuencia muy difíciles de comprender. Los muros de los grandes templos se cubren de inscripciones de muy remoto origen. Se desvela, para que no se pierda lo esencial.

La construcción de un templo empieza siempre por su parte principal, el sanctasanctórum, donde reside la divinidad. Por esta razón, la «inauguración» de Edfú se celebra el día en que se concluye el naos, la inmensa piedra vaciada en cuyo interior se coloca una especie de tabernáculo donde vela la estatua sobre la que desciende, para animarla, el Espíritu creador. Será preciso, luego, proseguir la construcción, hasta colocar la gran puerta de entrada el 5 de diciembre del año 57.

Pero, en este 10 de setiembre de 142 no se piensa en el pasado ni en el futuro. La población de Edfú vive unas formidables horas de fiesta en la que participan desde el más humilde hasta el más sabio. El júbilo está en todos los corazones, estalla en las calles. En todas las plazas, en la más pequeña calleja se expresa un regocijo que nada contraría. Los egipcios, siempre inclinados a las festividades y a los banquetes, no se muestran avaros para conseguir que el momento sea inolvidable. Hay más comida que arena en una orilla. Se han matado bueyes de todas las razas. Los trozos de carne son más numerosos que una nube de langosta. Es imposible contar los panes. Se ha sacrificado una incontable cantidad de órix, de gacelas y de íbices, el humo de las ofrendas asciende hasta los cielos para alegrar el corazón de los dioses. El vino corre a chorros, como el Nilo en plena crecida brota de las dos cavernas de Elefantina. En los altares arden olíbano e incien-

so, llenando el aire con suaves perfumes cuyo aroma sobrepasa con mucho los límites de la ciudad.

Todo en Edfú tiene los tornasolados colores de la fiesta; hay flores y ramos por todas partes. Resulta agradable ver a las muchachas, los jóvenes están algo ebrios. Todos admiran la procesión de los sacerdotes, vestidos de lino fino. Los dignatarios lucen sus mis soberbias galas. Al caer la noche se encienden lámparas y se sigue bebiendo, comiendo, cantando y bailando.

Nadie dormirá antes del amanecer.

En el interior del templo, el maestro de obras, que ha recibido el nombre simbólico de Imhotep, contempla la obra realizada y se prepara ya para los años de labor que le aguardan. Recuerda el conmovedor momento en que Faraón, acompañado por una iniciada que desempeñaba el papel de la diosa Sechat, delimitó el contorno del templo, colocó la piedra angular, excavó la fosa de fundación y tensó el cordel. Todas las salas se construirán según la Regla. El templo tendrá la duración de la eternidad. Los sabios han interrogado a los dioses sobre las medidas del templo, para que sean eficientes y rechacen cualquier intrusión de lo profano y de las fuerzas negativas.

Edfú, como los demás grandes santuarios de Egipto desde los orígenes, es una ciudad-templo. En el interior de un recinto de ladrillos crudos se ha construido el lugar santo propiamente dicho, con sus diversas partes que van de la puerta de acceso al naos, las viviendas para los sacerdotes, los despachos, los talleres, los almacenes y el lago sagrado. Edfú se caracterizaba, además, por un templo del nacimiento de Horus y un templo del halcón sagrado, el animal venerado en este lugar.

El templo de Edfú es un ser vivo, mágicamente animado por la «abertura de la boca». Cada mañana, el gigantesco edificio despierta cuando se celebra el ritual del alba. Los dos macizos de su

gran pilono son las dos montañas de la región de luz donde se levanta el sol divino. Su pronaos simboliza el pantano original de donde surgió la vida. Su naos es una especie de laboratorio ultrasecreto donde se fabrica la más preciosa y esencial de las energías, la energía espiritual que sólo especialistas altamente cualificados pueden manipular, para sí mismos y para los demás.

Mientras le llegan los ruidos del regocijo popular, el maestro de obras medita en silencio, en el interior de ese libro de piedra que es el templo de Edfú. Interminables columnas de jeroglíficos cantan los ritos para toda la eternidad, desvelan las ceremonias sagradas y explicitan los símbolos del culto. Ra, la luz divina, puede moverse en el interior de este recinto porque en él está grabado el Verbo. Brilla en secreto porque está unido al espíritu de su ciudad, al espíritu de esos hombres y mujeres cuya alegría es un presente del cielo.

Imhotep, primero y último de los maestros de obras, saborea esta hora de paz y plenitud. Arriba, en las nubes, un halcón, encarnación del dios Horus, señor de Edfú y protector de la realeza, despliega sus alas y vuela hacia el sol naciente.

EPÍLOGO
Champollion o Egipto resucitado

Jean-François Champollion nació el 23 de diciembre de 1790, en Figeac. Morirá en París en 1832. Durante esta breve trayectoria terrestre de cuarenta y dos años, aquél a quien ha podido llamarse el Mozart de la egiptología se afirma como uno de los más extraordinarios genios de la ciencia contemporánea. A una vida difícil se le añadirá una posteridad también caótica, pues la grandeza de Champollion está todavía lejos de ser reconocida. La única biografía que existe en francés es la traducción de una obra alemana que data de 1906.[59] Fue necesario aguardar hasta 1984 para ver publicada la gramática de Champollion, olvidada en un rincón de biblioteca.[60] Algunas enciclopedias y diccionarios le conceden un lugar muy pequeño, cuando no le olvidan pura y simplemente. No obstante, sin el descubrimiento de Champollion seríamos incapaces de descifrar los jeroglíficos y, por lo tanto, de «leer» la civilización egipcia. Al percibir la realidad de los tres niveles de lenguaje inscritos en los jeroglíficos abrió horizontes que todavía hoy están lejos de haber sido explorados. Ciertamente, gramáticos y lexicógrafos han realizado notables progresos desde la muerte de Champollion, pero éste, al fundar la egiptología, les ofreció todas las bases fundamentales, ninguna de las cuales ha sido puesta en duda.

El descubrimiento de Champollion no es en absoluto fruto del azar, sino más bien de una predestinación. En él ardía un fuego abrasador, un deseo de aprender que le convirtió desde muy

joven en un lingüista de primera magnitud, que manejaba cómodamente el latín, el griego, el hebreo, el copto, el etíope, el siriaco, el árabe y el caldeo. Agotó en estas materias la ciencia de su tiempo. En resumen, aprendió todo lo que se refería a las antiguas civilizaciones mediterráneas para mejor situar Egipto y acercarse, metódicamente, a sus misteriosos jeroglíficos. El Champollion alumno es insaciable. Se intenta prohibirle que aprenda. Esconde sus libros bajo la almohada y, por la noche, aguarda a que sus condiscípulos duerman y las rondas del vigilante hayan terminado. Con la ayuda de una linterna reanuda entonces su trabajo y llega a estropearse la vista.

Se le reprocha su carácter sombrío, su tendencia al desánimo y sus arrebatos de desesperación. Pero debe tenerse en cuenta que el adolescente está midiéndose con un gigante, con una civilización de cuatro milenios que guarda obstinadamente silencio porque nadie ha conseguido aún escuchar su voz. «Me entrego por completo al copto —escribe Champollion—. Quiero saber egipcio como sé francés, porque en esta lengua se basará mi gran trabajo sobre los papiros egipcios… Soy tan copto que, para divertirme, traduzco al copto todo lo que se me ocurre. Hablo copto a solas, puesto que nadie podría entenderme».

A los dieciséis años, ante la Academia de Grenoble, Champollion afirma que el copto es la forma tardía de la escritura jeroglífica y que pasará por ese camino para llegar a los orígenes. Tiene razón. Pasmados ante la personalidad del adolescente, los augustos sabios deciden acogerle en sus filas. Tres años más tarde, como profesor de Historia, Champollion parece destinado a una carrera fácil, jalonada de honores. Casi le bastaría, ahora, vivir de sus laureles. Pero le habita una exigencia distinta. Podríamos considerar como su proverbio personal una frase que pronuncia-

ra el 2 de junio de 1815: «Se embrida al aguilucho, pero el águila acaba siempre por romper y llevarse la correa».

Muy antinapoleónico y «revolucionario» tanto en su modo de pensar como en sus investigaciones, Champollion choca con las tendencias naturalmente esclerotizantes del medio universitario y con espíritus tan convencionales que prefieren asesinar el genio antes que cuestionarse. Champollion dispone, sin embargo, de una arma que nadie puede arrebatarle: el poder de su trabajo. Prepara un gran libro, *L'Egypte sous les pharaons*, y más tarde un diccionario. El destino acude en su ayuda con el descubrimiento, en agosto, de la *Piedra de Rosetta*, una estela de granito negro que muestra una inscripción en tres lenguas, jeroglífica, demótica y griega. Algunos moldes llegarán a París, donde Champollion pudo estudiarlos, obteniendo así el «eslabón perdido» que le permitió llegar a su genial intuición, concretada en la famosa frase pronunciada, en el 28 de la rué Mazarine, el 14 de setiembre de 1822: «¡Ya es mío!». Era casi mediodía cuando aquél a quien llamaban «el egipcio» le hizo a su hermano esta inflamada declaración, justo antes de desvanecerse.

La emoción había sido demasiado fuerte. Champollion no era un sabio taciturno, seco, sino un ser lleno de ardor y de pasión, dotado de una sensibilidad tan profunda que, como un médium, entra en contacto con el genio del antiguo Egipto. Cinco días permaneció en estado letárgico. En cuanto despierta, quiere trabajar y formular de modo científico sus intuiciones. El día 22 acaba su manuscrito. Es la famosa *Carta al señor Dacier* destinada a la Academia de las inscripciones. Jean-François Champollion expone en ella los principios para descifrar los jeroglíficos egipcios, perdidos desde el siglo IV después de Jesucristo.

En Francia no obtiene el éxito ni la gloria. Los «sabios» desconfían de ese joven demasiado fogoso y con demasiado talento.

Mejor no ayudarle. En 1824, Champollion se traslada a Italia, donde el recibimiento es muy distinto; se le saluda como a un hombre excepcional y se le colma de honores y felicitaciones. Los franceses se sienten un poco molestos y, cuando Champollion regresa en 1826, se ven obligados a hacer un gesto: es nombrado conservador de una sección del Museo del Louvre, sección que agrupa monumentos de distintas civilizaciones antiguas, entre ellas, afortunadamente, algunas piezas egipcias.

El cargo es un regalo envenenado. Champollion tiene un título pero no los medios para ejercer su función y, además, trabaja en exceso, a cambio de un salario mediocre y ha aceptado, incluso, impartir un curso no retribuido de lengua egipcia. «Mi vida se ha vuelto un combate —le escribe a su colega Rosellini—. Me veo obligado a arrancarlo todo, pues entre quienes debieran secundarme, nadie está dispuesto a hacerlo. Mi llegada al museo molesta a todo el mundo y todos mis colegas se han conjurado contra mí porque, en vez de considerar mi puesto como una sinecura, quiero encargarme de mi división, algo que, forzosamente, pondrá de relieve que ellos no se ocupan en absoluto de las suyas. Ése es el meollo de la cuestión».

Pero los dioses de Egipto velan por Champollion. Pronto abandona esa mediocridad y puede hacer realidad su mayor sueño. En julio de 1828 parte hacia Egipto, donde permanecerá hasta diciembre de 1829. La organización del viaje ha sido más que difícil. Cuando «el egipcio» pone el pie en el suelo de su patria espiritual, no puede evitar bendecirla. Él, que afirmaba que «sólo el entusiasmo es la verdadera vida», siente emociones de tal intensidad que sus fuerzas se multiplican. A lo largo de este viaje, durante el cual no cesa de hacer descubrimientos, se muestra infatigable. Puesto que habla perfectamente el árabe, las autoridades administrativas le prestan benevolentes oídos.

Luxor es la maravilla. Se instala en la tumba de Ramsés IV, donde su equipo arqueológico, sus guardas de corps, un gato y una gacela gozan de una fresca penumbra. En la tumba de Seti I, la más vasta y hermosa del Valle de los Reyes, se instala una mesa de banquete, el 1 de abril, pues Champollion ha prometido festejar el aniversario de su hija. Se hicieron numerosos y fervientes brindis por los ausentes que no tenían el privilegio de vivir tan excepcional momento. Champollion reanudaba así una antigua tradición egipcia, la de las fiestas en que los vivos entraban en contacto con lo invisible.

Por más que Champollion tuviera el sentido de la fiesta, exigía estar solo cuando trabajaba en las tumbas, descifrando y registrando las inscripciones jeroglíficas. Despedía incluso al portador de candelas para que no le molestara ninguna presencia ajena a las figuraciones sacras que se desplegaban ante sus ojos.

Gracias a una nueva y fulgurante intuición, Champollion redescubrió el significado profundo de aquellas escenas de tan enigmática apariencia: el viaje del rey muerto, identificado con el Sol divino, por el otro mundo; la peregrinación vital del espíritu que pasa por las tenebrosas moradas de la muerte para renacer a una vida de eternidad.

Champollion se levanta al alba. Muy sensible al frío, viste pieles y franelas que va quitándose a medida que el calor aumenta. Cómo no pensar en el «ilustre» sabio Pardessus (cuyo nombre significa «abrigo» o «por encima») que fue elegido para la Academia en lugar de Champollion, el día en que rechazaron por sexta vez la candidatura de éste. La Francia científica seguía deshonrándose mientras Champollion, sereno, conservaba su sentido del humor. «Me han puesto por debajo del señor Por encima (Pardessus)…[61] No me sorprende… Cuando la Academia me llame, el sillón me interesará tan poco como puede interesarle a

un bebedor delicado una botella de champán abierta hace seis meses».

Egipto está ya lejos. Champollion resulta elegido, por fin, para la Academia el 7 de mayo de 1830. Única consecuencia importante de tan tardío honor, la creación de una cátedra de Egiptología en el Colegio de Francia, que acredita el nacimiento de la egiptología ante la comunidad científica internacional. Esta vez Champollion puede expresarse con total libertad ante un numeroso auditorio. Excelente orador, claro y riguroso en sus explicaciones, hacía reinar una verdadera magia a la que todo el mundo era sensible.

El 26 de mayo de 1831, Champollion se ve obligado a interrumpir sus clases, que consigue reanudar el lunes 5 de diciembre. El vuelo del águila se quebrará el 9 de diciembre. Champollion se ahoga. A punto de perder el conocimiento, abandona el Colegio de Francia. El 23 de diciembre pide que le lleven al 28 de la rué Mazarine, donde nació la egiptología. «Mi ciencia y yo —afirma en una admirable frase— somos una sola cosa».

Morir tan joven es una espantosa prueba para alguien que tanto tiene que decir aún. Solicita al destino que le conceda dos años más. El 3 de marzo de 1832 se produce una mejoría. Sus sufrimientos cesan. Alrededor del moribundo, sus íntimos, amigos y su hija de ocho años, Zoraíde. Champollion desea contemplar por última vez los objetos egipcios que hay en su despacho y sus cuadernos de notas, llenos de proyectos inconclusos. Pero ha llegado la hora.

Un diccionario, una gramática, una geografía del antiguo Egipto, notas de viaje, una mitología… La obra científica realizada a partir de la nada es inmensa. Sin modelo, sin predecesor, Champollion ha conseguido crear la egiptología, que concebía no como una disciplina universitaria, reservada a unos pocos pri-

vilegiados, sino como el modo de redescubrir Egipto, sus tesoros espirituales, artísticos y literarios. Nunca ningún profesor del Colegio de Francia se preocupó tanto por comunicar al público sus conocimientos, por compartir su entusiasmo ante la prodigiosa civilización que le había dado todas las alegrías, todos los gozos.

Champollion percibió perfectamente la grandeza espiritual de Egipto, al que consideraba el fundamento de la civilización occidental. Desafiando a la Iglesia de su tiempo, anclada en el judeocristianismo y en la cronología bíblica, afirmaba con razón que los sabios de Egipto teman una «noción de la divinidad tan pura, por lo menos, como la del propio cristianismo», y esa unicidad trascendente se traducía, a menudo, en trinidades o tríadas de las que ofrece numerosos ejemplos la escultura egipcia.

Las escenas llamadas de «el peso del alma» impresionaron grandemente a Champollion. Presintió que los egipcios transmitieron una enseñanza coherente relativa a la vida eterna y a las pruebas que el ser debía superar para llegar a ellas. Su percepción de las divinidades egipcias es a menudo pasmosa. Abandonando la imaginería y la necedad en la que chapotean aún hoy ciertos eruditos, dio pruebas de una notable intuición respecto del sentido del símbolo. Las divinidades son entidades abstractas que ilustran una arquitectura del universo y transmiten una sabiduría. La unión de todas las divinidades, algo que Champollion comprendió, forma el ser divino único del que se desprenden todas sus formas manifiestas. Componen una cadena que une el cielo con la tierra y permite al hombre iniciado vivir, al mismo tiempo, en este mundo y en el otro.

La mayor gloria de Egipto es el sistema jeroglífico. «Puede decirse —escribe Champollion (*Précis*, p. 335)— que ninguna nación ha inventado nunca escritura más variada en sus signos…

Los textos jeroglíficos ofrecen, en efecto, la imagen de todas las clases de seres que contiene la creación».

El primer egiptólogo enunció en términos muy claros su extraordinario descubrimiento: hay tres tipos de jeroglíficos, que corresponden a tres niveles de lenguaje y a tres niveles de pensamiento: el tipo fonético, el tipo figurativo y el tipo simbólico. Todo texto jeroglífico presenta una mezcla constante de esos tres tipos para transmitir, cada cual según su modo, las ideas que se trata de transmitir. Una misma idea es expresada, pues, sin el menor inconveniente para la claridad y la comprensión, por tres métodos distintos.

Por inverosímil que parezca, la egiptología no ha explotado aún, ni mucho menos, los principios básicos que permitieron a Champollion descifrar los jeroglíficos. Se limitan casi exclusivamente al «tipo fonético» que permite, es cierto, hacer importantes progresos de traducción; pero se desdeña con excesiva frecuencia el tipo figurativo y se olvida casi por completo el tipo simbólico que es, sin embargo, el más importante de los tres. Este último, en efecto, estaba reservado a los iniciados de la Casa de Vida, que fueron los creadores de la escritura jeroglífica. Champollion comprendió que una parte de los jeroglíficos, puramente simbólica, velaba los principios fundamentales del pensamiento egipcio, sólo accesible a los sabios, puesto que exigía una particular visión de lo real. Olvidar tan importantes indicaciones supone truncar la obra de Champollion y desnaturalizar su descubrimiento.

Hace ya muchas décadas que los manuales escolares repiten hasta la saciedad que nuestras madres culturales son Grecia y Roma. Ahora bien, Champollion, en su *Précis* (p. 364), indicó con una visión perfectamente ajustada que Grecia se limitó a lo real aparente y a la exterioridad, mientras que Egipto, nuestra verda-

dera madre espiritual, intentó expresar la vida en su esencia: «En Grecia —escribe—, la forma lo fue todo; se cultivaba el arte por el propio arte. En Egipto fue sólo un poderoso medio para pintar el pensamiento; el más pequeño ornamento de la arquitectura egipcia tiene su propia expresión y se remite directamente a la idea que motivo la construcción de todo el edificio, mientras que la decoración de los templos griegos y romanos suele hablar sólo para el ojo y permanece muda para el espíritu. Los templos egipcios —prosigue Champollion— son imagen de las moradas celestiales. Sobre todo, toda expresión artística se vincula de un modo directo al principio simbólico de la escritura». Y puede formular en pocas palabras el aspecto esencial del descubrimiento al que consagró su vida: todo es jeroglífico.

No lo dudemos: la egiptología se halla aún en sus primeros estadios y las enseñanzas de Champollion están lejos de haberse agotado. Egipto, al que, según afirmaba, Europa debe directamente todos los principios de sus conocimientos, no sólo pertenece al pasado. La civilización faraónica es portadora de valores eternos cuya riqueza nos revelarán los tiempos por venir.

Bibliografía sumaria

Puede recurrirse a nuestra bibliografía orientativa indicada en la obra *El Egipto de los grandes faraones*, Ediciones Martínez Roca, S. A., 1988, y a las referencias dadas en nota a pie de página en la presente obra.

Podemos añadir los siguientes estudios:

JEAN-PHILIPPE LAUER, *Saqqarah, la nécropole royale de Memphis*, París (Tallandier), 1977.

GEORGES GOYON, *Le Secret des bâtisseurs des grandes pyramides*, París (Pygmalion), 1977.

HERMAN JUNKER, *Pyramidenzeit. Das Wesen der Altägyptischen Religion*, Zurich-Colonia, 1949.

GEORGES GOYON, *Nouvelles inscriptions rupestres du Wadi Hammamat*, Imprimerie Nationale, París, 1957.

ELISABETH RIEFSTHAL, *Thebes in the Time of Amunhotep III*, University of Oklahoma Press, 1964.

K. A. KITCHEN, *Ramsès II, le pharaon triomphant*. Éditions du Rocher, 1985.

GUSTAVE LEFEBVRE, *Romans et contes égyptiens de l'époque pharaonique*, Paris (Adrien Maisonneuve), 1949.

MIRIAM LICHTHEIM, *Ancient Egyptian Literature*, 3 volúmenes, University of California Press, 1973-19.76.

CLAIRE LALOUETTE, *Textes sacrés et textes profanes de l'ancienne Egypte*, Paris (Gallimard), 1984.

Cronología

(La mayoría de las fechas son aproximadas).

ÉPOCA PREDINÁSTICA	Hacia 3000 a. J. C.
El rey Escorpión	
Narmer	
DINASTÍAS TINITAS	
I dinastía[62]	2950 a 2770 a. J. C.
II dinastía[63]	2770 a 2640 a. J. C.
IMPERIO ANTIGUO	
III dinastía[64]	2640 a 2575 a. J. C.
Zóser	2624-2605
IV dinastía	2575 a 2465 a. J. C.
Snofru	2575-2551
Keops	2551-2528
Djedefre	2528-2520
Kefrén	2520-2494
Mikerinos	2490-2471
Shepsekaf	2471-2467
V dinastía	2465 a 2325 a. J. C.

Userkaf	2465-2458
Sahure	2458-2446
Neferirkare	2446-2427
Neuserre	2420-2396
Menkhuhpr	2396-2388
Djedkare (Asosi).	2388-2355
Unas	2355-2325
VI dinastía	2325 a 2155 a. J. C.
Teti	2325-2300
Userkare	
Pepi I (Merira).	2300-2268
Merenre I	2268-2254
Pepi II (Neferirkare).	2254-2160
Merenre II	
Nitocris	
VII-VIII dinastías	2155 a 2134 a. J. C.
IX-X dinastías	2134 a 2040 a. J. C.

IMPERIO MEDIO

XI dinastía	2134 a 1991 a. J. C.
Intef I	2134-2118
Intef II	2118-2069
Intef III	2069-2061
Mentuhotep I	2061-2010
Mentuhotep II	2010-1998
Mentuhotep III	1998-1991

XII dinastía	1991 al 785 a. J. C.
Amenemhet I	1991-1962
Sesostris I	1971-1926
Amenemhet II	1929-1892
Sesostris II	1897-1878
Sesostris III	1878-1841
Amenemhet III	1844-1797
Amenemhet IV	1798-1789
Neferusobek	1789-1785

SEGUNDO PERÍODO INTERMEDIO

XIII dinastía	1785 a 1650 a. J. C.
XIV dinastía[65]	1715 a 1650 a. J. C.
XV-XVI dinastías (hicsos).	1650 a 1540 a. J. C.
XVII dinastía	1650 a 1551 a. J. C.
Intef	Hacia 1640
Sekenenra-Taa	Hacia 1570-1560
Kamosis	1555-1551

IMPERIO NUEVO

XVIII dinastía[66]	1552 a 1306 a. J. C.
Ahmosis	1552-1527
Amenofis I	1527-1506
Tutmosis I	1506-1494
Tutmosis II	1493-1490
Hatshepsut	1490-1468
Tutmosis III	1402-1364
Amenofis II	1438-1412

Tutmosis IV	1412-1402
Amenofis III	1402-1364
Amenofis IV/Akenatón	1364-1347
Smenker	
Tutankamón	1347-1338
Ay	1337-1333
Horemheb	1333-1306
XIX dinastía	1306-1304
Ramsés I	1306-1304
Seti I	1304-1290
Ramsés II	1290-1224
Menefta	1224-1204
Seti II	1204-1194
Amenmés	
Siptah	1194-1188
Tausert	1188-1186
XX dinastía	1186 a 1070 a. J. C.
Setnajt	1186-1184
Ramsés III	1184-1153
Ramsés IV a Ramsés XI	1146-1070

BAJA ÉPOCA

XXI dinastía	1070 a 945 a. J. C.
Smendes	1070-104
Psusennes	1040-990
Amenemope	993-984
Siamun	978-960

Psusennes II	960-945
XXII dinastía (bubastida).	945 a 722 a. J. C.
Sheshonk I	945-924
Osorkon I	924-887
Osorkon II	862-833
Takelot II	839-814
Sheshonk III	814-763
Pimui	763-758
Sheshonk V	758-722
XXIII dinastía	808 a 715 a. J. C.
Petubastis	808-783
Osorkon III	Hacia 760-750
Takelot III[67]	Hacia 740
XXIV dinastía	725 a 712 a. J. C
Tefnajt	725-718
Bokenranef	718-712
XXV dinastía (etíope).	712 a 664 a. J. C.
Piye	740-713
Taharka	690-664
Tanutamón[68]	664-656
Ocupación asiría	671 a 664 a. J. C.
XXVI dinastía (saíta).	664 a 525 a. J. C.
Neco I	672-664
Psamético I	664-610

Neco II	610-595
Psamético II	595-589
Apries	589-570
Amasis	570-526
Psamético III	526-525
XXVII dinastía; dominación persa	525 a 404 a. J. C.
XXVIII dinastía	
Amirteo	404-399
XXIX dinastía	399 a 380 a. J. C.
Hacoris[69]	399-380
XXX dinastía	380 a 343 a. J. C.
Nektanebo I	380-362
Teos	362-360
Nektanebo II	360-343
Segunda dominación persa	343 a 332 a. J. C.
Macedonios	332 a 305 a. J. C.
Ptolomeos	305-30 a. J. C.

Notas

[1] Esa descripción supone la identificación del Menes mítico (el rey «Alguien») con el faraón histórico Narmer. <<

[2] El Cairo se edificó cerca de la antigua Menfis. <<

[3] Traducción al francés de Gustave Lefebvre. Nuestro relato se basa en uno de los textos del papiro Westcar (Museo de Berlín, papiro 3033). <<

[4] El texto se ha conservado. Se conoce con el nombre de *Profecía de Neferti*. <<

[5] Por lo que resulta todavía más lamentable que los monumentos de Snofru sean tan poco visitados. Digamos, por ejemplo, que la pirámide norte de Dahshur, de gres rojo, ocupa una superficie idéntica a la de la gran pirámide de Keops: se comprenderá así que se trata de obras maestras que no deberían ser sistemáticamente descartadas de los circuitos turísticos. La visión de las pirámides de Dahshur, después del paraje de Zóser, en Saqqarah, es además fascinante. <<

[6] Su busto se conserva en el Museum of Fine Arts de Boston. <<

[7] Llamado «Cheikh el-Beled» o el alcalde del pueblo. Los féllahs que descubrieron su estatua creyeron que estaba vivo, tan expresivo es su rostro. <<

[8] El episodio se narra detalladamente en uno de los textos del papiro Westcar. <<

[9] Uasptah significa «el cetro-*uas* (el poder) del dios Ptah (señor de los artesanos)». <<

[10] Se entraba muy joven en la cofradía. <<

[11] Según su tumba de Asuán (cfr. *Urkunden* I, 120-131). <<

[12] Este capítulo está basado en dos textos, las enseñanzas del faraón Jeti III a su hijo Merikara, publicadas por A. Volten, *Cwei altägyptische Politischt Schriften*, Copenhague, 1945, y las enseñanzas del rey Amenemhet I a su hijo Sesostris, publicadas por W. Helck, *Der Text der «Lehre Amenemhats I für seinen Sohn»*, Wiesbaden, 1969. <<

[13] El Imperio Medio se compone de la XI y XII dinastías (2134 a 1785 a. J. C.). Sesostris I reinó de 1971 a 1926; Sesostris III, de 1878 a 1841. Ambos pertenecen a la XII dinastía. <<

[14] El texto se ha conservado en el rollo de cuero de Berlín (Papiro Berlín 3029). <<

[15] Textos de las estelas-frontera colocadas en Semneh y en la isla de Uronaru. Sesostris dejará, por lo demás, un excelente recuerdo a los nubios, que le considerarán como su dios y protector y le rendirán culto en el Imperio Nuevo. <<

[16] Esta reforma es, en gran parte, obra del faraón Amenemhet I (1991-1962), fundador de la XII dinastía. <<

[17] La antigua Shedet es la actual Medinet el-Fayum. La ciudad ya no está hoy a orillas del lago, sino a… ¡veinte kilómetros! El antiguo paraíso acuático ha quedado muy mermado por un mantenimiento deficiente. <<

[18] Junto al actual pueblo de Illahun. Una de las rarísimas aglomeraciones antiguas cuyo plano se ha podido leer con precisión. <<

[19] El relato de Sinuhé es el texto literario más célebre del antiguo Egipto. Los dos principales papiros que sirven de base para

su estudio se conservan en el Museo de Berlín (Papiros Berlín 3022 y 10499), pero existen muchos más, así como ostracas que mencionan variantes parciales. La aventura de Sinuhé se inicia a la muerte de Amenemhet I (fundador de la XII dinastía, en 1962). Sesostris I está asociado al trono desde hace unos diez años. <<

[20] No hemos analizado aquí el aspecto religioso e iniciático del relato de Sinuhé. Como «hijo del sicomoro», es un adepto de la diosa Hathor representada en tierra por la reina. Ahora bien, se indica que Sinuhé es servidor de la reina Neferet, la «Perfección». Además, es la reina quien regenera a Sinuhé cuando llega a palacio, tras haber implorado la clemencia real. Ella es una Madre que provoca su rejuvenecimiento antes de prepararle para los misterios del otro mundo. Para otros puntos de vista sobre el tema, véase nuestra obra *Pouvoir et Sagesse selon l'Egypte ancienne*, Éditions du Rocher, 1981, pp. 21 y ss. <<

[21] Este relato se inspira en una estela publicada por Heinrich Schafer, *Die Mysterien des Osiris in Abydos untar König Sesostris III nach dem Denkstein des Oberschatzmeisters Icher-nofret im Berliner Museum*, edición de 1964. Georg Olms, Hildesheim. <<

[22] Este relato se ha extraído de varios papiros del Imperio Medio publicados por F. Vogelsang y A. H. Gardiner, «Die Klagen des Bauern», en *Literarische Texte des Mittleren Reiches*, I, Leipzig, 1908. Es probable que los acontecimientos tuvieran lugar en el reinado del rey Jeti III (X dinastía), pero el texto corresponde por completo al espíritu del Imperio Medio. Por eso lo evocamos aquí. <<

[23] Véase Claude Vandersleyen, *Les Guerres d'Ahmosis, fondateur de la XVIII^{e} dynastie*. <<

[24] El cuerpo de Sekenenra fue encontrado en el escondrijo real de Deir el-Bahari. Mostraba varias heridas mortales en la ca-

beza. <<

[25] Una de las estelas de Kamosis se utilizó como bloque de apoyo pata una estatua de Ramsés II trescientos años después de las hazañas del hirviente tebano. El gran Ramsés se inspiraba así en su glorioso antepasado y se beneficiaba, mágicamente, de su poder. <<

[26] Siguiendo este texto hemos escrito nuestro relato. Véase el *Journal of Egyptian Archaeology*, tomo V, pp. 36 a 56. <<

[27] Los textos grabados en la tumba de Ahmose, hijo de Abana, son los únicos de los conocidos hasta hoy que relatan con algunos detalles el episodio de la toma de la capital de los hicsos por las tropas egipcias. <<

[28] Véase Jaroslav Cerny, *The Valley of the Kings*, Institut françáis d'archéologic orientale, 1973. <<

[29] Según los textos, los personajes habilitados para trazar el plano son el faraón, su primer ministro, el visir y, tal vez, el gobernador de la ciudad de Tebas. <<

[30] Esa tumba, actualmente deteriorada, es por desgracia de acceso muy difícil. <<

[31] Los acontecimientos principales del reinado de Hatshepsut que vamos a relatar están descritos en las paredes de su templo tebano de Deir el-Bahari, en la orilla oeste. <<

[32] Significación del nombre completo de la reina, compuesto de cinco nombres distintos: «La que abraza a Amón, la primera de las nobles, poderosa en fuerzas de vida, verdeante de años, divina de apariciones, Maat (la armonía universal) es la potencia de la luz». <<

[33] Las piedras que componían el admirable edificio, que fueron desmontadas cuidadosamente y reutilizadas, se encuentran hoy en Karnak, en el museo al aire libre. <<

[34] El Papiro Berlín 3049 nos da a conocer un decreto real sobre la salud y la higiene públicas. Esa función de médico de las almas y los cuerpos forma parte de las atribuciones de Faraón. <<

[35] Según la *Estela del año 24*, que precisa que el rey detesta la mentira. <<

[36] Este capítulo está basado en el texto grabado en la tumba tebana (orilla oeste) de Rekhmira Véase Norman de Garis Davies, *The Tomb of Rekhmiré at Thebes*, The Metropolitan Museum of Art Egyptian Expedition, Nueva York, 1943; reedición Arno Press, 1973. <<

[37] El cargo de «visir», palabra no muy adecuada, es probablemente tan antiguo como la propia civilización egipcia. Sin embargo, sólo está documentado a partir del reinado de Snofru. En ciertas épocas, ese cargo abrumador se desdobló: existía un visir para el Norte y *otro* para el Sur. <<

[38] No es absolutamente seguro que esta Regla adoptara la forma material de los rollos de la ley. El término egipcio utilizado significa más bien cuerda, vínculo, tendón, tejido fibroso. Es posible que los cuarenta rollos fueran en realidad cuarenta fuscas o cuarenta vergajos teñidos de rojo y destinados a castigar a los culpables. <<

[39] Sobre esta fiesta, véase Siegfried Schott, *Das schöne Fest von Wüstentale*, Verlag Akad, Mainz, Wiesbaden, 1962, pp. 767 y ss. <<

[40] El edificio ha desaparecido por completo. Los únicos vestigios son los colosos llamados «de Memnon» que estaban colocados ante el pilono de entrada. <<

[41] Sobre este faraón, véase nuestra obra *Akhenaton et Nefértiti, le couple solaire, Robert* Laffont, 1976. Versión castellana de Fabián García-Prieto, *Nefertiti y Akenatón*, Ediciones Martínez Roca, Barcelona, 1997. <<

[42] Se ha hablado mucho de los retratos de Akenatón que al parecer demuestran la locura, la anormalidad o el misticismo del rey. Conviene no olvidar que son representaciones simbólicas. Disponemos de representaciones normales de Akenatón, como el modelo de escultor encontrado en Amarna o el admirable busto calcáreo del Louvre. <<

[43] Lo que tendería a probar que fueron los padres de Tutankamón, que por consiguiente habría sido hermano de Akenatón. Pero esta hipótesis sigue siendo objeto de discusión. <<

[44] Uno de los significados posibles del nombre Tutankatón. <<

[45] Escena descrita de acuerdo con las representaciones de la tumba de Huy. <<

[46] Entre las referencias más importantes sobre Horemheb y su reinado citemos a Robert Hari, *Horemheb et la reine Moutnedjemet ou la fin d'une dynastie*, Ginebra, 1964, y Jean-Marie Kruchten, *Le Décret d'Horemheb*, Universidad Libre de Bruselas, s. f. <<

[47] Museo de El Cairo, catálogo general 34 183. <<

[48] El general Horemheb se hizo construir una tumba en Saqqarah, pero la última morada del faraón Horemheb se encuentra, claro está, en el Valle de los Reyes, donde fue descubierta en 1908. Esta admirable tumba es la primera que revela los textos de un cuerpo iniciático titulado *El Libro de las Puertas*. <<

[49] Algunos textos hablan de unos 40 000 hombres y 2500 carros. <<

[50] El siguiente relato de la batalla de Kadesh sigue el texto conocido con el nombre de «poema de Pentaur», publicado por K. A. Kitchen, *Ramesside Inscriptions*, vol. II, fasc. 1 y 2, pp. 1 a 124 (última traducción francesa: C. Lalouette, en *Tases sacres et textes profanes de l'ancienne Egypte*, pp. 108 y ss. Para todos los problemas

planteados por el reinado de Ramsés II, véase Kitchen, *Le Pharaon triomphant* (Éditions Rocher, 1985). <<

[51] Hititas y egipcios se verán obligados más tarde a entenderse y firmar un tratado cuyo texto, notabilísimo por su inteligencia diplomática, se ha conservado. Kadesh, presentada como una inmensa victoria por los textos a la gloria de Ramsés II, fue en realidad una especie de «empate». Para el propio Ramsés lo esencial era encarnar la luz combatiendo contra las tinieblas, el orden organizando el desorden. Como advierte, por otra parte, L.-A. Chrístophe, los episodios de la batalla de Kadesh se corresponden en su estructura exactamente con los de la victoria de Megiddo obtenida por Tutmosis III. Existía, pues, una especie de programa simbólico utilizado por cualquier faraón guerrero y que se grababa, tal cual, en los templos, superando así el aspecto temporal e histórico. <<

[52] La decisión de Ramsés II se explica, también, por el hecho de que la gran esposa real a la que tanto había amado, Nefertari, probablemente había muerto ya por aquel entonces. <<

[53] Un fragmento calcáreo (El Cairo JE núm. 45570) nos dice que Ramsés III viajó desde su residencia del delta hasta Menfis para supervisar la plantación de doscientas perseas en el templo de Ptah. <<

[54] Este capítulo se basa en el texto de una gran estela de granito descubierta en el Gebel Barkal y que se conserva hoy en el Museo de El Cairo. No entraremos en la discusión referente a la transcripción del nombre del rey (Py, Piankhy, Pianki, Pianjy, etc.) conservando la ortografía tradicional. Las traducciones y estudios más recientes son los de Nicolás Grimal, *La Stèle triomphale de Piankhy*, El Cairo, 1982, y de Claire Lalouette, en *Textes sacrés et textes profanes de l'ancienne Egypte*, pp. 124 a 140. <<

[55] Piankhy había retrasado ya su partida para celebrar en Napata la fiesta del Nuevo Año. <<

[56] Para el tema de ese capítulo, cfr. Blackman-Fairman, «The Consecración of an Egyptian Temple according to the use of Édfú», *Journal of Egyptian Archaeology*, 32, 75 91 *y Journal of Near Eastern Studies*, 8, 340-341; Serge Sauneron y Henri Stierlin, *Derniers temples d'Egypte, Edfou et Philae*, Le Chine, 1975; Sylvie Cauville, Edfou, El Cairo, 1984. <<

[57] Edfú, Dendera, Kom-Ombo, Esna y Filae, por citar sólo los más célebres, que están entre las más hermosas muestras de la arquitectura egipcia. Edfú, en un sorprendente estado de conservación, ofrece hoy una perfecta ilustración de un gran templo egipcio en «funcionamiento». <<

[58] Juicio este que debe ser matizado por lo que se refiere a Darío, quien hizo construir un gran templo en el oasis de Khargeh. <<

[59] H. Hardeben, *Champollion*, 1983 para la traducción francesa (Pygmalion). <<

[60] Jean-François Champollion, *Principes généraux d'écriture sacrée égyptienne*, 1984, Institut d'Orient. <<

[61] En el original, el juego de palabras es evidente con la simple lectura: «On m'amis par-dessous M. Pardessus…». *(N. del t.)* <<

[62] Lista de faraones: Aha, Djer, Uadji, Deuen, Adjib, Semerjet, Kaa. <<

[63] Lista de faraones: Hetepse Jemui, Raneb, Ninetyer, Peripsen, Jase Jemui. <<

[64] Lista de faraones: Nebka, Zóser, Sejemjet, Huni. <<

[65] Paralela a la precedente. <<

[66] Existe otra cronología en la que la XVIII dinastía se inicia en 1540 y la XIX termina en 1188. <<

[67] Y otros reyes. <<

[68] Y tres reyes más. <<

[69] Y tres reyes más. <<

ÍNDICE